

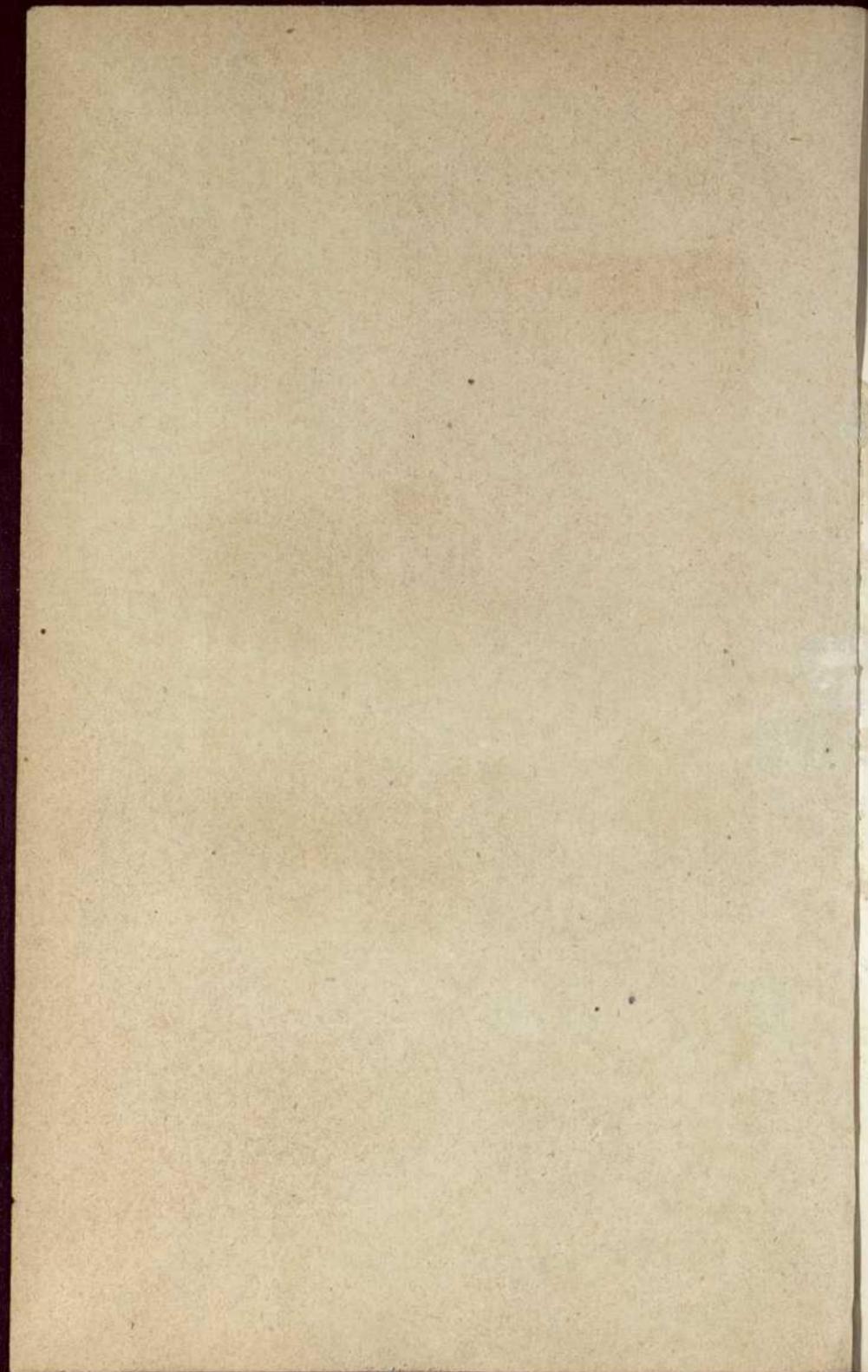
LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF
TORONTO



50000482603

Bibl. General i Històrica





OBRAS COMPLETAS

DEL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

TOMO IX.

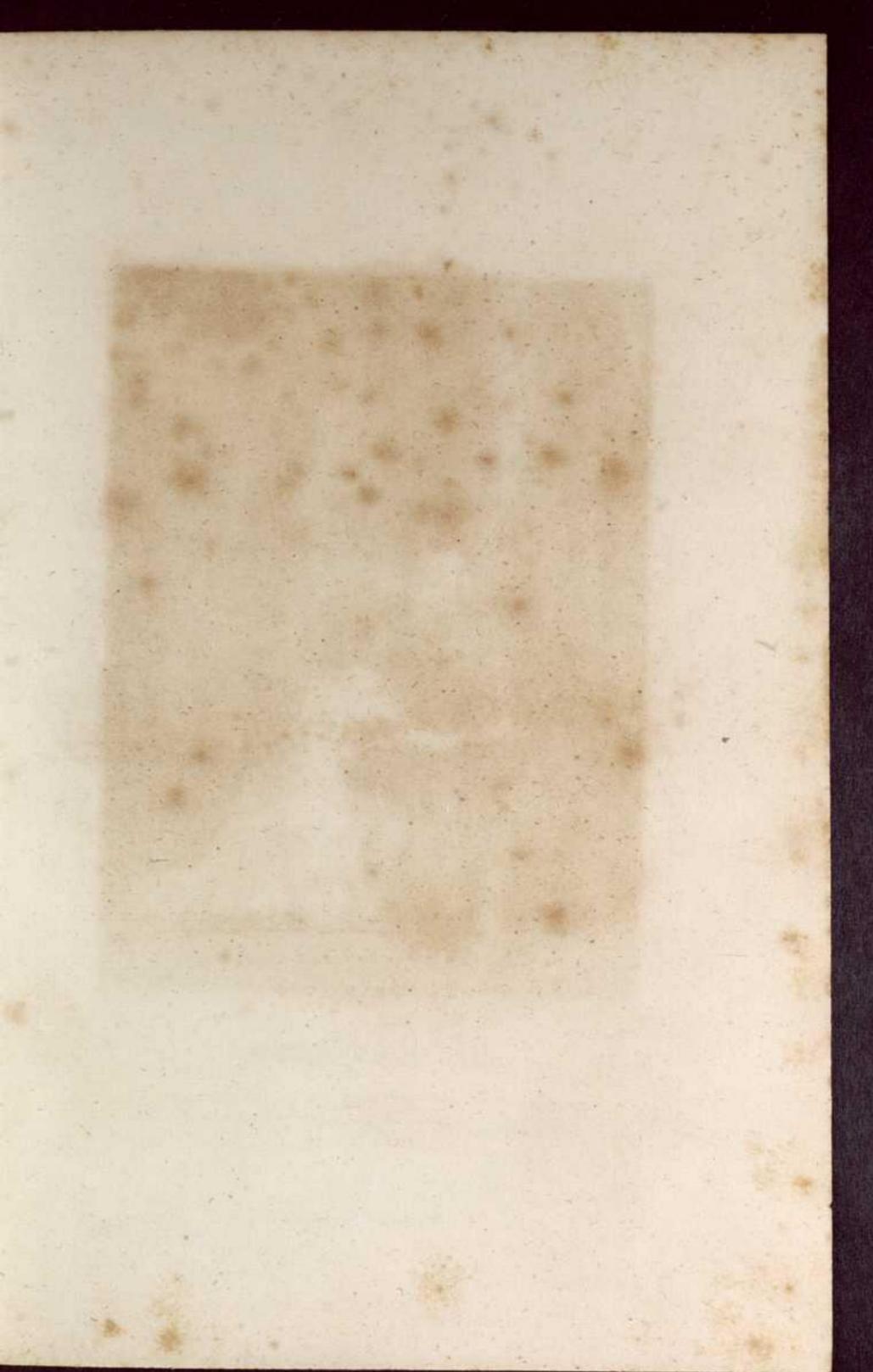


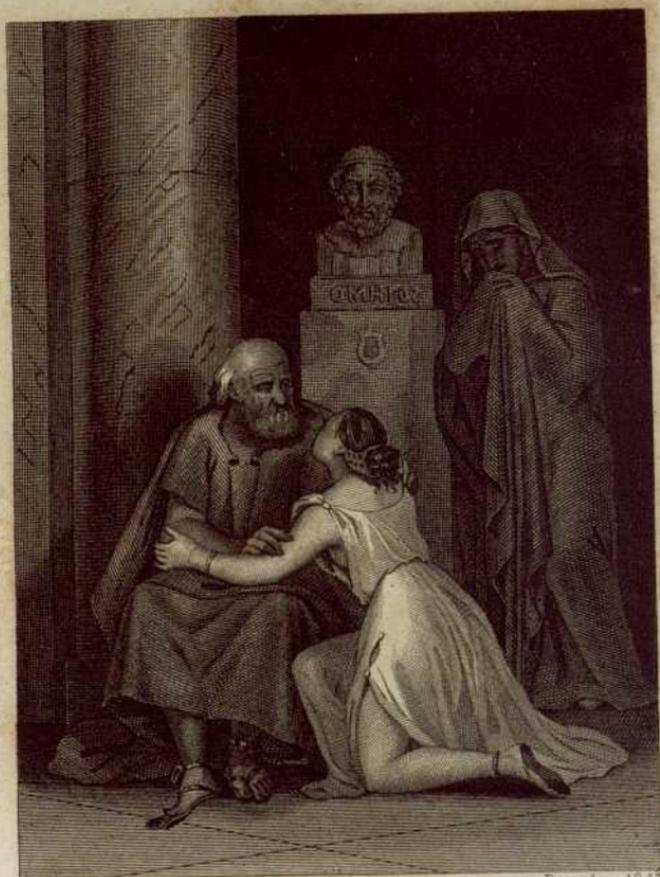
OPRAS COMPLETAS

DE CATALUÑA

Es propiedad de la casa de CABRERIZO.

A. 86. 207





Por T. Blasco Soler

en Bruselas 1843

LOS MARTIRES.

Padre mio, divino cantor de los inmortales, extraviadas por los bosques, un jóven, ó por mejor decir un Dios, nos ha conducido á casa.

Publicada por Calvercio Felo.

D-114

1.7

LOS

MÁRTIRES,

O EL YERUNFO

DE LA

RELIGION CRISTIANA

EN EL VILANOVO

DE CHATEAUBRIAND.

Tomo primero.



VALENCIA:

IMPRESA

DE D. MARIANO DE CABRERIZO.

(Editor.)

1844.



W
CC

1808 MARTINEZ.

...

D-114
47

LOS
MÁRTIRES,
O EL TRIUNFO
DE LA
RELIJION CRISTIANA.
POR EL VIZCONDE
DE CHATEAUBRIAND.

Tomo primero.



VALENCIA:
IMPRESA
DE D. MARIANO DE CABRERIZO.
(Editor.)
1844.



THE
OFFICE OF THE
SECRETARY OF THE
NAVY
WASHINGTON, D. C.



NAVY
OFFICE OF THE SECRETARY OF THE NAVY
WASHINGTON, D. C.



D 482598
L 482603

PROLOGO

De la edicion de 1826.

Esta es una obra que creí obscurecida durante mucho tiempo, no porque en mi conciencia la encontrase inferior á mis precedentes trabajos, sino porque la violencia de la crítica habia conmovido mi fe de autor, y concluí por convencerme que me habia engañado. De nada me servia el consuelo de algunos amigos, porque en mi interior no estaba aflijido, y porque habia despachado bien mis ediciones; pero ellos sostenian que la condenacion no era justificada, y que el público tarde ó temprano emitiría otra opinion y sentencia. Sobre todos, el que mas me alentaba era el señor de Fontanes: yo no era un Racine; pero él podia ser un Boileau, y no cesaba de repetirme: «Ellos volverán.» Su persuasion en este particular era tan profunda, que le inspiró las encantadoras estancias:

Errante el Tasso, etc.

sin temor de comprometer su gusto y la autoridad de su juicio.

En efecto, *los Mártires* se han elevado por sí solos; han alcanzado el honor de cuatro ediciones consecutivas; me han granjeado particulares favores de los literatos: heme, pues, aplaudido de una obra que atestigua algun trabajo de estilo, un gran respeto al lenguaje, y un gusto sencillo de la antigüedad.

Por lo que respeta á la crítica de fondo de la obra, prontamente fue abandonada. Decir que yo habia mezclado lo profano con lo sagrado, porque habia pintado dos religiones que existian juntamente, y cada una de las cuales tenia sus creencias, esto es lo mismo que decir, que debia haber renunciado á la historia, ó mas bien escojer otro asunto. ¿Por quien morian los mártires? Por Jesucristo. ¿A quien eran sacrificados? A los dioses del imperio. Luego existian dos cultos.

La cuestion filosófica que pregunta si Diocleciano, los romanos y los griegos creian en los dioses de Homero, y si el culto público habia sufrido alteraciones, no me tocaba á mi como *poeta*, y como *historiador* hubiese podido decir mucho.

De nada de eso se trata, *los Mártires* se han sostenido contra mi primera espectacion, y no he tenido otro trabajo en que ocuparme que en limar el texto.

Por lo demas, esta obra me ocasionó dobles persecuciones bajo el dominio de Bonaparte: las alusiones eran tan chocantes en el retrato de Galerio y en la pintura del corazon de Diocleciano, que no podian libertarse de la policia imperial; tanto mas, que el traductor ingles, que no tenia consideraciones que guardar, y á quien era igual comprometerme ó no, habia hecho en su prólogo remarcables las alusiones. Mi desgraciado primo Armando de Chateaubriand fue fusilado cuando se publicaron *los Mártires*; y en vano solicité su perdon: la cólera que yo habia escitado se estendia hasta á mi nombre. Con todos estos antecedentes, ¿no es ciertamente chocante que se me considere en el dia como cristiano dudoso y realista sospechoso?

PROLOGO

DE LA PRIMERA Y DE LA SEGUNDA EDICION.

Habiendo sentado en otra obra que la religion cristiana me parecia mas favorable que el paganismo para desarrollar los caractéres y poner en movimiento las pasiones, con la dignidad que exige la epopeya, dije tambien que el *maravilloso* de aquella religion podia tal vez competir con el de la mitolojia; y estas opiniones, mas ó menos controvertidas, son las que intento comprobar ahora con un ejemplo.

Para poner al lector en estado de ser juez imparcial en este gran proceso literario, crei que debia buscar un asunto, donde en un mismo cuadro se encerrase la pintura de ambas religiones; la moral, los sacrificios, las pompas de los dos cultos; un asunto donde el lenguaje del Génesis pudiera oirse al mismo tiempo que el de la Odisea; donde el Júpiter de Homero figurase al lado del Jehová de Milton, sin que se resintiesen de ello la piedad, el buen gusto ni la verosimilitud de las costumbres.

Concebida esta idea, hallé fácilmente la época histórica de la alianza de ambas religiones.

Abrese la escena al comenzar la persecucion suscitada por Diocleciano á fines del siglo tercero. El cristianismo no era aun la religion dominante del imperio romano; pero sus altares se alzaban ya al lado de las aras del jentilismo.

Los personajes se han tomado de ambas religiones:

al principio doy á conocer á estos personajes: la narracion manifiesta despues el estado del cristianismo en el mundo conocido, cuando pasaba la accion; y en lo restante de la obra se desenvuelve esta misma accion, cuya catástrofe coincide con la matanza jeneral de los cristianos.

Me habrá tal vez deslumbrado el asunto, pero me pareció copioso. Y en efecto, se ve á la primera ojeada que pone á mi disposicion toda la antigüedad profana y sagrada. Además, con la narracion y con la série de los acontecimientos, he hallado el medio de presentar la pintura de las diferentes provincias del imperio romano; he conducido al lector por entre los galos y los francos, hasta la cuna de nuestros antepasados. La Grecia, la Italia, la Judea, el Egipto, Esparta, Atenas, Roma, Nápoles, Jerusalem, Menfis, los valles de la Arcadia, los desiertos de la Tebaida, son los otros puntos de vista ó las perspectivas del cuadro.

Casi todos los personajes son históricos. Se sabe qué monstruo fue Galerio. A Diocleciano le he hecho algo mejor y mas grande de lo que le pintan los escritores de su tiempo; y en esto he dado una prueba de mi imparcialidad. Todo lo que tiene de odioso la persecucion, lo he hecho recaer sobre Galerio y Hiérocles.

De este último dice Lactancio:

Deinde..... in Hieroclem ex vicario præsidem, qui auctor et consiliarius ad faciendam persecutionem fuit (1).

»..... Hiérocles, que fue su autor y consejero de la persecucion.»

Tillemont, despues de haber hablado del consejo donde se deliberó la suerte de los cristianos, añade:

»Diocleciano consintió en remitir al consejo este asunto, para echar de si la odiosidad de semejante re-

(1) *De Mortib. persec.*, cap. XVI.

»solucion , haciendo que recayese sobre los que le habian aconsejado. Fueron llamados á esta deliberacion algunos empleados de justicia y de guerra; los cuales, ya fuese por inclinacion propia, ya por complacencia, apoyaron el parecer de Galerio. Hiérocles fue uno de los que con mas ardor aconsejaron la persecucion (1).»

Este gobernador de Alejandria hizo sufrir terribles males á la iglesia , segun el testimonio de todas las historias. Hiérocles era sofista , y al mismo tiempo que exterminaba á los cristianos , publicó contra ellos un libro titulado : *Filaletes , ó el Amigo de la verdad*. Eusebio (2) refutó parte de esta obra en un tratado que se conserva todavía ; y tambien para responder á ella compuso Lactancio sus *Instituciones* (3). Pearson (4) creyó que el Hiérocles , perseguidor de los cristianos , era el mismo que el autor del *Comentario* sobre los versos dorados de Pitágoras. Tillemont (5) parece inclinarse á la opinion del sábio obispo de Chester ; y Jonsio (6) , que quiere hallar en el Hiérocles de la *Biblioteca* de Focio al Hiérocles refutado por Eusebio (7) , sirve mas bien para confirmar que para destruir la opinion de Pearson. Dacier que , como observa Boileau , quiere siempre hacer un sábio del escritor que traduce (8) , combate el modo de pensar del erudito Pearson ; mas las razones de Dacier son de

(1) *Mem. eccles* , tomo v , pág. 20 , edicion en 4.º París.

(2) Eusebii Cæsariensis in *Hieroclem liber cum Philostrato editus*. París , 1608.

(3) Lact., *Instit.* , lib. v , cap. II.

(4) En sus prolegómenos sobre las obras de Hiérocles , impresos en 1673 , tomo II , pág. 3-19.

(5) *Mem. eccles.* tomo v , 2.ª edicion en 4.º , París , 1702.

(6) *De Scriptoribus historiæ philosophicæ* , lib. III. c. XVIII.

(7) Jonsio , para sostener su opinion , se ve obligado á decir que este Eusebio no es el de Cesarea.

(8) *Bolwana*.

poco peso, y es probable que Hiérocles, perseguidor y autor del *Filaletes*, lo es tambien del *Comentario*.

Hiérocles, al principio vicario de los prefectos, llegó despues á ser gobernador de la Bitinia. Las Meneas (1), San Epifanio (2), y las actas del martirio de San Ede-so (3), prueban que tambien fue Hiérocles gobernador del Ejipto, donde ejecutó grandes crueldades.

Fleury, siguiendo á Lactancio cuando trata de Hiérocles, habla tambien de otro sofista que hácia el mismo tiempo escribia contra los cristianos. He aqui el retrato que hace de este sofista desconocido :

»En la misma época en que era destruida la iglesia de »Nicomedia, hubo dos escritores que publicaron algunas »obras contra la religion cristiana. El uno era filósofo de »profesion; pero de costumbres muy contrarias á su »doctrina: en público recomendaba la moderacion, la »frugalidad y la pobreza; pero era amante del dinero, »de los placeres y del lujo; y su mesa era mas opipara »que la del mismo palacio: cubria todos sus vicios con »el exterior de sus cabellos y de su manto..... Publicó »tres libros contra la religion cristiana. Comenzaba di- »ciendo que un filósofo tenia obligacion de remediar los »errores de los hombres.....; que él queria manifestar »la luz de la sabiduria á los que no la veian, y curarlos »de aquella obstinacion que les producía sin utilidad »alguna tan grandes tormentos. Y para que no se pu- »diese dudar del motivo que le impulsaba á escribir, »hacia escesivos elogios de los príncipes, realizando su »piedad y su sabiduria; prendas que nunca brillaban »tanto como cuando, en defensa de la religion, repri- »mian una supersticion impia y pueril (4).

(1) *Menæa magna Græcorum*, pág. 177, Venet. 1525.

(2) *Epifanii Panarium adversus hæreses*.

(3) *De Martyr. Palæst.*, cap. IV, Euseb.

(4) *Hist. eccles.*, lib. VIII.

La vileza de este sofista, que atacaba á los cristianos al propio tiempo que estaban bajo la cuchilla del verdugo, irritó hasta á los mismos paganos, y su obra no le valió la recompensa que esperaba de los emperadores (1).

Este carácter, trazado por Lactancio, prueba que yo no he dado á Hiérocles sino las costumbres de su siglo. Hiérocles era á un tiempo sofista, escritor, orador y perseguidor.

»El otro autor, dice Fleury, era del número de los jueces, y uno de los que habian aconsejado la persecucion. Se cree que este era Hiérocles, natural de un pueblo de Caria, y despues gobernador de Alejandria. »Escribió dos libros, que intituló *Filaletes*; esto es, *Amigo de la verdad*; y dirijió su discurso á los mismos cristianos, para que se creyese que no era su ánimo insultarlos, sino darles consejos saludables. Se esforzaba en descubrir contradicciones en la Sagrada Escritura, y tenia de ella tanto conocimiento, que parecia haber sido cristiano (2).»

Así, pues, no he calumniado á Hiérocles. Respeto y honro la verdadera filosofia; y aun podrá observarse que en mi obra no he tomado una vez siquiera en mal sentido las voces *filósofo* y *filosofía*. Todo hombre que guarda una conducta noble, que tiene sentimientos elevados y jenerosos, que no se humilla á hacer bajezas, y que conserva en lo intimo de su corazon una lejitima independencia, es para mí un hombre respetable, sean cuales fueren por otra parte sus opiniones. Pero los sofistas de todos los tiempos y paises deben ser despreciados; porque abusando de todo lo bueno, hacen que se llegue á mirar con horror lo mas sagrado que hay entre los hombres.

(1) *Lact. Instit.*, lib. v, cap. iv, pág. 470.

(2) *Hist. eccles.*; lib. viii, tomo II.

Voy á hablar de los anacronismos. Los hombres mas grandes que ha producido la iglesia, florecieron casi todos á un tiempo á fines del siglo tercero y á principios del cuarto. Para presentar al lector estos ilustres personajes, me he visto en la precision de aproximar un poco los tiempos; pero estos personajes, colocados ó á veces solamente nombrados en la narracion, no hacen un papel muy importante; son puramente episódicos, y casi no tienen conexion con la accion principal; no se han puesto sino para recordar nombres bellos, y para renovar memorias ilustres. Seguramente mis lectores no llevarán á mal el encontrar en Roma á San Agustín y San Jerónimo, que arrebatados del fuego de la juventud, se precipitan en aquellas faltas, que lloraron despues por tanto tiempo, y pintaron con tanta elocuencia. Y en fin, entre la muerte de Diocleciano y el nacimiento de San Jerónimo, no pasaron mas que veintiocho años. Por otra parte, haciendo hablar y obrar á San Agustín y San Jerónimo, siempre he pintado fielmente las costumbres históricas. Estos dos grandes hombres hablan y obran en *los Mártires*, como lo hicieron algunos años despues en los mismos lugares y en circunstancias semejantes.

No sé si debo recordar aqui el anacronismo de Faramundo y de sus hijos. En Sidonio Apolinar, en Gregorio de Turs, en el *Eptome de la historia de los francos*, atribuido á Fredegario, y en las antigüedades de Montfaucon, se ve que hubo muchos Faramundos, Clodiones y Meroveos. Asi, pues, los reyes francos de que yo hablo, no serán, si se quiere, los que conocemos con estos nombres, sino otros mas antiguos.

He puesto la escena en Roma, y no en Nicomedia, mansion habitual de Diocleciano. Un lector moderno no sabe representarse á un emperador romano en otra parte que en Roma: hay cosas que no puede separarlas la

imaginacion. Racine observó con razon en el prefacio de la Andrómaca, que seria imposible dar á la viuda de Hecctor un hijo que no fuese de Hecctor. Por lo demas, el ejemplo de Virjilio, Fenelon y Voltaire me servirá de escusa y de autoridad para con aquellos que quisiesen condenar estos anacronismos.

Me habian instado en que pusiese notas á mi obra; y en efecto, pocos libros hay mas susceptibles de ellas. En los autores que he consultado se encuentran cosas jeneralmente ignoradas, que me han servido mucho. El lector que ignore las fuentes, podrá tener estas cosas estraordinarias por visiones del autor, como ya me ha sucedido con *la Atala*.

He aqui algunos ejemplos de estos hechos singulares.

Al abrir el libro sexto de los *Mártires*, se lee:

«La Francia es un pais inculto y cubierto de bosques, que comienza al otro lado del Rin, &c.»

Me fundo para esto en la autoridad de San Jerónimo, en la *vida de San Hilarion*. Tengo tambien á mi favor el mapa de Peutinger (1), y aun creo que Amiano Marcelino da el nombre de Francia al pais de los francos.

Hago morir á los dos Decios luchando contra los francos: no es esta la opinion comun, pero sigo en ello la *Crónica de Alejandria* (2).

En otro lugar hablo del puerto de Nimes; y entonces adopto por un momento la opinion de los que creen que la Gran-Torre era un faro.

En cuanto al féretro de Alejandro, pueden consultarse Quinto Curcio, Estrabon, Diodoro de Sicilia, &c. El color de los ojos de los francos, la pintura verde con que los lombardos se pintaban las mejillas, son hechos sacados de las cartas y de las poesias de Sidonio.

Por lo respectivo á la descripcion de las fiestas roma-

(1) *Peutingeriana tabula itineraria*. Viena, 1733, en folio.

(2) *Chronicon Pascale*; Paris, 1688, en folio.

nas, á las prostituciones públicas, al lujo del anfiteatro, á los quinientos leones, al agua azafranada, &c., léase á Ciceron, Suetonio, Tácito y Floro: los escritores de la historia de Augusto están llenos de estas descripciones.

Las curiosidades jeográficas respectivas á las Galias, la Grecia, la Siria y el Egipto, las he sacado de Julio Cesar, Diodoro de Sicilia, Plinio, Estrabon y Pausanias, del *Anónimo* de Ravena, de Pomponio Mela, de la coleccion de los Panejiristas, de Libanio en su discurso á Constantino, y en su libro intitulado *Basilicus*, de Sidonio Apolinar, y en fin de mis propios viajes.

Para las costumbres de los francos, de los galos y de los demas bárbaros, he leído con atencion, ademas de los autores ya citados, la *Crónica* de Idacio, Prisco, Pannites (*Fragmentos sobre las embajadas*), á Juliano (primera *Oracion* y el libro de los *Césares*), á Agatias y Procopio sobre las armas de los francos, á Gregorio de Turs y las *Crónicas*, á Salviano, á Orosio, al venerable Beda, á Isidoro de Sevilla, á Sajon Gramático, el *Eda*, la introduccion á la historia de Carlos V, las observaciones de Blair sobre Osian, á Pelloutier, *Historia de los celtas*, y varios articulos de Du Canje, Joinville y Froissard.

Las costumbres de los primitivos cristianos, la fórmula de las actas de los mártires, las varias ceremonias, la descripcion de las iglesias, las he sacado de Eusebio, Sócrates, Sozomeno y Lactancio, de los Apolojistas, de las *Actas de los Mártires*, de todos los Padres, de Tillemont y de Fleury.

Ruego, pues, á mis lectores, que cuando encuentren alguna cosa nueva para ellos, tengan á bien hacerse cargo de que no es una invencion mia, y que al escribirla no he tenido otro objeto que recordar algun rasgo de costumbres curiosas, algun monumento notable, ó algun hecho ignorado. Otras veces, al pintar al-

gun personaje de la época que he elegido, hago entrar en mi pintura alguna sentencia ó algun pensamiento, sacados de los escritos de aquel mismo personaje; no porque la sentencia ó el pensamiento merezcan citarse como modelos de belleza ó de buen gusto, sino porque fijan los tiempos y los caractéres. Todo esto hubiera dado seguramente materia para muchas notas; mas antes de abultar demasiado los volúmenes, es preciso saber si mi obra será leída, ó si le parece ya al público escesivamente larga.

Comencé á escribir *los Mártires* en Roma el año de 1802, algunos meses despues de haber publicado el *Jenio del Cristianismo*; y desde entonces no he dejado de perfeccionar mi obra. Los extractos que hice de diversos autores fueron tan numerosos, que solamente para los libros de los galos y de los francos reuni dos grandes tomos de materiales. Consulté con amigos de diferente gusto y distintos principios en punto á literatura. Y en fin, no satisfecho aun de tantos estudios, escrúpulos y sacrificios, me embarqué, y fui á ver por mis propios ojos los sitios que queria describir; de modo que, aun cuando mi obra no tuviese en lo demas ningun mérito, ofreceria por lo menos el interes que debe tener un viaje hecho por los lugares mas célebres de la historia. Principiè mi espedicion por las ruinas de Esparta, y no la conclui hasta las de Cartago, despues de haber pasado por Argos, Corinto, Aténas, Constantinopla, Jerusalem y Menfis. Por lo que, al leer las descripciones que se encuentran en *los Martires*, podrá estar seguro el lector de que son retratos exactos, y no descripciones vagas y estudiadas. Hay ademas entre dichas descripciones, algunas que son enteramente nuevas: ningun viajero moderno, á lo menos que yo sepa (1),

(1) Coronelli, Pellegrin, La Guilletiere, y muchos autores

ha formado el cuadro de la Mesenia, de una parte de la Arcadia, y del valle de la Laconia. Chandler, Wheler, Spon, le Roy, Mr. de Choiseul, no han visitado á Esparta: Mr. Fauvel y algunos ingleses han penetrado últimamente hasta esta famosa ciudad; pero aun no han publicado el producto de sus tareas. La pintura de Jerusalem y del mar Muerto es igualmente fiel. La iglesia del Santo Sepulcro y la Via dolorosa están del mismo modo que yo las represento. El fruto que coje mi heroína á la orilla del mar Muerto, y cuya existencia han negado algunos, se halla por todas partes á dos ó tres leguas de Jericó, hácia el mediodía: el árbol que lo produce es una especie de limonero: yo mismo he conducido muchos de estos frutos á Francia (1).

Esto he practicado para que *los Mártires* fuesen algo mas dignos de la atencion pública. ¡Dichoso yo si se descubre en mi obra el espíritu poético que anima

venecianos, han hablado de Lacedemonia, pero de una manera vaga y poco satisfactoria. Mr. de Pouqueville, escelente para todo lo que él ha visto, parece haberse engañado en punto á Misitra, que no es Esparta. Misitra está situada á dos leguas del Eurotas, sobre una eminencia del Taijeto. Las ruinas de Esparta se hallan en una aldea llamada Magoula.

(1) Este viaje, emprendido únicamente para ver y pintar los lugares donde yo queria colocar la escena de *los Mártires*, me ha suministrado una multitud de observaciones fuera de mi asunto; he recojido hechos muy importantes sobre la jeografía de la Grecia, sobre el asiento de Esparta, sobre Argos, Micenas, Corinto, Atenas, etc. Pérgamo en la Misia, Jerusalem, el mar Muerto, el Egipto, Cartago, cuyas ruinas son mucho mas curiosas de lo que jeneralmente se cree, ocupan una parte considerable de mi diario. Este diario, quitándole las descripciones que se encuentran en *los Mártires*, podria aun ofrecer algun interes. Acaso lo publicaré algun dia con el título de *Itinerario de Paris á Jerusalem y de Jerusalem á Paris*, pasando por la Grecia, y volviendo por el Egipto, Berberia y España.

las ruinas de Atenas y de Jerusalem! No he hablado de mis estudios y viajes por una vana ostentacion, sino para hacer ver la justa desconfianza que tengo de mis talentos, y el cuidado que pongo en suplir lo que les falta, valiéndome de todos los medios que están á mi disposicion. Visto, pues, este trabajo, puede tambien formarse una idea del respeto que guardo al público, y de la importancia que doy á todo lo que de cerca ó de lejos tiene relacion con los intereses de la relijion.

Solo me queda ya que hablar del jénero de esta obra. No tomaré partido alguno en una cuestion tanto tiempo hace ajitada, y me contentaré con presentar las autoridades.

Se pregunta ¿si puede haber poemas en prosa? Cuestion que tal vez no es mas que una disputa de palabras.

Aristóteles, cuyos dictámenes son leyes, dice positivamente que la epopeya puede escribirse *en prosa ó en verso*:

Ἡ δὲ Ἐποποιία μόνον τοῖς λόγοις, ἢ τοῖς μέτροις (1).

Y debe observarse que él da al verso homérico ó verso simple, un nombre que le asemeja con la prosa, *ψιλομετρία*, asi como dice de la prosa poética, *ψιλοὶ λόγοι*.

Dionisio de Halicarnaso, cuya autoridad es igualmente respetada: dice:

»Puede suceder que un discurso en prosa se asemeje á un bello poema ó á suaves versos; al paso que un poema y un canto lirico pueden asemejarse á la prosa oratoria.»

Πῶς γράφεται λέξις ἀμετρος ὁμοία καλῷ ποιήματι ἢ μέλει, καὶ τὼς ποιήματα γε ἢ μέλος πέζῃ λέξει καλῇ παραπλήσιον (2).

(1) Arist., *de Art. poet.*, paj. 2, Paris, 1643, en 8.º

(2) Dion. Halic., tomo II, paj. 31. cap. xxv.

El mismo autor cita unos hermosos versos de Simónides sobre Danae, y añade:

»Estos versos se parecen mucho á una bella prosa (1).»

Estrabon confunde igualmente los versos y la prosa (2).

El siglo de Luis XIV, formado con el estudio de los modelos antiguos, parece que adoptó esta misma opinion sobre la epopeya en prosa. Cuando se publicó el *Telémaco*, nadie le negó el nombre de poema. Fue conocido al principio bajo el titulo de *Aventuras de Telémaco, ó continuacion del libro cuarto de la Odisea*. Ahora bien, la continuacion de un poema no puede ser sino un poema; y el mismo Boileau, quien por otra parte juzga el *Telémaco* con un rigor que la posteridad no ha sancionado, le compara con la Odisea, y llama poeta á Fenelon.

»Este libro, dice Boileau, ofrece una lectura sabrosa, y se percibe en él una imitacion de la Odisea, que yo apruebo mucho. El ansia con que es leído hace ver, que si se tradujese á Homero en buen lenguaje, produciria el efecto que debe y que ha producido siempre..... El Mentor del *Telémaco* dice muy buenas cosas, aunque un poco atrevidas; y en fin, Mr. de Cambrai me parece mucho mejor poeta que teólogo (3).»

Dieziocho meses despues de la muerte de Fenelon, Luis de Lacy, dando su aprobacion á una edicion del *Telémaco*, llama esta obra un poema épico, aunque en prosa.

Ramsay la da el mismo nombre.

El abate de Chanterac, íntimo amigo de Fenelon, escribiendo al cardenal Gabrieli, se espresa de esta suerte:

(1) Dion. Halic., tomo II, pág. 60.

(2) Estrab., lib. I, pág. 12, fol. 1397.

(3) *Cartas de Boileau y de Brossette*, tomo I, pág. 46.

»Nuestro prelado habia compuesto en otro tiempo esta obra (el *Telémaco*), siguiendo el mismo plan que Homero en su *Iliada* y en su *Odisea*, ó Virjilio en su *Eneida*. Este libro puede mirarse como un poema, pues no le falta mas que el ritmo. El autor quiso darle el *encanto y la armonia del estilo poético* (1).»

Finalmente, escuchemos al mismo Fenelon:

»El *Telémaco* es una narracion fabulosa en forma de poema heroico, como los de Homero y de Virjilio (2).»

He aqui unas autoridades bien respetables (3).

Faydit (4) y Gueudeville (5) fueron los primeros cri-

(1) *Historia de Fenelon*, por Mr. de Bausset, tom. II, p. 194.

(2) *Idem*, páj. 196, *Manuscrito de Fenelon*.

(3) A estas autoridades juntaré aqui la de Blair; porque aunque no sea decisiva para algunos franceses, patentiza la opinion de los estranjeros acerca del *Telémaco*, y es de gran peso en todo lo que concierne a la literatura antigua; en fin. entre todos los criticos ingleses ninguno se aproxima tanto como Blair a nuestro gusto y a nuestros juicios literarios.

»In reviewing the epic poets, it were unjust to make no mention of the amiable author of the *Adventures of Telemachus*. His work, though not composed in verse, is justly entitled to be held a poem. The measured poetical prose in which it is written, is remarkably harmonious: and gives the style nearly as much elevation as the french language is capable of supporting, even in regular verses.»

»Pasando en revista los poetas épicos, seria injusto no hacer mencion del amable autor de las *Aventuras de Telémaco*; pues aunque su obra no se halle escrita en verso, puede ser mirada como un poema. La prosa poética y numerosa del *Telémaco* tiene una armonia particular, y comunica al estilo casi toda la elevacion de que es capaz la lengua francesa, aun en verso (*).»

(4) *La Telecomania*.

(5) *Critica jeneral del Telémaco*.

(*) *Lecc. de Ret.*, por H. Blair, tomo III, páj. 270.

ticos que disputaron al *Telémaco* el título de poema contra la autoridad de Aristóteles y de su siglo: este hecho es bastante singular. Voltaire y La Harpe declararon despues que no habia poemas en prosa; sin duda porque estaban cansados y fastidiados de las imitaciones que se habian hecho del *Telémaco*. Pero ¿ es esto justo? porque todos los días se componen versos malos, ¿ hemos de condenar absolutamente los versos? ¿ No hay tambien epopeyas en verso, que fastidian á mas no poder?

Si el *Telémaco* no es un poema, ¿ que será? ¿ una novela? Es indudable que el *Telémaco* se diferencia mas de una novela que no de un poema, en el sentido que damos hoy dia á estas dos palabras.

Este es el estado de la cuestion: yo dejo su decision á los inteligentes. Si se quiere, yo mismo convendré en que es malo el jénero de mi obra, y repetiré con gusto lo que dije en el prólogo de la *Atala*; veinte bellos versos de Homero, de Virjilio ó de Racine, serán siempre incomparablemente superiores á la mas bella prosa del mundo. Por fin, suplico á los poetas que me perdonen el haber invocado á las Hijas de la Memoria para que me ayudasen á cantar *los Mártires*. Platon, citado por Plutarco, dice que toma prestado el número á la poesia, como un carro para volar á los cielos. Tambien hubiera querido yo subir sobre este carro; pero temo que la divinidad que me inspira no sea alguna de aquellas musas desconocidas en el Helicon; que carecen de alas, y caminan á pie, como dice Horacio, *Musa pedestris*.

LOS MÁRTIRES.

LIBRO PRIMERO.

RESUMEN.

Invocacion. Esposicion. Diocleciano empuña las riendas del imperio romano. Bajo el gobierno de este príncipe, los templos del verdadero Dios comienzan á disputar el incienso a los de los ídolos. El infierno se apronta para dar la postrera lid y derribar las aras del Hijo del Hombre. El Eterno permite á los demonios que persigan la iglesia, para probar á los fieles: pero estos saldrán triunfantes de esta prueba, y el mundo deberá esta victoria á dos víctimas que Dios ha elegido. ¿Cuales son estas víctimas? Familia de Homero. Demodoco, último descendiente de los Homéridas, sacerdote de Homero en el templo de este poeta, sobre el monte Itomo, en Mesenia. Descripción de la Mesenia. Demodoco consagra al culto de las Musas á su hija única, Cimodocea, para sustraerla al amor de Hiérocles, procónsul de la Acaya y privado de Galerio. Cimodocea va sola con su aya á la fiesta de Diana-Limnátida, se estravía; encuentra á un mozo dormido á la orilla de una fuente. Eudoro acompaña á Cimodocea á la casa de su padre. Demodoco parte con su hija para ir á dar las gracias á Eudoro y visitar la familia de Lasténes.

Voy á contar los combates de los cristianos y la victoria que los fieles alcanzaron sobre los espíritus del abismo, por medio de los esfuerzos gloriosos de dos esposos mártires.

Musa celestial, que inspiraste al poeta de Sorrento y al ciego de Albion, que colocas tu trono

solitario sobre el Tabor, que te complaces con los pensamientos serios, con las meditaciones graves y sublimes; ahora imploro yo tu auxilio. Acompaña con el arpa de David los cánticos que he de entonar; y sobre todo concede á mis ojos algunas de aquellas lágrimas que Jeremías derramaba sobre las desventuras de Sion: ¡yo voy á contar los dolores de la iglesia perseguida!

Y tú, vírjen del Pindo, hija ingeniosa de la Grecia, descende tambien de la cima de Helicon: yo no despreciaré las guirnaldas de flores con que tapizas los sepulcros, ¡oh divinidad risueña de la Fábula, que ni aun de la muerte y de la desgracia has podido hacer una cosa seria! Ven, Musa de las mentiras, ven á luchar con la Musa de las verdades. Un tiempo hubo en que á nombre tuyo le hicieron padecer grandes trabajos: adorna hoy su triunfo con tu derrota, y confiesa tú misma que ella era mas digna de reinar sobre la lira.

Nueve veces habia visto la iglesia de Jesucristo á los espíritus del abismo conjurados en contra suya: nueve veces se habia libertado del naufragio aquella nave que no debe perecer. El mundo gozaba de paz: Diocleciano tenia el cetro del universo en sus manos experimentadas; y bajo la proteccion de este gran príncipe gozaban los cristianos de una tranquilidad que hasta entonces no habian conocido. Los altares del verdadero Dios comenzaban á disputar el incienso á las aras de los ídolos: cada dia se aumentaba mas el rebaño de los fieles; y los honores, la gloria y las riquezas no eran ya un patri-

monio esclusivo de los adoradores de Júpiter. El infierno , amenazado de perder su imperio , quiso interrumpir el curso de las victorias celestiales. El Eterno, viendo que las virtudes de los cristianos iban perdiendo su vigor con la prosperidad , permitió á los demonios que suscitasen contra ellos una nueva persecucion; pero con esta última y terrible prueba la cruz habia de llegar á colocarse sobre el trono del universo , y se habian de reducir á polvo los templos de las falsas divinidades.

¿De que modo el antiguo enemigo del linaje humano logró que las pasiones de los hombres , y sobre todo la ambicion y el amor , sirviesen á sus proyectos? Dígnate , ó Musa , revelármelo. Pero antes dame á conocer á la inocente vírjen y al ilustre penitente que resplandecieron en aquel dia de triunfo y de luto: á aquella la escujo el cielo entre los idólatras , á éste elijió entre los fieles , para que ambos fuesen las víctimas espiatorias de los cristianos y de la jentilidad.

Demodoco era el último descendiente de una de aquellas familias Homéridas , que moraban antiguamente en la isla de Escio , y que pretendian tener su oríjen en Homero. Sus padres le habian casado en su juventud con Epicáris , hija de Cleóbulo de Creta , y la mas hermosa de cuantas vírjenes danzaban sobre los céspedes floridos al pie del monte Taleo , favorito de Mercurio. Habia ido con su esposa á Gortina , ciudad edificada por el hijo de Radamanto sobre las márgenes del Leteo , no lejos del plátano que ocultó los amores de Júpiter y Eu-

ropa; y despues que la luna habia alumbrado nueve veces las grutas de los Dáctilos, subió Epicáris un dia á la cumbre del monte Ida, para ver cómo estaban los ganados. Sorprendiéronle alli de repente los dolores de la maternidad, y dió á luz á Cimodocea en el bosque sagrado, donde se habian sentado en otro tiempo los tres ancianos de Platon para discurrir sobre las leyes: los augures declararon que la hija de Demodoco seria célebre por su sabiduría y discrecion.

Muy poco despues perdió Epicáris la grata luz de los cielos; y desde entonces Demodoco ya no pudo ver sin alliccion las aguas del Leteo. No tenia otro consuelo que sentar sobre sus rodillas al fruto único de su himeneo; y sonriéndose, sin dejar de verter al mismo tiempo algunas lágrimas, mirar aquel astro embelesante que le recordaba la hermosura de Epicáris.

Los habitantes de la Mesenia erijian entonces un templo á Homero, y le propusieron á Demodoco el sacerdocio del mismo. Aceptó Demodoco su ofrecimiento, y abandonó con gusto una mansion que la ira del cielo le habia hecho intolerable. Hizo un sacrificio á los manes de su esposa, á los rios nacidos de Júpiter, á las ninfas hospedadoras del Ida, á las divinidades protectoras de Gortina; y se puso en camino con su hija, llevando consigo sus Penates y una pequeña estátua de Homero. Su bajel, impelido por un viento favorable, descubrió á poco rato el promontorio Tenaro; y costeano á Etilos, Talama y Leuctra, ancló á la sombra del bosque de

Coerio. Los mesenios, amaestrados por la desgracia, recibieron á Demodoco como el descendiente de una divinidad, y le condujeron en triunfo al santuario consagrado á su divino abuelo.

Veíase allí al poeta representado bajo la figura de un rio caudaloso, adonde iban otros rios á llenar sus urnas. El templo dominaba la ciudad de Epaminondas; y lo habian construido en medio de un antiguo olivar sobre el monte Itomo, que se levanta aislado, como un vaso de piedra azul, en medio de las campiñas de Mesenia. Habia mandado el oráculo que se abriesen los cimientos del edificio en el mismo paraje que escogió Aristomenes para enterrar la urna de bronce á que estaba unida la suerte de su patria. La vista se estendia á lo lejos por unas campiñas plantadas de altos cipreses, cortadas por colinas y regadas por las aguas del Anfiso, del Pamiso y del Balira, donde dejó caer su lira el ciego Tamiris. La adelfa y el arbusto querido de Juno alfombraban por todas partes las márgenes de los arroyos, de los manantiales y de las fuentes: á trechos tambien aquellos aromáticos arbustos nacian en la misma madre de los riachuelos que se habian secado, y dibujaban en los valles como unos arroyos de flores, reemplazando la frescura de las aguas con la de su sombra. En aquel cuadro campestre se veian esparcidas ciudades, monumentos de artes y ruinas; Andania, testigo del llanto de Mérope; Trica, que vió nacer á Esculapio; Jernia, que conserva el sepulcro de Macaon; Féres, donde el prudente Ulises recibió de Ifito el arco fa-

tal para los amantes de Penélope; y Esteniclara, que resonaba con los cánticos de Tirteo. Este hermoso pais, sujeto en otro tiempo al cetro del anciano Neleo, parecia, mirándolo desde la cima del Itimo y desde el peristilo del templo de Homero, un canastillo de flores de mas de ochocientos estadios de circuito. Entre el poniente y el mediodía formaba el mar de Mesenia una brillante barrera; al oriente y al septentrion, le atajaban la vista la cordillera del monte Tajeto, las cumbres del Liceo y las montañas de la Elida. Aquel horizonte, único sobre la tierra, hacia recordar la triple idea de la vida guerrera, de las costumbres pastoriles y de las fiestas de un pueblo que contaba las desgracias de su historia por las épocas de sus placeres.

Habian transcurrido quince años desde la dedicacion del templo: Demodoco vivia sosegadamente en aquel retiro, sin apartarse del altar de Homero; y Cimodocea crecia á su vista, semejante al tierno olivo que un jardinero cria con esmero en las orillas de una fuente, y que es el amor de la tierra y del cielo. Nada hubiera alterado el contento de Demodoco, si hubiese podido hallar para su hija un esposo que la tratase con cariño, despues de haberla llevado á una casa llena de riquezas; pero ningun yerno se atrevia á presentarse, porque Cimodocea habia tenido la desgracia de agradar á Hiérocles, procónsul de la Acaya, y privado de Galerio. Hiérocles habia pedido á Cimodocea por esposa; pero la jóven mesenia habia rogado á su padre que no la entregase á aquel romano impío, cuyo aspecto solo

la estremecía. Demodoco habia cedido sin dificultad á las instancias de su hija , pues no podia confiar la suerte de Cimodocea á un bárbaro de quien se sospechaban muchos crímenes , y que con su trato inhumano habia precipitado á su primera esposa en el sepulcro.

Esta negativa , hiriendo el orgullo del procónsul , no habia hecho mas que enconar su pasion ; y para apoderarse de su presa , estaba resuelto á emplear todos los medios que proporciona el poder cuando se hermana con la maldad. Demodoco , para sustraer á su hija del amor de Híeroeles , la habia consagrado á las Musas. Instruía la en todos los usos de los sacrificios ; enseñábale á elejir la becerra sin mancha , á cortar á los toros el pelo de la frente y á echarlo al fuego ; á esparcir el farro sagrado ; y le enseñaba sobre todo á pulsar la lira , embeleso de los desventurados mortales. Muchas veces , sentados el padre y la hija sobre una roca encumbrada , á orillas del mar , cantaban algunos trozos selectos de la Iliada y de la Odisea ; el cariño de Andrómaca , la prudencia de Penélope , el recato de Nausicaa : contaban los quebrantos que son la herencia de los hijos de la tierra ; á Agamenon sacrificado por su esposa , á Ulises pidiendo limosna en la puerta de su palacio : se condolian del destino del que muere lejos de su patria , sin haber vuelto á ver el humo de los hogares paternos , y tambien se compadecian de vosotros , jóvenes que apacentabais los ganados de los reyes vuestros padres , y á quienes tan inocente tarea no fue parte para salvar de la terrible diestra

de Aquiles! Cimodocea, amaestrada con los mas bellos recuerdos de la antigüedad en la docta familiaridad de las Musas, desplegaba cada dia nuevas gracias. Demodoco, consumado en la sabiduría, procuraba templar aquella educacion enteramente divina, inspirando á su hija el gusto de una amable sencillez. Gustaba de verla dejar el laud, para ir á llenar un jarro de agua á la fuente, ó á lavar las cortinas del templo en la corriente de algun rio. En los dias de invierno, cuando, apoyada en una columna, se ocupaba en hilar á la luz de una lámpara resplandeciente, le decia:

»Cimodocea, desde tu niñez he procurado enriquecerte con la virtud y con todas las dádivas de las Musas; porque cuando nuestra alma entra en nuestro cuerpo, hay que tratarla como á un huésped celestial, que se recibe con aromas y guirnaldas. Pero, ó hija de Epicáris, temamos la exajeracion que trastorna el juicio: pidamos á Minerva que nos conceda la razon, que producirá en nuestra índole aquella moderacion, hermana de la verdad, sin la cual todo es mentira.»

Asi embelesaban é instruian á Cimodocea las imájenes halagüeñas y las palabras discretas. A su semblante, á su voz y á su corazon se les habia comunicado algo de las Musas, á quienes estaba consagrada. Cuando bajaba sus largos párpados, cuya sombra se dibujaba en la blancura de sus mejillas, cualquiera hubiera creido que veia á la prudente Melpómene; pero cuando alzaba los ojos, cualquiera la hubiera tomado por la risueña Talía. Sus ne-

gros cabellos se parecian á la flor del jacinto, y su figura á la palma de Délos. Salió un dia con su padre á cojer el dictame: para descubrir esta planta preciosa, fueron largo trecho por el monte tras una cierva herida por un flechero de Ecalia; viéronlos en la cima de las montañas, é inmediatamente corrió la voz de que Nestor y la mas jóven de sus hijas, la bella Policasta, se habian aparecido á unos cazadores en los bosques del Ira.

Acercábase la fiesta de Diana-Limnátida, y se hacian los preparativos para conducir la pompa acostumbrada hácia los confines de la Mesenia y de la Laconia. Esta pompa, causa funesta de las guerras antiguas de los lacedemonios y mesenios, ya no atraia mas que espectadores pacíficos. Cimodocea fue elejida por los ancianos para que guiase el coro de las vírjenes que debian presentar las ofrendas á la casta hermana de Apolo. En medio de su candorosa alegría, se llenaba de satisfaccion Cimodocea al recibir estos honores, porque recaian en su padre; y éste, con tal que oyese las alabanzas que se daban á su hija, con tal que tocase con sus manos las coronas que ella habia ganado, ya no queria otra gloria ni otra felicidad.

Demodoco, detenido por un sacrificio que un extranjero habia ido á ofrecer á Homero, no pudo acompañar á su hija hasta Limna; y esta fue á la fiesta sola con su aya Eurimedusa, hija de Alcimedonte de Naxos; pero el anciano estaba sin cuidado alguno, porque el procónsul de Acaya se hallaba entonces en Roma con el César Galerio. El tem-

plo de Diana se levantaba á la vista del golfo de Mesenia, sobre una punta del Taijeto, en medio de un pinar, donde los cazadores colgaban los despojos de las bestias feroces. Los muros del edificio habian adquirido con el tiempo aquel color de hoja seca, que los viajeros observan aun en el dia en las ruinas de Aténas y de Roma. La estátua de Diana, colocada sobre un altar en medio del templo, era la obra maestra de un célebre escultor. Habia representado á la hija de Latona, derecha, con un pie hácia adelante, sacando con la diestra una flecha de la aljaba que pendia de sus espaldas; y al mismo tiempo la cierva Cerinida, la de los cuernos de oro y de los pies de acero, se amparaba bajo el arco que la diosa tenia en la mano izquierda, la cual estaba caida.

Al punto que la luna llegó al medio de su carrera y dejó caer sus rayos sobre el templo, Cimodocce, al frente de sus compañeras, iguales en número á las ninfas del acéano, entonó el himno á la Virgen Blanca. Una multitud de cazadores respondian á la voz de las doncellas.

»¡Formad, formad la danza lijera! ¡Entonad, repetid el coro, el sagrado coro!

»Diana, diosa de los bosques, recibid los votos que os ofrecen las doncellas escojidas, y los castos niños instruidos con los versos de la Sibila. »Vos nacisteis bajo una palmera en la flotante Délos. Para mitigar los dolores de Latona, los cisnes dieron vuelta siete veces alrededor de la isla, cantando armoniosamente, y en memoria de su canto

»inventó vuestro divino hermano las siete cuerdas
»de la lira.

»¡Formad, formad la danza lijera! ¡Entonad,
»repetid el coro, el sagrado coro!

»A vos os agradan las riberas de los rios, la
»sombra de los árboles, los bosques del Crago cu-
»bierto de verdor, del fresco Aljido, y del sombrío
»Erimanto. Diana, que llevais el arco formidable,
»Luna, cuya cabeza se adorna con el astro crecien-
»te de la noche, Hecate, armada con la cuchilla y
»la serpiente, acrisolad las costumbres de la juven-
»tud, dad reposo á la ancianidad, y á la raza de
»Nestor estirpe, riqueza y gloria.

»¡Formad, formad la danza lijera! ¡Entonad,
repetid el coro, el sagrado coro!»

• Acabado este himno, las doncellas se quitaron las coronas de laurel, y las colgaron en el altar de Diana, con los arcos de los cazadores. Sacrificaron un ciervo blanco á la reina del silencio. Se retiró el jentío, y Cimodocea, seguida de su aya, tomó una senda que debía conducirla á la casa de su padre.

Hacia una de aquellas noches cuyas sombras transparentes dirian que temen ocultar el hermoso cielo de la Grecia: no podia aquello llamarse tinieblas, sino solamente ausencia del dia. El ambiente era grato como la leche y la miel, y se sentia una fruicion inesplicable al respirarlo. La cumbre del Tajeto, los promontorios opuestos de Colonides y Acritas, el mar de Mesenia, brillaban con una delicadísima luz: una escuadra jónica plegaba sus velas para entrar en el puerto de Coronéa, al modo que

una bandada de palomas pasajeras recoje sus alas para descansar en alguna benéfica ribera. Alcion jemía dulcemente en su nido: el vientecillo de la noche le llevaba á Cimodocea los aromas del dictame y la voz lejana de Neptuno: el zagal recostado en el valle, contemplaba la luna en medio del brillante acompañamiento de las estrellas, y su corazón rebosaba de gozo.

La jóven sacerdotisa de las Musas caminaba en silencio á lo largo de las montañas. Sus ojos enajenados vagueaban por aquel retiro embelesante, en donde colocaron los antiguos la cuna de Júpiter y de Licurgo, para enseñarnos que la religión y las leyes tienen un propio oríjen, y han de andar siempre juntas. Sobrecojida de un pavor religioso, en cada movimiento, en cada ruido creía ver un portentoso: el vago murmullo de los mares le parecía el ruido del leon de Cibeles que habia bajado á los bosques de Ecalia, y los jemitos de la paloma torcaz que casualmente se escuchaban, le parecían los sonidos de la trompa de Diana, que andaba cazando por las alturas del Thuria.

Conforme iba adelantando, mil amables recuerdos cuajaban su memoria, desvaneciendo sus recelos: acordábase de las antiguas tradiciones de aquella isla famosa, donde por vez primera vió la luz del dia; del laberinto, cuyas intrincadas vueltas remedaban todavía en sus danzas las jóvenes cretenses; del ingenioso Dédalo; de Icaro el imprudente; de Idomeneo y su hijo, y sobre todo de las dos desventuradas hermanas Ariadne y Fedra. De

repente advirtió que habia perdido la senda de la montaña, y que no la seguia ya su aya : dá un grito, que se pierde en los aires : implora los dioses de las selvas, las napeas, las dríadas, y como no responden á su voz, cree que aquellas divinidades ausentes están reunidas en los valles del monte Ménalo, en donde los Arcadios les rinden solemnes sacrificios. En esto se oyó á lo lejos el estruendo de unas aguas, y corrió desalada á ponerse bajo el amparo de la nayada hasta que luciese la aurora.

Era un manantial de agua viva, rodeado de altos álamos, que caia en abundancia de una elevada peña: veíase sobre ésta un altar dedicado á las ninfas, en donde ofrecian votos y sacrificios los caminantes. Cimodocea iba á abrazar el altar, y á suplicar á la divinidad de aquel sitio que aquietase las zozobras de su padre, cuando descubrió á un jóven que dormia apoyado en la peña. Su cabeza, inclinada sobre el pecho y algo caida sobre el hombro izquierdo, se sostenia en el palo de una lanza; su mano, tendida al descuido sobre la lanza, asia flojamente una correa á que estaba atado un perro, atento á cualquier ruido; la luz del astro de la noche, penetrando por entre las ramas de dos cipreses, iluminaba el semblante del cazador. Un discípulo de Apeles ha representado en esta misma actitud el sueño de Endimion. La hija de Demodoco creyó en efecto que aquel mozo era el amante de la reina de las selvas; un soplo del céfiro le pareció un suspiro de la diosa, y un rayo pasajero de la luna que iluminó las ramas de los árboles, le pare-

ció la orla de la túnica blanca de Diana que se retiraba. Llena de espanto, y temiendo haber interrumpido los misterios, se hincó inmediatamente de rodillas, exclamando:

»¡Formidable hermana de Apolo, perdonad á una doncella incauta, y no la traspaseis con vuestras saetas! Mi padre no tiene mas que una hija; y mi madre, que ya feneció con vuestros afanes, no se envaneció de mi nacimiento.»

Al oír estas voces, comienza á ladrar el perro, se despierta el cazador, y atónito al ver aquella jóven de rodillas, se levanta precipitadamente:

»¡Como! dijo Cimodocea turbada y siempre de rodillas, ¿no eres tú Endimion el cazador?»

»Y vos, le dijo el jóven, no menos confuso, ¿no sois algún ángel?»

»¡Un ángel!» respondió la hija de Demodoco.

Entonces el forastero turbado le dijo:

»Levantaos, que solo á Dios debemos doblar la rodilla.»

Despues de un momento de silencio, la sacerdotisa de las Musas dijo al cazador:

»Si no eres un dios oculto bajo la forma de un mortal, serás sin duda algún forastero á quien los sátiros habrán estraviado en el bosque como á mí. ¿En que puerto ha fondeado tu bajel? ¿Vienes de Tiro, tan célebre por la riqueza de sus comerciantes, ó de la risueña Corinto, donde te habrán hecho tus huéspedes magníficos regalos? ¿Eres tú de los que trafican por los mares hasta las columnas de Hércules? ¿Sigues al cruel Marte en las batallas,

ó eres mas bien el hijo de alguno de aquellos mortales, condecorados en otro tiempo con el cetro, que reinaban en un pais abundante en ganados y protegido por los mismós dioses?"

El forastero respondió:

»No hay mas que un solo Dios, Señor del universo; y yo no soy mas que un hombre lleno de turbacion y flaqueza. Me llamo Eudoro: soy hijo de Lasténes. Venia de Tálama, con destino á la casa de mi padre: sobrevino la noche, y me quedé dormido junto á esa fuente. Pero vos, ¿como andais sola por estos montes? ¡El cielo os conserve el rubor, que, despues del temor de Dios, es el mas bello de todos los temores!"

El lenguaje de aquel hombre confundia á Cimo-docea. Sentia al verle una especie de amor y de respeto, de confianza y de pavor. La gravedad de sus palabras y las gracias de su persona hacian un contraste extraordinario. Parecíale que descubria una nueva especie de hombres mas nobles y majestuosos que los conocidos hasta entonces. Creyendo aumentar el interés que Eudoro manifestaba al parecer en su desgracia, le dijo:

»Yo soy hija de Homero el de los cánticos inmortales."

El forastero se contentó con responderle:

»Yo conozco otro libro mas hermoso que el suyo."

Desconcertada con una respuesta tan lacónica, dijo para sí:

»Este jóven es algun espartano."

Refiriole despues su historia. El hijo de Lasténes le dijo:

»Voy á acompañaros hasta la casa de vuestro padre.»

Y echó á andar delante de ella.

La hija de Demodoco le seguia; y oíase la trémula respiracion de Cimodocea que iba pavorosa: para serenarse un poco probó á hablar, y aventuró algunas palabras sobre el embeleso de la noche sagrada, esposa del Erebo, madre de las Hespéridas y del Amor. Pero su guía interrumpiéndola, le dijo:

»Yo no veo mas que astros que pregonan la gloria del Altísimo.»

Estas palabras aumentaron la confusion de la sacerdotisa de las Musas. Ya no sabia qué pensar de este desconocido que tuviera al principio por un inmortal. Sospechaba si seria algun impío, aborrecido de los hombres y perseguido de los dioses, que andaba de noche prófugo sobre la tierra; ó si acaso seria algun pirata, que habria aportado en aquellas costas para robar los hijos á sus padres. Cimodocea comenzaba á sentir un pavor muy vivo, aunque se esforzaba en no manifestarlo; pero no tuvo límites su asombro cuando vió que su guía, acercándose á un esclavo abandonado que hallaron por el camino, le trató de hermano, y quitándose el manto, se lo dió para que cubriese con él sus carnes desnudas.

»Estranjero, dijo la hija de Demodoco, ¿tú has creido sin duda que este esclavo era algun dios cubierto con el traje de mendigo para poner á prueba el corazon de los mortales?»

»No, respondió Eudoro; creí que era un hombre.»

Entre tanto se levantó un vientecillo fresco por la parte del oriente: no tardó en rayar la aurora; y á poco rato el sol, diligente y esplendoroso, salió de las montañas de la Laconia sin una nube, y con magnífica sencillez, y comenzó á subirse por los cielos. En el mismo instante, Eurimedusa, saliendo precipitadamente de un bosquecillo inmediato, se arrojó con los brazos abiertos hácia Cimodocea.

»¡Oh hija mia! exclamaba, ¡que sentimiento me has dado! He llenado el aire de suspiros. Yo creí que te habia robado el dios Pan, dios atrevido, que anda siempre errante por los bosques; y cuando ha danzado con el viejo Sileno, tiene una avilantez sin igual. ¿Como me habia de atrever yo á ponerme sin ti en presencia de mi querido amo? ¡Ay! todavía era yo muy niña, y estando jugando un dia en las riberas del Naxos, mi patria, me robó repentinamente una gavilla de esos hombres que andan por el imperio de Tétis con mano armada, haciendo rico botin. Me vendieron en un puerto de Creta, distante de Gortina todo el espacio que puede caminar un hombre andando á prisa, desde la tercera vijilia hasta el medio dia. Tu padre, que habia ido á Lebena para permutar trigo de Teodosía por alfombras de Mileto, me compró á los piratas, dándoles por mí dos toros que aun no habian trazado los surcos de Céres; y despues que hubo experimentado mi lealtad, me destinó para guardar las puertas de su cámara nupcial. Cuando las crueles

Ilitias hubieron cerrado los ojos de Epicáris, te puso Demodoco en mis brazos para que te sirviese de madre. ¡Cuanto me has hecho sufrir cuando eras niña! Yo pasaba las noches al lado de tu cuna; te mecía sobre mis rodillas; no querías tomar alimento sino de mi mano, y si me apartaba un solo instante de ti, derramabas tiernas lágrimas.”

Mientras Eurimedusa decía estas palabras, estrechaba á Cimodocea entre sus brazos, y regaba la tierra con su llanto. Cimodocea, enternecida con las caricias de su aya, la abrazaba también llorando, y le decía:

»Madre mía, este es Eudoro, el hijo de Lasténes.”

El mozo, apoyado en su lanza, miraba aquella escena sonriéndose. La natural gravedad de su rostro se había trocado en blando enternecimiento; pero recobrando al instante su seriedad:

»Hija de Demodoco, le dijo, ved ahí á vuestra aya: la casa de vuestro padre no está lejos. Dios se compadezca de vuestra alma.”

Y sin aguardar la respuesta de Cimodocea, partió como el águila. La sacerdotisa de las Musas, impuesta en el arte de los augurios, no dudó entonces que el cazador era uno de los inmortales; y volvió la cabeza al otro lado, temiendo ver al dios y morir. Luego atravesó apresuradamente el monte Itomo, y pasando por las fuentes de Arsinoe y de Clepsidra, llamó al templo de Homero. El anciano pontífice había pasado toda la noche dando vueltas por los bosques: había enviado esclavos á Leuctra,

á Feres y á Limna. No bastaba la ausencia del pró-
cónsul de la Acaya para sosegar su paternal ternura.
Temia ya la violencia de Hiérocles, aunque este
impío estaba en Roma, y por todos lados veia que-
brantos para su amada Cimodocea. Cuando llegó
ésta con su aya, estaba aquel desgraciado padre
sentado en el suelo junto al hogar; se habia cu-
bierto la cabeza con un pliegue de su manto, y re-
gaba con sus lágrimas la ceniza. Al presentarse sú-
bitamente su hija, casi murió de gozo; Cimodocea
se arrojó en sus brazos, y por algunos instantes no
se oyeron mas que sollozos interrumpidos: iguales
gritos resuenan en los nidos de las aves cuando la
madre lleva la comida á los polluelos. En fin, sus-
pendiendo Demodoco sus lágrimas, decia:

»¡Oh hija mia! ¿que dios te ha restituido á tu
padre? ¡Como te dejé yo ir sola al templo! Yo te-
mia á nuestros enemigos, temia á los satélites de
Hiérocles, que menosprecia á los dioses y se burla
de las lágrimas de los padres. Pero yo hubiera atra-
vesado el mar, hubiera ido á echarme á los pies del
César, y le hubiera dicho: »Vuélveme á mi Cimo-
docea, ó quitame la vida.» Hubieran visto á tu pa-
dre contando su afliccion al sol, y buscándote por
toda la tierra, como Céres cuando pretendia que le
restituyesen la hija que Pluton le habia arrebatado.
La suerte de un anciano que muere sin hijos es muy
digna de lástima. Todos se apartan de su cuerpo,
escarnio de la juventud, y dicen: »Este viejo era
»un impío; los dioses han anonadado su prole: no
»ha dejado un hijo que lo enterrase.»

Entonces Cimodocea, acariciando á su anciano padre, y pasando sus bellas manos por su plateada barba, le dijo:

»Padre mio, divino cantor de los inmortales, nosotros nos hemos extraviado por los bosques: un jóven, ó por mejor decir, un dios, nos ha conducido á casa." Al oír estas palabras, se levantó Demodoco, y apartando á su hija de su pecho:

»¡Como! exclamó, un forastero te ha restituido á tu padre, ¿y tú no le has presentado en mi casa? ¡Tú, sacerdotisa de las Musas é hija de Homero! ¿Que hubiera sido de tu divino abuelo, si no hubiesen cumplido con él los deberes de la hospitalidad? ¿Que dirán en toda la Grecia? ¡Demodoco el Homérida ha cerrado su puerta á un suplicante! ¡Ah! no tendria mas cruel pesadumbre, aun cuando dejasen de llamarme padre de Cimodocea."

Eurimedusa, viendo el enojo de Demodoco, y queriendo disculpar á Cimodocea, le dijo:

»Demodoco, mi amado señor, no condenes la conducta de tu hija: yo te hablaré con toda la sinceridad de mi corazón. Si no hemos convidado al forastero á que viniese con nosotras, fue porque era jóven y hermoso como un inmortal; y hemos temido las sospechas que á cada paso se enjendran en el corazón de los hijos de la tierra."

»¡Eurimedusa! replicó Demodoco, ¿que palabras son esas que han salido de tus labios? Hasta ahora te habia tenido por una mujer cuerda; pero veo que algun dios ha trastornado tu corazón. Sabe que jamás abrí yo mi corazón á sospechas injustas; y

que nada aborrezco tanto como al hombre que malicia siempre del corazón humano.”

Cimodocea concibió entonces la idea de apaciguar á Demodoco.

»Pontífice sagrado, le dijo, sosiega, te ruego, los ímpetus de tu ira: la ira, bien así como el hambre, es madre de los malos consejos. Todavía podemos reparar mi falta. Ese jóven me ha dicho su nombre; tal vez conocerás tú á su antigua familia: se llama Eudoro, y es hijo de Lasténes.”

La blanda persuasion hizo penetrar aquellas palabras sagaces en lo íntimo del corazón de Demodoco; y abrazando tiernamente á Cimodocea, le dijo:

»Hija mia, no en vano cuidé yo de instruir tu juventud con el mayor esmero; no hay una doncella de tu edad á quien no aventajes en cordura, y solo las Gracias son mas diestras que tú en bordar velos. Pero ¿quien ha de igualar á las Gracias, y en especial á la mas jóven, á la divina Pasitea? Tienes razon, hija mia; yo conozco á la antigua familia de Eudoro, hijo de Lasténes. A nadie cedo en la ciencia de la jenealogía de los dioses y de los hombres: aun en los tiempos antiguos, solamente me hubieran aventajado Orfeo, Lino, Homero, ó el anciano de Ascrea; porque los hombres de aquellos tiempos valian mucho mas que los presentes. Lasténes es uno de los principales moradores de la Arcadia; es su alcuernia divina y heroica; porque descende del rio Alfeo, y cuenta entre sus abuelos al gran Filopemen y á Polibio, amado de Caliope, hija de Saturno y de Astrea. Ese Eudoro que tú dices, ha alcan-

zado el triunfo en los sangrientos ejercicios del dios de la guerra: nuestros príncipes le aprecian, y ha ejercido los mas altos empleos del ejército y del estado. Mañana, no bien Dice, Irene y Eunomia, amables Horas, hayan abierto las puertas del dia, subiremos en un carro, y marcharemos á ofrecer algunos regalos á Eudoro, cuyo valor y sabiduría pregona la fama."

Al acabar estas palabras, Demodoco, seguido de su hija y de Eurimedusa, entró en el templo, donde brillaban el ambar, el bronce y las conchas de tortuga. Un esclavo, tomando una jarra de oro y una palangana de plata, echó agua cristalina sobre las manos del sacerdote de Homero. Demodoco toma una copa, la purifica con la llama, echa en ella agua y vino, y derrama sobre el pavimento la libacion sagrada, para apaciguar á los dioses lares. Cimodocea se retiró á su aposento, y despues de haber disfrutado de un baño deleitoso, se acostó sobre tapices de Lidia, cubiertos con lino delicado de Ejipto; pero no pudo gozar los dones del sueño, y en vano suplicó á la Noche que derramase sobre ella sus sombras apacibles.

Apenas habia comenzado el alba á blanquear el oriente, cuando se oyó la voz de Demodoco que llamaba á sus diestros esclavos. Al punto Evemon, hijo de Boetoo, abre la estancia que encerraba los carros, fija en el eje las estrepitosas ruedas de ocho rayos, fortalecidas con llantas de bronce; cuelga sobre correas flexibles la caja del carruaje embutida de marfil; junta el timon al carro, y ata á su estre-

midad el yugo brillante. Hestioneo de Epiro, diestro en criar caballos, conduce dos corpulentas mulas, blancas como la nieve, y unciéndolas al yugo, acaba de cubrirlas con los arneses cuajados de oro. Eurimedusa, llena de días y de esperiencia, trae el pan y el vino, la fuerza del hombre; y pone tambien en el carro el regalo destinado al hijo de Lasténes. Este regalo era una copa de bronce; obra maravillosa, en donde Vulcano habia esculpido la historia de Hércules que libertaba á Alcesta en premio de la hospitalidad que encontró en casa de su esposo. Ayaz habia dado esta copa á Tiquio de Hile, célebre armero, por el escudo cubierto de siete pieles de toro que llevaba en el sitio de Troya el hijo de Telamon. Un descendiente de Tiquio acogió en su casa al cantor de Ilion, y le regaló aquella soberbia copa. Habiendo pasado Homero á la isla de Sámos, se hospedó en casa de Creófilo, y al morir le dejó su copa y sus poemas. Algunos años despues, Licurgo, rey de Esparta, que viajaba en busca de la sabiduría, visitó á los hijos de Creófilo; estos le ofrecieron la copa de Homero, y con ella los versos que habia dictado Apolo á aquel inmortal poeta. Cuando murió Licurgo, el mundo heredó los cantos de Homero; pero la copa fue restituida á los Homéridas: y asi vino á parar á las manos de Demodoco, postrer descendiente de aquella familia sagrada, el cual la destina hoy para el hijo de Lasténes.

Entre tanto Cimodocea, retirada en su modesto asilo, deja caer á sus pies el vestido de noche, obra misteriosa del rubor, y se cubre con una ropa se-

mejante á la flor de lis, que las gracias decentes atan con sus propias manos alrededor de su pecho. Cruza sobre sus desnudos pies cintas delgadas, y con una aguja de oro recoje sobre su cabeza las perfumadas trenzas de su cabellera. Su aya le trae el velo blanco de las Musas, que brillaba como el sol, y que estaba guardado debajo de todos los demas en una caja de madera aromática. Cimodocea se cubre la cabeza con aquel tejido virjinal, y sale á reunirse con su padre. En aquel punto se dirijia hácia el carro el anciano, vestido de una larga túnica; la llevaba prendida con un ceñidor adornado de franjas de púrpura, que valia una hecatumba: sobre la cabeza llevaba una corona de papiro, y empuñaba el ramo sagrado de Apolo. Sube al carro, siéntase Cimodocea junto á él; y Evemon, cojiendo las riendas y revolviendo el látigo con fuertes chasquidos, hiere los costados de las blancas mulas. Precipítanse las bestias, y las veloces ruedas apenas señalan sobre el polvo el rastro que deja un leve bajel cuando huye deslizando sobre las ondas.

»Oh hija mia, decia el piadoso Demodoco mientras volaba el carro, ¡guárdenos el cielo de faltar al reconocimiento! No aborrece Júpiter tanto las puertas del infierno como á los desagradecidos: los ingratos viven breves dias, y siempre están entregados á una furia; pero los que no pierden la memoria de los beneficios, tienen siempre á su lado una deidad propicia: los dioses quisieron nacer entre los Ejiptios, porque entre todos los hombres son los que mas cultivan la gratitud.

LIBRO II.

RESUMEN.

Demodoco y Cimodocea llegan á la Arcadia. Encuentran á un anciano junto al sepulcro de Aglao de Sofis, y este anciano acompaña á Demodoco al campo donde estaba recojiendo las mieses la familia de Lastènes. Cimodocea reconoce á Eudoro. Demodoco advierte que Lastènes y su familia son cristianos. Llega Cirilo, confesor y mártir, obispo de Lacedemonia, y ruega á Eudoro que le cuente la historia de su vida. Comida de la tarde. Despues de comer, canta Cimodocea acompañándose con la lira. Eudoro canta tambien. Las dos familias se retiran á descansar. Sueño de Cirilo. Oracion al santo obispo.

Mientras el sol iba remontándose por los cielos, corría el carro, tirado de las mulas, con veloz carrera; y á la hora en que el majistrado rendido de fatiga deja gozoso el tribunal para ir á comer con su familia, llegó el sacerdote de Homero á los confines de la Arcadia, y entró, para descansar, en Figalea, célebre por el sacrificio de los orestasienes. El noble Anceo, descendiente de Agapenor, que acaudillaba á los arcadios en el sitio de Troya, dió hospitalidad á Demodoco. Los hijos de Anceo desatan del yugo las mulas cubiertas de sudor, lavan con agua pura sus costados cubiertos de polvo, y les echan de comer yerba tierna, cortada en las orillas del rio Neda. Conducen á Cimodocea al baño unas jóvenes frijias, que perdieron su grata libertad, y á Demodoco le cubre su huésped con una delicada túnica y con un manto precioso: el prínci-

pe de la juventud, el mayor de los hijos de Anceo, coronado con ramas de álamo blanco, sacrifica á Hércules un jabalí cebado en las selvas de Erimanto: las partes de la víctima destinadas para la ofrenda, están cuajadas de gordura, y las consumen con libaciones sobre carbones encendidos. Un hierro largo con cinco dientes presenta á la llama estrepitosa lo restante de las viandas sagradas: á los huéspedes les presentan el lomo sustancioso y los mas delicados trozos de la víctima: á Demodoco le dan una parte tres veces mayor que la de los demas convidados. Viértese con abundancia en una copa de oro un vino oloroso y purpúreo, que estaba guardado hacia ya diez años en la bodega; y los dones de Cérés, que Triptolemo dió á conocer al piadoso Arcas, reemplazan la bellota con que se mantenian en otro tiempo los Pelasgos, primeros habitantes de la Arcadia.

Sin embargo, Demodoco no puede disfrutar completamente los obsequios de la hospitalidad, y se desvive por llegar á casa de Lasténes. Ya cubria la noche los caminos con sus sombras: entonces arrancaron la lengua de la víctima, é hicieron las últimas libaciones á la madre de los sueños: luego condujeron al sacerdote de Homero y á la sacerdotisa de las Musas bajo un pórtico sonoro, en donde los esclavos les habian preparado lechos de blandas pieles.

Demodoco esperaba con impaciencia la vuelta del dia.

»Hija mia, decia á Cimodocea, á quien tampo-

co dejaba descansar un poder desconocido, ¡ay de aquellos á quienes nunca arrancó de los brazos de Morfeo la gratitud ó la piedad! No le es lícito entrar en los templos de los dioses al que va vestido de hierro, ni será admitido en los campos Eliseos el que tenga un corazón duro como los broncees.”

Apenas la aurora iluminó con sus primeros rayos el altar de Júpiter que corona el monte Liceo, Demodoco mandó uncir las mulas al carro. En vano intenta detener á su huésped el jeneroso Anceo: el sacerdote de Homero parte con su hija. Rueda el carro con estrépito fuera de los pórticos, y se encamina hácia el templo de Eurinome, que está oculto en medio de un bosque de cipreses; pasa el monte Elayo, y deja atrás la gruta donde Pan encontró á Cérés, empeñada en no conceder á los labradores sus finezas; pero que al fin se dejó ablandar por los ruegos de las Parcas, propicias aquella sola vez á los mortales.

Los viajeros atraviesan el Alfeo mas abajo de la confluencia del Gortinio, y bajan hasta las aguas cristalinas del Ladon. Allí se ofrece á la vista un sepulcro antiguo que las ninfas de las montañas habían rodeado de olmos, y era el de Aglao de Sofis, aquel arcade pobre y virtuoso, que, segun declaró el oráculo de Delfos, era mas venturoso que el rey de Lidia. Del sepulcro partian dos caminos; el uno iba dando vueltas á lo largo del Alfeo, y el otro se encumbraba por la montaña.

Mientras Evemon estaba deliberando cual de los dos caminos seguiria, advirtió que junto al se-

pulcro de Aglao estaba sentado un hombre ya bastante anciano. El traje que llevaba no se distinguia del de los filósofos griegos, sino en ser de una tela blanca bastante ordinaria: estaba alli como quien aguarda á viajeros; pero no parecia ni curioso ni afanado. Cuando vió que el carro se detenia, se levantó, y dirijiéndose á Demodoco, le dijo:

»Caminante, ¿buscáis vuestro camino, ó venís á visitar á Lasténes? Si quereis descansar en su casa, tendrá en ello la mayor satisfaccion.»

»Estranjero, respondió Demodoco, Mercurio no salió mas á tiempo al encuentro de Priamo, cuando el padre de Hector se dirijia al campo de los griegos. Tu traje es de un sábio, y tus espresiones son breves, pero discretas. Yo te diré la verdad: nosotros buscamos al rico Lasténes, á quien sus muchos bienes dan fama de venturoso. Él habitará sin duda en aquel palacio que se ve á las orillas del Ladon, y que cualquiera tendria por el templo del dios de Cileno.»

»Aquel palacio, respondió el desconocido, pertenece á Hiérocles, procónsul de la Acaya. Vosotros habeis llegado al cercado del huésped que buscáis: aquel techo de paja que se descubre sobre la cima de aquella montaña, es la morada de Lasténes.»

Apenas profirió estas palabras, abrió el forastero una barrera, tomó la rienda de las mulas, é hizo entrar el carro en el cercado.

»Señor, dijo entonces Demodoco, hoy es el dia de la siega: si vuestro criado quiere conducir las

mulas á esa vivienda inmediata, yo os acompañaré al campo, en donde hallareis á la familia de Lasténes.”

Demodoco y Cimodocea bajaron del carro, y se fueron con el extranjero. Despues de haber seguido algun rato una senda por medio de las viñas, sobre un terreno pendiente, en donde crecian por ambos lados algunas hayas corpulentas, descubrieron un campo lleno de haces de mieses y cuajado de hombres y mujeres que trabajaban con afan, los unos en cargar los carros, y los otros en cortar y atar las espigas. Luego que estuvieron en medio de los segadores, el desconocido dijo en alta voz:

»¡El señor sea con vosotros!»

Los segadores respondieron:

»Dios os dé su bendicion.”

Y siguieron trabajando y cantando cierto cántico por un tono grave. Algunas espigaderas los seguian recojiendo las muchas espigas que ellos dejaban caer de intento: asi lo había dispuesto el amo, para que aquellas pobres mujeres pudiesen recoger un poco de trigo sin avergonzarse. Cimodocea conoció de lejos al jóven del bosque; estaba sentado con su madre y sus hermanas sobre unas haces á la sombra de un árbol corpulento. La familia se levantó y se dirigió hácia los forasteros.

»Séfora, dijo el guía de Demodoco, mi querida esposa, demos gracias á la Providencia que nos envia caminantes.”

»¡Como! exclamó el padre de Cimodocea, ¿ese era el rico Lasténes, y yo no le he conocido! ¡Ah! ¡como burlan los dioses la prudencia de los hom-

bres! yo creí que eras un esclavo á quien su señor le habia encargado que cumpliese con los deberes de la hospitalidad.”

Lasténes hizo una leve inclinacion.

Eudoro, bajando los ojos, y dando la mano á la mas jóven de sus hermanas, se mantenía respetuosamente detras de su madre.

»Huésped, dijo Demodoco, y vos, prudente esposa de Lasténes, semejante á la madre de Telémaco, vuestro hijo sin duda os habrá referido lo que hizo por mi hija, á la cual los faunos habian estrañado en los bosques. Presentadme al noble Eudoro, para que yo le abrace como á hijo mio.”

»Ved ahí á Eudoro detras de su madre, respondió Lasténes. Ignoro lo que ha hecho por vos; porque no nos ha contado nada.”

Demodoco quedó confuso:

»¡Como! decia entre sí, este simple zagal es el guerrero que triunfó de Carrausio, el tribuno de la lejion británica, el amigo del príncipe Constantino.”

Recobrado por fin de su primera sorpresa, el sacerdote de Homero exclamó:

»Yo debia haber conocido á Eudoro por su heroica estatura, aunque algo menos alta que la de Lasténes; porque los hijos no tienen ya la pujanza de sus padres. Oh tú, que podrias ser el mas jóven de mis hijos, los dioses te concedan cuanto deseas. Yo te traigo una copa de un precio inestimable: mi esclavo la sacará del carro, y tú la recibirás de mis manos. Jóven y valeroso guerrero, menos hermoso que tú era Meleagro cuando cautivó los ojos de Ata-

lanta. Dichoso tu padre, dichosa tu madre; pero mas venturosa todavía la que ha de ser tu compañera en el tálamo. Si la doncella que te encontró no estoviese cousagrada á las castas Musas....”

Los dos jóvenes se sintieron turbados con las palabras de Demodoco. Eudoro se apresuró á responder, diciendo:

»Yo aceptaré el regalo que me ofreceis, si no ha servido para vuestros sacrificios.”

Como aun no se acababa el dia, la familia convidó á los dos forasteros á descansar en su compañía á orillas de una fuente. Las hermanas de Eudoro, sentadas á los pies de sus padres, tejian coronas de flores encarnadas y azules para una fiesta que estaba próxima. A poca distancia se veian los cántaros y los vasos de los segadores; y á la sombra de algunas haces de mieses que habian enderezado, un niño gozaba del sueño en su cuna.

»Huésped, dijo Demodoco á Lasténes, me parece que tú pasas aqui la vida del divino Nestor. Yo no me acuerdo de haber visto el cuadro de una escena como esta sino en el escudo de Aquiles. Vulcano habia grabado en él un rey en medio de los segadores: aquel pastor de los pueblos, alborozado y silencioso, tenia el cetro levantado sobre los surcos. Solo falta aqui el sacrificio del toro bajo la encina de Júpiter. ¡Que mieses tan abundantes! ¡Cuantos esclavos leales y laboriosos!”

»Estos segadores, le replicó Lasténes, no son ya esclavos míos. Mi relijion no consiente esclavos, y yo les he dado la libertad.”

»Lasténes, dijo entonces Demodoco, empiezo á comprender que la fama, esa voz de Júpiter, me habia anunciado la verdad; tú habrás abrazado sin duda esa secta nueva que adora un Dios no conocido de nuestros mayores.»

»Yo soy cristiano,» respondió Lasténes.

El descendiente de Homero quedó un rato suspenso; y luego, volviendo á seguir la conversacion:

»Huésped, le dijo, perdona mi injenuidad: yo he obedecido siempre á la verdad, hija de Saturno y madre de la virtud. Los dioses son justos: ¿como he de conciliar la prosperidad que te rodea con las impiedades de que acusan á los cristianos?»

Lasténes respondió:

»Caminante, los cristianos no son impíos, y vuestros dioses no son ni justos ni injustos, porque no son nada. Si prosperan mis campos y mis ganados en las manos de mi familia, es porque ésta es sencilla de corazon y sumisa á la voluntad del Dios único y verdadero. El cielo me ha dado la prudente consorte que aqui veis: solo he exigido de ella una amistad constante, y la humildad y castidad de una mujer. Dios bendijo mis intenciones, y me ha dado hijos obedientes, que son la corona de los ancianos. Aman á sus padres, y son felices, porque tienen inclinacion al hogar paterno. Mi esposa y yo hemos envejecido juntos; y aunque mis dias no han sido siempre afortunados, ha dormido treinta años á mi lado, sin revelar las zozobras de mi lecho y las tribulaciones ocultas de mi corazon. Dios le dé siete

veces la paz que ella me ha dado. Nunca será tan feliz como desea mi alma.”

Asi se espresaba el corazon de aquel cristiano de los primitivos dias al hablar de su esposa. Cimodocea le escuchaba con cariño: la belleza de aquellas costumbres penetraba el alma de la jóven infiel, y el mismo Demodoco necesitaba acordarse de Homero y de todos sus dioses para que no le arastrase la fuerza de la verdad.

Despues de algunos instantes, dijo á Lasténes el padre de Cimodocea:

»En todo me pareces un hombre de los tiempos antiguos; y sin embargo yo no he visto tus palabras en Homero. Tu silencio tiene la dignidad del silencio de los sábios: tú te elevas á los sentimientos majestuosos, no con las alas de oro de Eurípides, sino con las alas celestiales de Platon. En medio de una dulce abundancia, disfrutas de las fruiciones de la amistad: nada hay forzado alrededor de ti: todo es contento, persuasion, amor. ¡Ojalá conserves largo tiempo tu felicidad y tus riquezas!”

»Nunca he creído, respondió Lasténes, que estas riquezas fuesen mías: las recojo para mis hermanos los cristianos, para los jentiles, para los viandantes, para todos los desgraciados. Dios me ha dado la direccion de estos bienes; Dios tal vez me la quitará: ¡bendito sea siempre su santo nombre!”

Mientras Lasténes acababa de pronunciar estas palabras, el sol declinaba ya sobre las cimas del Foloe, hácia el brillante horizonte de Olimpia. El astro, que habia crecido, pareció un momento in-

móvil, suspendido sobre la montaña como un ancho escudo de oro. Las arboledas del Alfeo y del Ladon, las nieves lejanas del Telfuso y del Liceo se cubrieron de rosas: amainaron los vientos, y los valles de la Arcadia quedaron en un reposo universal. Los segadores dejaron entonces su trabajo: la familia, acompañada de los forasteros, volvió á tomar el camino de la casa. Los amos y los criados caminaban confundidos unos con otros, llevando los diversos aperos de la labranza. Seguíanlos las mansas caballerías, cargadas de leña que habian cortado en las alturas, y los tardos bueyes arrastrando con lentitud las carretas, que rechinaban con el peso de las mieses.

Luego que llegaron á la casa, oyeron el sonido de una campana.

»Nosotros, dijo Lasténes á Demodoco, vamos á rezar la oracion de la tarde: ¿ nos permitireis que os dejemos por un instante, ó quizás quereis acompañarnos?»

»Los dioses me libren, exclamó Demodoco, de despreciar las oraciones, hijas cojas de Júpiter, y las únicas que pueden apaciguar la ira de Ate.»

Y en un momento se reunieron en un patio cercado de graneros y de establos para los ganados. Habia tambien alli algunas colmenas, de donde salia un grato olor, que se mezclaba con el aroma de la leche de las terneras que volvian de los prados. En medio de aquel patio se veia un pozo, cuyos dos pilares estaban vestidos de hiedra, y terminaban con dos aloes que crecian en unos canastillos. Un

nogal , plantado por el abuelo de Lasténes , tendia su sombra sobre el pozo. Lasténes , con la cabeza descubierta y la cara vuelta hácia el oriente, se puso en pie bajo el árbol doméstico : los zagales y segadores se hincaron de rodillas sobre paja nueva alrededor de su amo ; y el padre de familias pronunció en alta voz la oracion siguiente , que repitieron sus hijos y criados.

»Señor, dignaos visitar esta noche nuestra morada, y apartar de ella los sueños vanos. Nosotros vamos á dejar las vestiduras del dia ; cubridnos con la túnica de la inocencia y de la inmortalidad, que perdimos por la desobediencia de nuestros primeros padres. Y cuando durmamos en el sepulcro , haced, Señor , que nuestras almas descansen con vos en el cielo.”

Acabada la oracion , entraron en la casa , donde se preparaba el banquete de la hospitalidad. Presentáronse un hombre y una mujer , que llevaban dos grandes vasijas de bronce , llenas de agua calentada por la llama : el sirviente lavó los pies de Demodoco , y la sirvienta los de Cimodocea ; y despues de haberlos unjido con un aceite aromático y de mucho precio , los enjugaron con un lienzo blanco. La hija mayor de Lasténes , que era de la misma edad que Cimodocea , bajó á un sótano fresco y abovedado , donde se conservaban cuantas cosas son necesarias para la vida del hombre. Sobre tablones de encina clavados en las paredes se veian muchos pellejos llenos de un aceite tan suave como el de Atica : unas medidas de piedra , de la figura de una

ara , adornadas con cabezas de leon , contenian la rica arina flor : tambien habia vasos de miel de Creta , menos blanca , pero mas aromática que la de Hibla ; y ánforas llenas de un vino de Chio , que con el transcurso de los años se habia convertido en bál-samo. La hija de Lasténes llenó un vaso grande de aquel licor benéfico que regocija el corazon del hombre en la amable familiaridad de la refeccion.

Los criados no sabian si habian de preparar el banquete bajo la parra ó bajo-la higuera , como en un dia de regocijo. Van á consultar á su amo , y Lasténes les manda que preparen en la sala de los Agapes una mesá de lucido boj. Lávanla con una esponja , y la cubren con canastillos de mimbres , llenos de un pan amasado sin levadura , y cocido bajo la ceniza. Presentan despues en platos de arcilla algunas raices y algunas aves y peces del lago Estínfalo , que era la comida destinada para la familia ; pero á los forasteros les sirvieron un cabritillo que apenas habia probado los madroños del monte Alífero y el cisto de la cañada de Meleneo.

Así que los convidados iban á sentarse á la mesa hospitalaria , entró una criada á decir á Lasténes que un anciano parecido en un todo al esposo de Maria , se adelantaba por la calle de los cedros montado en un asno ; y luego vieron entrar á un hombre de aspecto venerable , que debajo de un manto blanco llevaba el traje de pastor de almas. Naturalmente no era calvo ; pero las llamas habian despojado en otro tiempo su cabeza , y en su frente se dejaban ver todavía las cicatrices del martirio que

habia padecido en tiempo de Valeriano. Una barba cana le bajaba hasta la cintura; y para sostenerse llevaba un baston en forma de cayado, que le habia enviado el obispo de Jerusalem; regalo sencillo que se hacian los primeros padres de la iglesia, como el emblema de sus funciones pastorales y de la peregrinacion del hombre sobre la tierra.

Este era Cirilo, obispo de Lacedemonia, á quien los verdugos habian dejado por muerto en una persecucion contra los cristianos, y que contra su voluntad habia sido promovido al sacerdocio. Estuvo oculto mucho tiempo por libertarse de la dignidad episcopal; pero no le sirvió su humildad: Dios reveló á los fieles el paraje donde se habia retirado su siervo. Lasténes y su familia le recibieron con las demostraciones del respeto mas profundo. Se postraron ante él, besaron sus pies sagrados, cantaron el Hosanna, y le saludaron con los nombres de santísimo y amado de Dios.

»¡Por Apolo, exclamó Demodoco meneando su rama de laurel adornada con cintas, ved ahí el mas respetable anciano que han visto jamás mis ojos! ¡Oh tú, que estás cargado de dias! ¿que cetro es ese que llevas? ¿Eres tú algun rey, ó algun sacerdote consagrado á las aras de los dioses? Dime el nombre de la divinidad á quien sirves, para sacrificarle yo tambien mis víctimas.

Cirilo miró un rato á Demodoco con sorpresa, y despues, con una amable sonrisa:

»Señor, respondió, este cetro es el cayado que me sirve para guiar mis ovejas; porque yo no soy

rey, sino pastor. El Dios que recibe mi sacrificio, nació entre pastores en un pesebre. Si quereis, yo os enseñaré á conocerle, y no os pedirá otra víctima que la ofrenda de vuestro corazon.”

Volviéndose entonces Cirilo á Lasténes:

»Ya sabeis, le dijo, el objeto que aqui me trae. La penitencia pública de nuestro Eudoro ha llenado de admiracion á nuestros hermanos: todos quieren saber la causa: él ha prometido contarme su historia, y espero que querrá satisfacerme en estos dos dias que voy á pasar en vuestra compañía.”

Los criados acercaron los asientos á la mesa. El sacerdote de Homero se sentó al lado del sacerdote del Dios de Jacob. La familia se acomodó alrededor de la mesa. Demodoco, echando mano á una copa, iba á hacer una libacion á los penates de Lasténes; pero el obispo de Lacedemonia, deteniéndole con benignidad, le dijo:

»Nuestra relijion nos veda esas demostraciones de idolatría, y vos no querreis seguramente allijirnos.”

La conversacion fue sosegada y cariñosa: durante una parte de la comida, Eudoro leyó algunas instrucciones sacadas del *Evanjelio* y de las *Cartas de los Apóstoles*. Cirilo comentó afectuosamente lo que dice San Pablo sobre los deberes de los esposos. Cimodocea temblaba, y por sus mejillas virjinales caian lágrimas como perlas: Eudoro sentia el mismo embeleso: los amos y los criados estaban enternecidos. Con la accion de gracias se acabó la comida de la tarde en la casa de aquellos cristianos;

y luego fueron á sentarse á la puerta del verjel , en un poyo de piedra que servia de tribunal á Lasténes , cuando administraba justicia á sus domésticos.

El Alfeo , cual un simple zagal á quien la suerte destina á la gloria , corria por la parte mas baja de aquel verjel , y cubierto con la sombra de los árboles , precipitaba sus olas , que luego habian de coronarse con las palmas de Pisa. El Ladon , nacido en los bosques de Vénus , junto al sepulcro de la nodriza de Esculapio , serpenteaba por aquellas risueñas praderías , é iba á mezclar sus cristales puros con la corriente del Alfeo. Los profundos valles , regados por ambos rios , estaban plantados de mirtos , de chopos y de sicomoros : un anfiteatro de montañas terminaba el círculo entero del horizonte. La cima de estas montañas estaba cubierta de frondosos bosques , habitados de osos , ciervos , asnos , salvajes y tortugas de monstruosa magnitud , y cuyas conchas servian para fabricar liras. Los pastores , vestidos de una piel de jabalí , apacentaban entre aquellas peñas y aquellos pinos crecidos rebaños de cabras : estos lijeros animales estaban consagrados al Dios de Epidauro , porque cuando pacian el cisto en las alturas inaccesibles , tenian todo el vellon cubierto con la goma que se pegaba á su barba y á sus sedas.

Todo era grave y risueño , sencillo y sublime en aquel cuadro. En medio del cielo se descubria la luna que estaba en su menguante y se parecia á las lámparas semicirculares que los fieles primitivos en-

cendian en los sepulcros de los mártires. La familia de Lasténes, que contemplaba aquella escena solitaria, no pensaba entonces en las vanas curiosidades de la Grecia: Cirilo se humillaba ante la potencia que oculta las fuentes en el regazo de los peñascos, y cuyas pisadas hacen saltar de gozo las montañas, como cuando retozan el tímido corderillo ó el morueco; admiraba aquella sabiduría que se encumbra como un cedro sobre el Líbano, ó como un plátano junto á la corriente de las aguas. Pero Demodoco, que deseaba hacer lucir los talentos de su hija, interrumpió aquellas meditaciones:

»Jóven alumna de las Musas, dijo á Cimodocce, divierte á tus venerables huéspedes. La amable condescendencia forma el embeleso de la vida; y Apolo retira sus dádivas á los ánimos altivos. Haznos ver que descienes de Homero. Los poetas son los lejisladores de los hombres y los maestros de la sabiduría. Cuando Agamenon partió para las riberas de Troya, dejó á Clitemnestra un cantor divino para que le recordase la virtud: esta reina trascordó sus deberes; pero esto no sucedió hasta que Ejisto hubo trasladado á una isla desierta al hijo de las Musas.»

Asi habló Demodoco. Eudoro fue á buscar una lira, y la presentó á la jóven griega, que al tomarla pronunció algunas palabras mal articuladas, pero de una dulzura maravillosa. En seguida se levantó, y despues de haber preludiado por distintos tonos, dejó oír su melodiosa voz.

Comenzó por el elogio de las Musas.

»Vosotras sois, dijo, las que lo habeis enseñado todo á los hombres: vosotras sois el único consuelo de la vida: vosotras prestais suspiros á nuestros dolores, y á nuestras satisfacciones armonía. »El hombre no recibió del cielo mas que un talento, y es la divina poesía; y vosotras fuisteis escogidas para hacerle este presente inestimable. »¡Oh hijas de Mnemosina, que amais los bosques de Olimpo, el valle de Tempe y las aguas de Castalia, sostened la voz de una doncella consagrada á vuestras aras!»

Despues de esta invocacion, cantó Cimodocea el nacimiento de los dioses: á Júpiter, libertado del furor de su padre; á Minerva, nacida del cerebro de Júpiter; á Hebe, hija de Juno; á Vénus, nacida de la espuma del mar; y á las Gracias, que tienen á Vénus por madre. Tambien cantó el nacimiento del hombre, animado por el fuego de Prometeo; á Pandora y su fatal caja; al jénero humano reproducido por Deucalion y Pirra. Cantó las metamorfosis de los dioses y de los hombres: á las Helíadas, convertidas en álamos, y el ambar de su lloro, que rodaba con las olas del Eridano. Tambien cantó á Dafne, Baucis, Clitia, Filomela y Atalanta; el llanto de la Aurora convertido en rocío; la corona de Ariadna colocada en el firmamento. No se olvidó de vosotras, oh fuentes; ni de vosotros tampoco, rios conservadores de los árboles, que os cubren con su sombra. Despues celebró al viejo Peneo, al Ismeo y al Erimanto, al Meandro que hace tantos rodeos, al Escamandro tan famoso, al

Esperquio amado de los poetas, al Eurotas querido de la esposa de Tindaro, y al rio que los cisnes de Meonia han embelesado tantas veces con la armonía de sus ecos.

Mas ¿ como hubiera pasado en silencio á los héroes celebrados por Homero? Alentándose con nuevos brios, cantó la ira de Aquiles, tan aciaga á los griegos, á Ulises, Ajax y Fenix en la tienda del amigo de Patroclo, á Andrómaca en las puertas Escneas, y á Príamo de rodillas ante el matador de Héctor. Tambien solemnizó los quebrantos de Penélope, el mútuo reconocimiento de Telémaco y Ulises en casa de Eumeo, la muerte del perro leal, el viejo Laertes escardando su huerto y llorando al ver los trece perales que habia dado á su hijo.

No pudo cantar Cimodocea los versos de su inmortal abuelo, sin consagrar algunos acentos á su memoria. Representó á la pobre y virtuosa madre de Melesijenes, encendiendo la lámpara y trabajando con el huso á media noche, para comprar, con el precio de su hilado, pan con que sustentar á su hijo. Dijo cómo quedó ciego Melesijenes, y recibió el nombre de Homero; cómo iba de pueblo en pueblo implorando la hospitalidad; cómo cantaba sus versos bajo el álamo de Hila. Cantó sus largas peregrinaciones, la noche que pasó en las playas de la isla de Chio y el lance con los perros de Glauco. En fin, habló de los juegos fúnebres del rey de Eubea, donde Hesíodo osó disputar á Homero el premio de la poesía; pero suprimió la sentencia de los ancianos, que coronaron al cantor de los *Trabajos*

y de los Dias, porque sus lecciones eran mas provechosas á los hombres.

Calló Cimodocea : la lira apoyada sobre su pecho enmudeció entre sus hermosos brazos. Estaba en pie la sacerdotisa de las Musas : sus pies desnudos pisaban los céspedes , y los céfiros del Ladon y del Alfeo , hacian ondear su negra cabellera alrededor de las cuerdas de la lira. Envuelta en su blanco velo , iluminada por los rayos de la luna , parecia aquella doncella una aparicion celestial. Demodoco, enajenado, pedia en vano una copa para hacer una libacion al dios de los versos. Viendo que los cristianos enmudecian , y no daban á Cimodocea los elogios que segun él merecia :

»Huéspedes, dijo, ¿os son por ventura desagradables esos cantos? Sin embargo, los mortales y hasta los dioses se conmueven con la armonía. Orfeo ablandó al inexorable Pluton : las mismas Parcas, vestidas de blanco, y sentadas sobre el eje de oro del mundo, escuchan la melodía de las esféras; asi lo cuenta Pitágoras, que comunicaba con el Olimpo. A los hombres de las edades antiguas, famosos por su sabiduría, les embelesaba la música en términos, que la apellidaron Ley. Por lo que á mí toca, una divinidad me obliga á confesarlo; si esta sacerdotisa de las Musas no fuera hija mia, yo hubiera creído que su voz era la de la paloma que en los bosques de Creta llevaba al gran Jove el nectar y ambrosía.»

»Lo que causa nuestro silencio, respondió Cirilo, no son los cantares en sí, sino el asunto

de los cantares de esta vírjen. Tal vez llegará día, en que las mentiras de la graciosa antigüedad no sean mas que apólogos ingeniosos, objeto de los cantos del poeta. Pero ahora ofuscan vuestro entendimiento, y os atan mientras vivís á un yugo indigno de la razon del hombre, perdiendo vuestras almas despues de la muerte. No por eso creais que somos insensibles al embeleso de una música suave. ¿No es nuestra misma relijion amor y armonía? Vuestra amable hija, á quien tan propiamente comparais con una paloma, ¡cuanto mas patéticos suspiros encontraria, si la modestia del asunto correspondiese á la inocencia de la voz! Pobre tortolilla fatigada, id á la montaña donde la esposa aguardaba al esposo: id volando á aquellas místicas arboledas en donde las hijas de Jerusalem prestarán el oido á vuestro llanto.”

Y luego, volviéndose Cirilo al hijo de Lasténes:

»Hijo mio, le dijo, mostrad á Demodoco que no merecemos nosotros esa reconvencion que nos hace. Cantad los fragmentos de los libros santos, que nuestros hermanos los Apolinarios han acomodado á la lira, para probar que no somos enemigos de la bella poesía y de un gozo inocente. Muchas veces se ha servido Dios de nuestros cánticos para mover los corazones infieles.”

En las ramas de un sauce inmediato estaba colgada una lira mas fuerte y mayor que la de Cimodoca: era un cinor hebreo. Sus cuerdas se habian aflojado con el rocío de la noche. Alcanzó Eudoro el instrumento, y despues de haberlo templado, se

colocó en medio de los circunstantes , como el jó-ven David pronto á arrojar con el sonido de su arpa al espíritu que se habia apoderado del rey Saul. Cimodocea fue á sentarse junto á Demodoco; y Eudoro , alzando los ojos hácia el firmamento matizado de estrellas , entonó su inspirado cántico.

Cantó el nacimiento del caos , la luz criada con una sola palabra , la tierra produciendo los árboles y los animales , al hombre formado á imájen de Dios , y animado con un soplo de vida , á Eva sacada de la costilla de Adan , el gozo y los dolores de la mujer en su primer parto , los holocaustos de Abel y de Cain , el asesinato de un hermano , y la sangre del hombre pidiendo venganza al cielo por primera vez.

Pasando á los dias de Abraham , y endulzando los tonos de la lira , cantó la palma , el pozo , el camello , el onagro del desierto , al patriarca peregrino , sentado á la puerta de su tienda ; los ganados de Galaad ; los valles del Líbano ; las cumbres de Hermon , de Oreb , y de Siná ; los rosales de Jericó ; los cipreses de Cades ; las palmas de Iduméa ; Efraim y Siquem , Sion y Solima ; el torrente de los cedros y las aguas sagradas del Jordan. Cantó á los jueces reunidos en las puertas de la ciudad ; á Booz , en medio de los segadores ; á Jedeon , trillando el trigo y recibiendo la visita de un ángel ; al anciano Tobías , saliendo al encuentro de su hijo , anunciado por el perro leal ; á Agar , volviendo la cabeza por no ver morir á Ismael. Pero antes de cantar á Moisés entre los pastores de Madian , refirió el lan-

ce de José, reconocido por sus hermanos, sus lágrimas y las de Benjamin, y cantó á Jacob presentado á Faraon, y al patriarca llevado despues de su muerte á la cueva de Mambré, para dormir en ella con sus padres.

Mudando otra vez Eudoro el tono de su lira, repitió el cántico del santo rey Ezequías y el de los israelitas confinados á las orillas de los rios de Babilonia; oyose jemir la voz de Rama, y suspirar al hijo de Amós.

»¡Llorad, puertas de Jerusalem! ¡Oh Sion, tus sacerdotes y tus hijos han sido conducidos esclavos!»

Cantó las diversas vanidades de los hombres: vanidad de riquezas, vanidad de ciencia, vanidad de gloria, vanidad de amistad, vanidad de la vida, vanidad de la posteridad. Puso en claro la fementida prosperidad del impío, y antepuso el justo muerto al malvado que le sobrevive. Elojió al pobre virtuoso y á la mujer fuerte.

»Ella buscó la lana y el lino, y trabajó con sus manos diestras y mañosas. Se levanta antes del dia para distribuir la tarea á los domésticos, y el pan á las criadas: está revestida de hermosura. Se levantaron sus hijos, y publicaron que era dichosa; se levantó su marido y la alabó.»

»¡ Oh Señor! exclamó el jóven cristiano arrebatado por estas imájenes: vos sois el verdadero Soberano del cielo. Vos habeis señalado su lugar á la aürora. A vuestra voz se ha levantado el sol en el oriente; se adelanta como un jigante soberbio,

«ó cual el esposo radiante que sale del tálamo nup-
 «cial. Vos llamais al trueno, y el trueno trémulo
 «responde: «Aqui estoy:» Vos rebajais la altura de
 «los cielos; vuestro Espiritu vuela en los torbelli-
 «nos; la tierra tiembla al soplo de vuestra ira; los
 «muertos sobresaltados huyen de sus sepulcros. ¡Oh
 «Dios, cuan grande sois en vuestras obras! ¿Que
 «es el hombre para que pongais en él vuestro cora-
 «zon? Y sin embargo, él es el objeto eterno de
 «vuestra complacencia inagotable. ¡Dios fuerte!
 «¡Dios clemente! ¡Esencia increada! ¡Anciano de
 «dias! ¡Gloria á vuestro poder, amor á vuestra mi-
 «sericordia!»

Asi cantó el hijo de Lasténes. Este himno de Sion resonó á lo lejos en las grutas de la Arcadia, sorprendidas de repetir, en vez de los sonidos afe- minados del caramillo de Pan, los robustos acen- tos del arpa de David. Demodoco y su hija esta- ban muy absortos para dar muestras de su conmo- cion. Las vivas verdades de la Escritura habian des- lumbrado sus corazones, acostumbrados á no reci- bir mas que una luz mezclada con sombras: no sa- bían que divinidades eran las que Eudoro habia ce- lebrado; pero á éste le tuvieron por el mismo Apo- lo, y querian consagrarle una tripode de oro que aun no habia tocado la llama. Cimodocea se acorda- ba particularmente del elogio de la mujer fuerte, y se proponia ensayar aquel cantar en su lira. La fa- milia cristiana estaba por otra parte abismada en los mas graves pensamientos: lo que para los fo- rasteros no era mas que una poesía sublime, era

para aquella una série de profundos misterios y de verdades eternas. Hubiera durado largo rato aquel silencio, á no haberlo interrumpido de repente los aplausos de los pastores. El viento les habia llevado la voz de Cimodocea y de Eudoro: bajaron en tropel de sus montañas para escuchar aquellos conciertos; y creyeron que las Musas y las Sirenas habian renovado en las márgenes del Alfeo el certámen que tuvieron en otro tiempo, cuando las hijas de Aqueloo, vencidas por las doctas hermanas, tuvieron que despojarse de sus alas.

La noche habia andado la mitad de su carrera: el obispo de Lacedemonia invitó á sus huéspedes á retirarse. Como el viñador fatigado al fin de su carrera, llamó tres veces al Señor, y le adoró. Entonces los cristianos, despues de haberse dado el ósculo de paz, volvieron á entrar en su techo, donde se recojieron castamente.

A Demodoco le condujo un esclavo al lugar que se le habia preparado no lejos de la habitacion de Cimodocea. Cirilo, despues de haber meditado la palabra de la vida, se tendió sobre una cama de cañas; pero apenas habia cerrado los ojos, cuando le asaltó un sueño. Parecíale que volvian á abrirse las heridas de su antiguo martirio, y que con un placer inefable sentia correr de nuevo su sangre por Jesucristo. Al mismo tiempo vió á un jóven y á una vírjen, resplandecientes como la luz, que de la tierra subian á los cielos: con la palma que empuñaban le hacian señal de que los siguiese; pero no pudo distinguir sus semblantes, porque tenian cu-

bierto el rostro con un velo. Despertose lleno de santa agitacion : creyó que reconocia en aquel sueño algun aviso para los cristianos : púsose á orar con lágrimas, y le oyeron esclamar muchas veces en el silencio de la noche :

»¡ Oh Dios mio! ¡ si todavía se necesitan vícti-
»mas, echad mano de mí para la salvacion de vues-
»tro pueblo! »

LIBRO III.

RESUMEN.

La oracion de Cirilo sube al trono del Omnipotente. El cielo : los ángeles : los santos. Tabernáculo de la madre del Salvador. Santuarios del Padre y del Hijo. El Espiritu Santo. La Trinidad. La oracion de Cirilo se presenta al Eterno. El Eterno la recibe , pero declara que el obispo de Lacedemonia no es la víctima que ha de rescatar á los cristianos. Eudoro es la víctima escogida. Motivos de esta eleccion. Las milicias celestiales se arman. Cantico de los santos y de los ángeles.

Las últimas palabras de Cirilo se elevaron al solio del Eterno. El Omnipotente aceptó el sacrificio; pero no era el obispo de Lacedemonia la víctima que Dios habia elegido en su ira y en su misericordia para espigar las culpas de los cristianos.

En el centro de los mundos criados , en medio de astros sin cuento que le sirven de muralla , de entrada y de camino , va flotando la inmensa ciudad de Dios , cuyos portentos no acierta á describir la lengua de un mortal. El Eterno mismo puso sus doce cimientos , cercándola con aquella muralla de jaspe que el discípulo predilecto vió medida por el ángel con una medida de oro. Revestida de la gloria del Altísimo , la invisible Jerusalem está adornada cual la esposa para su esposo. Lejos de aqui monumentos de la tierra ; vosotros en nada os pareceis á aquellos monumentos de la ciudad san-

ta. Allí la riqueza de la materia compite en valor con la perfección de las formas. Allí reinan suspendidas en el aire galerías de zafiros y diamantes, débilmente remedadas por el númen del hombre en los jardines de Babilonia; allí se elevan arcos triunfales, formados de las mas brillantes estrellas; allí se encadenan pórticos de soles, prolongados sin fin á través de los espacios del firmamento, como las columnas de Palmira en las arenas del desierto. Aquella arquitectura es viva: la ciudad misma de Dios es inteligente: nada es materia en las mansiones del Espiritu; nada está muerto en los lugares de la eterna existencia. Las palabras toscas que la Musa tiene que emplear nos engañan; revistiendo con un cuerpo lo que no existe sino como una ilusión divina retratada en un sueño feliz.

Jardines deleitosos se estienden alrededor de la radiante Jerusalem. Un rio que nace en el trono del Omnipotente, riega el celestial Eden, y lleva rodando en sus olas el amor puro y la sabiduría de Dios. Las olas misteriosas se reparten por varios conductos, que se enlazan, se dividen, se reunen, vuelven á separarse, y hacen crecer, con la vida inmortal, el lirio semejante á la esposa, y las flores que perfuman el tálamo del esposo. El árbol de la vida se levanta sobre la colina del incienso; algo mas lejos está el árbol de la ciencia, que estiene hacia todos lados sus profundas raices y sus innumerables ramas. Oculta bajo su follaje de oro los secretos de la Divinidad, las leyes desconocidas de la naturaleza, las realidades morales é intelec-



tuales, y los inmutables principios del bien y del mal. Estos conocimientos, que á nosotros nos desvanecen, son el alimento de los escojidos; porque en los dominios de la soberana sabiduría, el fruto de la ciencia no dá ya la muerte. Los dos antiguos projenitores del jénero humano van muchas veces á verter lágrimas (de aquellas que pueden derramar los justos) á la sombra de aquel árbol maravilloso.

• La luz que ilumina aquellas afortunadas mansiones, se pinta con las rosas de la mañana, con la llama del medio dia, y de la púrpura de la tarde; sin que por esto asome ningun astro sobre el horizonte resplandeciente: ningun sol nace, ningun sol se pone en aquellos lugares en donde nada comienza ni nada acaba; pero hay una claridad indecible, que descende por todas partes como un suave rocío, y conserva el dia sin fin de la deleitable eternidad.

En los atrios de la ciudad santa y en las campiñas que la rodean, se reunen y separan alternativamente los coros de los querubines y de los serafines, de los ánjeles y de los arcánjeles, de los tronos y de las dominaciones: todos son los ministros de las obras ó de las voluntades del Eterno. A estos se les ha dado un poder absoluto sobre el fuego, el aire, la tierra y el agua; á aquellos les corresponde la direccion de las estaciones, de los vientos y de las tempestades. Ellos hacen sazonar las mieses, ellos sacan del capullo la flor tierna, y ellos encorvan hácia el suelo el añoso árbol. Ellos son

los que suspiran en las antiguas selvas, los que hablan en las olas del mar, y los que precipitan los rios de lo alto de las montañas. Unos guardan los veinte mil carros de guerra de Sabaot y de Eloé: otros cuidan de la aljaba del Señor, de sus rayos inevitables, de sus caballos terribles, que llevan la peste, la guerra, el hambre y la muerte. Un millon de estos jenios ardientes arreglan los movimientos de los astros, y se relevan alternativamente en aquellos magníficos empleos, como las centinelas vijilantes de un numeroso ejército. Estos ángeles, nacidos del aliento de Dios en diferentes épocas, no son igualmente ancianos en las jeneraciones de la eternidad: un número infinito de ellos fue criado con el hombre, para sostener sus virtudes, para dirigir sus pasiones, y para defenderle contra los combates del infierno.

Tambien se hallan reunidos allí para siempre jamás los mortales que practicaron la virtud sobre la tierra: los patriarcas, sentados bajo palmeras de oro; los profetas, cuya frente resplandece con dos rayos de luz; los apóstoles, con los Santos Evangelios sobre su corazon; los doctores, con una pluma inmortal en su diestra; los solitarios, retirados en grutas celestiales; los mártires, vestidos de mantos resplandecientes; las vírjenes, coronadas con rosas de Eden; las viudas, con la cabeza cubierta de largos velos; y todas aquellas apacibles mujeres, que bajo un sencillo traje de lino, fueron las consoladoras de nuestros llantos, y las que nos sirvieron en el colmo de nuestras desgracias.

Pero ¿como ha de poder hablar de las felicidades supremas el hombre doliente y desdichado? Sombras volanderas y deplorables, ¿sabemos nosotros lo que es felicidad? Cuando el alma del cristiano fiel abandona su cuerpo, al modo que un piloto experimentado abandona el frágil bajel que el océano va á engullir, entonces es cuando únicamente conoce la verdadera bienaventuranza. El soberano bien de los elejidos consiste en saber que aquel bien durará sin fin: ellos están incesantemente en aquel estado embelesante en que se halla el mortal que acaba de hacer una accion virtuosa ó heroica, ó el númen sublime que dá á luz un grandioso pensamiento, ó el hombre que siente los arrebatos de un amor lejítimo, ó los embelesos de una amistad probada largo tiempo con los infortunios. De modo que en el corazon de los justos, las pasiones nobles no se estinguen, sino que se purifican; los hermanos, los esposos, los amigos siguen amándose; y estos afectos que viven y se concentran en el regazo de la misma Divinidad, participan un tanto de la grandeza y de la eternidad de Dios.

Algunas veces aquellas almas venturosas están recostadas juntas sobre las márgenes del rio de la Sabiduría y del Amor. La hermosura y la omnipotencia del Altísimo son el asunto de sus nunca interrumpidos coloquios.

»Oh Dios, dicen, ¡cuanta es vuestra grandeza!
»Todo lo que habeis sacado de la nada está encerrado en los límites del tiempo; y el tiempo, que se presenta á los mortales como un mar sin límites,

»no es mas que una gota imperceptible del océano
»de vuestra eternidad!»

Otras veces los predestinados, para glorificar mejor al Rey de reyes, van recorriendo sus obras maravillosas. La creacion, que contemplan desde distintos puntos del universo, les presenta espectáculos que embelesan: si cabe comparar lo grande con lo pequeño, así se ofrecen á los ojos del viajero los soberbios campos del Indo, los ricos valles del Delhi y de Cachemira, riberas cubiertas de perlas y perfumadas con ámbar, donde las olas sosegadas van á espirar al pie de los floridos caneleros. El color de los cielos, la disposicion y magnitud de las esferas, que varian segun los movimientos y las distancias, son para los espíritus bienaventurados un inagotable manantial de asombro. Se complacen en conocer las leyes que hacen rodar aquellos pesados cuerpos con tanta lijereza por el éter fluido; y visitan esa luna apacible que, en el silencio de la noche, alumbró sus plegarias y sus cariños en este suelo. El astro húmedo y trémulo que precede los pasos de la mañana; ese otro planeta que parece un diamante en la dorada cabellera del sol; ese globo de año dilatado que camina al resplandor de cuatro pálidos hachones; esa tierra, vestida de luto, que, lejos de los rayos del dia, lleva un anillo como una viuda desconsolada; todas esas errantes lumbres de la habitacion del hombre, ocupan las meditaciones de los escojidos. En fin, las almas predestinadas llegan volando hasta aquellos mundos para los cuales nuestras estrellas son los soles; y oyen los

conciertos desconocidos de la Lira y del Cisne celeste. Dios, de quien emana una creacion no interrumpida, no dá descanso á su santa investigacion; ya sea que en los límites mas remotos del espacio destruya un mundo envejecido, ó que seguido del ejército de los ángeles, lleve el orden y la belleza hasta al mismo regazo del caos.

Pero el objeto mas asombroso que se ofrece á la contemplacion de los santos, es el hombre. Todavía se interesan en nuestros placeres y en nuestros quebrantos; escuchan nuestros votos; ruegan por nosotros; son nuestros protectores y abogados; se regocijan siete veces cuando vuelve un pecador al gremio de los justos; sienten un temor caritativo cuando el ángel de la muerte conduce alguna alma medrosa á los pies del soberano Juez. Pero aunque ven nuestras pasiones, no por eso llegan á conocer por qué arte se hallan confundidos en nuestro pecho tantos elementos contrarios: Dios, que permite á los bienaventurados penetrar las leyes del universo, se ha reservado el maravilloso secreto del corazon del hombre.

En estos éxtasis de admiracion y de amor, entre estos raptos de un alborozo sublime, ó entre estos blandos movimientos de una suave tristeza, repiten los elejidos la voz de tres veces Santo, que encanta eternamente los cielos. El rey profeta regula la melodía divina: Asaf, que suspiró los dolores de David, dirige los instrumentos animados por el viento; y los hijos de Coré están encargados de las arpas, las liras y los salterios, que tiemblan bajo las

manos de los ángeles. Los seis dias de la creacion, el descanso del Señor, las fiestas de la antigua y nueva ley, se celebran alternativamente en los reinos incorruptibles. Entonces las cúpulas sagradas se coronan con una aureola mas viva; entonces salen del trono de Dios, y de la misma luz difundida por las mansiones celestiales, unos sonidos tan suaves y tan delicados, que nosotros no podríamos oirlos sin morir. ¿ Donde hallarias, oh Musa, imágenes con que pintar estas solemnidades anjélicas? ¿ Acaso bajo los pabellones de los príncipes del Oriente, cuando el monarca, sentado sobre un trono que centellea de pedrería, reúne su ostentosa corte? ¿ Complácese, ó Musa, en traerme á la memoria la pompa de la Jerusalem terrestre, cuando Salomon quiso dedicar á Dios el santuario del pueblo fiel? El estruendo de las trompetas estremecía las cumbres de Sion; los levitas repetian á coros el cántico de los grados; los ancianos de Israel marchaban con Salomon delante de las tablas de Moisés; el sumo sacrificador inmolaba numerosas víctimas; las hijas de Judá danzaban al compas en torno del arca de la alianza; y sus bailes, tan piadosos como sus himnos, eran otras tantas alabanzas al Criador.

Los conciertos de la Jerusalem celestial resuenan principalmente en el tabernáculo purísimo que ocupa en la ciudad de Dios la adorable Madre del Salvador. María, rodeada del coro de las viudas, de las mujeres fuertes y de las vírgenes sin mancha, está sentada sobre un trono de candor. Todos los suspiros de la tierra se dirijen por caminos secretos

hacia este trono; la Consoladora de los aflijidos oye el jemido de nuestras mas ocultas miserias; presenta á los pies de su Hijo, sobre el altar de los perfumes, la ofrenda de nuestros llantos; y para hacer el holocausto mas eficaz, mezcla con ellos alguna de sus lágrimas divinas. Los espíritus custodios de los hombres van incesantemente á implorar el favor de la Reina de las misericordias para los mortales sus amigos. Los hermosos serafines de la gracia y de la caridad la sirven de rodillas: tambien se reunen alrededor de María los interesantes personajes que visitaron á su Hijo en el pesebre, Gabriel, Ana, José, los pastores de Belen y los magos del Oriente. Dirijense tambien hácia allí los niños que murieron cuando comenzaban á vivir, y que ahora, convertidos en ángeles, parecen ser los compañeros del Mesías en la cuna. Balancean ante su Madre celestial los incensarios de oro, que se levantan y vuelven á caer con armonioso ruido, exhalando, á modo de leve vapor, perfumes de gratitud y de inocencia.

Desde el tabernáculo de María se pasa al santuario del Salvador de los hombres. Allí es donde el Hijo conserva con sus miradas los mundos que el Padre ha criado. Está sentado á una mesa mística: veinticuatro ancianos vestidos de ropas blancas, y con coronas de oro en la cabeza, están sentados sobre otros tantos tronos á sus lados. Junto á él está su carro viviente, cuyas ruedas lanzan relámpagos y rayos. Cuando el deseado de las naciones se digna manifestarse á los elejidos en una vision íntima y

perfecta, los elejidos caen como difuntos ante su faz; pero él estiende su derecha y les dice:

»Levantaos, no temais, vosotros sois los benditos de mi Padre; miradme á mí; yo soy el Primero y el Ultimo.»

Mas allá del santuario del Verbo se estienden sin límites espacios de fuego y luz. El Padre habita en el centro de estos abismos de vida. Él es el principio de todo lo que fue, es y será: en él se confunden lo pasado, lo presente y lo venidero. Allí están ocultas las fuentes de las verdades incomprendibles aun al mismo cielo: la libertad del hombre y la presencia de Dios; el ente que puede caer en la nada, y la nada que puede pasar al ser: y sobre todo allí, lejos de los ojos de los ángeles, se efectua el misterio de la Trinidad. El espíritu, que incessantemente sube y baja del Hijo al Padre y del Padre al Hijo, se une con ellos en estas profundidades impenetrables. Un triángulo de fuego aparece entonces á la entrada del Santo de los santos: las esferas se paran de respeto y temor; se suspende el Hosana de los ángeles; las milicias inmortales ignoran cuales serán los decretos de la Unidad viviente; no saben si el tres veces Santo va á mudar sobre la tierra y en el cielo las formas materiales y divinas, ó si volviendo á llamar á sí los principios de los seres, precisará á los mundos á entrar otra vez en el regazo de la eternidad.

Las esencias primitivas se separan; desaparece el triángulo de fuego; se entreabre el oráculo, y se divisan las tres Potencias. El Padre, colocado

sobre un trono de nubes , tiene un compas en la mano; á sus pies hay un círculo: el Hijo , armado con el rayo , está sentado á su diestra : el Espíritu se eleva á su izquierda , como una columna de luz. Jehová hace una señal , y los tiempos , recobrados de su pavor , vuelven á seguir su curso; los lindes del caos se retiran , y continuan los astros sus vueltas armoniosas. Los cielos escuchan entonces atentos la voz del Omnipotente , que declara alguno de sus intentos sobre el universo.

De este modo se manifestaban las tres Personas á los ojos deslumbrados de los ángeles en el momento en que llegaba al trono del Eterno la oracion de Cirilo. Dios queria coronar la virtud del obispo; pero no era el santo prelado la víctima predilecta que habia destinado para la nueva persecucion: él habia sufrido ya por el nombre del Salvador; y la justicia del Omnipotente pedia una hostia nueva y entera.

Cuando el Unjido oyó los deseos de su venerable mártir , se inclinó ante el Arbitro de los humanos , é hizo temblar en la inmensidad del espacio todo lo que no era el trono de Dios. Abrió aquellos labios donde respira la ley de la clemencia , para presentar al Antiguo de dias el sacrificio del obispo de Lacedemonia. Los acentos de su voz son mas suaves que el aceite de justicia con que fue unjido Salomon; mas puros que la fuente de Samaria; mas amables que el murmullo de los olivos floridos , ajitados por la brisa de la primavera en los jardines de Nazaret ó en los valles del Tabor.

El Dios fuerte y terrible, implorado por el Dios de mansedumbre y de paz á favor de su iglesia amenazada, dió á conocer á los cielos los designios que tenia sobre los fieles. Una sola palabra pronunció, pero una de aquellas palabras que secundan la nada, que enjendran luz, ó que contienen el destino de los imperios.

Aquella palabra al instante hizo patente á las lecciones de los ángeles, á los coros de las vírgenes, de los santos, de los reyes, de los mártires, el arcano de la sabiduría; y en la palabra del soberano Juez vieron, como en un purísimo rayo de luz, el concepto de lo pasado, las disposiciones de lo presente y los acontecimientos futuros.

Es llegado el momento en que los pueblos sometidos á las benéficas leyes del Mesías, van por fin á disfrutar enteramente de su dulzura. Harto tiempo ha levantado la idolatría sus templos al lado de los altares del Hijo del Hombre: es preciso que ahora desaparezca del mundo. Ya ha nacido el nuevo Ciro: él hará pedazos los últimos simulacros de los espíritus de las tinieblas, y pondrá el trono de los Césares á la sombra de los santos tabernáculos. Pero los cristianos, invencibles al hierro y á las llamas, se han dejado ablandar con las delicias de la paz. Para probarlos mejor, la Providencia ha permitido que conociesen las riquezas y los honores, y no han podido resistir á la persecucion de la prosperidad. Antes que se ponga el mundo bajo su imperio, es preciso que se hagan dignos de la gloria que les está reservada: han encendido el fuego de la

ira del Señor, y no conseguirán gracia ante sus ojos hasta que se hayan purificado. Satanás será desencadenado sobre la tierra: va á comenzar una última prueba para los fieles: los cristianos han delinquido, y deben ser castigados. El que ha de espiar sus crímenes con un sacrificio voluntario, está señalado hace ya largo tiempo en la mente del Eterno.

Tales fueron los primeros consejos que los habitantes de las mansiones celestiales descubrieron en la palabra de Dios. ¡Oh palabra divina, que larga y débil sucesion de tiempos y conceptos tiene que emplear la palabra del hombre para espresarte! Tú haces que los elejidos lo vean y lo comprendan todo en un momento; y ¡á mí, indigno intérprete tuyo, me cuesta el mayor trabajo explicar en el idioma de la muerte los misterios contenidos en el de la vida! ¡Con que santa admiracion, con que sublime piedad conocen despues los justos el holocausto exijido y las condiciones que lo hacen grato al Altísimo! Esta víctima que ha de vencer al infierno por la virtud de los dolores y méritos de la sangre de Jesucristo; esta víctima que marchará al frente de otras mil víctimas, no ha sido escojida entre los príncipes ni entre los reyes. Pero sin embargo, este hombre amado del cielo, aunque ha nacido de una familia humilde, para que asi imite mejor al Salvador del mundo, no deja de contar entre sus abuelos varones esclarecidos. En él la religion va á triunfar de la sangre de los héroes paganos y de los sábios de la idolatría; en él han de honrarse, por medio de un mártir olvidado de la

historia , aquellos pobres ignorados del mundo que van á padecer por la fe ; aquellos confesores humildes , que no pronunciando á la hora de la muerte mas que el nombre de Jesucristo , no trasmitirán sus nombres á la posteridad. Conviene tambien que este cristiano , alma de todos los proyectos de los fieles , apoyo del príncipe que ha de destruir los altares de los dioses falsos , haya escandalizado la iglesia , y que haya llorado sus deslices como el primer apóstol , para animar al arrepentimiento á sus hermanos culpados. Para que adquiriese las virtudes que necesitara en el dia de la prueba , el ángel del Señor le ha llevado de la mano por todas las naciones de la tierra , y le ha mostrado como se establece el Evangelio en todas partes. En el curso de estas peregrinaciones , útiles á los designios de Dios , los demonios han tentado al nuevo predestinado , que aun no habia vuelto á entrar en el camino del cielo. Una falta enorme , que últimamente ha cometido , precipitándole en la infelicidad , le ha hecho salir de las sombras de la muerte. Han comenzado á correr las lágrimas de su penitencia , y un solitario , inspirado por Dios , le ha revelado entonces una parte de sus designios. En breve será digno de la palma que se le destina. Tal es la víctima cuyo sacrificio desarmará la ira del Señor , y sumerjirá de nuevo á Lucifer en el abismo.

En tanto que los santos y los ángeles penetran los designios anunciados por la palabra del Altísimo , esta misma palabra descubre otro milagro de la Grecia á los coros de las mujeres bienaventura-

das. Los paganos tendrán tambien su hostia , porque los cristianos y los idólatras van á reunirse para siempre al pie del Calvario. Esta víctima se sacará del rebaño inocente de las vírgenes , para espiar con ella la impureza de las costumbres paganas. Hija de las bellas artes , que seducen á los débiles mortales , hará que el embeleso y el númen de la Grecia vengan á ponerse bajo el yugo de la cruz. A ésta no le pide inmediatamente un decreto irrevocable , y no tendrá el mérito ni el lustre del primer holocausto; pero como esposa designada del mártir, y arrancada por él á los templos de los ídolos , aumentará la eficacia del sacrificio principal , multiplicando las pruebas de aquel. Sin embargo , Dios no abandonará á sus siervos entregándolos á las iras de Satanás, sin sostenerlos con sns auxilios; al contrario , quiere que las lejiones fieles se armen para sostener y consolar al cristiano perseguido , y les confia el ejercicio de su misericordia, reservándose él el de su justicia. El mismo Cristo sostendrá al confesor que ha de sacrificarse por la salvacion de todos; y María tomará bajo su proteccion á la medrosa doncella que ha de aumentar las angustias, los regocijos y la gloria del mártir.

Una sola palabra del Omnipotente dió á conocer á todos los elejidos que estos eran los destinos de la iglesia , y al instante se interrumpieron los conciertos , y se suspendieron las funciones de los ángeles : media hora estuvo el cielo en silencio , lo mismo que en aquel momento terrible en que Juan vió romper el séptimo sello del libro misterioso: las

milicias celestes, sobrecojidas con el sonido de la palabra eterna, pasmadas enmudecieron. Asi cuando el rayo comienza á retumbar sobre apiñados batallones que están para darse un sangriento combate, se suspende la señal de acometer: quedan inmóviles las cohortes, de una parte iluminadas con el resplandor del sol, de otra cubiertas con la sombra que crece por instantes; ni un soplo de aire hace tremolar los estandartes, que caen aplomados sobre la mano que los lleva: las mechas encendidas humean inútilmente al lado del bronce mudo; y los guerreros, deslumbrados por el fuego del relámpago, escuchan en silencio la voz de las tempestades.

El espíritu que guarda el estandarte de la cruz, enarbolando de repente la triunfante bandera, puso fin á la inmovilidad de los ejércitos del Señor. Todo el cielo volvió inmediatamente los ojos hácia la tierra: María, desde lo alto del firmamento, dejó caer su primera mirada de amor sobre la tierna víctima objeto de sus cuidados. Las palmas de los confesores reyerdecieron en sus manos: el escuadron ardiente abrió sus filas gloriosas para hacer lugar á los esposos mártires entre Felicitas y Perpetua, entre el ilustre Estéban y los grandes macabeos. Miguel, el vencedor del dragon antiguo, preparó su lanza formidable: las milicias inmortales se cubrieron con sus rutilantes corazas: los escudos de oro y de diamante, la aljaba del Señor, las flamíjeras se descuelgan de los pórticos eternos: el carro de Emanuel se mueve sobre su eje de rayos y de relámpagos: los querubines ajitan sus alas impetuo-

sas , y encienden con sus ojos el furor. El Cristo vuelve á bajar á la mesa de los ancianos , que presentan á su bendicion dos túnicas nuevamente blanqueadas en la sangre del Cordero : el Padre Todopoderoso se encierra en las profundidades de su eternidad , y el Espiritu Santo despide repentinamente torrentes de una luz tan viva , que la creacion parecia haber entrado de nuevo en la noche. Entonces los coros de los santos y de los ángeles entonan el cántico de gloria:

» ¡Gloria á Dios en las alturas del cielo!

» Gozad sobre la tierra dias pacíficos los que caminais por las sendas de la bondad y de la mansedumbre! ¡Cordero de Dios , tú borras los pecados del mundo! ¡Oh milagro de candor y de modestia , vos permitís á unas víctimas salidas de la nada que os imiten , y que se sacrifiquen por la salud de los pecadores! Siervos de Cristo , perseguidos por el mundo , no os perturbe la prosperidad de los malos ; es verdad que no padecen angustias que los arrastren á la muerte , que al parecer ignoran las tribulaciones humanas ; llevan el orgullo sobre su cuello como un collar de oro ; se embriagan en banquetes sacrílegos ; rien y duermen como si no hubiesen obrado mal , y mueren sosegadamente sobre la cama que robaron á la viuda y al huérfano ; pero ¿ adonde van á parar ?

» El insensato dijo en su corazon : » ¡No hay Dios! » ¡Levántese Dios! ¡sean aniquilados sus enemigos! Ya marcha : las columnas del cielo se conmueven ; los abismos de las aguas y las entrañas

»de la tierra quedan desnudos en la presencia del
 »Señor. Fuego devorador sale de su boca; vuela
 »montado sobre los querubines; arroja por todas
 »partes sus saetas encendidas. ¿Donde están los hi-
 »jos de los impíos? Siete jeneraciones han pasado
 »después de la iniquidad de sus padres, y Dios ai-
 »rado viene á visitar á sus hijos: viene al tiempo
 »señalado para castigar á un pueblo criminal: viene
 »á despertar á los malos en sus palacios de cedro y
 »de aloe, y á confundir las fantasmas de su efíme-
 »ra felicidad.

»¡Dichoso el que, pasando con lágrimas por
 »los valles, busca á Dios como manantial de las
 »bendiciones! ¡Dichoso aquel á quien se le perdo-
 »naron las iniquidades, y que encuentra la gloria
 »en la penitencia! Dichoso el que levanta en silen-
 »cio el edificio de sus buenas obras, como el tem-
 »plo de Salomón, donde no se oían ni los hachazos
 »ni el martillazo, mientras el artífice respetuoso
 »edificaba la casa del Señor. Todos los que comeis
 »sobre la tierra el pan de las lágrimas, repetid en
 »loor del Altísimo el místico canto:

»¡Gloria á Dios en las alturas del cielo!»

LIBRO IV.

RESUMEN.

Cirilo, la familia cristiana, Demodoco y Cimodocea se reúnen en una isla en la confluencia del Ladon y del Alfeo para oír contar á Eudoro su historia. Principio de la narracion de Eudoro. Oríjen de la familia de Lasténes. Sale Eudoro de la casa de su padre. Descripción del Archipiélago. Llega Eudoro á Italia. Descripción de Roma. Agustín, Jerónimo y el príncipe Constantino. Diocleciano. Galerio. Corte de Diocleciano. Enemistad de Eudoro con Hiérocles. Eudoro cae en los escesos de la juventud, y olvida su relijion. Marcelino, obispo de Roma, le escomulga. Anfiteatro de Tito.

Eudoro y Cimodocea, retirados en un obscuro valle en medio de los bosques de la Arcadia, ignoraban que en aquel momento los ángeles y los santos tuviesen fija la vista en ellos, y que aun el mismo Omnipotente estuviere ocupado en dirigir sus destinos. Así visitaba el Dios de Nacor á los pastores de Canaan en medio de los ganados que pacían al occidente de Betel.

Luego que el gorjeo de las golondrinas anunció á Lasténes el nacimiento del día, se apresuró á dejar el lechó: envuélvase en un manto hilado por su diligente esposa, y forrado de lana amiga de los ancianos. Sale precedido de su guardia fiel, que eran dos perros de Laconia, y se dirige hácia el sitio donde debía reposar el obispo de Lacedemonia; pero pronto descubrió al santo prelado que estaba ya

en medio de la campiña, ofreciendo sus oraciones al Eterno. Corren los perros de Lasténes hácia Cirilo, y bajando la cabeza para acariciarle, parecia que le tributaban la obediencia y el respeto de su amo. Saludáronse respetuosamente los dos venerables cristianos, y en seguida se pasearon por las laderas de los montes, conversando sobre la sabiduría antigua. Asi condujo el Arcade Evandro á Anquises á los bosques de Fenea, cuando Priamo, feliz entonces, fue á buscar á su hermana Hesíone en Salamina: asi tambien el mismo Evandro, desterrado á las orillas del Tíber, recibió al ilustre hijo de su antiguo huésped, despues que la suerte hubo saciado de desgracias al monarca de Ilion.

No tardó en descubrirse Demodoco acompañado de Cimodocea, mas hermosa que la luz que nace por las colinas del oriente.

En la ladera de la montaña que dominaba la vivienda de Lasténes, habia una gruta, retiro ordinario de las palomas y otras aves; y alli era donde, imitando á los solitarios de la Tebaida, se encerraba Eudoro para derramar las lágrimas de la penitencia. En la pared de aquella gruta estaba colgado un Crucifijo, y á los pies del Crucifijo las armas, una corona de encina que ganó en las batallas, y las decoraciones triunfales. Eudoro sentia ya renacer en su pecho una turbacion que le era harto conocida; y asustado con el nuevo peligro, habia pasado la noche dirijiendo clamores al cielo. Cuando la aurora hubo disipado las tinieblas, se lavó en una limpia fuente para quitarse las señales de las lágri-

mas; y antes de salir de la gruta, procuró disminuir su sencillez del traje. Ata á sus pies unos borceguíes galos, hechos de la piel de una cabra silvestre; oculta un cilicio bajo la túnica de cazador; cúbrese las espaldas y el pecho con la piel de una cierva blanca; un pastor cruel habia muerto, con una piedra disparada con la honda, á aquella reina de los bosques, al tiempo que bebia con su cervato las aguas del rio Aqueloo. Eudoro toma en la mano izquierda dos venablos de fresno, y lleva colgando de la derecha una de aquellas coronas de granos de coral, con que adornaban las vírjenes mártires su cabellera cuando caminaban á la muerte. ¡Coronas inocentes! servisteis despues para contar el número de oraciones que los corazones sencillos dirijian al Señor. Armado asi contra las fieras de los bosques y contra los ataques de los espíritus de las tinieblas, baja Eudoro de lo alto de las rocas como un soldado cristiano de la lejion tebana, que vuelve á entrar en el campo despues de la vijilia. Pasa la corriente de un arroyo, y va á juntarse con la reducida compañía que le esperaba en lo mas bajo de la pradera. Se acerca á los labios la orla del vestido de Cirilo; recibe la bendicion paterna, y bajando los ojos, hace una inclinacion á Demodoco y á Cimodocea. Todas las rosas de la mañana se pintaron entonces en la frente de la hija de Homero. Salieron luego del jineceo con modestia Séfora y sus tres hijas; y el obispo de Lacedemonia, volviéndose al hijo de Lasténes, le dijo:

»Eudoro, vos sois el objeto de la curiosidad de

la Grecia cristiana. ¿Quién no ha oído hablar de vuestras desgracias y de vuestro arrepentimiento? Me persuado que vuestros huéspedes de Mesenia no dejarán de oír con interés la narración de vuestras aventuras.”

»Sábio anciano, cuyo traje indica un pastor de hombres, exclamó Demodoco, tú no pronuncias una sola palabra que no sea dictada por Minerva. Es cierto; yo, lo mismo que mi abuelo el divino Homero, pasaría con gusto cinco y aun seis años enteros contando ú oyendo referir aventuras. ¿Que cosa puede ser mas agradable que la conversacion de un hombre que ha viajado mucho, y que sentado á la mesa de su huésped, mientras la lluvia y los vientos silban por defuera, seguro de todo riesgo, cuenta los infortunios de su vida? Yo me complazco sobremanera cuando siento mis ojos humedecidos con el llanto al apurar la copa de Hércules: las libaciones mezcladas con lágrimas son mas sagradas: la pintura de los quebrantos con que abruma Júpiter á los hijos de la tierra, temple la loca embriaguez de los festines, y nos recuerda los dioses. Y aun tú mismo, querido Eudoro, no dejarás de hallar algun placer en traerte á la memoria las borrascas que habrás sufrido con valor: el marinero, restituido á los campos de sus padres, contempla con placer su timon y sus remos, colgados durante el invierno en el tranquilo hogar del labrador.”

El Ladon y el Alfeo, reuniéndose mas abajo de la pradera, abrazaban una isla, que parecia nacer de la confluencia de sus aguas, y estaba plantada

de aquellos añosos árboles que los pueblos de la Arcadia creían ser sus antepasados. Allí era donde Alcimedonte cortaba en otro tiempo la madera de haya, con que hacía aquellas tazas tan hermosas para los pastores: allí era donde se veían también la fuente Aretusa y el laurel que encerraba á Dafné bajo su corteza. A esta isla solitaria determinaron pasar, para que nadie interrumpiese á Endoro en la narración de sus aventuras. Los criados de Lasténes desatan inmediatamente de la orilla del Alfeo un barquichuelo largo, de un solo tronco de pino; la familia y los forasteros se abandonan á la corriente del río. Demodoco, viendo la destreza de los que los conducían, decía penetrado de tristeza:

»Arcades, ¿que se ha hecho aquel tiempo en que los Atridas tenían que prestaros embarcaciones para ir á Troya? ¿aquel tiempo en que vosotros confundíais el remo de Ulises con el aventador de la rubia Cérés? En el día os entregais sin palidecer á la saña del mar inmenso. ¡Ah! ¡el hijo de Saturno quiere que el peligro embelese á los mortales, y que lo abracen como un ídolo!»

A poco rato llegaron á la punta oriental de la isla, donde se levantaban dos aras medio arruinadas: la una, en la ribera del Alfeo, estaba consagrada á la tempestad; la otra, á las orillas del Ladon, estaba dedicada al sosiego. La fuente Aretusa brotaba de la tierra entre estos dos altares, y entraba inmediatamente en el río que se enamoró de ella. Allí se detuvo la comitiva, impaciente por oír la narración de Eudoro, y se sentó bajo unos ála-

mos, cuyas ramas doraba el sol naciente. Después de haber implorado el favor del cielo, habló el joven cristiano de esta manera:

»Tengo que haceros, señores, una leve reseña de mi familia, porque esta es el principal orijen de mis desdichas. Por parte de madre desciendo yo de aquella piadosa mujer de Megara que enterró los huesos de Focion bajo su hogar, diciendo: »Caro hogar, guarda fielmente los residuos de un hombre de bien.»

»Filopemen fue uno de mis antepasados por línea paterna. Ya sabeis que él solo se atrevió á oponerse á los romanos, cuando este pueblo libre robó su libertad á la Grecia. Mi abuelo sucumbió en aquella gloriosa empresa: pero ¿que importan la muerte y los reveses, si nuestro nombre, pronunciado por la posteridad, hará palpar á un corazón generoso dos mil años después de nuestra muerte?

»Nuestra patria moribunda, para no desmentir su ingratitud, mandó beber el veneno al postrer héroe que tuvo. El joven Polibio (1), rodeado de una pompa que eternecía, trasladó después desde Mesenia á Megalópolis los restos de Filopemen. Al ver aquella urna, cargada de coronas y de cintillas, cualquiera hubiera creído que encerraba las cenizas de toda la Grecia. Desde aquel momento nuestra tierra nativa, á modo de un terreno exhausto, dejó de producir ciudadanos magnánimos. Ha conservado su hermoso nombre; pero se parece

(1) El historiador.

á aquella estátua de Temístocles, cuya cabeza han cortado los atenienses de nuestros dias, para poner en su lugar la de un esclavo.

»El jefe de los acheos no pudo reposar tranquilamente, ni aun en su tumba: algunos años despues de su muerte le acusaron de haber sido enemigo de Roma, y le procesaron criminalmente ante el procónsul Mumio, destructor de Corinto: Polibio, protegido por Escipion Nasica, logró salvar de la proscripcion las estátuas de Filopemen; pero esta delacion sacrilega despertó los celos de los romanos contra la sangre del último griego, y exijieron que en adelante fuese enviado á Roma el hijo mayor de mi familia, apenas cumpliese los dieziseis años, para que alli sirviese de rehenes en poder del senado.

»Mi familia, oprimida por la desgracia y privada siempre de su principal cabeza, abandonó á Megalópolis, y se retiró á vivir, unas veces en medio de estas montañas, y otras en otro terreno que poseemos al pie del Taijeto, en la costa del golfo de Mesenia. Pablo, el sublime apóstol de los jentiles, trajo pronto á Corinto el remedio contra todos los males. Cuando el cristianismo amaneció en el imperio romano, todo estaba lleno de esclavos ó de príncipes abatidos; el mundo entero pedia consuelos ó esperanzas.

»Mi familia, inclinada á la sabiduría por las lecciones de la adversidad y por la sencillez de las costumbres arcades, fue la primera que abrazó en Grecia la ley de Jesucristo. Sometido á aquel divino yugo, pasé yo los dias de mi niñez en las orillas

del Alfeo y entre los bosques del Taijeto. La religion cubria mi alma con la sombra de sus alas, y como á una flor delicada, le impedia que saliese de su capullo prematuramente; y prolongando la ignorancia de mis tiernos años, parecia añadir inocencia al mismo candor.

»Llegó la hora de mi destierro. Yo era el mayor de mi familia, y habia cumplido ya los dieziseis años. Entonces habitábamos los campos de Mesenia: mi padre, cuyo puesto iba yo á ocupar, y que por particular merced habia logrado permiso de volver á Grecia antes de mi partida, me dió su bendicion y sus consejos. Mi madre me acompañó al puerto de Feres, hasta la misma embarcacion; y mientras ésta se hacia á la vela, levantaba las manos al cielo, ofreciendo á Dios su sacrificio. Se le despedazaba el corazon con la idea de los mares borrascosos, y de este mundo, todavía mas borrascoso, que yo, navegante inesperto, iba á atravesar. Ya huia la embarcacion por la alta mar, y Séfora estaba todavía conmigo para alentar mi juventud, como una paloma que enseña á volar á su polluelo cuando sale por la primera vez del nido maternal. Pero al fin tuvo que dejarme, y se bajó á la lancha que la aguardaba atada al costado de nuestra trireme. Mucho rato estuvo haciéndome señas desde la barca que la reconducia á tierra. Yo lanzaba gritos dolorosos, y cuando no pude divisar ya á aquella tierna madre, todavía procuraban mis ojos descubrir la casa donde me habia criado, y la cima de los árboles de la herencia de mis padres.

»Nuestra navegacion fue larga: apenas habíamos pasado la isla de Teganusa, cuando un viento impetuoso de poniente nos obligó á huir á las regiones de la Aurora, hasta la entrada del Helesponto. Despues de siete dias de un temporal que nos hizo perder de vista todas las tierras, nos pareció no poca felicidad el poder refujiarnos hácia la boca del Símois, al amparo del sepulcro de Aquiles. Cuando calmó la tempestad, quisimos volver á subir al occidente; pero un céfiro constante, que el Aries celeste trae de las orillas de la Hesperia, repelió mucho tiempo nuestras velas: unas veces nos arrojaba á las costas de la Eólide, otras á la Tracia y la Tesalia. Recorrimos todo ese archipiélago de la Grecia, donde la amenidad de las riberas, la brillantez de la luz, la blandura y los aromas del ambiente, compiten con el embeleso de los nombres y de los recuerdos. Vimos todos aquellos promontorios, distinguidos por los templos ó por los sepulcros. Arribamos á diferentes puertos, y admiramos aquellas ciudades, que á veces llevan el nombre de una flor brillante, como la rosa, la violeta, el jacinto; y que cargadas de sus pueblos, como de una fecunda semilla, se abren en las orillas del mar bajo los rayos del sol. Aunque yo apenas habia salido de la infancia, tenia una imajinacion viva, y mi corazon era ya capaz de profundas conmociones. Habia en nuestra embarcacion un griego, entusiasta de su patria, como todos los griegos. Me nombraba uno por uno los sitios que íbamos descubriendo, y decia:

»Orfeo se llevó tras sí las encinas de esta selva
»con los conciertos de su lira; esta montaña, cuya
»sombra se estiende tanto, debia servir de es-
»tátua á Alejandro: aquella otra montaña es el
»Olimpo, y su valle el de Tempe: ved ahí á Dé-
»olos, que anduvo flotante en medio de las aguas,
»y mas allá á Naxos, donde Ariadna quedó abando-
»nada. Cecrope desembarcó en esta ribera; Platon
»enseñó su doctrina en la punta de este promonto-
»rio; Demóstenes arengaba á estas olas: en aque-
»llas aguas se bañaba Frine quando la tuvieron por
»la diosa Vénus: y jesta patria de los dioses, de
»las artes y de la hermosura, esclamaba el atenién-
»se derramando lágrimas de coraje, es víctima de
»los bárbaros!»

»Aumentose su desesperacion quando atravesamos el golfo de Megara. En frente de nosotros estaba Ejina, á la derecha el Pireo, Corinto á la izquierda. Aquellas ciudades, tan florecientes en otro tiempo, no presentaban á la sazón mas que montones de ruinas. Hasta los mismos marineros parecieron conmovidos de aquel espectáculo. Apiñados todos sobre el puente, no hablaban una palabra: todos tenian la vista clavada en aquellos destrozos; y tal vez todos hallaban interiormente un consuelo en sus males, al considerar cuan ténues son nuestros quebrantos al lado de aquellas calamidades que envuelven á naciones enteras, y que á nuestra vista habian tendido por el suelo los esqueletos de aquellas ciudades.

»Esta leccion parecia superior á los alcances de

mi razon naciente; sin embargo, yo la comprendí; pero á otros jóvenes que estaban conmigo en la nave no les causó la impresion mas leve. ¿De donde nacia esta diferencia? De nuestras relijiones: ellos eran paganos, yo era cristiano. El paganismo, que acelera el desarrollo de las pasiones, retarda los adelantos de la razon: el cristianismo, que dilata por lo contrario la infancia del corazon, apresura la virilidad del entendimiento. Desde los primeros dias de la vida nos ocupa de pensamientos graves; respeta la dignidad del hombre aun entre pañales; en la misma cuna nos trata como á seres respetables y sublimes, pues ve un ángel en el niño que aun cuelga del pecho de su madre. Mis compañeros jóvenes no habian oido hablar mas que de las metamorfosis de Júpiter, y nada alcanzaron en las ruinas que tenian á la vista; pero yo me habia sentado ya con el profeta sobre los restos de las ciudades desoladas, y en Babilonia habia visto á Corinto.

»Sin embargo, debo mencionar aqui una seduccion, que fue el primer paso que di hácia el abismo; y (como sucede casi siempre) el lazo en que me vi cojido, nada tenia que no fuese muy inocente en apariencia. Mientras meditábamos en las revoluciones de los imperios, vimos salir repentinamente de en medio de aquellos destrozos una teoría. ¡Oh númen risueño de la Grecia, que ninguna desgracia puede moderar, ni ninguna leccion instruir! Era una diputacion que enviaban los atenienses á las fiestas de Délos. El bajel delíaco, cubierto de flores y de cintas, estaba adornado con

estátuas de dioses: las velas blancas, teñidas de púrpura por los rayos de la aurora, se hinchaban con el soplo del céfiro; y los remos dorados heudian el cristal de los mares. Los teoros, inclinados sobre las olas, esparcian perfumes y libaciones; en la proa del bajel ejecutaban unas doncellas la danza de las desgracias de Latona, y al mismo tiempo unos mancebos cantaban á coros los versos de Píndaro y de Simónides. Mi imaginacion quedó cautivada por aquel espectáculo, que lucia como la niebla de la mañana, ó como la carroza de una deidad sobre las alas de los vientos. Asi fue como presencié por vez primera sin horror una ceremonia pagana.

»Por fin, volvimos á ver las montañas del Peloponeso, y saludé de lejos á mi tierra nativa. Las costas de Italia no tardaron en salir del seno de las ondas. En Brindis me esperaban nuevas conmociones. Al poner los pies en aquella tierra de donde salen los decretos que gobiernan el mundo, me sorprendió un aire de grandeza desconocido hasta entonces para mí. A los elegantes edificios de la Grecia sucedian monumentos mas grandiosos, que llevaban la estampa de otro númen. Iba á mas mi sorpresa conforme adelantaba por la via Apia. Aquel camino, enlosado con grandes piedras cuadradas, parece que se ha construido para resistir al tránsito del jénero humano: al través de los montes de la Apúlia, á la orilla del golfo de Nápoles, en medio de los paisajes de Anjur, de Alba y de la campiña romana, presenta una via de mas de trecientas millas de largo, coronada de templos, palacios y se-

pulcros, y que por fin termina en la ciudad eterna, metrópoli del universo, y digna de serlo. Al ver tantos portentos, caí en una especie de enajenamiento, que no habia podido prever ni sospechar.

»En vano quisieron los amigos de mi padre, á quienes iba yo recomendado, arrancarme de aquel embeleso. Yo corria incesantemente del Foro al Capitolio, del barrio de las Carenas al campo de Marte; del teatro de Jermánico al circo de Neron y al Panteon de Agripa; y mientras hacia estas correrías movido de curiosidad peligrosa, me olvidaba de la humilde iglesia de los cristianos.

»No me saciaba de ver el movimiento de un pueblo compuesto de todos los pueblos de la tierra, y la marcha de aquellas tropas romanas, galas, germanas, griegas, africanas, todas armadas y vestidas al uso de su pais. Un viejo sabino pasaba con sus sandalias de corteza de abedúl al lado de un senador cuajado todo de púrpura: la litera de un consular tenia que abrir paso al carro de una cortesana: los corpulentos bueyes del Clitumno arrastraban al foro la antigua carreta del Volsco: el equipaje de caza de un caballero romano embarazaba la via Sacra: veíanse sacerdotes que iban á incensar á sus dioses, y oradores que iban á abrir sus escuelas.

»¡Cuantas veces visité yo aquellas termas adornadas de bibliotecas; aquellos palacios, los unos que amenazaban ruina, los otros medio demolidos ya, para construir con ellos otros edificios! La grandeza del horizonte romano competia con las grandiosas líneas de la arquitectura romana; aque-

llos acueductos, que á manera de radios reunidos en un mismo centro, conducen el agua al pueblo rey sobre arcos de triunfo; el interminable murmullo de las fuentes; aquellas estatuas sin cuento, que parecen un pueblo inmóvil en medio de un pueblo ajitado; aquellos monumentos de todas las edades y de todos los paises; aquellas obras de los reyes, de los cónsules, de los Césares; aquellos obeliscos robados al Egipto; aquellos sepulcros arrancados de la Grecia; no sé qué belleza en la luz; los vapores y la perspectiva de las montañas; la aspereza misma de la corriente del Tiber; las manadas de yeguas medio montaraces que bajan á beber sus aguas; la campiña que el ciudadano romano se desentiende de cultivar ahora, reservándose el derecho de declarar cada año á las naciones de esclavos, qué parte del mundo tendrá la honra de abastecerle su subsistencia: ¿que mas os diré? todo, todo entraña en Roma la estampa del dominio y de la duracion. En el Capitolio vi el plano de la ciudad eterna, trazado sobre rocas de mármol, para que ni aun su imájen pueda menoscabarse con el tiempo.

»¡Oh que bien ha conocido el corazon humano esta relijion que se dedica á mantenernos en la paz, y que sabe poner límites á nuestra curiosidad, como á nuestras inclinaciones terrenas! Aquella fantasía acalorada á que me entregué desde el principio, fue la primera causa de mi ruina. Cuando volví por fin al rumbo ordinario de mis tareas, conocí que habia perdido la aficion á las cosas graves, y envidiaba la suerte de los jóvenes paganos, que podian entregarse

sin remordimiento á todos los placeres de su edad.

»El retórico Eumenes tenia en Roma una cátedra de elocuencia, que despues ha trasladado á las Galias. En su niñez estudió con el hijo del mas célebre alumno de Quintiliano, y acudian á su escuela todos los jóvenes ilustres. Asistí á las lecciones de este sábio maestro, y empecé á formar relaciones con los compañeros de mis estudios. Tres fueron particularmente los que se enlazaron conmigo en amistad amena y sincera: Agustin, Jerónimo, y el príncipe Constantino, hijo del César Constancio.

»Jerónimo, descendiente de una noble familia de Panonia, anunció desde muy niño el mas feliz talento, pero tambien las pasiones mas arrebatadas. Su impetuosa fantasia no le dejaba un momento de descanso. Pasaba con una facilidad inconcebible del esceso del estudio al de los deleites. Iracundo, desasossegado, recordando las ofensas de un númen bárbaro ó sublime, parece destinado para ser el dechado de los mayores desórdenes, ó el modelo de las mas austeras virtudes: aquella alma ardorosa necesita ó Roma ó el desierto.

»Una aldea del proconsulado de Cartago fue la cuna de mi segundo amigo. Agustin es el mas amable de los hombres. Su carácter, aunque tan apasionado como el de Jerónimo, es de una afabilidad que enamora, porque está templado por una propension natural á la contemplacion: sin embargo, cabe tildar en el joven Agustin el abuso del talento: tambien la estremada delicadeza de su alma le enardece estremadamente. Un tropel de hermosas sen-

tencias , de pensamientos profundos , revestidos de imájenes brillantes , salen continuamente de su boca. Nacido en la zona africana , ha hallado en las mujeres , lo mismo que Jerónimo , el escollo de sus virtudes y el origen de sus errores. Sensible en extremo á las gracias de la elocuencia , tal vez solo espera un orador inspirado para abrazar la verdadera relijion : si algun dia llega á entrar Agustin en el seno de la iglesia , será el Platon de los cristianos.

»Constantino , hijo de un César ilustre , revela todas las prendas de un hombre eminente. A la fuerza de alma reúne aquel exterior tan útil á los príncipes , y que realza tanto el esplendor de las acciones nobles. Helena , su madre , tuvo la felicidad de nacer bajo la ley de Jesucristo ; y Constantino , á ejemplo de su padre , tiene una oculta propension á esta ley divina. En medio de una afabilidad estremada , traslúcese en él un carácter heroico , y un no sé qué maravilloso que imprime el cielo en los hombres que destina para cambiar la faz del orbe. ¡Dichoso él , cómo no se deje llevar de aquellos ímpetus de ira tan terribles en los caracteres habitualmente moderados ! ¡Ah ! ¡cuan dignos de compasion son los príncipes tan prontamente obedecidos ! ¡cuan induljentes debemos ser con ellos ! Nunca hemos de olvidarnos que nosotros vemos el efecto de sus primeros ímpulsos , y que Dios , para enseñarles á velar sobre sus pasiones , á veces no les deja un momento de tregua entre el pensamiento y ejecucion de un intento culpable.

»Tales eran los tres amigos con quienes pasaba

yo los dias en Roma. Constantino estaba como en rehenes en poder de Diocleciano, lo mismo que yo. Esta conformidad de situaciones, aun más que la de la edad, decidió de la inclinacion del jóven príncipe á mi favor. Nada hay mas propio para preparar dos almas á la amistad, que la semejanza de los destinos, particularmente cuando estos no son felices. Constantino quiso ser el instrumento de mi fortuna, y me introdujo en la córte.

»Cuando llegué á Roma, el poder, que estaba en manos de Diocleciano, se hallaba dividido como lo está en el dia. El emperador se habia asociado Maximiano, con el título de Augusto, y Galerio y Constantino con los de Césares. Sin embargo, aunque el mundo se hallaba dividido entre cuatro jefes, no reconocia mas que un solo dueño.

»Ya que teneis la dicha de vivir distantes de aquella córte, fuerza será que os la pinte. ¡Ojalá no sintais jamás las tormentas que allí se agolpan, y sin ser conocidos podais pasar la vida en la obscuridad, como pasan los rios por las honduras de este valle! Pero ¡ah! una vida retirada no siempre nos pone al abrigo del poder de los príncipes. El torbellino que arranca de raiz los peñascos, arrebatá tambien consigo los granos de arena; muchas veces ún rey con su cetro derriba una cabeza desconocida; y supuesto que nada puede escudarnos de los golpes que lanza el trono, es útil y aun prudente herirnos.

»Diocleciano, llamado antes Diocles, nació en Diocles, ciudad pequeña de Dalmacia. Siendo jóven militó bajo las banderas de Probo, y llegó á ser

un jeneral intelijente. Bajo Carino y Numeriano obtuvo el importante empleo de conde de los Domésticos, y tambien fue sucesor de Numeriano, cuya muerte habia vengado.

»Asi que las lecciones de Oriente elevaron á Diocleciano al imperio, se dirijió contra Carino, hermano de Numeriano, que reinaba en Occidente: le venció, y con la victoria quedó dueño absoluto del universo.

»Diocleciano tiene prendas eminentes: su talento es abarcador, es de ánimo fuerte y resuelto; pero su carácter, hartamente endeble, rara vez puede sostener la prepotencia de su númen: todo lo grandioso ú mezquino de sus obras nace de alguno de estos dos principios opuestos. Asi es que se echan de ver en su vida las acciones mas contrarias: ya es un príncipe lleno de firmeza, de luces, de valor, que arrostra la muerte, que conoce toda la dignidad de su jerarquía, que obliga á Galerio á que siga á pie la carroza imperial, lo mismo que el mas ínfimo soldado: ya es un príncipe débil, que tiembla ante este mismo Galerio, que vacila indeciso entre mil proyectos, que se abandona á las mas deplorables supersticiones, y que no sabe libertarse del pavor del sepulcro, sino dándose los impíos títulos de Dios y de Eterno. Morijerado, sufrido en sus empresas, sin placeres y sin ilusiones, sin creer en la virtud, desahuciado del reconocimiento, veremos tal vez algun dia á este caudillo del imperio despojarse de la púrpura por desprecio de los hombres, y para mostrar al mundo que á Dio-

deciano le era tan fácil bajar del trono como subir á él.

»Bien sea por flaqueza, por necesidad ó por cálculo, Diocleciano ha querido partir su poder con Maximiano, Constancio y Galerio. A impulsos de una política de que se arrepentirá tal vez algun dia, ha procurado que estos príncipes le fuesen inferiores, y sirviesen solamente para realzar su mérito. Constancio era el único que por sus virtudes le daba algun recelo, y le confinó al centro de las Galias, lejos de la córte, conservando á Galerio á su lado. Nada os diré de Maximiano-Augusto: es guerrero bastante valeroso, pero príncipe ignorante y grosero, que no tiene el menor influjo en la córte. Voy á hablaros de Galerio.

»Este hombre, pastor de profesion, nacido en las chozas de los Dacios, abrigó desde su mocedad, bajo el cinto de cabrero una ambicion desenfadada. Tal es la desgracia de un estado en donde las leyes no han arreglado la sucesion al poder. Todos los corazones tienen deseos ilimitados: todos pueden aspirar al imperio; y como la ambicion no siempre supone talento, para un hombre esclarecido que llega al trono, sufrimos veinte tiranos de alcances débiles, que fatigan al mundo.

»Galerio parece que lleva en el rostro la estampa, ó mejor diré, el baldon de sus vicios: es una especie de gigante, de voz espantosa y de mirar horrible. Los pálidos descendientes de los romanos creen desagraviarse del miedo que les infunde este César, dándole el epíteto de Armentario. Galerio,

como hombre que la mitad de su vida ha estado hambriento, pasa los días enteros en la mesa, y dilata en las tinieblas de la noche su disolucion y glotonería. En medio de estas saturnales de la grandeza, hace todos los esfuerzos posibles para disfrazar su primera desnudez con el descaro de su lujo; pero cuánto mas se envuelve en el manto del César, mas se le conoce el sayo de pastor.

»Ademas de la sed insaciable de mandar, y del ánimo cruel y arrebatado, trae tambien Galerio á la córte otra disposicion muy propia para turbar el imperio; y es un ciego furor contra los cristianos. La madre de este César, mujer ruda y supersticiosa, ofrecia frecuentemente en su choza sacrificios á las divinidades de las montañas. Indignada de que los discípulos del Evangelio rehusáran tomar parte en su idolatría, inspiró á su hijo la aversion que ella tenia á los fieles. Galerio ha instigado ya al débil y bárbaro Maximiano para que persiga la iglesia; pero aun no ha podido doblar la cuerda moderacion del emperador. Diocleciano nos aprecia en lo íntimo de su alma; sabe que en el día componemos la mejor parte de los soldados de su ejército: cuenta con nuestra palabra, cuando una vez la hemos empeñado; nos ha colocado cerca de su persona; y aun el primer oficial de su palacio es Doroteo, cristiano distinguido por sus virtudes. Luego vereis que la emperatriz Prisa y su hija, la princesa Valeria, han abrazado reservadamente la ley del Salvador. Los fieles, reconocidos á las bondades de Diocleciano, y movidos vivamente por la confianza que de ellos

hace, forman alrededor de él una valla casi insuperable. Galerio lo sabe, y con este motivo es aun mayor su encono, porque ve que, para llegar al imperio, elevacion que tal vez codicia el ingrato, deben sacrificarse antes los adoradores del verdadero Dios.

»Tales son los dos príncipes, que cual los dos jenios del bien y del mal, reparten la prosperidad ó la desolacion por el imperio, segun el uno ú el otro cede ó predomina. ¿En que consiste que Diocleciano, tan sábio en el conocimiento de los hombres, haya elejido un César como éste? Esto no puede esplicarse sino acudiendo á las disposiciones de la divina Providencia, que burla los pensamientos de los príncipes, y desvanece los consejos de las naciones.

»¡Dichoso Galerio, si nunca hubiese salido de su ejército, ni hubiera oido mas que los acentos de los soldados, el estruendo de las lides y la voz de la gloria! No hubiera encontrado en el ejército aquellos viles cortesanos que procuran encender el vicio y extinguir la virtud. No se hubiera abandonado á los consejos de un pérfido privado, que no cesa de inducirle al mal. Este privado es de una clase de hombres que debo daros á conocer, porque por precision influirán mucho en los acontecimientos de este siglo, y en la suerte de los cristianos.

»Roma, envejecida y depravada, alimenta en su regazo una gavilla de sofistas, Porfirio, Jamblico, Libanio, Máximo, cuyas costumbres y opiniones serian un objeto de escarnio, si nuestras locuras no fuesen á cada paso el principio de nuestros

delitos. Estos discípulos de ciencia vana asaltan á los cristianos, alaban el retiro, elojian la medianía, viven á los pies de los grandes, y codician las riquezas. De estos, unos se ocupan de veras en formar una ciudad enteramente poblada de sábios, que, sometidos á las leyes de Platon, pasarán dulcemente sus dias como amigos y hermanos. Otros meditan profundamente los arcanos de la naturaleza encubiertos bajo los símbolos ejipticos. Algunos todo lo ven en el pensamiento; otros lo buscan todo en la materia: hay otros que predicán la república en el seno de la monarquía, empeñados en que es fuerza desbaratar la sociedad, para volver á organizarla bajo un nuevo plan: por fin otros, á imitacion de los fieles, quieren enseñar al pueblo la moral, y reunen á la multitud en los templos y en las calles, predicando sobre los tablados una virtud que no se ve en sus acciones ni en sus costumbres. Divididos estos sofistas para hacer el bien, y reunidos para el mal, hinchados de vanidad, y persuadidos de que son unos talentos sublimes, superiores á las doctrinas vulgares, no hay locura esplendorosa, ni idea extravagante, ni sistema monstruoso que diariamente no aborten. Hiérocles marcha al frente de todos ellos, y en efecto es muy digno de capitanear semejante cuadrilla.

»Este favorito de Galerio, harto lo sabeis, es el que gobierna hoy la Acaya. Es uno de aquellos hombres que las revoluciones introducen en el consejo de los grandes, y que no dejan de serles útiles, porque tienen algun talento para los negocios vul-

gares, y cierta facilidad (poco apetecible) para hablar de repente sobre cualquier asunto. Sospechan algunos que Hiérocles, griego de orijen, fue cristiano en su juventud; pero el orgullo de las letras humanas emponzoñó su entendimiento, y le precipitó en las sectas filosóficas. No queda en él ningun vestijio de su primera relijion, si no es aquella especie de delirio y de rabia que experimenta con solo oír el nombre del Dios que abandonó. Aprendió el lenguaje hipócrita y la afectacion de la escuela de la falsa sabiduría. Las palabras libertad, virtud, ciencia, progresos de las luces, felicidad del jénero humano, salen incesantemente de su boca. Pero este Bruto es un vil cortesano; este Caton está devorado de pasiones vergonzosas; este apóstol de la tolerancia es el mas intolerante de los mortales; y este adorador de la humanidad es su mas sanguinario perseguidor. Constantino le aborrece, y Diocleciano le teme y desprecia; pero ha sabido granjearse la íntima confianza de Galerio, y en el corazon de este príncipe, el único rival que tiene es Publio, prefecto de Roma. Hiérocles hace tentativas para emponzoñar el entendimiento del desgraciado César, y presenta al mundo el espectáculo horroroso de un supuesto sábio, que en nombre de las luces corrompe á un hombre que reina sobre otros hombres.

»Jerónimo, Agustin y yo habíamos encontrado á Hiérocles en la escuela de Eumenes. Su tono sentencioso y decisivo, su aire de importancia y orgullo, le hacian odioso á nuestra sencillez y franqueza. Su misma persona parece que rechaza la amistad y

la confianza: su frente angosta y comprimida indica la terquedad y el espíritu sistemático: sus ojos falsos ofrecen cierta inquietud como los de una fiera: su mirar es á un mismo tiempo apocado y feroz: sus labios abultados están casi siempre medio abiertos para una sonrisa vil y cruel: sus cabellos claros y duros, en nada se parecen á aquella cabellera que Dios puso como un velo sobre las espaldas de los jóvenes, y como una corona sobre la cabeza de los ancianos; todas las facciones de este sofista respiran un aire cínico é indecente: échase de ver que sus manos viles empuñarían sin destreza la espada del soldado, pero que manejarían con brio la pluma del ateo ó el puñal del asesino.

»¡Tanta es la fealdad del hombre cuando se ha quedado, por decirlo así, solo con su cuerpo, renunciando enteramente á su alma!

»Una ofensa que me hizo Hiérocles, y que yo repelí de un modo que le dejé corrido á los ojos de toda la córte, encendió contra mí en su corazón un odio implacable. Fuera de esto, tampoco podía perdonarme la benevolencia de Diocleciano y la amistad del hijo de Constancio. El amor propio ofendido y la envidia le escitaban á buscar una ocasión de perderme, la que no tardó en ofrecérsele.

»Sin embargo, yo merecía poca envidia. ¡Ay de mí! Tres años pasados en Roma en medio de los desórdenes de la juventud, habían sido bastantes para hacerme olvidar casi del todo mi religión; y aun llegué á precipitarme en aquel estado de indiferencia, tan difícil de curar, y que deja menos re-

cursos que el mismo delito. Pero á pesar de esto, las cartas de Séfora y las amonestaciones de los amigos de mi padre, turbaban continuamente mi falsa seguridad.

»Uno de los que mas se acordaban de Lasténes, era Marcelino, obispo de Roma y cabeza de la iglesia universal. Habitaba este en el cementerio de los cristianos, á la otra parte del Tiber, en un paraje desierto, donde estaba el sepulcro de San Pedro y San Pablo. Su morada, compuesta solamente de dos celdicas, descansaba en la pared de la misma capilla del cementerio. Una campanilla, colgada á la entrada del asilo del reposo, anunciaba á Marcelino la llegada de los vivos ó de los muertos. Sobre su puerta, que él mismo abria á los viajeros, se veian báculos y sandalias de obispos, que de todo el mundo iban á darle cuenta de la grey de Jesucristo. Allí se hallaban Pafnucio, el de la alta Tebaida, que con sola su palabra lanzaba los demonios; y Esperidion, el de la isla de Chipre, que apacentaba las ovejas y hacia milagros; y Santiago de Nisibe, que recibió el don de profecía; y Oseo, el confesor de Córdoba; y Arquelao de Cascares, que confundió á Manes; y Juan, el que difundió por la Persia la luz de la fe; y Frumencio, el que fundó la iglesia de Etiopia; y Teofilo, que volvía de su mision á las Indias; y aquella esclava cristiana, que en medio de su cautiverio convirtió á toda la nacion de los iberos.

La sala donde juntaba Marcelino su consejo, era una calle de tejos antiguos, que se estendia á

lo largo del cementerio. Allí, paseándose con los obispos, conferenciaba sobre las necesidades de la iglesia. El objeto de las importantes conferencias de aquellos pastores era sofocar las herejías de Donato, de Novaciano, de Arrio, publicar cánones, convocar concilios, edificar hospitales, redimir esclavos, socorrer pobres, huérfanos y extranjeros, y por fin enviar apóstoles á los bárbaros. Muchas veces en medio de las tinieblas, Marcelino, que estaba velando solo por la salvacion de todos; bajaba desde su celda al sepulcro de los santos apóstoles: postrado allí sobre sus reliquias, pasaba toda la noche en oracion, y no se levantaba hasta que se veían ya los primeros rayos del dia. Entonces aquel pontífice ignorado, descubriendo su cabeza canosa, y dejando en el suelo su tiara de lana blanca, extendía sus pacíficas manos, y bendecía la ciudad y el universo.

»Cuando yo pasaba desde la córte de Diocleciano á esta córte cristiana, no podia dejar de sorprenderme una particularidad asombrosa. En medio de aquella pobreza evangélica encontraba las tradiciones del palacio de Augusto y de Mecenas; una cortesanía antigua, una jovialidad majestuosa, una elocucion sencilla y noble, una instruccion variada, un gusto sano, un juicio sólido. Cualquiera habria dicho que aquella obscura mansión era destinada por el cielo para que llegase á ser la cuna de otra Roma, y el único asilo de las artes, de las letras y de la civilizacion.

»Marcelino buscaba todos los medios posibles

para restituirme otra vez á Dios. Algunas veces, al caer la tarde, me llevaba á las orillas del Tiber ó á los jardines de Salustio: allí me hablaba de la religion, y con una bondad verdaderamente paternal procuraba darme á conocer mis extravíos; pero las ilusiones de la juventud no me dejaban paladear la verdad. Lejos de aprovecharme de aquellos paseos saludables, suspiraba interiormente por los plátanos de Fronton y por el pórtico de Pompeya ó el de Livia, lleno de pinturas antiguas: y supuesto que para mi mayor confusion debo confesarlo todo, aun echaba yo menos los templos de Isis y de Cibeles, las fiestas de Adonis, el circo y los teatros: lugares de donde hace ya mucho tiempo que los cantos de la musa de Ovidio ahuyentaron el rubor. Marcelino, despues de haber empleado en balde conmigo las reprehensiones caritativas, echó mano de providencias severas. »Me veré, decia, en la precision de separaros de la comunion de los fieles, si continuais viviendo apartado de los sacramentos de Jesucristo.»

»Yo no hice caso de sus amonestaciones, me reí de sus amenazas; mi vida llegó á ser un objeto de público escándalo; y en fin el pontífice se vió en la precision de lanzar sus anatemas.

»Un dia habia ido yo á visitar á Marcelino: llamo á la entrada del cementerio; las dos hojas del rejado se abren de par en par rechinando sobre sus goznes. Veo al pontífice en pie á la puerta de la capilla, que estaba abierta: tenia en la mano un libro terrible, imájen del libro sellado con los siete se-

llos, que solo el Cordero puede quebrantar. Varios diáconos, sacerdotes, obispos, silenciosos é inmóviles, estaban alrededor colocados sobre los sepulcros, como justos resucitados para asistir al juicio del Señor. Los ojos de Marcelino arrojaban chispas: no era ya aquel buen pastor que vuelve al redil la oveja descarriada; era Moisés intimando la sentencia de muerte al infiel adorador del becerro de oro; era Jesucristo lanzando del templo á los profanadores. Quise pasar adelante; pero un exorcista me detiene en el camino: al mismo tiempo los obispos estenden el brazo, alzan la mano contra mí, volviendo al otro lado la cabeza: entonces el pontífice con voz horrible dijo:

»¡Sea anatema el que mancha con sus costumbres la pureza del nombre cristiano! ¡Sea anatema el que no se acerca ya al altar del verdadero Dios! ¡Sea anatema el que ve con indiferencia la abominacion de la idolatría!»

»Todos los obispos exclamaron: »¡Anatema!»

»En seguida entró en la iglesia Marcelino: cerrose ante mí la puerta santa. Dispérsanse los elejidos, evitando mi encuentro; hablo, y nadie me responde: huyen todos de mí, como de un hombre enfermo de algun mal contagioso. Me hallo lo mismo que Adan desterrado del paraíso terrenal, solo, en un mundo cubierto de abrojos y de espinas, y maldecido por causa de mi caída.

»Atacado de una especie de vértigo, subo desordenadamente á mi carro: aguijo los caballos sin saber adonde los dirijia; vuelvo á entrar en Roma,

me estravió; y despues de largos rodeos lle-go al anfiteatro de Vespasiano: detengo allí mis bridones, que arrojaban espuma por la boca; bajo del carro, y me acerco á la fuente donde despues de los combates apagan su sed los gladiadores que no mueren en ellos, y donde tambien deseaba yo refrescar mi sedienta boca. El dia antes se habian celebrado juegos que dió Aglaé (1), rica y célebre romana; pero entonces estaban desiertos aquellos abominables sitios. La inocente victima que de nuevo han sacrificado mis delitos me persigue desde lo alto del cielo. Cual otro Cain, ajitado y vagabundo, entro en el anfiteatro; me interno por las galerias lóbregas y solitarias. No se oia allí estruendo ninguno, sino el de algunos pájaros que asustados golpeaban las bóvedas con sus alas. Despues de haber recorrido los diversos departamentos, algo sosegado ya, me recosté sobre un banco del primer alto. Contemplando aquel edificio pagano queria olvidar, no solo la proscripcion divina, sino tambien la relijion de mis padres. ¡Vanos esfuerzos! Un Dios vengador se presenta á mi imaginacion allí mismo: repentinamente me ocurre que aquel edificio es obra de una nacion dispersa segun la palabra de Jesucristo. ¡Asombroso destino de los hijos de Jacob! Israel, cautivo de Faraon, construyó los palacios de Egipto: Israel, cautivo de Vespasiano, edificó este monumento del poder romano. Es fuerza que este pueblo, aun en medio de sus miserias, ponga la mano en todas las obras grandiosas.

(1) Santa Aglaé.

»Mientras yo me entregaba á tales reflexiones, las fieras encerradas en los subterráneos del anfiteatro, rujían espantosamente. Yo me estremecí, y tendiendo la vista por la arena, vi todavía la sangre de los infieles que habian sido despedazados en los últimos juegos. Sorprendiome una turbacion grande: me figuré que me hallaba espuesto en medio del circo, reducido á la alternativa de perecer entre las garras de los leones, ó de renegar del Dios que murió por mí; y me dije á mí mismo: »Tú ya no eres cristiano; pero si algun dia volvieses á serlo, ¿que harias?»

»Levántome; me precipito fuera de aquel edificio; vuelvo á subir á mi carro, y entro en mi casa. Toda la noche estuvo resonando en lo íntimo de mi alma aquella terrible pregunta de mi conciencia. Ahora mismo se me presenta muchas veces esta escena en la memoria, como si en ella me diese algun aviso el cielo.»

Aqui habia llegado Eudoro, cuando enmudeció repentinamente. Sus ojos fijos, su exterior ajitado, manifestaban que estaba herido por alguna vision sobrenatural. Todos permanecian atónitos sin abrir los labios; y solo se oia el murmullo del Ladon y del Alfeo, que bañan ambas riberas de la isla. El pavor se habia apoderado de la madre de Eudoro, y se levantó asustada; pero el jóven discípulo de Cristo, volviendo en sí, se dió mucha prisa en tranquilizar las maternales penas, continuando despues en este modo su relacion interrumpida.

LIBRO V.

RESUMEN.

Continúa la narracion. La córte pasa á Bayas. Nápoles. Casa de Aglaé. Paseos de Eudoro. Agustín y Jerónimo. Su conversacion en el sepulcro de Escipion. Traseas, ermitaño del Vesubio. Su historia. Separacion de los tres amigos. Eudoro vuelve á Roma con la córte. Las catacumbas. La emperatriz Prisca y la princesa Valeria, su hija. Pasa Eudoro á las Galias, y sirve en el ejército de Constancio.

» **M**uy poco tardó en desvanecerse la profunda impresion que habia dejado en mi alma aquel dia triste. Mis amigos jóvenes me rodearon, formaron burla de mis remordimientos, y pusieron en ridículo los anatemas de un pontífice obscuro, que carecia de valimiento y de poder.

» La córte, que en aquella época se trasladó de Roma á Bayas, arrancándome del teatro de mis errores, me quitó tambien el recuerdo de su castigo; y creyéndome ya irremisiblemente perdido para con los cristianos, no pensé mas que en abandonarme á los placeres.

» Yo contaria, señores, entre los dias mas bellos de mi vida el verano que pasé con Agustín y Jerónimo en las inmediaciones de Nápoles, si lucieran dias venturosos para el que vive en el olvido de Dios y la ilusion de las pasiones.

» La córte era espléndida: alli estaban reuni-

dos todos los príncipes amigos ó hijos de los Césares. Allí se veían Licinio (1) y Severo (2), compañeros de armas de Galerio; Doyo (3), que acababa de salir de las selvas, y sobrino también del mismo César; Majencio (4), hijo de Maximiano Augusto. Pero Constantino prefería nuestra compañía á la de estos príncipes, celosos de su virtud, de su valor y de su alta reputación, y enemigos suyos en público ó en secreto.

»En Nápoles frecuentábamos mucho el palacio de Aglaé, dama romana, de quien ya os he hablado. Era esta de familia senatoria, é hija del procónsul Arsacio: poseía inmensas riquezas: setenta y tres mayordomos cuidaban de su patrimonio, y había dado tres veces á su costa juegos públicos. Su hermosura era igual á sus gracias y su talento: en su casa reunía todo lo que conservaba aun la jentileza y la finura de los modales, y la afición á las letras y las artes. ¡Dichosa ella si en el tiempo de la decadencia de Roma, hubiera querido mas ser otra Cornelia, que renovar la memoria de aquellas mujeres célebres en demasía, cantadas por Ovidio, Propercio y Tibulo!

»Sebastian (5) y Pacomio (6), centuriones en

(1) Que fue Augusto cuando murió Severo.

(2) Que fue César cuando abdicó Diocleciano, y Augusto cuando murió Constancio.

(3) Que fue César cuando abdicó Diocleciano.

(4) El tirano que vistió la púrpura y fue vencido por Constantino junto á Roma.

(5) El mártir soldado, apellidado el defensor de la iglesia romana.

(6) El solitario de la Tebaida, que militó bajo las banderas de Constantino.

la guardia de Constantino; Jinés (1), cómico famoso, heredero del talento de Roscio; Bonifacio (2), mayordomo del alcázar de Aglaé, y tal vez demasiado querido de su señora, hermoseaban con sus gracias y su talento las fiestas de la voluptuosa romana. Pero Bonifacio, hombre abandonado á los placeres, tenia tres prendas: la hospitalidad, la liberalidad y la compasion. Cuando salia de los festines, se iba á dar vuelta por las plazas, para socorrer á los caminantes, á los extranjeros y á los pobres. La misma Aglaé, en medio de sus desórdenes, profesaba gran respeto á los fieles, y tenia una fe seneilla en las reliquias de los mártires. Jinés, enemigo declarado de los cristianos, ponía en ridículo esta flaqueza. »Pues bien, decia ella, yo tambien tengo mis supersticiones. Yo creo que las cenizas de un cristiano, muerto por su Dios, tienen alguna virtud, y quiero que Bonifacio me vaya á buscar reliquias.»

— »Ilustre patrona, respondía riéndose Bonifacio; yo tomaré oro y aromas, iré á buscar reliquias de mártires, y os las traeré: pero si acaso llegais tambien á recibir reliquias mias bajo el nombre de mártir, os suplico que no las desdeñeis.

»Rodeados de esta compañía embelesante y peligrosa, pasábamos una gran parte de la noche. Agustín, Jerónimo y yo vivíamos en la quinta de Constantino, edificada sobre la ladera del monte Posílopo. Todas las mañanas, apenas comenzaba á

(1) El mártir.

(2) Idem.

rayar el alba, iba yo á un pórtico que se extendía á la orilla del mar. El sol se levantaba enfrente de mí sobre el Vesubio, y con su fuego suavísimo iluminaba la cordillera de Salerno, el mar azul cubierto de las blancas velas de los pescadores, las islas de Caprea, de Enaria y de Proquita (1), el mar, el cabo Miseno y Bayas con todos sus encantos.

»Las flores y los frutos, humedecidos por el rocío, son menos suaves y lozanos que la campiña de Nápoles cuando sale de las sombras de la noche. Cuantas veces llegaba al pórtico, quedaba atónito al verme en las orillas del mar; porque allí las olas apenas producen mas ruido que el leve murmullo de una fuente. Estático á la vista de aquel cuadro, me apoyaba contra una columna; y sin pensamiento, sin deseo, sin proyecto alguno, pasaba horas enteras respirando un ambiente suave. Era tan hondo el hechizo, que me parecia que aquel ambiente divino transformaba mi propia sustancia, y que me encumbraba con un placer indecible hácia el firmamento como un espíritu puro. ¡Dios omnipotente! ¡cuan lejos estaba yo de aquella inteligencia celestial, libre de las cadenas de las pasiones! ¡Como me ataba al polvo de la tierra este cuerpo tosco! y ¡cuan digno de lástima era yo, tan sensible á los embelesos de la creacion, y tan olvidado del Criador! ¡Ah! mientras que, libre en apariencia, creia nadar en la luz, algun cristiano, aherrojado y sumido en un calabozo por la fe, era el que verdaderamente aban-

(1) Isquia y Prócida.

donaba la tierra y se remontaba glorioso al s6lio del Omnipotente.

»Nosotros ¡ay de mí! íbamos en pos de placeres mentidos. Aguardar 6 buscar alguna beldad culpable; verla como se adelantaba hácia nosotros en alguna navecilla; mirar como sé sonreía en medio de las aguas; bogar con ella por el mar, sembrando flores por su superficie; seguir á aquella embelesadora á lo interior de los bosques de arrayanes, y á los campos felices donde Virjilio colocó el Eliseo; tal era la ocupacion de nuestros dias, fuente inagotable de lágrimas y arrepentimiento. Tal vez hay climas peligrosos á la virtud por los estremados deleites que proporcionan. ¿Y no es este el objeto moral de un ap6logo injenioso, refiriendo que edificaron á Parténope sobre la tumba de una sirena? El verde aterciopelado de la campiña, el temple delicado de la atm6sfera, los contornos redondeados de las montañas, las blandas inflexiones de los rios y de los valles, son en Nápoles otros tantos atractivos seductores de los sentidos, que descansan con gusto por todas partes, sin encontrar nada que les desagrade. El napolitano, medio desnudo, contento con sentir que vive bajo el influjo de un cielo propicio, abandona el trabajo cuando ha ganado el 6bolo que basta para el pan del dia. La mitad de su vida la pasa inmoble á los rayos del sol, y la otra mitad haciéndose arrastrar de un carro, dando gritos de alborozo. Por la noche se tiende sobre las gradas de un templo, y sin curarse del porvenir, duerme á los pies de las estátuas de sus dioses.

»¿Podriais creer, señores, que nuestra insensatez era tal, que envidiábamos la suerte de aquellos hombres, y que aquella vida descuidada y ajena de cuidados, nos parecía el colmo de la ventura? Pues sobre esto regularmente versaban nuestras conversaciones, cuando, para evitar los ardores del medio día, nos retirábamos á la parte del palacio que estaba edificada debajo del mar. Recostados en lechos de marfil, oíamos sobre nuestras cabezas el bramido de las olas. Si alguna tempestad nos sorprendía en lo último de aquel retiro, los esclavos encendían lámparas llenas de precioso nardo de la Arabia, y entraban napolitanas jóvenes, que traían rosas de Pesto en vasos de Nola: y mientras bramaban las olas por defuera, ellas cantaban formando delante de nosotros danzas apacibles, que me recordaban las costumbres de la Grecia: así se realizaban para nosotros las ficciones de los poetas: cualquiera hubiera creído ver los juegos de las nereidas en las frescas grutas del Ponto.

»No bien el sol, retirándose hácia el sepulcro de la nodriza de Eneas, cubria una parte del golfo de Nápoles con la sombra del monte Posílipo, los tres amigos nos separábamos. Jerónimo, arrastrado por el amor al estudio, iba á examinar la orilla en donde Plinio fue víctima del mismo amor, á preguntar á las cenizas de Herculano, y á investigar la causa del ruido amenazador del Solfatara. Agustín, con un Virgilio en la mano, se paseaba por las riberas que cantó este vate inmortal, el lago Averno, la gruta de la Sibila, el Aqueronte, la Estijia,

el Eliseo; y se complacia con preferencia en volver á leer las desventuras de Dido sobre el mismo sepulcro del sensible y hermoso númen que contó la interesante historia de aquella reina desdeñada.

»Llevado del noble ardor de instruirse, el príncipe Constantino me convidaba á visitar en su compañía los monumentos consagrados por los recuerdos de la historia. Embarcados en un esquife, dábamos vuelta al golfo de Bayas; descubríamos las ruinas de la casa de Ciceron; reconocíamos el sitio donde naufragó Agripina, la playa donde se puso en salvo, el palacio donde su hijo- guardaba el éxito del parricidio; y mas lejos la morada donde esta madre presentó á los asesinos el vientre que habia llevado á Neron. Visitábamos en Caprea los subterráneos, testigos del baldon de Tiberio. »¡Ah! ¿que desventura cabe mayor, decia Constantino, que el ser dueño del universo, y verse precisado por la conciencia de los propios delitos á retirarse á esta peña?»

»Unos sentimientos tan jenerosos en el heredero de Constancio, y tal vez del imperio romano, me inspiraban mayor cariño hácia aquel príncipe, protector y compañero de mi juventud. Por esto no desperdiciaba yo ocasion alguna de encender en lo íntimo de su pecho hidalgos deseos, porque la ambicion de Constantino es á mi entender la esperanza del universo.

»Al volver de estas expediciones, nos aguardaba un baño delicioso. Aglaé nos ofrecia en medio de sus jardines un banquete opíparo y delicado.

Preparaban la cena sobre un terrado coronado de naranjos floridos y á orillas del mar. La luna , que se presentaba sin velo en medio de los astros, como una reina en medio de su córte , nos ofrecia su antorcha: era tan viva su luz , que parecia pálida la llama que brilla en la cumbre del Vesubio , y pintando de azul el humo enrojecido del volcan , dibujaba por la noche un iris en el cielo. Este hermoso fenómeno , el aspecto de la apacible lumbrera , las laderas de Surrento (1), Pompeya y Heraclea (2), eran reflejados por las olas , y al mismo tiempo se oian á lo lejos sobre el mar los cánticos del pescador de Nápoles.

»Llenábamos entonces nuestras copas de un vino exquisito , que se habia hallado en la bodega de Horacio , y brindábamos por las tres hermanas del Amor , hijas del Poder y de la Hermosura. Con la frente coronada de ápio siempre verde , y de rosas que tan presto se marchitan , nos provocábamos á gozar de la vida , considerando su breve duracion.

»Fuerza será dejar esta tierra , esta mansion querida , esta amante adorada. De todos los árboles plantados por nuestras manos , ninguno acompañará en la huesa á su amo de un dia , sino el odioso cipres.»

»Despues , acompañándonos con la lira , cantábamos nuestras pasiones desregladas.

»Lejos de aqui , velos sagrados , ornamentos del rubor ; y vosotros , largos vestidos , que ocul-

(1) Sorrento.

(2) O Herculano.

»tais los pies de las doncellas, yo quiero celebrar
 »los hurtos y los dichosos dones de Vénus. Atravie-
 »se los mares el que quiera, y reuna los tesoros del
 »Hermo y del Ganjes, ó vaya en pos de vanos tim-
 »bres entre los azares de la guerra; que yo cifro to-
 »dá mi fama en vivir esclavo de la beldad que me
 »encanta. ¡Cuanto me place vivir en los campos, en
 »los prados esmaltados, y en las orillas de los rios!
 »¿Quien me dejará pasar una vida vulgar en las
 »selvas? ¿Que placer igualará al de ir en pos de
 »Delia por los campos, y al de llevarle entre mis
 »brazos el corderillo recién nacido? Si durante la
 »noche sacuden mi choza los vientos, si la lluvia
 »cae á torrentes sobre mi techo.....”

»Pero, señores, ¿para que he de continuar el
 cuadro de los desórdenes de tres insensatos? ¡Ah!
 ¡hablemos mas bien de los sinsabores que acompa-
 ñan á estas cosas tan vacías de felicidad! No creais
 que fuésemos dichosos en medio de estos deleites
 falaces. Nuestra felicidad hubiera consistido en que
 nos amasen tanto como nosotros amábamos; porque
 siempre queremos encontrar la vida en lo que ama-
 mos. Pero en vez de verdad y paz, no encontrá-
 bamos en nuestros cariños sino mentira, lágrimas,
 celos é indiferencia. Alternativamente infieles ó ven-
 didos por nuestras amantes, creíamos que la que
 estábamos próximos á amar, era la que debia mere-
 cer eternamente nuestro cariño. A la otra siempre
 le faltaba algun embeleso del cuerpo ú del alma,
 que habia imposibilitado la duracion de nuestro
 afecto; y cuando habíamos hallado el objeto ideal

de nuestros sueños, fastidiábase de nuevo nuestro corazón; nuestros ojos descubrían lunares inesperados, y nos veíamos luego reducidos á echar de menos nuestra primera víctima. Tantas sensaciones incompletas solo nos dejaban imágenes confusas, que turbaban nuestros placeres momentáneos, trayéndonos á la memoria, en medio de nuestros regocijos, una multitud de recuerdos que los combatían. Así, en medio de nuestras felicidades, no éramos mas que miseria; porque habíamos abandonado aquellos pensamientos virtuosos, que son el verdadero sustento del hombre, y aquella belleza celestial, única que puede colmar el vacío del deseo.

»La bondad de la Providencia hizo brillar repentinamente un destello de la gracia en medio de las tinieblas de nuestras almas; permitió el cielo que el primer pensamiento de religión nos viniese del propio exceso de nuestros placeres. ¡Tan inexplicables son los caminos de Dios!

»Paseando un día por las inmediaciones de Bayas, llegamos hasta Literna (1). El sepulcro de Escipión el Africano se ofreció de repente á nuestras miradas, y nos acercamos con respeto á aquel monumento, que se levanta en las orillas del mar: una tempestad ha derribado la estatua que lo coronaba. Todavía se lee en la mesa del sarcófago esta inscripción:

INGRATA PATRIA, NO TENDRAS TU MIS HUESOS.

Nuestros ojos derramaron llanto al acordarnos de la virtud y del destierro del vencedor de Anibal.

(1) Patria.

Hasta lo tosco del sepulcro, que forma un contraste tan visible con los suntuosos mausoleos de tantos hombres desconocidos que cubren la Italia, contribuia á aumentar nuestra ternura. No tuvimos valor para sentarnos en el sepulcro mismo, y nos quedamos en su base guardando un religioso silencio, como si estuviésemos al pie de un altar. Despues de algunos instantes de meditacion, levantó la voz Jerónimo, y habló de esta manera:

»Amigos, las cenizas del mas claro varon de entre los romanos me hacen sentir vivamente nuestra pequeñez y la inutilidad de una vida que comienza á serme fastidiosa: yo siento que me falta la felicidad. Hace mucho tiempo que me persigue no sé qué instinto fuerte; cien veces al dia me incita el deseo de despedirme y llevar por la tierra mis errantes pasos. ¿No cabe que el principio de este desasosiego esté en el vacío de nuestras opiniones y de nuestros anhelos? La vida entera de Escipion nos acusa. ¿No llorais de admiracion, no conoceis que hay una felicidad diferente de la que anhelamos, cuando veis al Africano volviendo una esposa á su esposo, y cuando Ciceron os pinta á este héroe entre los espíritus ecelestiales, enseñando á Emiliano, en un sueño, que hay otra vida en donde la virtud alcanza su recompensa?»

— »Jerónimo, respondió Agustin, todo esto es lo que pasa en mi interior: yo me hallo atormentado, á la par que vos, de un achaque cuya causa ignoro; pero sin embargo yo no necesito, como vos, de agitacion: al contrario, ansio solamente

por el reposo, y quisiera, á ejemplo de Escipion, colocar mis dias en la suprema rejion del sosiego. Un desfallecimiento secreto me consume: yo no sé por qué via buscar la felicidad: cuanto mas considero la vida, menos la amo. ¡Ah! ¡si hubiese alguna verdad oculta; si se hallase en alguna parte una fuente de amor, inagotable, renovada sin cesar, donde pudiese uno sumerjirse entero; Escipion, si tu sueño no fuese un divino engaño....!

— »¡Como me lanzaria yo, exclamó impetuosamente Jerónimo, hácia esa fuente! Ribera del Jordan, gruta de Betlen, ¡pronto me veriais en el número de vuestros anacoretas! ¡Oh montañas de Judea, la posteridad no acertaria separar vuestros desiertos de mi penitencia!»

»Jerónimo pronunció estas palabras con una vehemencia pasmosa. Alzábasele el pecho, como á un ciervo sediento que anhela el agua de las fuentes.

— »Lo mas particular de vuestra confesion, amigos mios, dije yo entonces, es que eso es tambien lo que me pasa á mí. Pero yo reuno en mí solo las dos heridas que os atormentan, el instinto viajador y la sed del reposo. Este achaque me hace volver algunas veces la vista con sentimiento hácia la religion de mi niñez.»

— »Mi madre, que es cristiana, replicó Agustín, me ha hablado muchas veces de la hermosura de su culto, en la cual, decia, podia hallar yo la felicidad de mi vida. ¡Ah! ¡esta tierna madre vive allende el mar, y quizá en este punto lo está contemplando desde la orilla opuesta, recordando á su hijo!»

»Apenas habia acabado Agustin de pronunciar estas palabras, cuando un hombre, con el traje de filósofo de Epicteto, salió del sepulcro de Escipion. Era al parecer de edad madura, aunque mas cercano á la juventud que á la ancianidad. Leiase en su semblante un alborozo anjelical; y hubierais dicho que sus labios no podian abrirse sino para pronunciar suaves acentos.

— «Nobles mancebos, nos dijo apresurándose á sacarnos de nuestra sorpresa, perdonad; yo estaba sentado en este monumento cuando llegasteis, y sin poderlo remediar he oido vuestra conversacion. Supuesto que ahora ya sé vuestra historia, quiero contaros la mia, pues quizá os sea provechosa. Tal vez encontrareis en ella el alivio de los quebrantos que os aquejan.»

»Y sin esperar nuestra respuesta, el desconocido se sentó entre nosotros con noble familiaridad, y principió asi :

— «Yo soy el solitario cristiano del Vesubio, »de quien tal vez habreis oido hablar; porque soy »el único morador de la cumbre de esta montaña. »Algunas veces vengo á visitar el sepulcro del Africano, y voy á deciros por qué. Cuando este varon »esclarecido, retirado en Literna, buscaba en la »virtud el consuelo de la injusticia de su patria, »desembarcaron unos piratas en estas costas. Aco- »metieron la casa del ilustre desterrado sin saber »quien era su dueño. Ya habian escalado las pare- »des, cuando unos esclavos que habian acudido al »oir el desman, se apercibieron para defender á su

»señor. »¡Como os atreveis, dijeron, á violentar
»la casa de Escipion!» Al oír este nombre, los pi-
»ratas, sobrecojidos de respeto, arrojaron sus ar-
»mas, y pidiendo por favor que les permitiesen con-
»templar al vencedor de Anibal, se retiraron des-
»pues de cumplido su deseo.

»Traseas, mi abuelo, descendiente de una fa-
»milia noble de Siciona, se hallaba entonces con
»aquellos piratas. Estos lo habian robado en su in-
»fancia, y le habian obligado á servir en sus naves.
»Ocultose en la casa de Escipion, y cuando se hu-
»bieron alejado los piratas, echose á los pies de su
»huésped, y le refirió su desgracia. El Africano,
»movido de su infelicidad, le envió á su patria; pe-
»ro los padres de Traseas habian muerto durante
»el cautiverio de éste, y sus bienes habian desapa-
»recido. Mi abuelo volvió á su libertador, quien le
»dió una corta hacienda junto á su casa de campo,
»y le casó con la hija de un caballero romano po-
»bre. De esta familia desciendo yo: ya veis que ten-
»go un motivo lejitimo para respetar las cenizas
»de Escipion.

»Mi juventud fue borrascosa: probé de todo, y
»de todo me fastidié: era elocuente; adquirí repu-
»tacion; y dije para mí: »¿Que es esta gloria de las
»letras, disputada en vida, incierta despues de la
»muerte, y comun muchas veces con la medianía y
»el vicio?» Fui ambicioso; obtuve un puesto emi-
»nente, y dije entre mí: ¿Valia esto la pena de de-
»jar una vida apacible? y ¿vale lo hallado lo que
»pierdo? Asi me sucedió con todo lo demas. Sacia-

»do de los placeres de mi edad , no descubria nada
»mejor para lo sucesivo; y mi fogosa imaginacion
»me privaba aun de lo poco que poseia. Nobles ca-
»balleros, grave dolencia es para el hombre el lle-
»gar harto presto al objeto de sus anhelos, y pasar
»en pocos años por todas las ilusiones de una vida
»dilatada.

»Lleno de los mas infaustos pensamientos, atra-
»vesaba yo un dia un barrio de Roma poco frecuen-
»tado de los grandes, pero habitado por un pueblo
»pobre y numeroso. Un edificio de un carácter sério
»y de construccion singular llamó mi atencion. De-
»bajo del pórtico se veian muchos hombres en pie é
»inmóviles, y parecia que estaban entregados á la
»meditacion.

»Mientras procuraba yo adivinar qué monu-
»mento seria aquel, vi que pasaba junto á mí un
»hombre oriundo de Grecia, y como yo, naturali-
»zado en Roma. Era descendiente de Perseo, úl-
»timo rey de Macedonia. Sus abuelos, despues de
»haber entrado en Roma atados al carro triunfal de
»Paulo Emilio, vinieron á parar en meros escriba-
»nos. Hacia ya tiempo que habia advertido en un
»rincon de la calle sagrada, debajo de una choza
»ruin, este escarnio de la suerte: habia tambien
»hablado algunas veces con Perseo, y lo detuve en-
»tonces para preguntarle á qué objeto estaba desti-
»nado el monumento que ocupaba mi contempla-
»cion. —»Es, me respondió, el sitio donde vengo
»yo á olvidar el trono de Alejandro: yo soy cristia-
»no.» Perseo subió las gradas del pórtico, pasó por

»medio de los catecúmenos, y penetró en el recinto del templo. Seguile algo alterado.

»En lo interior del edificio se observaban las mismas desproporciones que en lo exterior; pero aquellos defectos estaban compensados por el estilo atrevido de sus bóvedas y por el religioso efecto de sus sombras. En vez de la sangre de las víctimas, y los excesos que empañan las aras de los falsos dioses, parecía que velaban el tabernáculo de los cristianos la pureza y recojimiento. Apenas se interrumpia el silencio de aquella asamblea por la voz inocente de algunos niños que llevaban las madres en sus brazos. Acercábase la noche: la luz de las lámparas, estendiéndose por la nave y el santuario, luchaba con la del crepúsculo. Los cristianos oraban por todas partes en altares retirados; todavía se respiraba el incienso de las ceremonias que poco antes se habian concluido, y el olor aromático de la cera de las antorchas recién apagadas.

»Salió de un sitio retirado un sacerdote con un libro y una lamparilla, y subió á un púlpito: oyose el ruido de los concurrentes que se arrodillaban. El sacerdote leyó al principio algunas oraciones sagradas; y despues recitó unas preces, á las que respondian á media voz los cristianos desde todos los ángulos de la iglesia. Aquellas respuestas uniformes, que se repetian por intervalos iguales, tenian un no sé qué de patético, particularmente cuando se ponía atencion en las palabras del pastor y en la condicion de las ovejas.

»Consuelo de los tristes, decia el sacerdote,
»amparo de los desvalidos.....”

»Y todos los cristianos perseguidos, acabando
»el sentido que quedaba suspenso, añadian:

»¡Rogad por nosotros! ¡Rogad por nosotros!”

»En esta larga enumeracion de las dolencias hu-
»manas cada cual conocia su tribulacion particular,
»y aplicaba á sus propias necesidades alguno de
»aquellos clamores que se enviaban al cielo. No tar-
»dó en llegar tambien mi turno. Yo le oí pronun-
»ciar distintamente al levita estas palabras:

»Providencia de Dios, reposo del corazon, cal-
»ma en la tempestad.....”

»Se paró: mis ojos se anegaron en llanto: me
»pareció que las miradas de todos se fijaban en mí,
»y que la caritativa muchedumbre esclamaba:

»¡Rogad por él! ¡Rogad por él!”

»Bajó del púlpito el sacerdote; la multitud se
»retiró, y yo penetrado hasta lo íntimo de mi co-
»razon, fui á ver á Marcelino, supremo pontífice
»de esta relijion que consuela á todos, y al cual re-
»ferí las penas de mi vida: instruyome en las ver-
»dades de su culto; me hice cristiano, y desde en-
»tonces se disiparon mis tormentos.”

»La historia del anácoreta y la amable injenui-
»dad de aquel filósofo cristiano llamaron nuestra
»atencion. Le hicimos mil preguntas, y nos contes-
»tó á todas con la mayor injenuidad. No nos cansába-
»mos de oírle. Su voz era tan melodiosa que conmo-
»via dulcemente las entrañas. Una elocuencia florida,
»pero sencilla, manaba naturalmente de sus labios;

á las cosas mas triviales les daba un sabor de anti-güedad que nos embelesaba: se repetia como los antiguos; pero aquella repeticion, que en otro hubiera sido un defecto, en él venia á ser, no sé cómo, otra de las gracias de su conversacion. Lo hubierais tenido por uno de aquellos lejisladores de la Grecia, que daban en otro tiempo leyes á los hombres, y acompañándose con una lira de oro, cantaban la belleza de la virtud y el poder de las divinidades.

»Su despedida puso fin á esta conversacion, en la que tres mozos sin relijion habian concluido que la relijion era el único alivio de sus males. El sepulcro del Africano fue sin duda el que nos inspiró este pensamiento; porque las cenizas de un varón ilustre y perseguido, encumbran los sentimientos á la rejion del olimpo.

• »Dejamos con pesar las inmediaciones de Litterna, y nos abrazamos mutuamente; un secreto presentimiento anublaba nuestros corazones, como si nos dijese que nos despidiésemos para siempre. Cuando volvimos á Nápoles, ya no nos ofrecian nuestros deleites el mismo atractivo. Sebastian y Pacomio iban á partir para el ejército; Jinés y Bonifacio habian perdido su buen humor; Aglaé parecia estar melancólica, y como turbada por sus remordimientos. La córte salió de Bayas, Jerónimo y Agustin se volvieron á Roma, y yo seguí á Constantino á su palacio de Tibur. Allí recibí una carta de Agustin. Me daba á entender que, vencido por las lágrimas de su madre, iba á Cartago á reunirse con ella; que Jerónimo se disponia á visitar las Ga-

lias, la Panonia, y los desiertos habitados por los anacoretas cristianos.

»Yo no sé, añadía Agustín, acabando su carta,
 »si volveremos á vernos jamás. ¡Ay, amigo mio! tal
 »es la vida: cuájala breves alegrías y largos dolores,
 »amistades principiadas é interrumpidas. Por
 »una estraña fatalidad, nunca se traban estas intimidades
 »cuando pudieran ser duraderas: encontramos al amigo con
 »quien queríamos pasar la vida, en el momento en que el destino
 »va á fijarle lejos de nosotros; descubrimos el corazón que buscábamos
 »la víspera del día en que va á dejar de latir. Mil cosas, mil
 »accidentes separan á los que aman en esta vida; y luego sobreviene
 »la separación de la muerte, que derriba todos nuestros proyectos.
 »¿Recordais lo que decíamos un día fijando los ojos en el golfo de Nápoles?
 »Comparábamos la vida con un puerto de mar donde se ven llegar y salir
 »hombres de todos idiomas y de todos países: la playa retumba con
 »la algazara de los que llegan y de los que salen: los unos derraman
 »lágrimas de gozo al ver á sus amigos; los otros al separarse se dicen
 »un eterno adios: porque en saliendo una vez del puerto de la vida,
 »no se vuelve á entrar en él. Suframos, pues, sin amargas quejas,
 »querido Eudoro, una separación, que forzosamente habian de producir
 »los años, y á la que no nos habia preparado la ausencia.”

Iba á seguir Eudoro su narración, cuando llegaron los criados de Lasténes con la comida de la mañana: pusieron sobre la yerba trigo nuevo leve-

mente tostado en la espiga, bellotas y quesos que todavía conservaban las marcas de los canastillos. Los corazones estaban diversamente ajitados. Cirilo admiraba, pero sin darlo á entender, al jóven que, como el Rey profeta, clamaba desde el fondo del abismo: »Señor, tened piedad de mí, segun la grandeza de vuestra misericordia.»

Demodoco no habia comprendido casi nada de la narracion de Eudoro: no encontraba en ella ni á Polifemo, ni á Circe, ni encantos, ni naufragios; y apenas habia reconocido en aquella armonía, nueva para él, algunos sonidos de la lira de Homero. Cimoceo, al contrario, habia penetrado maravillosamente al hijo de Lasténes; pero no sabia por qué la entristecia tanto el pensar que Eudoro habia amado mucho, y que de ello se arrepentia. Inclorada sobre el pecho de su padre, le decia en voz baja:

»Padre mio, yo lloro como si fuese cristiana.»

Acabada la comida, dijo Demodoco:

»Hijo de Lasténes, tu narracion me encanta, aunque yo no alcanzo toda su sabiduría. Me parece que el lenguaje de los cristianos es una especie de poesía de la razon, de la cual no me ha dado Minerva ninguna intelijencia. Acaba de contar tu historia; y si entre nosotros hay alguno que derrame lágrimas al escucharla, no por eso te detengas: muchas veces ha sucedido lo mismo en semejantes casos. Cuando un hijo de Apolo cantaba las desgracias de Troya en la mesa de Alcinoos, habia allí un extranjero que se cubria la cabeza con el manto y lloraba. Dejemos, pues, que se entenezca mi Cimo-

docea. Júpiter ha confiado á la piedad el corazon de la juventud. Los ancianos, agobiados con el peso de Saturno, si por nuestra parte logramos la paz y la justicia, estamos muy ajenos de aquella compasion y de aquellos impulsos blandos, que son la joya de los hermosos dias de la vida. Los dioses han asemejado la vejez á aquellos cetros hereditarios, que, pasando de padres á hijos en una antigua familia, parecen estar cargados de la majestad de los siglos; pero que ya no se cubren de flores, desde que se secaron lejos del tronco materno."

Eudoro volvió á continuar su historia.

»Cuando me hallé privado de mis amigos, ya no me ofreció Roma mas que soledad. La zozobra reinaba en la córte: Maximiano habia tenido que trasladarse de Milan á la Pannonia, amenazada de una invasion de los carpios y de los godos: los francos se habian apoderado de la Batavia, defendida por Constancio: en Africa los quinquejencianos, pueblo reciente, acababan de presentarse repentinamente con las armas en la mano. Se decia que el mismo Diocleciano pasaria á Egipto, en donde la sublevacion del tirano Aquileo exijia su presencia: en fin Galerio se disponia á partir para guerrear contra Narses. Esta guerra de los Partos era lo que particularmente ponia en cuidado al anciano emperador, que se acordaba de la suerte de Valeriano. Galerio, aprovechándose de la necesidad que tenia el imperio de su brazo, y dócil siempre á las inspiraciones de Hiérocles, procuraba apoderarse del ánimo de Diocleciano; y no temia ya que se traslucie-

sen sus celos contra Constancio, cuyo mérito é ilustre nacimiento le causaban enfado. Constantino se hallaba naturalmente envuelto en estos celos; y yo, como amigo de este príncipe, siendo el mas débil, y el objeto particular del odio de Hiérocles, sufría todo el peso de la animosidad de Galerio.

»Un dia, mientras que Constantino asistia á las deliberaciones del senado, fui á visitar la fuente Ejeria. Sorprendiome la noche; y para volver á tomar la via Apia, me dirigí por el sepulcro de Cecilia Metela, obra maestra de elegancia y grandeza. Al cruzar unos campos abandonados, advertí que muchas personas se deslizaban por la obscuridad, y que deteniéndose todas en un mismo paraje, desaparecian repentinamente. Movidó de la curiosidad, me adelanto, entro animosamente en la caverna donde se habian sumido los fantasmas misteriosos, y veo prolongarse enfrente de mí unas galerías subterráneas, que apenas recibían luz de algunas lámparas, colgadas de trecho en trecho. A entrambos lados de aquellos fúnebres corredores; cubrian las paredes tres filas de sepulcros, colocados unos sobre otros. La lúgubre luz de las lámparas, alumbrando escasamente las bóvedas, y moviéndose con lentitud á lo largo de los sepulcros, parecia que daba una movilidad espantosa á aquellos objetos eternamente inmóviles. En vano aplicaba yo cuidadosamente el oido para aprovecharme de cualquier ruido que oyese, y caminar por medio de aquel abismo del silencio: en el reposo absoluto de aquellos sitios, no se oian mas que los latidos de mi corazon.

Quise retroceder, pero ya no era tiempo: tomé un camino por otro, y en vez de salir de aquel laberinto, me interné mas en él; nuevas calles que por todas partes se abrian y se cruzaban, aumentan á cada instante mi perplejidad: cuanto mas me esfuerzo en hallar un camino, mas me extravío; unas veces me adelanto con lentitud, otras paso con velocidad, y entonces por un efecto del eco que repetia el ruido de mis pisadas, me figuro que oigo caminar precipitadamente á mis espaldas.

»Hacia ya mucho rato que andaba extraviado de este modo: comenzaba á perder las fuerzas, y me senté en una encrucijada solitaria de la ciudad de los muertos. Miraba con inquietud la luz de las lámparas, casi consumidas, que amenazaban apagarse, cuando de lo profundo de aquellas mansiones sepulcrales salió repentinamente una armonía, semejante á un coro lejano de espíritus celestiales: aquellos divinos acentos espiraban y renacian alternativamente; y aun parecian adquirir mayor suavidad perdiéndose en los tortuosos caminos del subterráneo. Levántome, me dirijo hácia el paraje de donde salian aquellos májicos conciertos, y descubro una sala iluminada. Sobre un sepulcro adornado de flores celebraba Marcelino el misterio de los cristianos: unas doncellas, cubiertas con velos blancos, cantaban al pie del altar: una crecida concurrencia asistia al sacrificio. Conocí entonces que me hallaba en las catacumbas (1). Una mezcla de arrepenti-

(1) Las catacumbas de San Sebastian.

miento, de vergüenza y enajenamiento se apodera de mi alma. ¡Nuevo pasmo! Creo ver entre Dorotheo y Sebastian á la emperatriz y á su hija, puestas de rodillas en medio de la multitud. Nunca se ha presentado un espectáculo mas sorprendente á los ojos de un mortal; nunca se adoró á Dios con mas dignidad; nunca manifestó Dios mas abiertamente su grandeza. ¡Oh poder de esta relijion, que obliga á la esposa de un emperador romano á dejar furtivamente el tálamo imperial cual una mujer adúltera, para correr á reunirse con unos desgraciados, para ir en pos de Jesucristo al altar de un mártir desconocido, en medio de sepulcros y de hombres proscritos ó despreciados! Mientras me entregaba á estas ideas, un diácono se acerca al oido del pontífice, dícele algunas palabras, y hace una señal: inmediatamente cesan los cánticos, se apagan las lámparas, y la brillante vision desaparece. Arrebatado por las olas del pueblo santo, me hallo á la boca de las catacumbas.

»Este lance dió á mi destino otro rumbo. Sin tener nada que reprenderme, vime tildado: asi es que nuestras faltas no son siempre castigadas inmediatamente, sino que Dios, para hacernos mas sensibles al castigo, permite que se nos malogre alguna empresa razonable, ó nos abandona á la sinrazon de los hombres.

»Yo ignoraba que la emperatriz Prisca y su hija Valeria fuesen cristianas: los fieles me habian ocultado esta importante victoria á causa de mi impiedad. Las dos princesas, temerosas del furor de

Galerio, no se atrevian á presentarse en la iglesia; y de noche iban á orar en las catacumbas, acompañadas del virtuoso Doroteo. La casualidad me condujo al santuario de los muertos: los sacerdotes que me conocieron, creyeron que un sacrilego, excluido de los lugares santos, no podia haber bajado á las catacumbas, sino con el intento de penetrar un secreto, que á la iglesia le importaba tener oculto; y apagaron las lámparas para que yo no conociese á la emperatriz, á quien sin embargo habia ya reconocido.

Galerio hacia celar á la emperatriz, en quien se notaba alguna inclinacion á la nueva creencia. Unos emisarios enviados por Hiérocles habian seguido á las princesas hasta las catacumbas, de donde me vieron salir con ellas. Apenas oyó el sofista la relacion de los espías, corrió á noticiarla á Galerio; Galerio vuela á casa de Diocleciano.

»¡Y bien! le dijo, ¡no habeis querido creer nunca lo que pasa á vuestros mismos ojos! ¡La emperatriz y vuestra hija Valeria son cristianas! Esta misma noche han ido á la caverna que la secta impía mancha con sus execrables misterios. Y ¿sabeis quien es el que acompaña á las princesas? Pues sabed que es ese griego, vástago de una estirpe rebelde al pueblo romano; ese traidor que, para disfrazar sus proyectos, finje que ha abandonado la religion de los sediciosos, y reservadamente la sigue; ese fermento que no cesa de emponzoñar el ánimo del príncipe Constantino. Reconoced ahí una dilatada conspiracion dirigida contra vos por los cristia-

nos, y en la cual procuran hacer entrar hasta vuestra misma familia. Mandad que prendan á Eudoro, y que la fuerza de los tormentos le arranque la confesion de sus delitos, y el nombre de los cómplices suyos.

»Fuerza es confesar que las apariencias me hacian reo; y asi me detestaban todos los partidos. Los cristianos me tenian por un apóstata y traidor; y Hiérocles, que los veia en este error, les decia abiertamente que yo habia denunciado á la emperatriz. Los paganos, por su parte me miraban como á apóstol de mi relijion, y corruptor de la familia imperial. Cuando pasaba yo por los salones rejios, veia á los palaciegos soureirse con aire de menosprecio: los mas viles eran los mas severos: el mismo populacho me perseguia por las calles con improperios y amenazas. En fin, mi situacion era tan penosa, que, á no haber sido por la amistad de Constantino, creo que me hubieran quitado la vida. Pero este príncipe jeneroso no me abandonó en mi desgracia: se declaró abiertamente amigo mio: hizo alarde de presentarse conmigo en público: me defendió con teson contra César en presencia de Augusto; y publicó por todas partes que yo era víctima de la envidia de un sofista adulator de Galerio.

»Roma y la córte estaban ocupadas en aquel negocio que, comprometiendo á los cristianos, y el nombre de la emperatriz, parecia de la mas alta importancia. Se aguardaba con impaciencia la decision del emperador; pero no era conforme al carácter de Diocleciano el tomar una resolucion violenta.

El anciano emperador recurrió á un arbitrio, que revela su talento político. Declaró que las voces que habian corrido en Roma, eran falsas; que las princesas ni siquiera habian salido de palacio la noche en que decian haberlas visto en las catacumbas; que Prisca y Valeria, lejos de ser cristianas, acababan de sacrificar á los dioses del imperio; y en fin que castigaria severamente á los autores de aquellas calumnias, y prohibia que se hablase en adelante de un cuento tan ridículo como escandaloso.

»Pero como habia que sacrificar á uno por todos, segun se usa en las córtes, me mandaron salir de Roma, y presentarme en el ejército de Constancio, que estaba acampado en las orillas del Rin.

»Me preparé para pasar á las Galias, abrazando gustoso la carrera militar, y abandonando un sistema de vida incompatible con mi carácter. Sin embargo, es tanta la fuerza de la costumbre, y tal vez es tambien tan grande el hechizo de los lugares célebres, que no pude abandonar á Roma sin algun sentimiento. Salí en medio de la noche, despues de haber recibido los postreros abrazos de Constantino. Atravesé algunas calles desiertas, y pasé por delante de la casa abandonada que poco antes habia habitado con Agustin y Jerónimo. Hacia el Foro todo estaba silencioso y solitario: los monumentos que lo llenan, los Rostros, el templo de la Paz, los de Júpiter Estator y de la Fortuna, los arcos de Tito y de Severo, se dibujaban en la sombra, cual los escombros de una poderosa ciudad cuyo pueblo hubiese desaparecido. Cuando estuve á al-

guna distancia de Roma, volví la cabeza, y con la claridad de las estrellas, descubrí el Tiber, que iba internándose entre los monumentos confusos de la ciudad, y entreví el pináculo del Capitolio, que parecía ladearse con el peso de los despojos del mundo.

»La via Casia, que me conducía á la Etruria, pierde luego los pocos monumentos que la adornan, y pasando entre una antigua selva y el lago de Volturno, penetra en unas montañas negras, cubiertas de nubes, y siempre infestadas de forajidos. Un monte cuya cumbre está erizada de agudas rocas, un torrente que vuelve atrás veintidos veces, y que cuando corre se lleva su misma madre, forman por aquel lado las vallas de la Etruria. Tras la grandeza de la campiña romana, aparecen despues valles angostos y montecillos cubiertos de brezos, cuyo pálido verdor se confunde con el de los olivos. Salí del Apenino para bajar á la Galia Cisalpina. El cielo se volvió de un azul lóbrego, y en vano busqué en las montañas aquella especie de lluvia de luz que cubre los montes de la Grecia y de la alta Italia. Divisé á lo lejos la blanca cima de los Alpes, y á poco rato empecé á subir por sus vastas laderas. En aquellas montañas, todo lo que procede de la naturaleza me pareció grandioso é indestructible; todo lo que es parto del hombre me pareció frágil y mecánico; por una parte, árboles centenarios, cascadas que están cayendo hace muchos siglos, rocas vencedoras del tiempo y de Anibal: por otra parte, puentes de madera, cercados para las ovejas, chozas de tierra. ¿Consistirá esto, por ventura, en que

el pastor de los Alpes, bien penetrado de la corta duracion de su vida al ver aquellas eternas moles que le rodean, no ha querido tomarse el trabajo de levantar monumentos mas duraderos que su propia existencia?

»Salí de los Alpes atravesando una especie de pórtico, escavado debajo de un enorme peñasco. Crucé una parte del Vienés, pais que habitan los vonconocios (1), y bajé á la colonia de Lucio (2). ¡Con que respeto veria yo ahora la sede de Potino y de Ireneo, y las aguas del Ródano, teñidas con la sangre de los mártires! Subí por el Arar (3), rio cercado de laderas embelesadoras; es tanta la lentitud con que se desliza, que no es fácil adivinar hácia qué lado corren sus aguas. El Arar tomó el nombre de un mancebo galo que se precipitó en él, desesperado por haber perdido á un hermano suyo. De allí me encaminé á los pueblos de Tréveris (4), cuya ciudad es la mas bella y poblada de las tres Galias; y abandonándome á la corriente del Mosela y del Rin, descansé muy pronto en Agripina (5).

»Constancio me recibió con mucha bondad :

»Eudoro, me dijo, mañana se ponen en marcha las lejiones; vamos en busca de los francos. »Al principio servireis de flechero entre los cretenses, que están acampados en la vanguardia allende el Rin. Id á juntaros con ellos: sobresalid en es-

(1) El Delfinado.

(2) Lion.

(3) Saona.

(4) El país de Tréveris.

(5) Colonia.

»fuerzo y vigor : si os mostrais digno de la amistad
»de mi hijo , no tardaré en promoveros á las mayo-
»res distinciones militares.”

»En esta época, señores , debo señalar la se-
gunda de aquellas revoluciones repentinas que han
mudado continuamente el aspecto de mi vida. Trans-
portado me habia visto á la ajitada córte de un em-
perador romano desde los amenos valles de la Italia,
y ahora desde el muelle seno de la sociedad civilizada,
me veia transportado á una vida áspera y llena de
peligros en medio de un pueblo bárbaro é inculto.”

LIBRO VI.

RESUMEN.

Continúa la narracion. El ejército romano marcha á Batavia y encuentra al de los francos. Campo de batalla. Orden y enumeracion de ambos ejércitos. Faramundo, Clodion y Meroveo. Cantos guerreros. Bardito de los francos. Trabase la accion. Ataque de los galos contra los francos. Choque de la caballeria. Los romanos ceden. La legion cristiana los sostiene. Los francos se retiran á su campamento. Eudoro alcanza la corona civica, y es nombrado caudillo de los griegos por Constantio. Renuévase la lid al rayar el dia. Levantamiento de las olas. Huyen los romanos. Eudoro queda herido, y un esclavo le socorre y le lleva á una cueva.

» Pais sin cultivo es la Francia y lleno de bosques; tiene principio á la otra parte del Rin, y ocupa el término comprendido entre la Batavia al poniente, el pais de los escandinavos al norte, al levante la Jermania y al mediodía las Galias. Los habitantes de este desierto son los mas feroces entre los bárbaros: su alimento es la carne de las fieras; no dejan jamás la espada; la paz seria para ellos el yugo mas intolerable á que pudieran verse condenados. Los vientos, la nieve, las escarchas, forman sus delicias. Desafian el mar, se rien de las tempestades; y cualquiera diria que han visto el fondo del océano: ¡hasta tal punto conocen y desprecian sus escollos! Esta nacion inquieta no cesa de asolar las fronteras del imperio: bajo el reinado de Gordiano el

Pio, se presentó por primera vez en las Galias, y las asoló. Ambos Decios perecieron en una expedición contra los francos; y Probo, que no hizo más que rechazarlos, mereció el glorioso título de Francisco. Esta nación pareció tan noble y tan terrible, que en favor suyo se hizo una excepción en la ley que veda á la familia imperial entroncar con los bárbaros. En fin, estos terribles francos acababan de apoderarse de la isla de Batavia, y Constancio había reunido un ejército para despojarlos de su conquista.

»Después de algunos días de marcha, entramos en el suelo pantanoso de los batavos, que no es más que una delgada capa de tierra que nada sobre el agua. El país, cortado por los brazos del Rin, bañado y muchas veces inundado por el Océano, cubierto de pinares y bosques de abedules, nos presentaba á cada paso dificultades graves.

»Debilitado yo con los afanes del día, solo tenía por la noche algunas horas en que poder dar reposo á mis fatigados miembros. En aquel corto rato que descansaba, llegué muchas veces á olvidar mi nueva suerte, y cuando, al rayar el alba, las trompetas del campamento comenzaban á tocar la diana, quedaba atónito al abrir los ojos en medio de los bosques. Sin embargo, tenían no sé qué embeleso aquellos momentos de un guerrero que despertaba libre de los peligros de la noche. Jamás oí sin cierta alegría militar los toques del clarín, repetidos por el eco de las rocas, y los primeros relinchos de los caballos que saludaban la aurora. Agradábame

ver todo el campo sepultado en el sueño; las tiendas todavía cerradas, de donde salían algunos soldados medio vestidos; al centurion que se paseaba delante de las haces de armas, meneando su sarmiento; al centinela inmóvil, que, para resistir al sueño, tenía un dedo levantado en la actitud del silencio; al soldado de á caballo, que pasaba el rio enrojecido con los fuegos de la mañana; al victimario, que sacaba el agua para el sacrificio; y muchas veces á algun pastor, que apoyándose en su cayado, miraba como bebían sus rebaños.

»Aquella vida guerrera me hacia olvidar las delicias de Nápoles y de Roma; pero despertó en mí otra especie de recuerdos. En las largas noches del otoño halleme muchas veces solo, apostado de centinela, como soldado raso, en las avanzadas del ejército. Mientras contemplaba yo las hogueras regulares de las filas romanas, y las dilatadas rancherías de los francos; mientras con el arco medio tendido escuchaba atentamente el murmullo del ejército enemigo, el bramido del mar, el ruido de las aves silvestres que volaban en la obscuridad, reflexionaba en lo caprichoso de mi destino: consideraba que yo estaba allí peleando á favor de unos bárbaros, tiranos de la Grecia, contra otros bárbaros que no me habian hecho ningun daño. El amor á la patria se reencendia en lo íntimo de mi corazón, y se presentaba á mi fantasía la Arcadia con todos sus embelesos. ¡Cuántas veces, durante las penosas marchas que hacíamos en medio de los aguaceros y cenagales de la Batavia; cuántas veces, amparados de

las chozas de los zagales en donde pasábamos la noche; cuantas veces, alrededor de la hoguera que encendíamos para velar en las avanzadas del campamento; cuantas veces, digo, hablaba de nuestro amado país con otros mancebos de Grecia, desterrados como yo! Nos referíamos los juegos de nuestra infancia, los lances de nuestra juventud y la historia de nuestras familias. Un ateniense clojiaba las artes y la cultura de Aténas; un espartano quería que diésemos la preferencia á Lacedemonia; un macedonio creía que la falanje era muy superior á la lejion, y no podía sufrir que comparasen á César con Alejandro. «Homero lo debeis á mi patria;» exclamaba un soldado de Esmirna; y se ponía á cantar al instante, ó la enumeracion de las embarcaciones, ó el combate de Ayaz y de Hector. Asi los atenienses, prisioneros en Siracusa, recitaban en otro tiempo los versos de Eurípides para consolar su esclavitud.

«Mas cuando, volviendo la vista en torno de nosotros, descubríamos los negros y bajos horizontes de la Germania, aquel cielo sin luz, que parecia oprimirnos bajo su complanada bóveda, aquel sol impotente que no da color á los objetos; cuando veníamos á acordarnos de los brillantes paisajes de la Grecia, del hermoso verde que tapiza su horizonte, de los aromas de nuestros naranjos, de la belleza de nuestras flores, del azul aterciopelado de un cielo en donde se goza de una luz dorada; entonces se apoderaba de nosotros un anhelo tan violento de volver á nuestra tierra nativa, que estába-

mos á punto de desamparar las águilas. Solo habia entre nosotros un griego que desaprobaba nuestros pensamientos, y que nos exhortaba á cumplir con nuestros deberes y á someternos á nuestro destino. Nosotros le teníamos por cobarde: poco tiempo despues murió peleando como un héroe, y supimos que era cristiano.

»Los francos habian sido sorprendidos por Constancio, y evitaron al principio el combate; pero luego que hubieron reunido sus guerreros, vinieron osadamente á nuestro encuentro, y nos presentaron batalla á las orillas del mar. De una y otra parte pasamos la noche en preparativos, y el dia siguiente al amanecer se hallaron los dos ejércitos uno en frente de otro.

»La lejon de hierro y la fulminante ocupaban el centro del ejército de Constancio.

»Delante de la primera fila se presentaban los vexilarios, que se distinguian por una piel de leon que les cubria la cabeza y las espaldas. Tenian en alto las insignias militares de las cohortes, el águila, el dragon, el lobo, el minotauro; estas insignias estaban perfumadas y adornadas de ramas de pino á falta de flores.

»Los hastados, cargados de lanzas y escudos, formaban la primera fila detras de los vexilarios.

»Los príncipes, armados de espadas, ocupaban la segunda fila, y los triarios estaban en la tercera. Estos movian el pilum con la mano siniestra. Tenian pendientes de los escudos las picas, clavadas en tierra á su frente; y con la rodilla derecha en el

suelo, aguardaban la señal de la lucha. Algunos claros que se habian abierto entre las filas de las lejonnes, estaban ocupados por las máquinas de guerra.

»En el ala izquierda de estas lejonnes, desplegaba su cortina movable la caballería de los aliados. Los caballeros de Numancia, de Sagunto y de las orillas encantadoras del Betis, campeaban con gracia, montados sobre alazanes manchados como los tigres y veloces como las águilas. Un sombrerillo de pluma sombreaba su frente; sobre sus espaldas caía una capita de lana negra, y á su izquierda colgaba resonando una espada corva. Marchaban volando hácia el enemigo, con la cabeza tendida sobre el cuello de sus caballos, con la rienda entre los dientes, y con dos venablos en la mano. El jóven Viriato arrastraba tras sí el furor de aquellos velocísimos caballeros. Algunos jermanos de gigante estatura estaban mezclados por una y otra parte, á manera de torreones, en aquel brillante escuadron. Estos bárbaros llevaban cubierta la cabeza con una gorra, blandian con una mano su maza de encina, y montaban en pelo potros bravíos. Junto á ellos estaban tiritando de frio, bajo un cielo riguroso, algunos caballeros numidas, sin mas armas que un arco y sin mas vestido que una clámide.

»En el ala opuesta del ejército se mantenía inmóvil la soberbia tropa de los caballeros romanos: su casco era de plata, y remataba en una loba sobre-dorada: su coraza relumbraba con el oro; y de un ancho tahalí azul pendia á su costado una enorme espada de Iberia. Debajo de sus sillas embutidas de

marfil, colgaba una gualdrapa de púrpura; y sus manos, cubiertas de guantes, empuñaban las riendas de seda con que dirijian sus corpulentas yeguas, mas negras que las sombras de la noche.

»Los flecheros cretenses, los vélites romanos, y los diversos cuerpos de los galos, estaban esparcidos al frente del ejército. El instinto de la guerra es tan natural en estos últimos, que muchas veces, en el calor de la lid, los soldados se convierten en generales, reúnen á sus compañeros dispersos, dan consejos sábios, é indican los puntos que conviene tomar. Nada iguala su valor: mientras que el germano piensa en lo que ha de hacer, ellos trasponen montes y torrentes; y cuando se cree que están al pie del muro, los encuentran en lo mas alto de la ciudadela que han tomado ya por asalto. La caballería mas lijera intentaria en balde alcanzarlos en el ataque; los galos se rien del brio de los caballos, andan dando vueltas delante de ellos, y parece que les dicen: »Mas fácil será que alcanceis á los vientos en la llanura, ó á los pájaros en el aire, que no á nosotros.»

»Todos aquellos bárbaros llevaban la cabeza erguida, tenían el color encendido, los ojos azules, el mirar espantoso y amenazador: llevaban unos calzones muy anchos: su túnica estaba recamada de pedazos de púrpura; y un cinturón de cuero sujetaba á su lado su leal espada. El acero del galo nunca se separa de él: casado, por decirlo así, con su señor, le acompaña mientras vive, le sigue á la hoguera fúnebre, y baja con él al sepulcro. Tal era en

otro tiempo la suerte de las esposas en las Galias, y tal es la que todavía cabe á las que viven en las riberas del Indo.

»En fin, una lejon cristiana, que se llamaba la Púdica, preparada á manera de nube amenazadora en el pendiente de una colina, formaba detras del ejército el cuerpo de reserva y la guardia del César. Esta lejon estaba al lado de Constancio, y reemplazaba á la lejon tebana degollada por Maximiano. Victor (1), guerrero ilustre de Marsella, conducia á las batallas las milicias de esa relijion, que tan noblemente viste la casaca del veterano como el cilicio del anacoreta.

»La vista estaba aturdida con un movimiento universal: veíanse las señales del porta-estandarte que clavaba en el suelo los guiones de las filas; la carrera impetuosa del caballero; las undulaciones de los soldados que se alineaban bajo el sarmiento del centurion. Oíanse por todas partes los agudos relinchos de los brutos, el ruido de las cadenas, el sordo rodar de las balistas y de las catapultas, los pasos regulares de la infantería, la voz de los jefes que repetian la órden, el ruido de las picas que los tribunos mandaban levantar y bajar alternativamente. Los romanos se formaban en órden de batalla al sonido de la trompeta, de las bocinas y de los lítuos; y los cretenses, fieles á la Grecia en medio de aquellos pueblos bárbaros, marchábamos al son de la lira.

»Pero todo el aparato del ejército romano solo

(1) El martir.

servia para hacer mas formidable al enemigo, por el contraste de su bravía sencillez.

»Los francos, adornados con pieles de osos, de bueyes marinos, de urocos y de jabalíes, se presentaban á lo lejos como una manada de fieras. Una túnica corta y angosta dejaba ver toda la altura de su talla, y no llegaba á cubrirles las rodillas. Los ojos de aquellos bárbaros tienen el color de una mar borrascosa: su cabellera rubia, tendida hácia adelante sobre su pecho y teñida con un licor rojo, parece sangre y fuego. La mayor parte de ellos no se deja crecer la barba, y solo cria unos grandes bigotes, para que sus labios se asemejen mas al hocico de los perros y de los lobos. Los unos cargan su diestra con una larga frámea, y la siniestra con un escudo que hacen jirar como una rueda lijera: otros, en vez de este escudo, empuñan un venablo, llamado angon, donde se clavan dos hierros encorvados; pero todos llevan colgada en la cintura la terrible francisca, especie de hacha de dos cortes, cuyo mango está cubierto de duro acero: arma aciaga, que el franco lanza dando un alarido mortal, y que pocas veces deja de dar en el blanco que se propuso su ojo certero.

»Estos bárbaros, fieles á los usos de los antiguos jermanos, se habian formado en cuña, que era su acostumbrado método de batallar. El formidable triángulo, donde relumbraba un bosque de frámeas, de pieles de fieras, y de cuerpos medio desnudos, se adelantaba con ímpetu, pero con movimiento uniforme, para romper la línea romana. En

la punta de este triángulo se habian colocado algunos valientes, que conservaban la barba larga y erizada, y llevaban en el brazo un anillo de hierro. Habian jurado no dejar aquellas marcas de esclavitud hasta que hubiesen inmolado á un romano. En aquel vasto cuerpo, cada jefe estaba rodeado de los guerreros de su familia, para que, mas firme en el choque, alcanzase la victoria, ó muriese con sus amigos. Cada tribu se reunia bajo un símbolo: la mas noble de todas se distinguia por unas abejas ó tres hierros de lanza. El anciano rey de los sicambros, Faramundo, mandaba todo el ejército, y dejaba una parte del mando á su nieto Meroveo. Los caballeros francos, en frente de la caballería romana, cubrian ambos costados de la infantería; al ver sus cascos figurando una cabeza de fiera con las fauces abiertas y con dos alas de buitre á los lados, al ver sus coseletes de hierro y sus escudos blancos, los hubiera tenido cualquiera por unos fantasmas, ó por aquellas figuras caprichosas que suelen formar las nubes en una tempestad. Clodion, hijo de Faramundo y padre de Meroveo, brillaba al frente de aquellos caballeros altivos.

»En una playa, detras de aquel enjambre de enemigos, se divisaba su campamento, semejante á una feria de labradores y pescadores: estaba lleno de mujeres y de niños, y atrincherado con bateles de cuero y carros tirados por corpulentos bueyes. No lejos de aquel campamento campestre, habia tres hechiceras, cubiertas de harapos, que hacian salir unos potros de un bosque sagrado, para ave-

riguar por el camino que tomaban, á qué partido prometia Tuiston la victoria. El mar por una parte, los bosques por otra, formaban el marco de aquel cuadro asombroso.

»El sol de la mañana, asomándose por una nube de oro, derramó repentinamente su luz sobre los bosques, el océano y entrambos ejércitos. La tierra parecía abrasada con el fuego de los cascos y de las lanzas: los instrumentos bélicos tocan la marcha antigua de Julio César al pasar á las Galias. La rabia se apodera de todos los corazones; arrojan chispas los ojos; con el furor tiembla la diestra al tomar la espada. Los caballos se levantan sobre sus dos pies, socavan la arena, sacuden las crines, con su boca espumosa golpean su pecho enardecido, ó alzan al cielo sus narices inflamadas para respirar el sonido belicoso. Los romanos entonan el canto de Probo:

»Cuando hayamos vencido á mil guerreros francos, ¿á cuantos millones de persas no venceremos?"

»Los griegos repiten á coros el Pean, y los galos el himno de los Druidas. Los francos responden á estos cánticos de muerte: aprietan sus escudos contra la boca; despiden un mujido semejante al de la mar que el viento estrella contra una roca; y despues, dando repentinamente un agudo alarido, entonan el bardito en alabanza de sus héroes:

»¡Faramundo! ¡Faramundo! Nosotros hemos peleado con la espada.

»Hemos arrojado la francisca de dos córtes; el sudor cubria la frente de los guerreros, y corria á

»arroyos por sus brazos. Las águilas y las aves de
»pies amarillos daban gritos de alborozo; el cuervo
»nadaba en la sangre de los muertos: todo el océa-
»no era una herida: las vírgenes han llorado largo
»tiempo tales desgracias.

»¡Faramundo! ¡Faramundo! Nosotros hemos
peleado con la espada.

»Nuestros padres han muerto en las batallas:
»¡todos los buitres se han alijido, porque nuestros
»padres los saciaban de cadáveres! Escojamos unas
»esposas cuya leche sea sangre, y que llenen de va-
»lor el corazon de nuestros hijos. Faramundo, ya
»se acabó el bardito, las horas de la vida pasan:
»nosotros nos sonreiremos cuando se nos presente
»la muerte.”

»Así cantaban cuarenta mil bárbaros. Los ji-
netes levantaban y bajaban sus escudos blancos al
compas; y al repetir cada estribillo, golpeaban con
el hierro de un venablo su pecho cuajado también
de hierro.

»Ya estaban los francos á tiro de nuestras tro-
pas lijeras. Páranse los dos ejércitos: reina un pro-
fundo silencio: César, en medio de la lejion cris-
tiana, manda alzar la cota de armas de púrpura en
señal de trabar la lid: los flecheros tienden sus ar-
cos, los infantes bajan sus picas, los de á caballo
desenvainan á un tiempo sus espadas, cuyo esplen-
dor se cruza por los aires á modo de relámpago. Al-
zase un grito del centro de las lejiones. — »¡Victo-
ria al emperador!” Los bárbaros rechazan este grito
con un bramido espantoso; el rayo no estalla tan

rabioso en la cumbre del Apenino: el Etna no retumba con tanto estruendo cuando arroja torrentes de fuego á lo profundo del mar: el Océano azota con menos estrépito sus costas, cuando un torbellino descende de órden del Eterno, y desencadena las cataratas del abismo que vomitan tempestades.

»Los galos son los primeros que arrojan sus venablos contra los francos, echan mano á la espada, y corren sobre el enemigo, que los recibe con audacia. Tres veces repiten el ataque, y otras tantas se estrellan contra el cuerpo formidable que los rechaza; semejante á una grande embarcacion que, luchando con el viento, resiste á las olas que la embisten por ambos costados, y cayendo desechas, huyen bramando por sus flancos. Los griegos, no menos valerosos, y mas diestros que los galos, hacemos llover sobre los sicambros una granizada de flechas, y retrocediendo poco á poco sin desordenar nuestras haces, fatigamos las dos filas del triángulo enemigo. Como un toro vencedor en cien dehesas, orgulloso con sus astas mutiladas y con las cicatrices de su ancho pecho, no puede sufrir con paciencia la picadura del tábano en los ardores del medio dia; asi los francos, traspasados por nuestros dardos, se enfurecen con aquellas heridas sin venganza y sin gloria. Arrebatados de ciega rabia, despedazan el dardo en su mismo pecho, se revuelcan en el polvo, y se ajitan con las angustias de la muerte.

»La caballería romana se dispara para romper el escuadron de los bárbaros. Clodion le sale precipitadamente al encuentro. El rey de larga cabellera

montaba una yegua estéril, medio blanca y medio negra, criada entre piaras de renos y corzos en las yeguas de Faramundo: los bárbaros suponían que era de la raza de Rinfas, caballo de la noche, el de las crines cubiertas de escarcha, y de Skinfax, caballo del día, el de luminosas crines. En el invierno, cuando llevaba á su dueño sobre un carro de corteza, sin eje ni ruedas, nunca se clavaban sus pies en la escarcha, y mas lijera que las hojas del abedul, que vuelan por el aire, apenas desfloraba la superficie de la nieve recién caída.

»Empeñose una lid porfiada entre los de á caballo en ambas alas de la armada.

»Iba avanzando siempre contra las lecciones la terrible mole de la infantería de los bárbaros. Las lecciones se abren: cambian el frente de batalla, y acometen los dos costados del triángulo enemigo, clavando furiosamente en ellos sus picas. Los vélites, los griegos y los galos se dirijen sobre el tercer costado. Quedan entonces sitiados los francos, cual una dilatada fortaleza: se renueva la refriega: levántase una polvareda enrojecida, y va estendiéndose por encima de los combatientes: la sangre corre como los torrentes engrosados por las lluvias del invierno, ó como las olas del Euripo en el estrecho de la Eubea. El franco, ufano con sus anchas heridas, que relucen sobre la blancura de su medio desnudo cuerpo, parece un espectro desencadenado del sepulcro, que va dando bramidos por entre los demas muertos. Al terso esplendor de las armas ha sucedido la lobreguez del polvo y de la

carnicería. Los cascos están destrozados, los penachos caídos, hendidos los escudos, y traspasadas las corazas. El aliento inflamado de cien mil combatientes, el denso vapor que alientan los caballos, y el humo del sudor y de la sangre, forman sobre el campo de batalla una especie de metéoro, por donde cruza de cuando en cuando alguna espada, como la repentina luz que precede al trueno en la cárdena claridad de una borrasca. En medio de los alaridos, de los denuestos y de las amenazas, entre el ruido de las espadas, los golpes de los venablos, el silbido de las flechas y de los dardos, y el chirriar de las máquinas de guerra, no se oye ya la voz de los adalides.

»Meroveo había hecho una horrible carnicería en los romanos. Veíasele de pie sobre un gran carro con doce compañeros de armas, que llamaban sus doce Pares, y sobre quienes descollaba con toda su cabeza. Encima del carro flotaba una insignia militar, llamada el oriflama. El carro, cargado de horribles trofeos militares, iba tirado por tres toros, cuyas rodillas goteaban sangre, y en cuyas astas se veían las señales de los terribles golpes que habían recibido. El heredero de la espada de Faramundo tenía la edad, la belleza y el furor de aquel demonio de la Tracia, que solo enciende el fuego de sus aras en las hogueras de las ciudades abrasadas. Meroveo pasaba entre los francos por el fruto portentoso de una union misteriosa que había tenido la esposa de Clodion con un monstruo marino: la rubia cabellera del jóven sicambro, adornada con una

corona de azucenas, se parecia al lino blando y dorado que una cinta virjinal ata á la rueca de una reina de los bárbaros. Sus mejillas parecian pintadas del bermellon de las bayas de aquellos rosales silvestres, que brillan en medio de las nieves en las selvas de Jernania. Alrededor del cuello le habia suspendido su madre un collar de conchas, del mismo modo que los galos cuelgan reliquias en las ramas del mas hermoso arbusto de un bosque sagrado. Cuando Meroveo, tremolando con su diestra un estandarte blanco, llamaba á los fieros sicambros al campo del honor; estos, sin poderse contener, prurumpian en alaridos de guerra y amor; y no se saciaban de mirar las tres jeneraciones de héroes que los mandaban: el hijo, el padre y el abuelo.

»Meroveo, cansado de la matanza, contemplaba inmóvil desde lo alto de su carro victorioso los cadáveres con que habia sembrado la llanura. Asi descansa un leon de Numidia despues de haber despedazado un rebaño de ovejas: su hambre está satisfecha, su pecho exhala el olor de la carne, abre y cierra alternativamente sus fatigadas fauces, embarazadas todavía con algunas vedijas de lana: échase en fin en medio de los corderos que ha degollado; su melena, hamedecida con la sangre como de rocío, cae á entrambos lados de su cuello; cruza sus robustas garras; alarga la cabeza sobre sus uñas, y con los ojos medio cerrados lame todavía las blandas pieles que tiene alrededor.

»El caudillo de los galos descubrió á Meroveo en aquel reposo insultante y soberbio. Enciéndese

en ira, y adelantándose hácia el hijo de Faramando, le dice con ironía:

»Caudillo de larga cabellera, yo voy á sentarte de otro modo sobre el trono de Hércules el galo. Valiente mancebo, tú mereces llevar la señal de hierro al palacio de Teutátes. No quiero que te consumas en vergonzosa vejez.»

— »¿Quién eres tú? respondió Meroveo con amarga sonrisa. ¿Eres de familia noble y antigua? Esclavo romano, ¿no temes mi frámea?»

— »Yo no temo sino una sola cosa, replicó el galo temblando de saña, y es que el cielo caiga sobre mi cabeza.»

— »Cédeme el terreno,» dijo el orgulloso sicambro.

— »El terreno que yo te ceda, exclamó el galo, lo guardarás tú eternamente.»

Al decir esto, Meroveo, apoyándose en su frámea, se precipita del carro por encima de los toros, cae delante de ellos, y se presenta al galo, que se adelantaba contra él.

»Todo el ejército se paró á mirar el combate de los dos caudillos. El galo se arroja sobre el jóven franco con espada en mano, le hostiga, le hiere en la espalda, y le obliga á retroceder hasta ponerse bajo de las astas de los toros. Meroveo, por su parte, lanza el angon, cuyos dos hierros corvos se clavan en el escudo del galo. Asi que lo vió el hijo de Clodion, brinca como un leopardo, pone el pie sobre el angon, y oprimiéndolo con todo el peso de su cuerpo, lo inclina hácia la tierra, y abaja con él el

escudo de su enemigo: el desventurado galo, obligado con esto á descubrirse, deja espuesta la cabeza. El hacha de Meroveo relumbra, vuela silbando, y se hunde en la frente del galo, como la segur del leñador en la cima de un pino. La cabeza del guerrero se parte, el cerebro se esparce por ambos lados, y los ojos caen al suelo. Su cuerpo todavía permanece en pie un momento, estendiendo las manos convulsas, objeto de horror y de lástima.

»Al ver aquel espectáculo, los galos dan un alarido de llanto. Su caudillo era el postrer descendiente de aquel Vercinjetorix, que balanceó por tanto tiempo la fortuna de Julio César. Parecía que con esta muerte el imperio de las Galias, huyendo de los romanos, pasaba á los francos: estos, llenos de regocijo, rodean á Meroveo, le levantan sobre un escudo, y le proclaman rey con sus padres, como al mas valiente de los sicambros. El espanto comienza á apoderarse de las lejiones. Constancio, que desde el centro de su cuerpo de reserva observaba los movimientos de las tropas, repara el desaliento de las cohortes: vuélvese á la lejion cristiana: »Valerosos soldados, les dice, la suerte de Roma está en vuestras manos. Marchemos al enemigo.»

»Inmediatamente los fieles inclinan delante del César sus águilas, que remataban con el estandarte de la salvacion. Victor da la orden; la lejion se mueve, y baja silenciosa de la colina. Cada soldado llevaba sobre su escudo una cruz con este lema entorno: »Por esta señal vencerás.» Todos los centu-

riones eran mártires, cubiertos de cicatrices del hierro y del fuego. ¿Que impresion habia de hacer en semejantes hombres el temor de las heridas ó de la muerte? ¡Oh lealtad afectuosa! Aquellos guerreros iban á derramar por sus príncipes lo poco que les quedaba de una sangre, cuya fuente habian casi agotado aquellos mismos soberanos. En el semblante de los héroes cristianos no se notaba temor ninguno, pero tampoco ninguna alegría. Su valor sosegado era semejante á un lirio purísimo. Cuando la lejion se adelantó por la llanura, los francos se vieron cortados en medio de su victoria. Contaron despues que habian visto á la cabeza de la lejion una columna de fuego y de nubes y un caballo vestido de blanco, armado con una lanza y un escudo de oro. Los romanos, que huian, vuelven el rostro; la esperanza renace en el corazon del mas cobarde y del menos animoso: asi, cuando el sol de la mañana nace en el oriente despues de una tempestad nócturna, el labrador sosegado admira el astro que esparce una suave claridad sobre la naturaleza: el pequeño gorrion da alegres gritos debajo de la hiedra de la antigua cabaña; el anciano va á sentarse al umbral de la puerta, y al oir sobre su cabeza el concierto de las aves, bendice al Supremo Hacedor.

»Al acercarse los soldados de Cristo, los bárbaros estrechan sus filas, los romanos se reunen. Cuando la lejion llegó al campo de batalla, se detuvo, hincó una rodilla en tierra, y recibió de la mano de un ministro de paz la bendicion del

Dios de los ejércitos : el mismo Constancio se despojó de la corona de laurel , y se inclinó. La tropa santa vuelve á levantarse , y sin arrojar sus venablos , se dirige con la espada en alto al enemigo. El combate vuelve á empeñarse por todas partes. La lejion cristiana abre una ancha brecha en las filas de los bárbaros : romanos , griegos y galos , todos entramos en pos de Victor en el recinto de los francos puestos en desórden. A los ataques de un ejército disciplinado , suceden lides como las trababan los héroes de Ilion. Mil grupos de guerreros se encuentran , chocan entre sí , se estrechan , se rechazan : por todas partes reina el dolor , la desesperacion y la fuga. ¡ Hijas de los francos , en balde preparais el bálsamo para las heridas que no podreis curar ! El uno ha sido herido en el corazon con el hierro de una javalina , y siente que se escapan de él las dulces y sagradas imágenes de la patria ; el otro tiene los dos brazos rotos de un golpe de clava , y ya no estrechará mas contra su regazo al hijo que todavía cuelga del pecho de su esposa. Este suspira por su palacio , aquel por su cabaña : el primero siente la pérdida de sus placeres , el segundo la de sus penas ; porque el hombre se aferra á la vida por sus miserias lo mismo que por sus fruiciones. Aquí , rodeado de sus compañeros , espira un soldado pagano vomitando imprecaciones contra los dioses y contra el César. Allí muere aislado un soldado cristiano , sosteniendo con una mano sus entrañas , y estrechando con la otra un Crucijo , á quien ruega por su emperador. Los sicambros , heridos todos

por delante, y tendidos sobre su espalda, conservaban aun despues de muertos un aire tan feroz, que el mas intrépido apenas se atrevia á poner en ellos sus ojos.

»No os olvidaré, pareja jenerosa, mancebos francos, qué encontré en medio del campo de la carnicería. Aquellos fieles amigos, mas tiernos que cuerdos, se habian atado uno á otro con una cadena de hierro, para lograr en el combate suertes iguales. El uno habia caido muerto, herido por la flecha de un cretense; el otro, traspasado de una herida cruel, pero vivo todavía, estaba medio sentado al lado de su hermano de armas, y le decia: »Tú duermes, ó guerrero, tras las fatigas de la batalla: ya no abrirás los ojos á mi voz; pero no se ha roto la cadena de nuestra amistad que me conserva á tu lado.»

»Al acabar estas palabras, se inclina el jóven franco y muere sobre el cadáver de su amigo. Sus hermosas cabelleras se mezclan y se confunden, como las undulantes llamas de dos trípodes que se apagan sobre un altar; como los húmedos y trémulos rayos de la estrella de los gemelos, cuando muere en el mar. La muerte agrega sus cadenas indestructibles á los lazos que estrechaban á entrambos amigos.

»Entre tanto los fatigados brazos iban calmando los golpes; los clamores eran mas agudos y mas lastimeros. Tan pronto los heridos, espirando á un mismo tiempo, dejaban reinar un silencio espantoso, tan pronto se reanimaba la voz del dolor, y su-

bia hasta el cielo en prolongados jemidos. Muchos caballos que habian perdido sus jinetes, andaban sueltos por el campo, y caian muertos sobre los cadáveres; y las máquinas de guerra, abandonadas por una y otra parte, ardian como antorchas de aquel funeral inmenso.

»La noche bajó á cubrir con su manto aquella escena del furor humano. Los francos, vencidos, pero temibles siempre, se retiraron dentro del recinto de sus carros. Aquella noche tan neceraria para nuestro reposo, solo fue para nosotros de incesante alarma; pues por puntos temíamos ser atacados. Los bárbaros daban alaridos semejantes á los bramidos de las fieras: lloraban á los valientes que habian perdido, y se preparaban tambien ellos á morir. Nosotros no osábamos ni dejar nuestras armas, ni encender hogueras. Los soldados romanos se estremecian y se buscaban en las tinieblas: se llamaban por su nombre, y se pedian un bocado de pan ó un sorbo de agua, y para curar sus heridas rasgaban sus vestidos. Las centinelas se respondian pasando de una á otra el grito de alerta.

»Todos los jefes de los cretenses habian sido muertos. Mis compañeros, á quienes parecia de favorable agüero la sangre de Filopemen, me eligieron por su comandante. Atrayendo sobre mí los conatos del enemigo, habia tenido la dicha de salvar la lejon de hierro de una destruccion completa. La confirmacion de mi grado, una corona de encina y los elojios de Constancio, fueron el galardón de esta feliz casualidad. Puesto al frente de las tropas

lijeras, estaba casi tocando al campamento de los bárbaros, y aguardaba con impaciencia que volviese la aurora; pero aquella aurora nos descubrió un espectáculo que escedía en horror á cuanto hasta entonces habíamos presenciado.

»Durante la noche, habian cortado los francos las cabezas de los cadáveres romanos, y las habian alzado en picas clavadas delante de su campamento, con la cara vuelta hácia nosotros. Una enorme pira, compuesta de sillas de caballos y de escudos rotos, se elevaba en medio del campo. El viejo Faramundo, volviendo á todas partes sus terribles ojos, y entregando al viento de la mañana su larga y cana cabellera, estaba sentado en lo alto de la pira. Al pie de ella se dejaban ver Clodion y Meroveo, empuñando, á guisa de teas, el asta inflamada de dos lanzas rotas, y prontos á pegar fuego al trono fúnebre de su padre, si los romanos llegasen á forzar el atrincheramiento de los carros.

»Enmudecimos de asombro y de dolor: ¡los vencedores parecíamos vencidos por tanta barbarie é inhumanidad! Las lágrimas saltaron de nuestros ojos al ver las cabezas sangrientas de nuestros compañeros de armas: todos recordamos que aquellas bocas, mudas ahora y descoloridas, articulaban aun la víspera palabras amistosas. Pero á este movimiento de compasion sucedió en breve la sed de venganza. Los soldados no aguardan la señal del asalto; nada puede resistir á su furor: destrozan los carros, abren el campamento, y se precipitan en él. Preséntase entonces un nuevo enemigo: las mujeres de

los bárbaros , vestidas de negro , se arrojan delante de nosotros ; se traspasan con nuestras armas , ó intentan arrancárnoslas de las manos. Las unas detienen por las barbas al sicambro que huye , y le hacen volver al combate : las otras , cual bacantes embriagadas , despedazan á sus esposos y á sus padres : muchas ahogan á sus hijos , y los arrojan á los pies de los hombres y de los brutos : algunas , echándose al cuello un lazo fatal , se atan á las astas de los bueyes , y quedan ahorcadas haciéndose arrastrar miserablemente. Una de ellas exclamó en medio de sus compañeras : « ¡ Romanos , no han sido aciagos todos vuestros regalos ; si nos habeis traído el hierro que encadena , tambien nos habeis dado el hierro que pone en libertad ! » Y con un puñal atravesó su pecho.

» Aquel día hubiéramos acabado con los pueblos de Faramundo , si el cielo , que los guarda tal vez para grandes destinos , no hubiera salvado el resto de sus guerreros. Alzase un viento impetuoso entre el norte y el poniente ; las olas se adelantan sobre la playa ; vese llegar , espumosa y cargada de limo , una de aquellas mareas del equinoccio , que en aquellos climas parece que arrojan el océano entero fuera de su lecho. El mar , á manera de un aliado poderoso de los bárbaros , entra en el campo de los francos para arrojar de él á los romanos. Estos retroceden á la vista del ejército de las olas ; los francos se alientan , y creen que el monstruo marino , padre de su jóven príncipe , ha salido de sus cerúleas grutas para socorrerlos : se aprovechan de nues-



tra confusion , nos rechazan , nos hostigan y favorecen los esfuerzos del mar. Una escena extraordinaria asombra nuestra vista por todas partes : por un lado los bueyes espantados nadan juntamente con los carros á que están uncidos, sin dejar ver sobre las olas mas que sus retorcidos cuernos , y se parecen á una multitud de rios que hubiesen ido ellos mismos á llevar al océano su caudal : por otro lado , los salios echan al agua sus bajeles de cuero , y nos golpean fuertemente con los remos y palos de virar. De un grande escudo de mimbres se habia formado Meroveo un barquichüelo , y llevado sobre aquella concha guerrera , nos acosaba rodeado de sus pares , que saltaban en torno suyo como tritones. Las mujeres , alegres y dementes , aplaudian con palmadas , y bendecian las olas libertadoras. Por todas partes la marea creciente se estrella y salta contra las armas : por todas partes desaparecen el jinete que se hunde, y el infante que no tiene mas que la espada fuera del agua : los cadáveres , que al parecer vuelven á animarse , van rodando con las algas , el limo y las arenas. Separado del resto de las lecciones , y reunido con algunos soldados , combatí mucho tiempo contra una multitud de bárbaros ; pero al fin me oprimió la multitud , y caí traspasado de heridas en medio de mis compañeros que habian muerto á mi lado.

»Muchas horas me faltó el sentido, y cuando abrí los ojos á la luz , solo descubrí una playa húmeda abandonada de las aguas , y muchos cuerpos ahogados , medio sepultados en la arena ; el mar , retira-

do á una distancia inmensa , apenas trazaba una línea azulada en el horizonte. Quise levantarme , pero no pude , y tuve que permanecer tendido de espaldas con los ojos fijos en el cielo. Mientras fluctuaba mi alma entre la vida y la muerte , oí una voz que decia en latin : « Si hay por aqui quien respire todavía , dígalo. » Aunque con trabajo , volví la cabeza , y descubrí á un franco , que por su túnica de corteza de abedúl conocí ser un esclavo : advirtió el movimiento que yo hacia ; corrió hácia mí , y reconociendo mi patria por mi traje : « Joven griego , me dijo , alentaos. » Púsome de rodillas , se inclinó sobre mí , registró mis heridas , y despues de un rato de silencio , me dijo : « Me parece que no son mortales. » Inmediatamente echó mano á un saquito de piel de corzo que llevaba , y sacó de él un bálsamo , algunos simples , y una vasija llena de agua cristalina. Lavó mis heridas , las enjugó blandamente , y las vendó con hojas largas de caña. Yo no pude manifestarle mi reconocimiento sino con un leve movimiento de cabeza y con el pasmo que debió leer en mis casi cadavéricos ojos. Cuando hubo de conducirme , se vió muy apurado : miraba con impaciencia al rededor , temiendo , segun me dijo despues , que nos descubriese alguna partida de bárbaros. La hora del flujo se acercaba , pero sacó del mismo peligro un arbitrio para salvarme : vió un barquichuelo de los francos que estaba encallado en la arena : comenzó á levantarme por el cuerpo ; y despues , bajándose casi hasta el suelo , me arrastró hácia sí con blandura , me cargó sobre sus es-

paldas; se levantó, y me llevó hasta el batel vecino, aunque con bastante trabajo, porque era ya entrado en años. El mar no tardó en cubrir las playas. El esclavo arrancó de la arena una pica que tenía el hierro roto, y cuando las olas levantaron el barquichuelo, él lo dirigió con aquella arma quebrada, como hubiera podido hacerlo el mas diestro piloto. Impelidos por el flujo, nos internamos por las tierras siguiendo las orillas de un rio coronado de bosques.

»El franco conocia bien aquel sitio: bajó al agua, y poniéndome otra vez sobre sus espaldas, me colocó en una especie de subterráneo donde los bárbaros suelen ocultar sus granos durante la guerra. Allí me compuso una cama de musgo, y me dió un sorbo de vino para confortar mi lasitud.

»¡Pobre desgraciado! me dijo, hablándome en mi propio idioma; fuerza es que os deje, y tendreis que pasar la noche solo en este sitio. Confio poderos traer mañana por la mañana noticias halagüeñas: entre tanto procurad dormir.

»Apenas dió fin á estas palabras, se despojó del sayo miserable que vestia, me cubrió con él, y dirigió sus veloces pasos á los bosques.»

LIBRO VII.

RESUMEN.

Prosigue Eudoro su narracion. Llega éste a ser esclavo de Faramundo. Historia de Zacarias. Clotilde, mujer de Faramundo. Principio del cristianismo entre los francos. Costumbres de los francos. Vuelta de la primavera. Cacería. Bárbaros del Norte. Sepulcro de Ovidio. Eudoro salva la vida a Meroveo. Promete Meroveo la libertad á Eudoro. Vuelta de los cazadores al campo de Faramundo. La diosa Herta. Festin de los francos. Delibérase sobre la paz ó la guerra con los romanos. Disputa de Camulojènes y de Cloderico. Los francos se deciden á pedir la paz. Libre ya Eudoro, le encargan los francos vaya á proponer la paz á Constancio. Zacarias acompaña á Eudoro hasta las fronteras de las Galias. Su despedida.

» **C**ortando la narracion de Eudoro, exclamó Demodoco: Juró por Hércules que los hijos de Esculapio han merecido siempre mi particular aprecio. Poseen todos ellos la piedad para con los demas mortales, y tienen conocimiento de las cosas ocultas. Encuéntraseles entre los dioses, los centauros, los héroes y los pastores. ¿Cual era, hijo mio, el nombre de aquel divino bárbaro, en cuyo favor Júpiter, ¡ay de mí parece no sacó cosa alguna de la urna de los bienes? El señor de las nubes dispone á su albedrío de la suerte de los mortales: á unos los colma de dicha, al paso que á otros los abruma con todos los males. El rey de Itaca llegó á experimentar cierta sensacion de gozo al echarse sobre un lecho de hojas secas que amontonó con sus propias manos. En otro tiempo, entre los hombres mas vir-

tuosos, un privado del Dios de Epidauro hubiera sido el amigo, el compañero de los guerreros; mas en el dia es esclavo en una nacion hospedadora. Pero apresúrate, hijo de Lasténes, á darme á conocer el nombre de tu libertador, pues quiero honrarlo del mismo modo que Nestor veneraba á Macon.

— «Su nombre entre los francos era Haroldo, repuso Eudoro sonriéndose. Éste, segun su promesa, vino á buscarme á los primeros albores del dia; acompañábale una mujer vestida con una túnica de lino teñida de púrpura, y á la manera de los francos, llevaba la parte superior del pecho y los brazos descubiertos. Sus facciones ofrecian á primera vista una mezcla inesplicable de barbarie y humanidad: la espresion de su fisonomía era naturalmente fuerte y bravía, aunque ablandada por cierto hábito aparente de compasion y dulzura.»

«Jóven griego, me dijo el esclavo, mostraos agradecido á Clotilde, mujer de Faramundo mi amo, por haber alcanzado el indulto de su esposo: ella misma viene en busca vuestra para poner os al abrigo de los francos. Luego que os halleis curado de vuestras heridas, obrareis sin duda como esclavo reconocido y fiel.»

«A este tiempo entraron muchos siervos en la caverna, y estendiéndome sobre algunas ramas de árboles enlazadas, me llevaron al campo de mi amo.»

«Los francos, á pesar de su valor y la invasion de las olas, tuvieron que ceder la victoria á la disciplina de las lecciones, y teniéndose por felices con

haberse librado de una completa derrota, se fueron retirando lentamente delante de los vencedores. En cuanto á mí, me echaron en los carros con los demás heridos, y caminando todo el ejército durante quince noches, siempre con direccion al Norte, solo se detuvo cuando se creyó libre de las fuerzas de Constancio.

»No habia yo conocido hasta entonces lo duro de mi situacion; pero luego que con el reposo se fueron cicatrizando mis heridas, no pude menos de echar una mirada de espanto sobre mi mismo: hallábame en medio de las selvas, esclavo de los bárbaros, y prisionero en una choza rodeada de un círculo de tiernos arbolillos, que enlazándose entre sí al paso que fueran creciendo, formaron una pared. Una bebida harto desagradable, hecha con trigo, un poco de cebada molida entre dos piedras, y algunos pedazos de corzo y venado que de cuando en cuando me alargaban por compasion, tal era todo mi alimento. La mitad del dia lo pasaba solo, olvidado de todo el mundo y echado sobre mi lecho de hojas y de yerbas secas; pero mas intolerable me era la vista que la ausencia de los bárbaros. El hedor de la grasa, mezclada con ceniza de fresno con que untaban su cabello, el hedor que despedian las carnes que dejaban achicharrar sobre el fuego, el escaso ambiente que se respiraba en la choza, y el humo denso que continuamente la inundaba, me tenian sofocado y triste sobremanera. Asi la Providencia, por un efecto de su justicia, se desagraviaba conmigo de las delicias que yo habia

gozado en Nápoles, y de los aromas y deleites de que me habia saciado.

»El viejo esclavo, dedicado á sus tareas, venia algunos momentos á consolarme en mis penas, y me pasmaba la serenidad que advertia en su rostro, aunque se hallaba agobiado del trabajo y fatiga.

»Eudoro, díjome una tarde, vuestras heridas están ya casi curadas; mañana empezareis á desempeñar vuestras nuevas obligaciones. Sé que deben enviaros con algunos siervos á recojer leña en lo mas enmarañado del bosque. Vamos, hijo y compañero mio, recordad vuestra virtud; el cielo os asistirá, si implorais su auxilio.

»A estas palabras se retiró el esclavo, dejándome sumergido en la mayor desesperacion. Pasé aquella noche en una zozobra horrible, formando y desechando mil proyectos á la vez. Tan pronto queria acabar con mi vida, y tan pronto pensaba de qué modo podria escaparme; mas ¿como era posible que yo emprendiese la fuga, hallándome como estaba débil y sin recurso? ¿Como podria encontrar camino por medio de aquellos inmensos bosques? ¡Ah! yo tenia un muro en mí contra los males que me aquejaban: la religion debia alentarme; ¡y este era cabalmente el único medio de libertad en que yo no pensaba! Sorprendiome en fin el dia en medio de aquellas angustias, y de repente oí una voz que me gritaba:

»¡Esclavo romano, levántate!»

»Diéronme una piel de jabalí para cubrirme, una asta de buey para sacar agua, un pescado seco

por alimento, y con estas prevenciones seguí á los siervos que iban delante enseñándome el camino.

»Luego que llegaron á la selva, empezaron á recoger entre la nieve y las hojas secas todas las ramas que los vientos habian desgajado de los árboles, y con ellas iban formando á trechos grandes montones, que ataban con la corteza de algunas plantas. Hiciéronme varias señas para que los imitase, y viendo ellos que era yo muy novel en el trabajo, se contentaron con cargar sobre mis hombros algunas de aquellas ramas secas. Mi frente orgullosa tuvo que humillarse bajo el yugo de la esclavitud: pisaba la nieve con mis pies descalzos, los carámbanos erizaban mis cabellos, y el cierzo helaba las lágrimas hasta en mis ojos. Apoyaba mis vacilantes pasos en una rama que habia sacado del haz que llevaba encima, y encorbado como un viejo, caminaba lentamente por entre los árboles de la selva.

»Estaba ya por rendirme al dolor, cuando ví de repente junto á mí al viejo esclavo cargado con un peso mucho mayor que el mio; sonriose al verme, con aquel aire sosegado que nunca le abandonaba, y yo no pude menos de experimentar al contemplarle, cierto rubor y confusion.

»¡Como! decia yo entre mí; ¡este hombre agobiado por los años se sonrie llevando una carga tres veces mas pesada que la mia! ¡y yo, jóven y robusto, me atrevo á llorar!

— »Eudoro, me dijo mi libertador acercándose á mí, ¿no es verdad que la primera carga es muy pesada? Jóven compañero mio, el hábito, y sobre

todo la resignacion, alijerarán las otras. Ved que peso he llegado á cargar á mi edad sobre mis hombros."

— »¡Ah! exclamé, cargadme á mí con ese peso que os hace doblar las rodillas; ¡espere yo enhora-buena, con tal que alivie vuestros quebrantos!"

— »¡Ay, hijo mio! respondió el anciano, yo nada padezco. ¿Por que se ha de desear la muerte? Vamos, quiero reconciliaros con la vida. Venid á descansar á algunos pasos de aqui; allí encendemos lumbre, y razonaremos un rato."

»Trepamos algunos montecillos irregulares, formados, segun observé, por las ruinas de un edificio romano. Crecian en aquel lugar encinas corpulentas, sobre otra jeneracion de encinas caidas á sus pies. Luego que llegué á la cima de los montecillos, descubrí el recinto de un campamento abandonado.

»Teneis á la vista, me dijo el esclavo, la selva de Teutebergo y el campo de Varo. La pirámide de tierra que se repara en medio, es la tumba en que Jermánico hizo encerrar los restos de las lejonas destrozadas. Pero ha sido nuevamente abierta por los bárbaros; y los huesos de los romanos han sido otra vez dispersados sobre la tierra, como lo atestiguan esos cráneos blancos que veis clavados en los troncos de los árboles. Algo mas lejos podeis observar las aras en que fueron degollados los centuriones de las primeras compañías, y el tribunal de césped desde el cual Arminio arengó á los jermanos."

»Diciendo así, arrojó el anciano su carga sobre la nieve; arrancó de ella algunas ramas, con las que

encendió una pequeña hoguera , convidome á sentarme á su lado y á calentarme las manos heladas, y en seguida me contó su historia en estos términos:

»¡ Hijo mio! ¿os quejareis aun de vuestras desgracias? ¿Os atreveréis á hablar de vuestras penas á la vista del campo de Varo? ¿O mas bien no reconocéis cual es la suerte de todos los hombres, y cuan vano el irritarse contra unos males inseparables de la condicion humana? Yo mismo os ofrezco un ejemplo patente de lo que una falsa sabiduría llama reveses de la suerte. ¡Os lastimais de vuestra esclavitud! ¿Y que direis cuando veais en mí á un descendiente de Casio , esclavo , y esclavo voluntario?

»Cuando mis antepasados fueron desterrados de Roma por haber defendido la libertad , en términos que ni aun se atrevieron á llevar sus efijies en los funerales , se refugió mi familia al regazo del cristianismo , asilo de la verdadera independenciam.

»Alimentado con los principios de una ley divina , serví por mucho tiempo como soldado raso en la lejion tebana , en la que era conocido con el nombre de Zacarías. Negándose esta lejion cristiana á sacrificar á los falsos númenes , Maximiano la hizo pasar á cuchillo cerca de Agauno en los Alpes; y entonces se vió un ejemplo para siempre memorable de la blandura del Evangelio. Cuatro mil veteranos , que habian encanecido en la carrera de las armas , robustos y armados con sus picas y espadas , doblaron la cerviz cual mansas ovejas á la segur de sus sayones. Ni aun les pasó por

»la imaginacion la idea de defenderse : ¡tan profun-
»damente grabadas tenian en el corazon las palabras
»de su divino Maestro , que manda obedecer y pro-
»hibe la venganza! Mauricio , que era quien man-
»daba la leccion , fue la primera víctima; y la mayor
»parte de los soldados perecieron en seguida degolla-
»dos por sus enemigos. En cuanto á mí , me habian
»atado las manos á la espalda , y sentado entre la
»multitud de víctimas , esperaba resignado el golpe
»fatal que habia de poner fin á mi existencia; mas
»ignoro por qué designio de la Providencia quedé
»solo olvidado en aquella gran matanza. Los cuer-
»pos amontonados alrededor mio me ocultaban á
»la vista de los centuriones; y Maximiano , cum-
»plida que fue su obra , se alejó con su ejército de
»aquel sitio de carnicería y espanto.

»Muy entrada ya la noche , y no oyendo mas
»que el estruendo de un torrente que se precipita-
»ba de las montañas , levanté mi cabeza , y quedé
»absorto al ver un prodijio. Los cuerpos de mis
»compañeros parecian despedir de sí una luz muy
»viva y el olor mas grato. Al ver este portentoso
»postré y adoré de rodillas al Dios de los portentos
»que no habia querido aceptar el sacrificio de mis
»dias , y como no me era posible dar por mí solo
»sepultura á tantos santos , fui buscando , por lo
»menos , al gran Mauricio , y le hallé medio cu-
»bierto con la nieve que habia caido durante la no-
»che. Animado de una fuerza sobrenatural , rompí
»mis ligaduras , y con el hierro de una lanza abrí á
»mi jeneral un hoyo profundo , puse en él el cuer-

»po y la cabeza de Mauricio , y rogué á este nuevo
»macabeo que alcanzase para su soldado un puesto
»en la milicia del cielo. Dejé en seguida este cam-
»po de triunfo y de lágrimas , tomé el camino de
»las Galias , y me retiré cerca de Dionisio , primer
»obispo de Lutecia.

»Recibiome este santo prelado con lágrimas de
»gozo , y me admitió en el número de sus discipu-
»los. Cuando me consideró en estado de ayudarle
»en su ministerio , me impuso las manos , y creán-
»dome sacerdote de Jesucristo , me dijo: »Humilde
»Zacarías , sed siempre caritativo ; estas son todas
»las instrucciones que tengo que daros.... ¡Ay de
»mí ! ¡yo estaba destinado á perder á mis amigos , y
»siempre por la propia mano !” Maximiano mandó
»cortar tambien la cabeza á Dionisio y á sus com-
»pañeros Rústico y Eleuterio , y esta fue su postrer
»hazaña en las Galias , cuyo dominio tuvo que ce-
»der en breve á Constancio.

»Nunca olvidaba yo el precepto de mi santo
»obispo ; sentíame impulsado á hacer algun servicio
»á los desdichados , é iba con frecuencia á rogar á
»Dionisio me alcanzase esta merced por su inter-
»cesion con el Hijo de María.

»Los cristianos de Lutecia habian dado sepul-
»tura á su prelado en una gruta , al pie de la colina
»sobre la cual habia sido degollado. Llamábase esta
»colina el monte Marte , y estaba separada del rio
»Secuana por algunas lagunas. Un dia que yo iba
»atravesando estas lagunas , vi venir hácia mí una
»mujer cristiana anegada en llanto , quien sollozan-

»do me dijo : ¡Oh Zacarías! ¡yo soy la mujer mas
»desventurada! ¡Mi esposo ha caido en manos de
»los francos , y he quedado con tres hijos de tierna
»edad , y sin medios para alimentarlos !” Un rubor
»súbito cubrió mi frente , y al punto comprendí
»que Dios era quien me concedia aquella gracia á
»ruegos del jeneroso mártir á quien yo iba á supli-
»ncar cada dia. No obstante , oculté la viva conmo-
»cion de mi pecho , y dije á aquella mujer : Tened
»buen ánimo : Dios se compadecerá de vos... Y sin
»detenerme un punto tomé el camino que conducia
»á la colonia de Agripina.

»Yo conocia al soldado prisionero , pues por al-
»gun tiempo habia sido tambien su compañero de
»armas : era cristiano ; pero aunque sencillo y te-
»meroso de Dios durante la prosperidad , los reveses
»le abatian sobremanera , y era de temer perdiese
»la fe en la desgracia. Informé á Agripina que aquel
»soldado habia caido en manos del caudillo de los
»salios ; y como los romanos acababan entonces de
»ajustar una tregua con los francos , pasé al campo
»de estos bárbaros á ofrecerme á Faramundo en
»cambio del cristiano. Yo era robusto y vigoroso ,
»y el otro esclavo era de complexion muy delicada ;
»por lo tanto mi proposicion quedó admitida sin re-
»paro : nada poseia yo sobre la tierra , y no me era
»dable pagar de otro modo su rescate. La única
»condicion que puse fue de que mi amo despediria
»á su prisionero sin darle á conocer por qué medio
»habia sido rescatado. Asi se verificó , y este padre
»de familias tuvo la grata satisfaccion de volver á

»sus hogares para alimentar á sus hijos y consolar á su esposa.

»Desde este tiempo siempre he permanecido
»aquí en clase de esclavo; pero Dios ha premiado
»colmadamente este voluntario sacrificio. Durante
»mi mansion entre estos pueblos, he tenido la di-
»cha de ir predicando entre ellos la palabra de Je-
»sucristo; voy recorriendo sobre todo las orillas de
»los rios, y procuro reparar en lo posible las tristes
»y funestas consecuencias de una esperiencia atroz:
»los bárbaros, para probar si sus hijos serán va-
»lientes, tienen la horrible costumbre de ponerlos
»tendidos en un escudo sobre la corriente de las
»aguas; si el niño sobrenada, lo conservan y le tie-
»nen en mucho, pero si se sumerje, lo abandonan
»á su destino. Cuando yo logro salvar á alguno de
»estos ánjeles, le bautizo en el nombre del Padre,
»del Hijo y del Espíritu Santo, y le abro por este
»medio las puertas celestiales.

»Los campos de batalla me ofrecen tambien
»mieses copiosas. A favor de las tinieblas me intro-
»duzco, como un lobo sagaz, en medio de la ma-
»tanza y de los cadáveres; llamo á los moribundos
»que creen voy allí para despojarlos; les hablo de
»otra vida mejor, y procuro enviarlos al regazo de
»Abraham. Si no están mortalmente heridos, me
»doy prisa en darles socorro, y espero atraerlos,
»por la caridad, al Dios de los pobres y de los afli-
»jidos.

»Pero hasta ahora mi mas hermosa conquista
»es la mujer de mi amo Faramundo. Si, Clotilde

»ha abierto su corazon á Jesucristo; yá es cristia-
 »na; y de violenta y cruel que antes era, se ha
 »vuelto mansa y compasiva: ella me ayuda cada día
 »á salvar á algun desventurado, y á ella debeis la
 »existencia. Luego que supo por mí que os habia
 »encontrado entre los muertos, formó al punto el
 »pensamiento de teneros oculto en la gruta para lo-
 »grar sustraeros á la esclavitud; mas no tardando
 »en saber que los francos iban á continuar su reti-
 »rada, no le quedó otro recurso que revelar el se-
 »creto á su esposo, y alcanzar de él vuestra liber-
 »tad; pues si los bárbaros gustan de tener esclavos
 »sanos y vigorosos, su impaciencia natural, y el
 »desprecio con que ellos mismos miran la vida, les
 »mueve casi siempre á sacrificar á los heridos.

»Hijo mio, tal es la historia de Zacarías. Si co-
 »noceis que él haya hecho algo en vuestro favor,
 »solo os pide en recompensa, que no os dejéis aba-
 »tir por las penas, y que permitais salve él vuestra
 »alma, asi como ha salvado vuestro cuerpo. Eudo-
 »ro, vos habeis nacido en aquel clima hermoso cer-
 »cano á la tierra de los portentos, en aquellos pue-
 »blos cultos que han civilizado á los hombres, en
 »aquella Grecia en fin en donde el sublime Pablo ha
 »mostrado la antorcha de la fe: ¡cuantas ventajas
 »teneis, pues, sobre esos hombres del Norte, cuyo
 »entendimiento es tan rudo y tan feroces sus cos-
 »tumbres! ¿Seriais, decid, menos sensible que
 »ellos á la caridad que respira el Evangelio?»

Las últimas palabras de Zacarías penetraron
 cual un pasador hasta lo mas recóndito de mi alma.

El horrible secreto de mi vida me abrumaba, y no me atrevía á poner los ojos sobre mi libertador. ¡Yo, que habia sostenido sin turbarme las miradas de los reyes del mundo, me hallaba aterrado ante la majestad de un anciano sacerdote de Cristo, y esclavo de los bárbaros! Contenido por la vergüenza de tener que confesar que habia echado en olvido mi religion, é impelido por el deseo que tenia de confesarlo todo, fluctuaba entre estos dos escollos, y mi situacion era horrorosa. Zacarías advirtió esta zozobra, y creyendo que mis heridas se habian abierto de nuevo, me preguntó, no sin desasosiego, la causa del mal que me afligia. Vencido al ver tanta bondad, y sin poder contener mis lágrimas, me pongo precipitadamente á sus plantas, y le digo:

»¡Oh padre mio! ¡no son las heridas de mi cuerpo las que están destilando sangre; es otra herida mas honda y mortal! Vos que haceis tantos actos sublimes en nombre de vuestra religion, ¿podriais creer, al ver entre nosotros dos tan poca semejanza, que yo profeso la misma religion que vos?»

— »¡Jesucristo! exclamó el santo alzando las manos al cielo: ¡Jesucristo! mi divino maestro; ¡como! ¿tendreis vos aqui todavía otro servidor vuestro?»

— »Yo soy cristiano,» respondi.

»El hombre caritativo me toma al punto en sus brazos, me baña de lágrimas, me estrecha contra sus encanecidos cabellos, y me dice sollozando de alegría:

»¡Hermano mio! ¡querido hermano mio! ¡que

dicha la mia de haber encontrado un hermano!"

»Y yo repetia :

»Sí, sí, yo soy cristiano, yo soy cristiano."

»Durante esta conversacion se nos hizo ya de noche, recojimos nuestras cargas y volvimos á la choza de Faramundo. Al dia siguiente vino Zacarías á buscarme al amanecer, condújome al sitio mas retirado de una selva, y allí en un nicho formado en el casi desmoronado tronco de una haya antiquísima, en donde Secovia, profetisa de los jermanos, habia en otro tiempo pronunciado sus oráculos, descubrí una pequeña imájen que representaba á María, madre del Salvador, adornada con una rama de hiedra cargada de fruta madura, y recién colocada al parecer, al pie de la Madre y del Hijo, pues la nieve no la habia aun cubierto del todo.

»Esta noche misma, me dijo Zacarías, he dicho á la esposa de nuestro amo que teníamos un hermano en nuestra compañía; y llena de contento, ha querido venir en medio de las tinieblas á adornar nuestro altar y á ofrecer esta rama á María en prueba de la viva y grata satisfaccion que siente su alma."

»No bien hubo Zacarías acabado estas palabras, vimos llegar á Clotilde, la cual fue precipitadamente á postrarse de rodillas sobre la nieve á los pies de la haya. Pusimonos á su lado, y con voz alta y en idioma rústico, pronunció la oracion del Señor. Asi vi comenzar el cristianismo entre los francos. ¡Religion divina! ¿Quien acertará á explicar los embesos que produce tu nacimiento entre los pueblos de la tierra? ¡Cuan alta te mostraste en Bet-

len á los pastores de la Judea! ¡Cuan portentosa me pareciste en las catacumbas, cuando vi humillarse á tus pies á una emperatriz poderosa! ¡Y quien no hubiera derramado lágrimas de ternura al encontrarla de nuevo debajo de un árbol de la Germania, teniendo por únicos adoradores á un romano esclavo, á un griego prisionero, y á una reina bárbara!

»¿Que esperaba yo, pues, para volver al redil? Los quebrantos empezaban á convencerme de la vanidad de los placeres; el ermitaño del Vesubio había conmovido ya mi ánimo; Zacarías subyugaba mi corazón; pero estaba escrito que yo no volvería á seguir la verdad sino tras una larga cadena de desgracias y esperiencias.

»Zacarías redobló su celo y su ternura para conmigo. Yo creía, cuando él me hablaba, oír una voz que salía del cielo. ¡Que lección me ofrecía la sola vista del heredero cristiano de Casio y de Bruto! El estoico matador de César, tras una vida breve, libre, poderosa y llena de gloria, declara que la virtud no es mas que una fantasma; el caritativo alumno de Jesucristo, esclavo, viejo, pobre y desconocido á todo el mundo, pregona que nada hay real en la tierra sino la virtud. Este sacerdote, que parecia no conocer mas que la caridad, atesoraba sin embargo la ciencia, la afición á las artes y letras, y estaba versado en las antigüedades griegas, hebreas y latinas. Era un embeleso oírle hablar de los hombres de antaño, al paso que se le veía guardar los ganados de los bárbaros. Conversaba fre-

cuentemente conmigo de las costumbres de nuestros dueños, y me decia:

»Cuando os halleis de vuelta en Grecia, querido Eudoro, todos acudirán solícitos en derredor vuestro para oiros contar las costumbres de los reyes de larga cabellera. Las desgracias presentes se cambiarán en recuerdos sólidos y gratos, y sereis entre aquellos pueblos ingeniosos un nuevo Herodoto, llegado de una comarca lejana para deleitarlos con vuestras maravillosas narraciones. Diréisles que existe en las selvas de la Germania un pueblo que pretende descender de los troyanos (porque todos los hombres, enamorados de las hermosas fábulas de vuestros Helenos, gustan darse como ellos un origen fabuloso); y tambien les direis que este pueblo, formado de diversas tribus de germanos, como son los sicambros, los brúcteros, los salios, los catos y otros, ha tomado el nombre de franco; que quiere decir libre, y que es digno de esta nomenclatura.

»Su gobierno es sin embargo esencialmente monárquico, y el poder, aunque dividido entre distintos reyes, se reune en uno solo en caso de un grave peligro. La tribu de los salios, de la que Faramundo es el jefe soberano, es la que casi siempre tiene la honra de mandar, porque es tenida entre los bárbaros por la mas noble, y debe esta opinion al uso que hay en ella establecido de escluir á las mujeres del poder, y de no confiar el cetro mas que á un guerrero.

»Los francos se reunen una vez al año, por el

»mes de Marzo, para deliberar sobre los negocios
»de la nacion; asisten todos armados al lugar de la
»cita, y alli sentado el rey sobre una encina, reci-
»be con muestras de satisfaccion los presentes que
»le tributan; escucha las quejas de sus súbditos, ó
»mas bien de sus compañeros, y administra la jus-
»ticia con imparcialidad.

»Las propiedades son anuales; esto es, una fa-
»milia cultiva cada año el terreno que le ha destina-
»do el príncipe, y despues de recojida la cosecha,
»vuelve á entrar aquel campo en el dominio je-
»neral.

»Todas las demas costumbres participan de es-
»ta sencillez; nosotros, como habeis visto, parti-
»mos con nuestros amos la lana, la leche, el queso,
»la casa de barro, el lecho de piel y todo lo demas.

»Ayer fuisteis testigo del casamiento de Mero-
»veo, en el que un escudo, una francisca, una ca-
»noa de mimbres, un caballo bridado y dos bueyes
»apareados, fueron los presentes de boda del herede-
»ro de la corona de los francos. Si en los juegos de
»su edad, salta mejor que otro por encima de las
»lanzas y de las espadas desnudas, si se muestra
»valiente en la guerra y justo en la paz, puede es-
»perar despues de su muerte una hoguera fúnebre,
»y aun tambien una pirámide de césped que embe-
»llezca su sepulcro.”

»Tal fue la conversacion de Zacarías.

»Llegó por fin la primavera á reanimar las sel-
»vas del norte; y presto cambiaron de aspecto los
bosques y valles: los negros picos de las rocas fue-

ron los primeros que se mostraron sobre la blanca uniforme de las escarchas; las flechas rojizas de los abetos aparecieron despues, y los precoces arbustos reemplazaron con ramilletes de flores los cristales de hielo que colgaban todavía de sus altas ramas. La vuelta del buen tiempo renovó también la temporada de los combates.

»Una parte de los francos tomó las armas, y otra se preparó para ir á cazar el uro y los osos, en las comarcas lejanas. Púsose Merveo á la cabeza de los cazadores, y yo fui comprendido en el número de los esclavos que debian acompañarle. Despedime con sentimiento de Zacarías, y me separé por algun tiempo del mas virtuoso de los mortales.

»Recorrimos con increíble rapidez las rejiones que se estienden desde el mar de Escandia hasta los arenales del Ponto-Euxino; las dilatadísimas selvas que atravesábamos servian de paso á cien pueblos bárbaros, que cual otros tantos torrentes desatados, venian talando cuanto encontraban, y caian sucesivamente sobre el imperio romano. Diríase que una voz incomprensible á ellos mismos, los conduce al mediodía desde el septentrion y la aurora. Su nombre, su oríjen y su pais es tan desconocido á los hombres, como los parajes de donde salen, y los sitios que atraviesan: solo el cielo que los conduce lo sabe. A cualquier punto donde llegan lo encuentran todo preparado: los árboles son sus tiendas, y los desiertos sus caminos. Los huesos de rebaños degollados, los pinos destrozados cual si los hubiese herido el rayo, las selvas abrasadas y las llanuras

cubiertas de cenizas, son los residuos ciertos del sitio donde estuvieron acampados.

»Nosotros tuvimos la fortuna de no encontrar ninguna de aquellas grandes emigraciones; pero hallamos algunas familias errantes, en cuya comparacion son los francos un pueblo civilizado. Aquellos desdichados, sin abrigo, sin vestidura, las mas veces sin alimento, no tienen mas consuelo en sus males, que una libertad ociosa, y algunas danzas en el desierto. Pero cuando se celebran estas danzas á las orillas de algun rio ú en lo mas retirado de los bosques, cuando el eco repite, por la primera vez, los acentos de una voz humana, ó el oso observa de lo alto de un peñasco aquellos juegos del hombre incivilizado, échase de ver cierta grandeza en cuadro tan selvático, y no puede uno menos de enternecerse á la vista del destino de este hijo de la soledad, que nace desconocido del mundo, pisa por algunos instantes ciertos valles, por donde no volverá á pasar jamás, y oculta luego su huesa bajo el musgo de los desiertos, que no han conservado la menor impresion de sus plantas.

»Un dia que habia yo pasado el Ister hácia su desembocadero, y que me habia separado algun tanto de la cuadrilla de cazadores, me encontré á la vista de las olas del Ponto-Euxino, y alli descubrí un sepulcro de piedra que un laurel cubria con sus ramas; arranqué las yerbas que habian nacido encima, y ocultaban algunos caracteres latinos, y pude leer este primer verso de las elejías de un desventurado:

»Pequeño libro, irás á Roma sin mi compañía.»

»No sería fácil pintaros cuan grande fue mi conmocion al encontrar de nuevo el sepulcro de Ovidio en lo mas retirado de aquel desierto, y no pude menos, á su vista, de hacer las mas tristes reflexiones sobre las penalidades del destierro, que tambien eran mias, y sobre la inutilidad del talento para alcanzar la felicidad. Roma, que goza en el dia de las mas ingeniosas pinturas de sus poetas, esta misma Roma ha visto correr durante veinte años, y con ojo enjuto, las lágrimas de Ovidio. ¡Ah! ¡menos ingratos que los pueblos de la Ausonia, los montaraces habitantes de las márgenes del Ister se acuerdan todavía del Orfeo que enamoró sus selvas! Véseles ir frecuentemente á danzar en torno de sus cenizas, y hasta han conservado algo de su idioma, por lo grata que les es todavía la memoria de este romano, que él mismo se tenia por bárbaro al ver que no era comprendido del sármata.

»Los francos habian atravesado tan dilatadas rejiones con el objeto de visitar algunas tribus de su nacion, que en otro tiempo pasaron con Probo á las orillas del Ponto-Euxino; pero supimos al llegar alli, que aquellas tribus que buscábamos habian desaparecido algunos meses antes, y que se ignoraba absolutamente su paradero. Por lo tanto tomó Meroveo al instante la resolucion de volver al campo de Faramundo, é hizo en consecuencia todos los preparativos que parecieron indispensables para tan larga peregrinacion.

»Tenia dispuesto la Providencia qua yo encon-

trase mi libertad en el sepulcro mismo de Ovidio. Ibamos pasando cerca de este monumento , cuando de repente sale de aquel sitio una loba que se habia ocultado alli para dar á luz sus cachorros , y se arroja con ímpetu sobre Meroveo; vuelo yo al instante á su defensa , y consigo matar al furioso animal. Desde entonces me prometió mi amo solicitar de su padre mi libertad , y fui su compañero durante el resto del camino. Hacíame dormir á su lado , y cuando le hablaba de la sangrienta lucha en que yo le habia visto arrastrado por tres toros indómitos , todo su cuerpo se estremecía con la alegría que le causaba este recuerdo de su gloria. Otras veces tambien conversaba con él acerca de las costumbres y tradiciones de mi pais; mas de todo cuanto le decia , solo escuchaba con placer la historia de los trabajos de Hércules y de Teseo; deseaba darle asimismo una idea de nuestras artes y civilizacion; pero siempre que lo intentaba , blandia su lanza , y me decia con impaciencia : ¡Griego , griego , acuérdate de que soy tu dueño!”

»Despues de una ausencia de muchos meses, llegamos al campo de Faramundo. La choza real estaba desierta: el caudillo de larga cabellera habia tenido algunos huéspedes, en cuyo obsequio habia prodigado cuantas riquezas poseia , y por lo tanto tuvo que acojerse á la cabaña de otro jefe vecino, quien , arruinado á su vez por el monarca bárbaro, habia ido á establecerse con él en la morada de otro jefe. Al fin encontramos á Faramundo gozando en medio de un gran festin todas las delicias que pro-

duce aquella hospitalidad natural, en la que solo toma parte el corazon; alegrose mucho al vernos, y nos contó lo que habia dado ocasion á aquellos festejos.

»Hay en medio del mar de los suevos una isla llamada Casta, consagrada á la diosa Hertæ; la estatua de esta deidad, que se halla colocada sobre un carro, está siempre cubierta con un velo, y este carro, tirado por becerras blancas, se pasea en ciertos tiempos determinados por entre las naciones jermánicas. Cuando llega este caso, se suspenden las enemistades, y por un momento las selvas del norte no retumban con el eco de las armas. La misteriosa deidad acababa de pasar por el campo de los bárbaros, y nosotros habíamos llegado cabalmente en ocasion en que todos estaban ocupados en los regocijos que causa la aparicion de esta diosa. Apenas tuyo tiempo Zacarías para estrecharme en sus brazos. Todos los caudillos se hallaban convocados en aquel solemne banquete para tratar de la conclusion de la paz ó de la continuacion de la guerra con los romanos. Diéronme á mí el encargo de copero de aquel convite, y Meroveo ocupó su asiento en medio de los adalides.

«Estaban estos colocados en semicírculo alrededor del hogar en donde se preparaban las viandas del festin; cada jefe, armado en ademan de guerrear, estaba sentado sobre un haz de yerba ó un rollo de pieles, y en una mesita que tenia delante, separada de los demas, le servian una porcion de la víctima, segun su valor ó nobleza. El guerrero re-

conocido entre tantos por el mas valiente (y este era Meroveo), ocupaba el lugar mas distinguido; y los libertos, armados con lanzas y escudos, llevaban por todas partes tripodes cargados de viandas y astas de uro llenas de licor de trigo.

»Hacia el fin de la comida se empezó á deliberar. Hallábase en la liga de los francos un gallo, llamado Camulojénes, descendiente de aquel famoso anciano que defendió á Lutecia contra las fuerzas de Labieno, teniente de Julio. Educado éste entre los cuarenta mil discípulos de las escuelas de Augustoduno (1), habia perfeccionado una educacion esmerada bajo la direccion de los oradores mas célebres de Marsella y de Burdigalia (2); pero la inconstancia natural de los galos y su carácter indomable, le hicieron tomar parte en la rebelion de los bagodes. Estos campesinos sublevados, fueron pronto dominados por Maximiano, y Camulojénes tuvo que pasar al campo de los francos, quienes lo adoptaron luego á causa de su valor, y de las riquezas que poseia. Los sacerdotes del banquete de Faramundo impusieron silencio, y el gallo, cansado tal vez secretamente de un destierro tan largo, se levantó primero, y propuso á la asamblea se enviasen algunos diputados á César, y en apoyo de su opinion ponderó la disciplina de las legiones romanas, las virtudes de Constancio, las delicias de la paz y de la sociedad.

»Que un gallo nos hable de este modo, respon-

(1) La ciudad de Autun, en la provincia de la Borgoña.

(2) En el dia Burdeos.

dió vivamente Clodorico, jefe de una tribu de francos, no puede sorprendernos; pues espera sin duda algun premio de sus antiguos señores. Yo confieso que el sarmiento de un centurion es mas fácil de manejar que mi lanza, y que es menos espuesto adorar á César revestido con la púrpura en el Capitolio, que despreciarle en esta choza echado sobre una piel de lobo. Yo he visto en Roma á esos ansiosos dueños de tantos palacios, y he conocido cuán dignos son de lástima, por codiciar todavía una choza en nuestras selvas; creedme, no son tan temibles como os los representa el pánico terror de un galo. Conquistados por esta nacion de mujeres, pueden los galos, si gustan, solicitar la paz; pero en cuanto á Clodorico, siente éste en su pecho un movimiento que le impulsa á incendiar el Capitolio, y á borrar de la tierra el nombre romano.”

»Toda la asamblea aplaudió este discurso, y manifestó su aprobacion blandiendo las lanzas é hiriendo con ellas los escudos.

»Id, id pues á Roma, responde el galo impetuosamente. ¿Que haceis aqui escondidos en vuestras selvas? ¿Como hablais, valientes, de traspasar el Tiber, cuando aun no habeis podido salvar el Rin? Los siervos galos, conquistados por una nacion de mujeres, no estaban sentados muellemente en un convite, cuando iban ellos talando esta ciudad, que vosotros amenazais de lejos. ¿Ignorais por ventura que la espada de hierro de un galo sirvió por sí sola de contrapeso al imperio del mundo? Donde quiera que se haya obrado alguna haza-

ña , encontrareis á mis abuelos. Los galos fueron los únicos que no se aterraron á la vista del poder de Alejandro. César tardó diez años en someterlos, y Vercinjetorix hubiera vencido á César , si los galos no hubiesen estado desunidos. Los lugares mas célebres del universo han estado sujetos á mis padres ; estos han assolado la Grecia , han ocupado á Bisancio , se han acampado sobre las ruinas de Troya , han poseido el reino de Mitridates , y han vencido allende el Tauro á aquellos escitas , á quienes nadie hasta entonces pudo contrarestar. Parece que el destino de la tierra está sujeto á mis antepasados , como á una nacion fatal y señalada con misterioso sello. Diríase que todos los pueblos han oido sucesivamente aquella voz que anunció la llegada de Breno á Roma , y que decia á Cedicio en medio de las tinieblas de la noche : »Cedicio , corre á decir á los tribunos, que los galos estarán aqui mañana.»

»Iba Camulojénes á seguir su narracion , cuando Clodorió , interrumpiéndole con grandes risotadas , dando golpes con el puño de su espada sobre la mesa del festin , y derribando el vaso en que bebia , exclamó :

»Reyes de la cabellera , ¿habeis comprendido algo del difuso discurso de esta profetisa de las Galias ? ¿Cual de vosotros ha oido jamás hablar de ese Alejandro , ni de ese Mitridates ? Camulojénes , si tú sabes hacer discursos pomposos en el idioma de de tus amos , no tomes la molestia de pronunciarlos delante de nosotros. Tenemos vedado á nuestros

hijos que aprendan á leer y á escribir, pues consideramos este arte como la ciencia de la esclavitud: nosotros solo anhelamos el hierro y las batallas sangrientas.”

»Oyéronse en esto algunos alaridos tumultuosos en el consejo de los bárbaros, y el galo, queriéndose desagraviar con el menosprecio del insulto que recibia, dijo:

»Puesto que el famoso Clodorico no conoce á Alejandro, y no gusta de largos discursos, no le diré mas que una sola palabra: si los francos no tienen mas guerreros que él, para llevar el fuego al Capitolio, les aconsejo que abandonen el intento, y traten de aceptar la paz á todo trance.”

— »Traidor, gritó el sicambro enfurecido, antes de pocos años espero ver á tu nacion cambiar de dueño, y tú mismo conocerás, cuando te halles cultivando la tierra para los francos, hasta donde llega el valor de los reyes de cabellera.”

— »Si no tuviese que temer mas que el tuyo, repuso irónicamente el galo, no me tomaria el trabajo de ir á recoger el huevo de la serpiente en la luna nueva, para guarecerme de las desgracias que Teutátes me tiene preparadas.”

»A estas palabras, empuña el furioso Clodorico su lanza, preséntale la punta á Camulojénes, y le dice con voz sofocada por la ira:

»No te atreverás tú á dirigir á ella la vista.”

— »Mientes:” dice el galo, echando mano á su espada y precipitándose sobre el franco.

»En esto los demas guerreros procuran separar

á los dos adversarios, y tomando parte tambien los sacerdotes, hacen cesar este nuevo festin de los centauros y lapitas. Al dia siguiente, dia en que la luna habia adquirido todo su esplendor, se decidió en el sosiego lo que se habia discutido en medio de la embriaguez, en aquel estado en que el corazon no puede mentir, y está propenso á las hazañas mas jenerosas.

»Determináronse á hacer proposiciones de paz á los romanos; y como Meroveo, fiel á su palabra, habia ya obtenido de su padre mi libertad, decidieron fuese yo quien presentase á Constancio esta resolution del consejo. Zacarías y Clotilde vinieron á anunciarme mi libertad, suplicándome me pusiese pronto en camino para evitar la inconstancia natural de los bárbaros: tuve, pues, que ceder á sus recelos, y Zacarías me acompañó hasta las fronteras de las Galias. La felicidad de haber recobrado mi libertad estaba equilibrada por el dolor que sentia de tenerme que separar de aquel anciano. Instele para que me siguiera, díjeme cuan allijido me hallaba al ver los males que él padecia; pero todas mis súplicas y observaciones fueron inútiles, y cojiendo él de paso una planta de lirio silvestre, cuyo tallo despuntaba en la nieve, me dijo:

»Esta flor es el símbolo del caudillo de los salios y de toda la tribu que manda: ella crece naturalmente mas hermosa entre estos bosques, que en un suelo menos espuesto á los hielos del invierno, y compite en blancura con las escarchas que la cubren, las cuales, en vez de marchitarla, la conser-

van siempre mas hermosa y lozana. Yo espero que esta desagradable época de mi vida, que he pasado al lado de la familia de mi amo, hará que pueda yo algun dia presentarme á los ojos de Dios tan blanco y tan puro como está ahora esta azucena: el alma, para desarrollarse con toda su pujanza, necesita ser sepultada por algun tiempo bajo los rigores de la adversidad."

»Detúvose Zacarías al acabar estas palabras, mostrome el cielo en donde con el tiempo debíamos volvernos á ver, y sin permitirme que me postrase á sus pies para abrazarlos, separose de mí despues de haberme dado esta última leccion. El mismo Jesucristo, cuyos ejemplos él procuraba imitar, tenia singular complacencia en adoectrinar á sus discipulos, paseándose en su compañía por la márjeu del lago de Jenezaret, y haciendo hablar á las yerbas de los campos y azucenas que nacen en los valles."

LIBRO VIII.

RESUMEN.

Se interrumpe la narracion. Principio del cariño de Eudoro para con Cimodocea y de esta para con Eudoro. Satanás quiere utilizar este cariño para turbar á la iglesia. El infierno. Asamblea de los demonios. Discurso del demonio del homicidio. Discurso del demonio de la falsa sabiduria. Discurso del demonio del deleite. Discurso de Satanás. Los demonios se derraman sobre la tierra.

La narracion de Eudoro se habia dilatado hasta la hora novena del dia: el sol lanzaba sus ardientes rayos sobre los montes de Arcadia, y mudas quedaban las aves, ocultándose entre las cañas del Ladon. Lasténes brinda á los forasteros con algun alimento, y les propone se difiera para el siguiente dia la conclusion de la historia de su hijo; dejan, pues, la isla y los dos altares, y con el mayor silencio se vuelven todos al asilo hospitalario.

Apenas se oyeron pronunciar mas que algunas palabras interrumpidas en lo restante del dia. El obispo de Lacedemonia se mostraba profundamente pensativo con la historia del hijo de Lasténes; admiraba la pintura del estado de la iglesia, y de sus progresos en todas las partes del mundo, y veia abultar en medio de este cuadro á los hombres de quienes los fieles tenian tanto que temer, y cuyos caracteres, dibujados por Eudoro, presajaban un lóbrego porvenir. Cirilo recibió tambien de Roma en esta ocasion algunas noticias alarmantes; pero

no le pareció prudente enterar de ellas á la virtuosa familia.

Hallábase Eudoro asimismo muy ajeno de reposo, é iba con frecuencia á deponer al pie de la cruz las tribulaciones interiores que le ajitaban; ignoraba todavía que estas eran una consecuencia de los designios de Dios, y doblaba sus plegarias y mortificaciones; mas entre las lágrimas de la penitencia descubrían sus ojos, aunque á pesar suyo, la hermosa cabellera, las manos de alabastro, el talle elegante, y las gracias injénuas de la hija de Homero. Veía tambien sus dulces y tímidas miradas fijas siempre en él, y sus espresivas facciones en donde se pintaban todos los sentimientos que él manifestaba, y hasta los que tenia ocultos. ¡Que cándido rubor hermoseaba á la inocente vírjen, cuando él contaba los criminales placeres de Roma y de Bayas! ¡Que palidez mortal enlutaba sus mejillas; cuando describía las lides, ó cuando hablaba de heridos y de esclavitud!

La sacerdotisa de las Musas experimentaba tambien por su parte mil sentimientos confusos y una conmocion que hasta entonces le habia sido desconocida. Su espíritu y su corazon salian al mismo tiempo de su doble niñez: la ignorancia de su entendimiento se desvanecía ante la razon del cristianismo; y la ignorancia de su corazon cedía á esta luz precursora siempre de las pasiones. ¡Cosa extraordinaria! esta doncella experimentaba á la vez la turbacion y las delicias de la sabiduría y del amor.

»¡Padre mio! decia ella á Demodoco; ¡que di-

vino extranjero nos ha convidado á sus banquetes! ¡Cuan grande es el hijo de Lasténes por su corazon y por sus armas! ¿Será por ventura uno de aquellos primeros habitantes del mundo, á quienes Júpiter transformó en dioses propicios á los hombres? Hecho triste ludibrio de los destinos adversos, ¡cuantas lides ha dado! ¡cuantos males ha sufrido! ¡Oh castas y poderosas Musas! ¡oh deidades tutelares mias! ¿donde os hallabais vosotras cuando indignas cadenas oprimian tan nobles manos? ¿No hubierais podido romper los lazos de este héroe con solo el dulce sonido de vuestras liras? Pero, sacerdote de Homero, tú, que todo lo sabes, y que tienes la sábia circunspeccion de los ancianos, dime, ¿que relijion es esa de que habla Eudoro? ¡Que hermosa es esa relijion que inclina los corazones á la justicia, y amortigua los amorosos desvaríos! ¡El que la sigue está siempre pronto á socorrer la desgracia, como un vecino jeneroso, sin detenerse á tomar su cinto. Vamos á los templos á sacrificar ovejas á Céres, que nos dá leyes, y al sol que descubre lo futuro. Revestidos con nuestras ropas talarés, y con la copa de las libaciones en la mano, demos vuelta alrededor de los altares regados de sangre, amasemos las tortas sagradas, y procuremos descubrir cual es el númen desconocido que protege á Eudoro..... Yo conozco que una divinidad misteriosa está hablando á mi corazon.... Mas una vírjen, ¿debe acaso indagar el sijilo de los jóvenes, y tratar de conocer á sus dioses? ¿Levantará el rubor su velo para preguntar á los oráculos?"

No bien Cimodocea acabó de pronunciar estas palabras, derramó tierno llanto.

De esta manera iba enlazando el cielo dos corazones, cuya union habia de producir el triunfo de la cruz. Satanás iba tambien á aprovecharse del amor de estas dos almas predestinadas, para formar por su medio violentas tempestades, y todo se encaminaba al cumplimiento de los decretos del Altisimo. El príncipe de las tinieblas acababa de pasar reseña en este momento á todos los templos de la tierra. Habia visitado los santuarios de la mentira y de la impostura, la caberna de Trofonio, los respiradores de la Sibila, la trípada de Delfos, la piedra de Teutates y los subterráneos de Iris, de Mitra y de Vishnú, y en todos estos lugares habia hallado interrumpido los sacrificios, los oráculos, los desiertos, y los prestijios de la idolatría prontos á desvanecerse ante la verdad del Cristo. Lastimábase Satanás al ver que iba perdiendo su dominio; pero estaba resuelto á no abandonar la lid, sin dar antes terribles acometidas; y olvidando que las puertas de la mansion del dolor, no prevalecerán contra la muy amada del Hijo del Hombre, jura por la eternidad del infierno anonadar á los adoradores del verdadero Dios. El arcánjel rebelde ignora los designios del Eterno, que va á castigar á su iglesia culpable; pero conoce que por un momento le está concedido el poderío sobre los fieles, y que el cielo le deja en libertad de cumplir sus negros proyectos. Al punto abandona la tierra, y baja rápidamente á la mansion oscura de los réprobos.

Asi como un peñasco calcinado, suspendido en medio de las cenizas en la cima del Vesubio, si el azufre y los betunes que se encienden en la montaña oscurecen el sol, hacen hervir el mar y vacilar á Parténope, como una bacante embriagada, la cima del volcan trueca entonces su forma movable, hún-dese la lava, rueda el peñasco, y desplómase con furia, y causando un estruendo horroroso en las entrañas abrasadas que antes lo habian vomitado; no de otra suerte Satanás, se sumerje de nuevo por el anchuroso y profundo boqueron del abismo. Mas veloz que el pensamiento, atraviesa todo el espacio que ha de anonadarse algun dia, y llegando mas allá de los residuos bramadores del cáos, alcanza la frontera de aquellas rejiones tan eternas, como la venganza que las formó; rejiones malditas, cuna y sepulcro de la muerte, en las que el tiempo no hace pauta, y que estarán aun de pie cuando el universo se haya borrado, asi como desaparece una tienda que se ha levantado para que sirva un solo dia. Una lágrima involuntaria humedece los ojos del espíritu perverso, mientras se hunde en los reinos de la noche. Su lanza de fuego apenas alumbra en torno suyo la lobreguez de las sombras; no sigue camino por medio de las tinieblas; mas arrastrado por el peso de sus crímenes, baja naturalmente hácia el infierno. Todavía no percibe el lejano resplandor de aquellas llamas que, aunque sin pábulo, no se apagan jamás, y los jemidos de los precitos llegan ya á sus oidos. Detiénese, se estremece al oír este primer alarido de eterna pena. La vista del infierno

hiela tambien de espanto á su monarca , y el remordimiento y la compasion empiezan á nacer en el pecho del arcánjel soberbio y rebelde.

»¡Yo soy , esclama , quien ha abierto estas prisiones y reunido todos estos males! Sin mí , el mal »hubiera quedado desconocido en las obras del Todopoderoso. ¿Que me habia hecho el hombre, »esta noble y hermosa hechura suya?»

Iba Satanás á continuar las quejas de un arrepentimiento vano ; pero abriéndose en este punto el boqueron abrasado del abismo , le asaltaron al instante otros pensamientos.

Una fantasma sale precipitadamente , y se presenta en el umbral de las puertas inexorables ; era la muerte , y se la ve cual una mancha oscura sobre las llamas de los calabozos que están ardiendo á sus espaldas ; descúbreanse por entre las cavidades de los huesos de su esqueleto los pálidos rayos de la azufrada luz infernal : adorna su cabeza una corona , la cual enriquece ó con las joyas que saca de los pueblos y de los reyes de la tierra , ó con algunos jirones de púrpura ó de sayal de que ha despojado al rico y al menesterozo : tan pronto vuela y tan pronto se deja caer , y toma todas las formas , hasta las de la hermosura. Diríase que es sorda , y sin embargo oye el mas leve rumor que descubre la vida ; parece ciega , y atisba el menor insecto que va arrastrándose sobre el césped. Lleva en una mano una hoz como un segador , y con la otra se tapa en el seno la única herida que ha recibido , hecha por el Cristo vencedor en la cumbre del Gólgota.

El crimen abre las puertas del infierno, y la muerte es quien las cierra. Estos dos abortos, por un cariño horroroso, tuvieron noticia de la llegada de su padre; y luego que la muerte reconoce á lo lejos al enemigo de los hombres, vuela gozosa á recibirlo.

»¡Oh padre mio! le dice, yo doblo ante ti esta
»cabeza que no se humilló nunca en presencia al-
»guna. ¿Vienes por ventura á satisfacer el hambre
»insaciable de tu hija? Ya me cansan los mismos
»banquetes, y espero de ti me presentes otro mun-
»do que halague mi apetito, y á quien pueda devo-
»rar.»

Horrorizado Satanás, vuelve la cabeza para huir de los halagos del esqueleto; lo desvia con su lanza, y sin detenerse le dice:

»¡Oh muerte! quedarás satisfecha y vengada:
»voy á entregar á tus iras el pueblo numeroso de
»tu único vencedor.»

Dijo, y el caudillo de los demonios penetra por aquella mansion en donde eternamente están llorando sus víctimas; reconoce todos los abrasados lugares de su imperio; el abismo se conmueve á la vista de su rey; las hogueras arrojan una llama mas brillante, y el réprobo, que pensaba haber llegado al colmo del dolor, queda traspasado con un aguijon mas agudo y cruel: asi tambien, rendido el negro africano en el desierto de Zara al ardor de una tormenta abrasadora, se tiende sobre las arenas en medio de las serpientes y leones tan sedientos como él; cree haber llegado al exceso del padecimiento;

pero el sol que se muestra por entre las áridas nubes, le hace experimentar otras mas crueles sensaciones.

¿ Quien podrá pintar el horror de aquellos sitios en donde se hallan reunidas , aumentadas y perpetuadas sin fin todas las tribulaciones de la vida? Ligado el demonio de la desesperacion con cien nudos de diamante en un tronco de bronce, domina desde alli el imperio del dolor; y Satanás, acostumbrado á los clamores infernales, distingue por los gritos si se castiga alguna falta, ó si solo son efecto del padecimiento. Oye tambien la voz del primer homicida, la del rico que adquirió injustamente sus tesoros, y pide una gota de agua para apagar su sed; y se rie de los lamentos del pobre que reclama, en nombre de sus andrajos, un puesto en el paraíso de los buenos.

» ¡Necio! le dice, ¿ creias tú que la indijencia »podía suplir todas las virtudes? ¿ Pensabas que »únicamente los reyes se hallaban en mi imperio, »y tus hermanos en torno de mi rival? ¡ Vil criatura! tú fuiste insolente, falso, cobarde, envidioso »de lo ajeno, y enemigo de todo lo que la educacion, »el honor y el nacimiento hacian superior á ti; ¡ y »te atreves á pedir coronas! Abrásate aqui con el »opulento implacable que hizo bien en alejarte de »sí; pero que te debia haber dado un vestido y algunos pedazos de pan para remediar tu hambre.»

En medio de sus suplicios, una multitud de desgraciados decia á voz en grito á Satanás:

» ¡Júpiter, nosotros te hemos adorado, ¡ y por

«esto, ó maldito, nos detienes en las llamas!»

Y el orgulloso arcánjel respondia con sonrisa irónica:

«Tú me has preferido al Cristo, por lo tanto «parte aquí conmigo mis alegrías y recompensas.»

La pena de fuego no es el tormento mas cruel que padecen las almas de los condenados; estos conservan la memoria de su divino oríjen; llevan consigo la imájen indeleble de la belleza de Dios, y echan menos al soberano bien que han perdido para siempre: esta pena es todavía mayor, al ver que aquellas almas, cuya morada confina con el infierno, vuelan, después de haber purgado sus errores, á recibir el premio de sus virtudes en las rejiones del cielo. A todos estos males juntan ademas los réprobos las aflicciones morales y la vergüenza de los crímenes que han cometido en la tierra: los dolores del hipócrita crecen con la veneracion que sus falsas virtudes siguen inspirando al mundo. Los títulos pomposos y magníficos que el siglo engañado da á algunos muertos famosos, causan el tormento de estos mismos finados en medio del fuego de la verdad y de la venganza: las deprecaciones que la tierna amistad dirige al cielo en favor de las almas ya perdidas, allijen en lo mas hondo del abismo á estas almas malogradas, y entonces es cuando se ve á aquellos culpables levantarse de sus sepulcros para venir á la tierra á revelar los castigos de la justicia divina, y á decir á los hombres: «No rogueis por mí; ya he sido juzgado.»

En el centro del abismo, y en medio de un

océano de sangre y lágrimas, se halla construido sobre altos peñascos un negro castillo, obra de la desesperacion y de la muerte. Una tempestad eterna brama sobre sus almenas amenazadoras, y un árbol estéril está plantado delante de la puerta; sobre el torreón de sus tristes muros, que dan nueve veces vuelta sobre sí mismos, ondea el estandarte del orgullo medio consumido por el rayo, y los demonios, que los jentiles llaman parcas, están acechando á la entrada de este palacio obscuro. Presentase Satanás al pie de su morada réjia, y al punto los tres guardianes del palacio se levantan y dejan caer la aldaba de bronce, que resuena con un ruido lúgubre sobre la puerta tambien de bronce del alcázar. Otros tres demonios, adorados con el nombre de furias, abren el postigo ardiente, y entonces se descubre una larga fila de pórticos derruidos, semejantes á aquellas galerías subterráneas en las que los sacerdotes de Egipto ocultaban los monstruos que hacian adorar á los hombres. Las bóvedas de aquel fatal edificio retumban con los sordos mugidos de un incendio, y un pálido resplandor baja desde lo alto de las cúpulas abrasadas á alumbrar aquellos lugares. La eternidad de los dolores yace empuñando un reloj de arena que nunca se acaba, sobre un lecho de hierro, á la entrada del primer vestíbulo, y está tan inmóvil, que ni aun su corazon da el menor latido. Solo sabe y pronuncia esta palabra: »¡Jamás!»

Así que el soberano de las malditas jerarquías hubo entrado en su negra é impura mansion, man-

dó á los cuatro caudillos de las lecciones rebeldes que convocasen el senado de los infiernos. Apresúranse los demonios á obedecer las órdenes de su soberano, y el dilatado salon del consejo de Satanás se llenó al punto, colocándose cada cual sobre las gradas ardientes de aquel obscuro anfiteatro: preséntanse todos en esta reunion tal como los adoran mortales; esto es, con los atributos de un poder que no es mas que una mentira. Aquel trae el tridente con que en vano ajita las aguas que solo obedecen á Dios, y éste, coronado con los rayos de una falsa gloria, quiere remedar, no siendo mas que un astro mentiroso, á aquel gigante soberbio, que cada mañana hace salir el Eterno del lugar por donde se levanta la aurora. Allí argumenta el jenio de la falsa sabiduría, ruje el espíritu de la guerra, y se sonrie el demonio del deleite: los hombres le llaman Vénus, y en el infierno es conocido con el nombre de Astarte; sus ojos rebosan languidez, su voz perturba las almas, y el ceñidor brillante que circuye su cintura, es la obra mas peligrosa y temible de los poderes del abismo. En fin, en este consejo se ven reunidos todos los falsos dioses de las diferentes naciones de la tierra, tales como Mitra, Baal, Moloch, Anubis, Brama, Teutátes, Odino, Erminsul, y otros mil fantasmas de las humanas pasiones y caprichos.

Las pasiones, como hijas del cielo, nos fueron dadas con la vida: mientras que estas permanecen puras en nuestro pecho, se hallan bajo la salvaguardia de los ángeles; mas apenas se malean, pasan

bajo el imperio de los demonios. Por lo tanto hay un amor lejítimo y un amor culpable, una cólera perniciosa y otra santa, un orgullo criminal y una arrogancia noble y jenerosa, un valor brutal y otro racional. ¡Oh grandeza del hombre! nuestros vicios y virtudes embeben la atencion del cielo y del infierno, y forman una parte de su poderío.

No como el astro de la mañana que nos regala con su luz, sino semejante á un espantoso cometa, asi se sienta Lucifer en su trono en medio de aquel pueblo de espíritus. Asi como en una tempestad se alza una ola tras otra, y amenaza al marinero con el ímpetu de sus aguas; ó cual en una ciudad abrasada se descubre, en medio de los edificios que humean, una encumbrada torre coronada de llamas, no de otro modo se presenta el arcánjel réprobo en medio de sus satélites. Alza éste el cetro del infierno, al que por medio de un fuego sutil están unidos todos los males; y procurando ocultar las penas que le devoran, habla Satanás á la asamblea de este modo:

»Dioses de las naciones, tronos, ardores, jenerosos guerreros, milicias invencibles, raza noble
»é independiente, magnánimos hijos de esta fuerte
»patria, el dia de gloria ha llegado, y vamos á recoger el fruto de nuestra constancia y de nuestros
»combates. Desde que yo rompí el yugo del tirano,
»he procurado hacerme digno del poder que me habeis conferido: os he sometido el universo, y estais oyendo aquí los clamores de los descendientes
»de aquel hombre que debia reemplazarnos en la
»mansion de la bienaventuranza. Para poder salvar

«á esta raza miserable, se vió nuestro perseguidor
»en la precision de enviar á su hijo á la tierra. Este
»Mesías compareció, y se atrevió á penetrar en
»nuestros reinos; mas si vosotros hubieseis acom-
»pañado mi audacia, le hubiéramos cargado de ca-
»denas y aprisionado en las honduras de estos abis-
»mos. La guerra hubiera quedado entonces termi-
»nada para siempre entre nosotros y el Eterno; pe-
»ro habiendo ya malogrado esta ocasion propicia,
»no nos queda otro recurso que el de empuñar las
»armas. Los sectarios del Cristo se multiplican, y
»nosotros, harto confiados en la justicia de nuestra
»causa, nos hemos olvidado de sostener nuestros
»altares: hagamos, pues, todos juntos otro esfuerzo,
»para derribar esa cruz que nos amenaza, y deli-
»beremos sobre los medios mas fáciles y seguros que
»haya que adoptar para conseguir el triunfo.»

Asi dice el blasfemo vencido por el Cristo en la noche eterna; aquel arcánjel que vió al Salvador romper con su cruz las puertas del infierno, y dar libertad á los justos de Israel; los demonios hujan despavoridos al aspecto de la luz divina, y el mismo Satanás, derribado en medio de las ruinas de su imperio, tenia la cabeza aplastada bajo el pie de una mujer.

Luego que el padre del mal puso fin á su discurso, se levantó el demonio del homicidio para contestarle. Sus brazos ensangrentados, sus jestos furiosos y una voz horrible, todo indica en este espíritu rebelde los crímenes de que está manchado, y los violentos impulsos que le devoran. Crece su sa-

ña al pensar que un solo cristiano puede librarse de su furor: del mismo modo se ve, en el océano que baña las costas del Nuevo-Mundo, perseguir un monstruo marino su presa en medio de las encrespadas olas; si el animal acosado despliega de repente sus alas plateadas, y encuentra, cual pájaro de un momento, su seguridad en los aires, el monstruo engañado salta sobre las aguas, y vomitando torrentes de espuma y de humo, espanta á los marineros con impotentes iras.

»¿Que necesidad tenemos de deliberar? dice el »ánjel atroz: ¿necesitamos por ventura, para destruir todos los pueblos del Cristo, servirnos de »otras armas que de los verdugos y del fuego? Dioses de las naciones, dejadme á mí el cuidado de »restablecer vuestros templos; el príncipe que presto vereis reinar en el imperio romano, reconoce »mi poder, y es otro de mis mas fieles adoradores; »yo escitaré la crueldad y la ferocidad de Galerio, »y en una inmensa y última carnicería, nadarán los »altares de nuestro enemigo en la sangre de sus secuaces. Satanás habrá comenzado la victoria perdiendo al primer hombre, y yo la habré coronado »esterminando á todos los cristianos.»

Dijo, y de repente este espíritu feroz se sintió acometido de todas las angustias del infierno; arroja un alarido como un reo herido con la cuchilla de los verdugos, ó como un asesino traspasado de remordimientos. Un sudor que abrasa corre por su frente; de su boca destila algo parecido á sangre, y lucha en vano bajo el peso de la reprobacion eterna.

En seguida el demonio de la falsa sabiduría se levanta con una gravedad semejante á una triste locura. La severidad finjida de su voz, y el sosiego aparente de su espíritu alucinan á la multitud, del mismo modo que una hermosa flor, nacida en un tallo emponzoñado, seduce á los hombres y los envenena. La forma que toma es la de un anciano, jefe de una de las escuelas de Aténas y Alejandría; su pelo cano, ceñido con una rama de olivo, y su frente medio calva, infunden respeto; mas cuando se le considera de cerca, se descubre en él un fondo de bajeza é hipocresía, y un odio horrible á la verdadera razon. Su crimen principió en el cielo con la creacion de los mundos, y cuando estos se entregaron á sus vanas disputas, vituperó las obras del Todopoderoso, y llevado de su orgullo, quiso establecer otro orden entre los ángeles, y en el imperio de la soberana ciencia. Él fue el padre del ateismo, fantasma execrable que al mismo Satanás no le ocurrió el enjendrar, y que se enamoró de la muerte, cuando esta compareció en los infiernos. Mas aunque el demonio de las doctrinas funestas se envanezca con sus luces, sabe no obstante cuan dañinas son estas á los mortales, y se goza con los males que producen sobre la tierra. Mas culpable todavía que todos los ángeles rebeldes, conoce su propia perversidad y se gloria de ella. Esta falsa sabiduría, nacida despues de los tiempos, tomó la palabra, y habló de esta manera á aquella furibunda asamblea:

»Monarca del infierno, bien sabeis que siempre

»he sido opuesto á la violencia: creedme, nunca
»obtendremos la victoria sino por medio del racio-
»cinio, de la dulzura y de la persuasion. Dejadme
»hacer; yo difundiré entre nuestros adoradores, y
»aun entre los cristianos, estos principios que di-
»suelven los lazos de la sociedad, y van minando
»los cimientos de los imperios. Hiérocles, ministro
»y privado de Galerio, se ha puesto en mis brazos:
»las sectas se multiplican, y los hombres quedarán
»abandonados á su propia razon; yo les enviaré á
»mi hijo el ateismo, amante de la muerte, y enemi-
»go declarado de la esperanza, y llegará el tiempo
»en que negarán hasta la existencia del Criador.
»No tendreis ya que dar combates cuyo éxito es
»siempre incierto; yo solo me considero capaz para
»obligar al Eterno á que destruya por segunda vez
»la obra de sus manos.”

A este discurso del espíritu mas corrompido del averno, se oyó un aplauso tumultuoso, y el estruendo de esta lamentable alegría se prolongó por todas las bóvedas infernales. Los réprobos pensaron, al oirlo, que sus perseguidores acababan de inventar nuevos tormentos, y al punto todas aquellas almas, que no estaban custodiadas en sus hogueras, se escapan de las llamas y acuden al consejo, arrastrando consigo parte de sus suplicios: una llevaba su mortaja encendida, otra su túnica de plomo, ésta los carámbamos que pendian de sus ojos llenos de lágrimas, y aquella las serpientes que la devoraban. Estos horribles espectadores entran precipitadamente en la sala del consejo, y fueron

ocupando puesto en aquellas tribunas infernales. Asómbrase Satanás al verlos, y al instante llama á los espectros, guardas de las sombras, tales como las vanas quimeras, los sueños funestos, las harpías con sus garras sangrientas, el espanto con su rostro asombrado, la venganza con la vista torva, los remordimientos que no duermen nunca, la inconcebible locura, los pálidos dolores, y por último la muerte.

»Volved á esos reos á sus cadenas, les dijo Satanás enfurecido; temed no os aprisione con ellos.»

¡Vana amenaza! Todas aquellas fantasmas se mezclan con los réprobos, y quieren á ejemplo suyo asistir al consejo de sus reyes. Hubiérase visto allí tal vez un horroroso combate, si Dios, que conserva su justicia, y que es el único autor del órden hasta en los infiernos, no hubiese sofocado el tumulto. Estiende el Eterno su omnipotente brazo, y la sombra de su mano quedó dibujada en la pared de aquella sala maldita: el mas profundo terror se apodera al momento, no solo de las almas perdidas, sino tambien de los espíritus rebeldes, y huyendo cada cual despavorido, vuelven aquellas prontamente á sus tormentos, y estos, luego que desapareció la divina mano, entran de nuevo en el salon para proseguir su consulta.

El demonio del deleite, procurando sonreirse desde el asiento en que estaba reclinado, esforzándose, levanta la cabeza. Era éste el mas hermoso de los ángeles proscritos, despues del arcánjel rebelde, y habia conservado una parte de las gracias con que

le habia adornado el Criador; pero en medio de sus tiernas miradas y del hechizo de su voz y sonrisa halagüena, descubriase en él la perfidia y la mala intencion. Nacido para el amor; y habitante eterno de la mansion del odio, no podia llevar con resignacion su desgracia; y no permitiéndole su delicada complexion dar gritos de furor, se contentaba con llorar. Alza la voz este demonio, y en medio de suspiros y sollozos, profiere estos acentos:

»Dioses del Olimpo, y vosotros, á quienes cono-
»zco menos, divinidades del brama y del druida,
»no trataré de ocultároslo; sí, el infierno me es in-
»tolerable. Bien sabeis que no abrigaba yo contra
»el Eterno ningun motivo de encono, y que no he
»hecho mas que seguir en su rebelion y caida á un
»ánjel á quien yo amaba; mas supuesto que he cai-
»do del cielo con vosotros, quiero á lo menos vivir
»mucho tiempo entre los mortales, y nunca con-
»sentiré me proseriban de la tierra. Tiro, Heliópo-
»lis, Pafos, Amatonte, y otras muchas célebres
»ciudades me invocan, y quemán incienso en loor
»mio. Mi estrella brilla así mismo sobre el Líbano;
»y allí tengo templos encantados, fiestas graciosas,
»cisnes que me conducen por los aires, flores, in-
»ciensos, perfumes, hermosas praderías, danzas
»voluptuosas y alegres sacrificios. ¡Y podrian pri-
»varme los cristianos de esta corta compensacion de
»los goces celestiales! ¡El mirto de mis verjeles, que
»da al infierno tantas víctimas, se trasformaria aca-
»so en cruz rústica que tanto multiplica los habi-
»tantes del cielo! No, yo haré patente hoy mismo

»mi poder. Para vencer á los discípulos de una ley
»severa, no necesito emplear ni la violencia ni el
»discurso: yo armaré contra ellos las tiernas pasio-
»nes, y este ceñidor os responde del triunfo. Presto
»ablandarán mis caricias á esos empedernidos sier-
»vos de un Dios casto, amansaré tambien las virje-
»nes severas, é iré á turbar hasta en sus desiertos
»á esos solitarios que creen poderse librar allí de
»mis hechizos. El Anjel de la sabiduría se vanaglo-
»ría de haber separado á Hiérocles de nuestro ene-
»migo; pero Hiérocles es tambien fiel á mi culto,
»y ya he encendido en su pecho una llama criminal;
»yo sabré conservar mi obra, escitaré rivalidades,
»jugueteando trastornaré el mundo, y por medio
»de las delicias iré atrayendo á los hombres, para
»que participen de nuestros dolores.»

Astarte dió fin á sus palabras, y se dejó caer blandamente sobre su asiento: quiere sonreirse; pero la serpiente que llevaba oculta bajo su ceñidor, le muerde secretamente en el seno: púsose pálido el débil demonio, y los caudillos inteligentes de los bandos infernales adivinaron su herida.

Viendo Satanás que aquel horrible conciliábulo estaba dividido en tres diferentes opiniones, impuso silencio á la asamblea, y exclamó:

»Compañeros, vuestros consejos son dignos de
»vosotros; pero en lugar de elegir entre unos pare-
»ceres que son igualmente cuerdos, sigámoslos to-
»dos para alcanzar un triunfo mas brillante. Llame-
»mos tambien en nuestra ayuda á la idolatría y al
»orgullo: yo mismo despertaré la supersticion en el

»alma de Diocleciano , y la ambicion en el corazon
»de Galerio ; y vosotros todos , dioses de las nacio-
»nes , auxiliad mis esfuerzos : partid , volad , id á
»promover el celo del pueblo y de los sacerdotes ; y
»subidos sobre el Olimpo , haced revivir las fábulas
»de los poetas. Vuelvan los bosques de Dódone y
»de Dafne á pronunciar sus oráculos ; divídase el
»mundo entre fanáticos y ateos ; encienda la dulce
»ponzoña del deleite las pasiones mas atrevidas , y
»con la reunion de todos estos males , provoquemos
»contra los cristianos una persecucion furibunda.»

Asi habla Lucifer , y dando tres golpes con el cetro en su trono infernal , retumbó tres veces el abismo , y se dilató el ruido hasta los confines de su imperio. El caos , único y lóbrego vecino del infierno , resintiéndose del golpe , se abre y deja pasar por entre su seno un débil rayo de luz , que baja hasta la obscura mansion de los réprobos. Nunca Satanás se presentó mas formidable , si no fue aquel dia en que , negándose á la obediencia , se declaró enemigo del Eterno. Levántanse al punto las lejonas , salen todas de la sala del consejo , atraviesan el mar de lágrimas , la rejion de los suplicios , y llegan á la puerta , que está guardada por el crimen y la muerte. Vese pasar aquella tropa inmundada á favor de la claridad que despiden las hornazas ardientes , lo mismo que en una gruta profunda se ven revolotear á la luz de una antorcha , aquellas aves dudosas , cuyas alas parecen tejidas por un insecto impuro.

Bajo el vestibulo del palacio de los infiernos , y

delante del lecho de hierro en que descansa la eternidad de los dolores, cuelga una lámpara, y en ella arde la llama primitiva de la ira celeste; aquella llama que encendió todas las hogueras eternas. Diríjese á ella Satanás, y toma una chispa de aquel fuego: parte, y de un salto llega á tocar la faja estrellada, y en otro se encuentra ya en la morada de los hombres. Lleva la chispa fatal á todos los templos; y vuelve á encender con ella los apagados fuegos en los altares de los ídolos; al punto Palas blande su lanza, Baco sacude su tirso, Apolo arma su arco, el Amor sacude su antorcha, los viejos penates de Eneas pronuncian palabras misteriosas, y los dioses de Ilion profetizan en el Capitolio. Un espíritu falso es colocado por el padre de la mentira en cada efígie de las paganas divinidades, y disponiendo él mismo los movimientos de sus tropas invisibles, hace que se dirija de mancomun todo el ejército de los demonios contra la iglesia de Cristo.

LIBRO IX.**RESUMEN.**

Eudoro vuelve a continuar su narracion. Sucesos de Eudoro en la corte de Constancio. Pasa a la isla de los Bretones. Alcanza los timbres del triunfo. Vuelve a las Galias. Nómbranle comandante de la Armórica. Las Galias. La Armórica. Episodio de Veleda.

El demonio de los deleites , cumpliendo sus promesas , vuela y se pone bajo los dorados techos en donde mora el alumno de los falsos sábios. Hace que prenda en su corazon una débil llama , ofrece á su deseo el retrato de la hija de Homero , y le pasa el corazon con un dardo empapado en las aguas que sepultan las húmeantes ruinas de Gomorra. Si Hércules hubiese podido contemplar en este momento á la sacerdotisa de las Musas herida con los dardos de otro amor ; si la hubiese podido ver con los ojos clavados en el jóven Eudoro , que se preparaba para continuar la narracion de sus aventuras , ¡ que celos no abrasáran el alma del perseguidor de los cristianos ! ¡ Ah ! los destrozos que deben ocasionar estos celos , solo están diferidos por algunos dias : sí , la familia de Lasténes , alegre ahora con sus huéspedes , está gozando los últimos momentos de paz que el cielo le tiene destinados en el suelo. Reunidos como la vispera , á la salida de la aurora , Lasténes ,

sus hijas y esposa, Cirilo, Demodoco y Cimodocea, toman todos asiento á la puerta del verjel, y prestan atencion al guerrero arrepentido, que empieza á hablar de este modo :

»Ya os he dicho, señores, que Zacarías me habia acompañado hasta las fronteras de las Galias; y como Constancio se hallaba á la sazón en Lutecia, seguí mi camino, y llegué, despues de muchos dias de fatiga, al pais de los belgas (1) del Secuana. El primer objeto que se presentó á mi vista en las lagunas de los Parisios, fue una torre octógona consagrada á ocho dioses galos. Hacia la parte del mediodía, como á unos dos mil pasos de Lutecia, y á la otra parte del caudaloso rio que la baña, se descubria el templo de Heso; algo mas cerca, y en una hermosa pradera á las orillas del mismo rio, descollaba otro templo dedicado á Isis; y por último se veian tambien hacia el norte, y sobre una colina, las ruinas de otro templo consagrado á Teutates. Esta colina era el monte de Marte, en el que Dionisio habia recibido las palmas del martirio.

»Hallábame ya cerca del Secuana, y por entre los claros de una arboleda de sauces y nogales, descubrí las aguas cristalinas y transparentes de este rio, las cuales son muy sabrosas, y rara vez crecen ó menguan. Algunas huertas, con un corto número de higueras, cubiertas de paja para guardarlas contra la crudeza de los hielos, venian á ser todo el adorno de sus riberas. Costome no poco trabajo el

(1) Los habitantes de la isla de Francia.

descubrir la aldea que yo buscaba, y á la que dan el nombre de Lutecia; esto es, la hermosa piedra, ó la hermosa columna; pero al fin un pastor me la mostró en medio del Secuana, en una isla que se estiende en forma de nave. Dos puentes de madera defendidos por dos castillos, en los que se paga el tributo á César, juntan esta miserable aldea con las dos márgenes opuestas del rio.

»Entré en la capital de los parisios por el puente del septentrion, y no vi en el interior de aquella aldea mas que algunas chozas de madera y de tapia, cubiertas de paja, y calentadas por medio de hornillos. Un altar erijido á Júpiter por la compañía de los Nautos, fue el único monumento que descubrí en aquel sitio; pero fuera de la isla, y á la otra parte del brazo meridional del Secuana, se veian, sobre la colina Lucoticia, un acueducto romano, un circo, un anfiteatro, y el palacio de los Termas, en donde moraba Constancio.

»Luego que César tuvo noticia de que yo me hallaba á la puerta de su palacio, dijo gritando:

»¡Dejen entrar prontamente al amigo de mi hijo!»

»Me postré á los pies del príncipe, quien levantándome con dulzura, me colmó de alabanzas en presencia de toda su córte, y cojiéndome luego por la mano, me hizo pasar con él á la sala del consejo. Contele lo que me habia acontecido con los francos, y satisfecho Constancio de que estos pueblos hubiesen consentido en fin en deponer las armas, hizo partir al instante un centurion para arreglar la paz

con ellos. El semblante de Constancio me pareció muy mudado, y observé con sentimiento que su palidez y debilidad habian crecido mucho.

»Hallábanse reunidos en el palacio de este príncipe los fieles mas ilustres de las Galias é Italia: brillaban tambien en esta córte los amables hermanos Donaciano y Rogaciano, Jervasio y Protasio, el Orestes y el Pilades de los cristianos, Próculo de Marsella, Justo de Lugduno, y en fin el hijo del prefecto de las Galias, aquel Ambrosio dechado de ciencia, de firmeza y candor, de quien, asi como de Jenofonte, se decia que habia sido criado por las abejas, y en quien la iglesia esperaba un célebre orador y un héroe esclarecido.

»Estaba yo impaciente por saber de boca de Constancio los cambios que habian sobrevenido en la córte de Diocleciano durante mi cautiverio, cuando él mismo me hizo llamar á los jardines del palacio, que bajan á modo de anfiteatro por la colina Lucoticia, y llegan hasta la pradera, en que está erijido el templo de Isis, á la orilla del Secuana.

»Eudoro, me dijo, nosotros vamos á lidiar contra Carrausio, y á libertar la Bretaña (1) de este tirano usurpador de la púrpura imperial; pero antes de partir para esta provincia, conviene que conozcais el estado de los negocios en Roma, para que podais arreglar vuestra conducta segun lo que voy á contaros. Bien os acordareis que cuando vinisteis á juntaros conmigo en las Galias, iba Diocleciano á pacificar el Ejipto, y Galerio á pelear contra los

(1) La Inglaterra.

persas. Este último ha alcanzado la victoria, y desde este momento su orgullo y ambicion no conocen límites; y habiéndose enlazado con la hija de Diocleciano, manifiesta abiertamente su anhelo de llegar al imperio; obligando á su suegro á renunciar la corona. Diocleciano, que empieza ya á envejecer, y cuya cabeza está algo debilitada por efecto de una grave enfermedad, no puede ya casi resistir á un ingrato. Las hechuras de Galerio triunfan, vuestro enemigo Hiérocles, que goza de gran privanza, ha sido nombrado procónsul del Peloponeso, vuestra patria. Mi hijo, como podeis pensar, se halla espuesto á mil riesgos: Galerio ha tratado de hacerle perecer en dos distintas ocasiones, una obligándole á luchar con un leon, y otra encargándole una empresa muy arriesgada contra los sármatas. Por último, Galerio favorece á Majencio, hijo de Maximiano, aunque interiormente no lo ama, sino solo porque ve en él un rival de Constantino. Asi, pues, todo nos anuncia, Eudoro, que estamos muy cercanos á una revolucion horrorosa; pero mientras me quede un soplo de vida, no temo la desmedida envidia y ambicion de Galerio. Si mi hijo logra escapar de sus guardias, y viene á buscar á su padre, sabrán, si osan atacarme, que el amor de los pueblos es para los príncipes un baluarte inconquistable.”

»Algunos dias despues de esta conversacion, partimos para la isla de los bretones, que el océano separa del resto del mundo. Los pictos habian atacado los muros de Agrícola, inmortalizada por Tá-

cito; y por otra parte Carrausio, para resistir mejor á Constancio, habia levantado el resto de las antiguas facciones de Caractaco y de la reina Boadicea. De esta manera nos vimos envueltos á la vez en las turbulencias de las discordias civiles, y en los fieros estragos de una guerra estrangera. Algun valor natural, junto con la sangre de mi estirpe, y una série de acciones dichosas, me fueron conduciendo por grados hasta el destino de primer tribuno de la lejion británica. Luego despues fui nombrado maestre de la caballería, y yo mandaba el ejército cuando los pictos fueron vencidos bajo los muros de Petuaria (1), colonia que los parisios de las Galias han fundado en las márgenes del Abo (2). Ataqué á Carrausio en las márgenes del Támesis, rio caudaloso cubierto de cañaverales, y cerca del pantanoso lugar de Londino (3), situado á sus orillas; paraje que el usurpador habia escogido para campo de batalla, porque los bretones se creian en él invencibles: habia alli tambien una torre muy antigua y elevada, y desde lo mas alto de ella anunciaba un bardo en sus cantares proféticos, algunos sepulcros cristianos que debian ilustrar aquel sitio (4). Carrausio fue vencido y asesinado por sus mismos soldados; y dejándome Constancio la gloria de esta victoria, envió al emperador mis cartas coronadas de laureles, y solicitó y obtuvo en favor mio la es-

(1) Beverley, en el condado de Yorc, en Inglaterra.

(2) El Humber.

(3) Lóndres.

(4) Westminster.

tátua y las honras que han reemplazado al triunfo. Poco tiempo despues volvimos á las Galias, y queriendo darme César otra prueba de su afecto y amistad, me nombró comandante de las comarcas armóricas: por tanto dispuse mi partida para estas provincias, en las que se conservaba todavía la relijion de los druidas, y cuyas costas se veian á menudo insultadas por los bajeles de los bárbaros del Norte.

Así que Rogaciano, Sebastian, Jervasio, Protasio y todos los demás cristianos del palacio de César tuvieron noticia de mi marcha, vinieron á despedirse de mí, y me dijeron:

»Tal vez nos volveremos á ver en Roma en medio de las persecuciones y de los tormentos. ¡Ojalá que algun dia nos reuna la relijion á la hora de nuestra muerte como amigos antiguos y dignos siervos del Crucificado.»

»Empleé muchos meses en visitar las Galias antes de pasar á mi provincia. Ningun otro pais podrá ofrecer una mezcla semejante de costumbres, de relijion, de cultura y de barbarie. Dividido entre los griegos, los romanos y los galos, entre los cristianos y los adoradores de Júpiter y de Teutates, presenta todos los contrastes consiguientes á las ideas recibidas por tanta diferencia de pueblos.

»Descúbrese por entre las selvas de los druidas algunas vias romanas, y en las colonias de los vencedores se ven tambien, en medio de los bosques, los monumentos mas bellos de la arquitectura griega y romana; tales como acueductos de tres órdenes de galerías, suspendidos sobre los torrentes,

anfiteatros, capitolios y templos de una elegancia perfecta; no lejos de estas colonias, se encuentran las chozas rodeadas de los galos, y sus fortalezas construidas con grandes maderos y piedras, en cuyas puertas clavan pies de lobas, esqueletos de buhos, y huesos de muertos. En Lugduno, Narbona, Marsella, Burdigalia y otras poblaciones, se ejercita con éxito la juventud gala en el arte de Demóstenes y Ciceron; pero en las montañas contiguas á estos lugares, solo se oye un lenguaje áspero y desabrido, muy semejante al graznido de los cuervos. Allí aparece un castillo romano sobre la cima de una roca, y una capilla de cristianos se manifiesta en lo mas hondo de un valle, cerca del ara en que el Eubago (1) degüella la victima humana. Allí he visto al lejionario velar en medio de un desierto sobre los muros de un campo; y al galo, hecho senador, enredar su toga romana con las malezas de sus bosques; y allí he visto tambien madurar las uvas de Falerno en los collados de Augustoduno, florecer el olivo de Corinto en Marsella, y la abeja del Atica perfumar los campos de Narbona.

»Pero lo que mas se admira en todas las Galias, y lo que constituye el principal carácter de aquel pais, son sus bosques. Encuéntranse como sembrados en sus recintos algunos campamentos romanos desiertos; se ven sepultados bajo la yerba los esqueletos del caballo y del jinete, y las semillas que en otro tiempo sembraran los soldados para alimen-

(1) Sacerdote galo que se dedicaba á la astronomia, á la fisica y á la adivinacion.

tarse , forman otras tantas colonias extranjeras y civilizadas , en medio de las plantas naturales y silvestres de las Galias. Yo no podia ver sin enternecerme aquellos vejetales domésticos , entre los cuales habia algunos oriundos de la Grecia esparcidos por las colinas y los valles , segun la índole y las propiedades que trajeron de su tierra natal. Por lo tanto , muchas familias desterradas que van á buscar un asilo en aquellos parajes , elijen con preferencia los sitios en donde encuentran algun grato recuerdo de la amada patria que han dejado.

Acuérdome todavía en este momento de haber encontrado en medio de los escombros de uno de aquellos campamentos romanos , á un pastor de los bárbaros : mientras que sus cerdos famélicos acababan de derribar la obra de los dueños del mundo , escarbando las raices que crecian bajo los muros , sentado éste tranquilamente sobre las ruinas de una puerta decumane , se entretenia en apretar con su brazo un pellejo hinchado de viento para dar á una especie de flauta un sonido , cuya dulzura solo podia ser grata á los oidos del pastor. Al ver la profunda indiferencia con que éste iba hollando aquel campamento de los Césares , y lo mucho que preferia su tosco instrumento y su sayo de piel de cabra , á aquellos nobles y gloriosos recuerdos , hubiera yo debido conocer que se requiere muy poco para pasar la vida ; y que para un término tan corto , es bastante indiferente el haber espantado á la tierra con el sonido del clarin , ó divertido las selvas con los suspiros de un caramillo.

»Llegué en fin al país de los redones (1), y la Armórica no me presentó mas que malezas, bosques, valles estrechos y profundos, cortados por ríachuelos, por donde el navegante no puede subir, y que descargan en el mar unas aguas desconocidas; rejion solitaria, triste, tempestuosa, cubierta de nieblas, azotada de los vientos, y en cuyas costas, erizadas de rocas, viene á estrellarse constantemente la furia del mar.

»El castillo en que yo mandaba, situado á algunas millas del mar, era una antigua fortaleza de los galos, ensanchada por Julio César cuando vino á hacer la guerra á los venetas (2) y á los curiositas (3). Estaba construido este castillo sobre una roca apoyada contra una selva, y bañado por un lago; todo lo cual le daba un aspecto importante, y le hacia parecer inconquistable.

»Separado allí del mundo, viví durante muchos meses en la mas abstracta soledad. Este retiro me fue sin embargo muy útil, pues en él repasé mi conciencia, sondeé unas heridas que aun no me habia atrevido á tocar desde que me separé de Zacarías, y me dediqué á estudiar seriamente mi religion. Cada dia iba perdiendo un poco de esta inquietud tan amarga que alimenta el trato con los hombres; contaba ya con una victoria que hubiera exijido fuerzas superiores á las mias; mi alma se encontraba todavía muy abatida, á causa de mi primera indife-

(1) Los pueblos de Rennes, etc.

(2) Los habitantes de Vannes.

(3) Pueblos de las inmediaciones de Dinan.

rencia, y de mis costumbres criminales; encontraba tambien en las antiguas dudas de mi entendimiento y en la flojedad de mis ideas, cierto embeleso que me atajaba, y mis pasiones venian á ser cual mujeres seductoras que me cautivaban con sus encantos.

»Un acontecimiento vino á interrumpir de repente estas indagaciones, cuyo resultado debia ser para mí importantísimo.

»Habia ya algun tiempo que mis soldados, segun ellos mismos me vinieron á avisar, observaban que cada dia, á la entrada de la noche, salia una mujer de los bosques, se metia ella sola en un barquichuelo, atravesaba el lago, desembarcaba en la ribera opuesta, é introduciéndose por la espesura de los árboles, desaparecia con lijereza.

»Yo no ignoraba que los galos confian á las mujeres los secretos mas importantes; y que muchas veces someten á la decision de sus hijas y esposas los negocios que ellos no pueden arreglar. Los habitantes de la Armórica habian conservado las costumbres primitivas, y el yugo romano les era insupportable. Valientes como todos los galos, y rayando en temerarios, sobresalian sobre todo por una franqueza que les es propia, por odios y amores violentos, y por una tenacidad en sus opiniones y deseos, que nada puede mudar ni vencer.

»Una circunstancia particular hubiera podido tranquilizarme: habia ya en la Armórica muchísimos cristianos; y los cristianos, como es notorio, son súbditos fieles en todas las naciones; pero Claro, pastor de la iglesia de los Redones, hombre vir-

tuoso, se hallaba á la sazón en Condivinco (1), y solo él podia ilustrarme dándome los conocimientos de que carecía. El menor descuido de mi parte podia perderme en el ánimo de Diocleciano, y comprometer á Constancio, mi protector; por lo mismo me pareció no debía yo despreciar el aviso que me habian dado los soldados; y como yo conocia la brutalidad de estos hombres, resolví atisbar por mí propio todos los pasos y acciones de la gala.

»Luego que anocheció, tomé mis armas, púseme un manto para cubrirlas, y saliendo secretamente del castillo, fui á colocarme en el paraje de la ribera del lago que los soldados me habian manifestado.

»Oculto allí entre las rocas, esperé algun tiempo sin ver comparecer á nadie; pero de repente creí sentir algun ruido que venia de la parte del lago, y que el viento traia hasta mí. Escucho con atencion, y percibo claramente los acentos de una voz humana; descubro tambien al mismo tiempo un esquife sobre las olas, y luchando estas entre sí, se le veia unas veces elevarse sobre ellas, y otras desaparecer y como hundirse en el abismo; por último, tras de una larga lucha, logró acercarse á la orilla. Gobernábale una mujer, y cantando ésta sosegadamente en medio de la tempestad, parecia despreciar el furor de los vientos y de la borrasca: en vista del valor con que ella arrostraba estos elementos, pudiera decirse que los avasallaba, ó que los amansaba, y se los hacia propicios por medio de las piezas de

(1) Nantes.

tela, vellones de ovejas, panes de cera, ó pedacitos de oro y de plata que iba tirando sucesivamente como en holocausto en las aguas de la laguna.

»No bien hubo saltado en tierra, amarró su navecilla en el tronco de un sauce, y se internó por el bosque, apoyándose en una rama de álamo que llevaba en la mano. La lobreguez de aquel sitio, junto con su distraccion, fueron causa de que no me viera, aunque pasó muy cerca de mí; pero yo, sí, pude contemplarla á mis anchuras: era alta, y una túnica negra, corta y sin mangas, de que iba vestida, podia apenas cubrir su desnudez: llevaba una hoz de oro pendiente de un cinturón de metal, y una corona formada de una rama de encina ceñía su cabeza. La blancura de sus brazos y de su tez, sus ojos azules, sus labios de carmin y sus largos cabellos rubios echados al viento, anunciaban ser hija de los galos, y formaban un singular contraste con su aire marcial, varonil y selvático. Iba cantando con una voz melodiosa algunas palabras terribles, y su pecho enteramente descubierto, se ajitaba al modo de un ligero cuerpo que flota sobre las aguas.

»Fuíla siguiendo á alguna distancia, y atravesando un bosque de castaños, cuyos árboles, tan viejos como el mundo, estaban ya casi todos carcomidos por la edad, y caminando en seguida mas de una hora por un erial cubierto de musgo y helecho, entramos en otro bosque, en medio del cual habia otro matorral de muchas millas de circuito. Nunca su suelo habia sido cultivado, y para que siempre quedase inaccesible á la acción de la hoz y del arado,

lo habian sembrado de piedras. Al extremo de este inmenso pedregal se veia una de aquellas rocas aisladas, que los galos llaman *Dolmin*, y que indican el sepulcro de un valiente. Algun dia contemplará el labrador en medio de sus sembrados, estas disformes pirámides, y atónito de la grandeza del monumento, atribuirá tal vez á poderes invisibles y funestos, lo que solo será la prueba de la fuerza é ignorancia de sus abuelos.

»Era ya muy entrada la noche; y deteniéndose la jóven no lejos de la piedra, dió tres palmadas, y pronunció en alta voz esta palabra misteriosa:

»¡Al muérdago el año nuevo!»

»Al punto toda la espesura apareció iluminada con un sinnúmero de luces; cada encina produjo, por decirlo asi, un galo; todos salian en tropel de sus guaridas, unos completamente armados, y otros con una rama de encina en la diestra, y un hachon encendido en la siniestra. Favorecido de mi disfraz, me fue fácil confundirme entre la turba sin ser conocido; y sucediendo luego al primer desorden y confusion de la asamblea el mayor orden y recojimiento, dieron principio á una procesion respetable.

»Iban los eubagos á la cabeza conduciendo dos toros blancos como la nieve que debian servir de víctimas; los bardos seguian despues cantando, al son de una especie de rabel, las alabanzas de Teutates; tras ellos venian sus discípulos, acompañados de un heraldo vestido de blanco, cubierto con un bonete de dos alas, y en la mano una rama de ver-

vena, enlazada con dos serpientes. Tres senanis (1), que representaban á tres druidas, caminaban detras del heraldo: traia el uno un pan, otro un vaso lleno de agua, y el tercero una mano de marfil. Por último, la druida (que entonces fue cuando conocí su profesion) cerraba el todo del acompañamiento, y ocupaba el lugar de la arquidruida de quien descendia.

»Adelantáronse hácia la encina de treinta años, en la cual se habia descubierto el muérdago sagrado, y erijiendo al pie de este árbol un altar de césped, quemaron en él los senanis un poco de pan, y derramaron algunas gotas de un vino puro. En seguida subió un eubago á lo alto de la encina, y cortó el muérdago con la hoz de oro de la druida; un jaco blanco estendido debajo del árbol recibió la planta bendita; los otros eubagos hirieron al mismo tiempo á las víctimas, y se distribuyó el muérdago por iguales porciones entre todos los concurrentes.

»Concluida esta ceremonia, volvieron todos con el mismo recojimiento á la piedra del sepulcro; colocaron una espada desnuda para indicar el centro del mallo ú del consejo; apoyaron al pie del dolmin otras dos piedras, y sobre ellas pusieron otra tendida horizontalmente. Sube la druida sobre esta tribuna; los galos de pie y armados la rodean, y los senanis y eubagos alzan sus antorchas: todos los corazones se hallaban secretamente conmovidos al

(1) Filósofos galos que sucedieron a los druidas.

contemplar aquella escena que les recordaba su antigua libertad. Algunos guerreros encanecidos derribaban abundantes lágrimas que corrían por sus escudos; y todos, inclinados hacia delante y apoyados en sus lanzas, parecían estar ya preparados para escuchar los acentos de la druida.

»Estendió ésta por algun tiempo la vista sobre todos aquellos guerreros representantes de un pueblo que fue el primero que se atrevió á decir á los hombres: »¡Desgraciado del vencido!» ¡Palabra impía que ha caído ahora sobre su cabeza! Descubriáse en el rostro de la druida la emocion que le causaba este ejemplo de los vaivenes de la suerte; pero volviendo prontamente en sí, pronunció con ardor estas palabras:

»¡Leales hijos de Teutátes, vosotros que, en medio de la esclavitud de vuestra patria, habeis conservado fielmente la relijion y las venerandas leyes de vuestros padres, no me es posible contemplaros aqui sin derramar abundantes lágrimas! ¿Es esto, pues, lo que queda de aquella nacion que en otro tiempo daba la ley á todo el mundo? ¿Que se han hecho aquellos estados florecientes de las Galias, y aquel consejo de mujeres, al cual el mismo Anibal no desdeñó someterse? ¿En donde están aquellos druidas que educaban en sus colejos sagrados numerosos jóvenes? ¡Ah! proscritos por los tiranos, apenas se encuentra alguno llevando una vida obscura en las cuevas mas apartadas. ¡Veleda, una débil druida, es todo lo que os queda en el día para ofrecer vuestros sacrificios! ¡Oh isla de Saina,

isla venerable y sagrada! ¡yo sola he quedado de las nueve vírjenes que servian vuestro santuario! ¡Presto Teutátes no tendrá ya ni sacerdotes ni altares! Pero ¿por que hemos de perder la esperanza? Un aliado poderoso desea ahora prestarnos su socorro: ¿tendreis necesidad de que yo os haga una pintura de vuestros dolores para que voleis á las armas? Esclavos desde que naceis, no bien habeis pasado vuestros primeros años, cuando ya los romanos os arrebatan: luego que llegais á la edad de hombre, vais á morir á la frontera en defensa de vuestros tiranos, ó á abrir el surco que los alimenta: condenados á los trabajos mas duros, desmontais vuestras selvas, y trazais con fatigas inaudidas los caminos que introducen la esclavitud hasta el corazon de vuestra patria: la servidumbre, la opresion y la muerte acuden á estos caminos, dando gritos de gozo luego que tienen abierto el paso. En fin, si sobrevivís á tanto baldon é infamia, sereis llevados á Roma, y allí..... encerrados dentro de un anfiteatro, es obligarán á mataros unos á otros para divertir con vuestra agonía á un populacho feroz. ¡Galos, otro modo mas digno hay de visitar á Roma! Acordaos que vuestro nombre quiere decir viandante: presentaos repentinamente al Capitolio como aquellos terribles viajeros vuestros abuelos y antecesores. Sí, ya oigo que os llaman en el anfiteatro de Tito; ¡pues bien! partid, obedeced á los ilustres espectadores que os aguardan; id á enseñar á los romanos el modo de morir, pero no derramando vuestra sangre en sus fiestas; ya han estudiado por

bastante tiempo la leccion, que la practiquen ahora. Lo que yo os propongo no es imposible: las tribus de los francos que fueron á establecerse á España, se vuelven ahora á su pais; su armada está á la vista de vuestras costas, y solo esperan una señal para socorremos. Pero si el cielo no coronase vuestros esfuerzos, si la fortuna de los Césares debiese prevalecer todavía, entonces..... iremos á buscar con los francos un rincon en el mundo, en donde la esclavitud no se conozca. Concédannos ó niéguennos los pueblos estraños una patria, nunca nos podrá faltar tierra en donde vivir y morir.

»No me seria posible, señores, pintaros el efecto de este discurso pronunciado en medio de una noche lóbrega, al resplandor de mil antorchas, en un erial, cerca de un sepulcro, y regado todo el suelo con la sangre de los toros mal degollados, que mezclaban sus últimos mujidos con los bramidos de la tempestad. Diríase que era una de aquellas asambleas de espíritus tenebrosos que convocan los magos en el silencio de la noche en los lugares mas agrestes y desamparados. Este discurso inflamó de tal manera todos los corazones, que, en medio del ardor de que cada uno de aquellos bárbaros se hallaba poseido, no les era ya posible escuchar la razon; asi, sin ponerse á deliberar, resolvieron unirse prontamente á los francos. Por tres veces intentó un guerrero presentar un parecer contrario, y por tres veces tambien le impusieron silencio, y un heraldo le cortó en la tercera vez una punta de su manto.

»No era esto mas que un preludio de una escena abominable. La multitud pedia con alaridos el sacrificio de una víctima humana para conocer mejor la voluntad del cielo. Los druidas reservaban en otro tiempo para estos sacrificios algun malhechor condenado ya á muerte por las leyes; pero sabiendo la druida que no habia á la sazón ninguna víctima designada, tuvo que declarar que la religion pedia fuese un anciano, por ser el holocausto mas grato á Teutátes.

»Al punto traen una vasija de hierro, sobre la cual debia Velela degollar al anciano, y la colocan en el suelo en su presencia. Todavía no habia ésta descendido de la tribuna fúnebre desde donde habia hablado al pueblo, y allí se sienta en un triángulo de bronce; su ropaje estaba en el mayor desórden, el pelo desaliñado, blandia un puñal, y tenia un hachon encendido á sus pies. No sé cómo se hubiera terminado aquella escena horrorosa: tal vez hubiera yo sucumbido al furor de aquellos bárbaros, si hubiese yo tratado de interrumpir el sacrificio; mas la bondad ó la ira del cielo vino á poner fin á mis dudas. Los astros llegaban ya á su ocaso, y temiendo los galos ser sorprendidos por la luz del dia, resolvieron esperar, para ofrecer su hostia abominable, que Dis, padre de las sombras, se hubiera llevado otra noche á los cielos. Dispersose, pues, la turba por aquellas malezas, y desaparecieron las luces: solo algunos hachones ajitados por el viento brillaban todavía en todas direcciones en lo mas espeso de los bosques, y se oia el coro lejano de los bardos, que al

retirarse iban entonando estas lúgubres frases:

»¡Teutátes quiere sangre; su voz se ha oído en
»la encina de los druidas! El muérdago sagrado se
»ha cortado con una hoz de oro en el sexto día de
»la luna, en el primer día del siglo. ¡Teutátes
»quiere sangre; su voz se ha oído en la encina de
»los druidas!»

»Yo volví prontamente al castillo, y convoqué
las tribus galas. Luego que las vi reunidas al pie de
la fortaleza, les declaré que tenía conocimiento de
sus juntas sediciosas, y de sus maquinaciones con-
tra la autoridad de César.

»Los bárbaros quedaron sorprendidos y helados
de espanto; y rodeados como estaban de soldados
romanos, creyeron había ya llegado el término de
su vida. Oyense en esto algunos jemidos, y en bre-
ve comparece una muchedumbre de mujeres afliji-
das, que se precipitan tumultuosamente en medio de
la asamblea. Todas eran cristianas, y traían en sus
brazos á sus hijos recién bautizados; échanse á mis
pies, y me piden merced para sus esposos, sus hijos
y hermanos: preséntanme al mismo tiempo sus re-
cien nacidos, y me ruegan, en nombre de esta je-
neracion pacífica, sea yo manso y humano para con
ellos.

»¿Y como hubiera yo podido resistir á sus súp-
licas? ¿Como cabía olvidar tan pronto la caridad
de Zacarías? Mandé, pues, levantar á aquellas mu-
jeres, y les dije:

»Hermanas mías, yo os concedo el indulto que
me pedís en nombre de Jesucristo, nuestro maestro

comun; pero me respenderéis de vuestros esposos, y estaré tranquilo cuando me hayais prometido que sereis fieles á César.

»No bien hube pronunciado estas palabras, todos los armóricos prorumpieron en gritos de alegría, y ensalzaron hasta las nubes una clemencia, á la que yo estaba tan dispuesto. Antes de despedirlos exijí de ellos la promesa de que renunciarían á unos sacrificios horribles sin duda, puesto que habian sido proscritos por el mismo Tiberio y Claudio. Díjeles tambien que para afianzar el cumplimiento de sus promesas, habian de entregarme á la druida Veleda y á su padre Sejenax, que era el primer magistrado de los redones. Aquella misma noche me trajeron los dos rehenes, y yo les señalé mi castillo por albergue. Hice en seguida salir una armada en persecucion de la de los francos, y los obligó á alejarse de las costas de la Armórica. Rastableciöse el orden, y solo para mí tuvo este lance algunas consecuencias, de que me resta informaros.»

Al llegar aqui, suspendió Eudoro de repente su narracion; mostrose corrido, bajó la vista, echó una mirada involuntaria á Cimodocea, y ésta se ruborizó como si hubiese calado el pensamiento de Eudoro. Observa Cirilo su turbacion, y dirijiéndose á la esposa de Lasténes, le dice:

»Séfora, luego que Eudoro haya acabado de contar su historia, quiero celebrar en su favor el santo sacrificio. ¿Podriais hacerme preparar el altar?»

Levantose en esto Séfora, y sus hijas la siguie-

ron. La tímida Cimodocea no se atrevió á quedar sola con los ancianos, y acompañó á las mujeres, no sin experimentar un sentimiento profundo.

Al verla pasar Demodoco como una cervatilla lijera sobre la verde y florida alfombra del verjel, gritó alegremente :

»¡Que gloria puede igualar á la de un padre que ve crecer á su hijo, y adquirir todos los encantos de la hermosura! Júpiter mismo amó tiernamente á su hijo Hércules, y á pesar de ser inmortal, sintió las mas crueles angustias y temores, solo porque habia tomado el corazon de un padre. ¡Amado Eudoro, tú causas á tus padres los mismos sobresaltos y placeres! prosigue tu historia; confieso que ya principio á amar á los cristianos: estos hijos de la oracion comparecen, como su madre, allí en donde ha habido injuria, para reparar el mal que ésta hizo. Todos son valientes como leones, mansos como palomas, y tienen un corazon pacífico é intelijente: ¡que lástima que no conozcan á Júpiter! Pero, Eudoro, yo hablo todavía á pesar del vivo deseo que tengo de escucharte. Hijo mio, lo mismo hacen todos los ancianos cuando dan principio á su discurso; se enamoran de su propia ciencia; parece que son inspirados por Dios, y no pueden contener su locucion.

Vuelve Eudoro á tomar la palabra, y habla asi:

LIBRO X.**R E S U M E N.**

Continúa Eudoro su narracion. Fin del episodio de Veleda.

» **H**e mencionado, señores, que Veleda vivia en compañía de su padre en mi castillo. Yo procuraba hacerles su mansion en él tan agradable, como su situacion y mi deber lo permitian; pero la suma tristeza que se apoderó del alma de Sejenax, y los recelos que sin cesar le afligian, le ocasionó una calentura tan violenta, que puso en gran peligro su vida. Yo le prodigué, mientras ésta duró, cuantos socorros exijia la humanidad; iba á visitar cada dia al padre y á la hija en la torre que yo les habia destinado, y por último los consolaba y les prometia una pronta libertad. Esta conducta, tan diferente de la que hasta entonces habian observado los demas comandantes romanos, tenia asombrados á aquellos infelices, y contribuyó no poco para el restablecimiento del anciano: efectivamente, no tardó éste en verse fuera de peligro, y la druida que, desde su entrada en el castillo, habia tambien mostrado grande abatimiento, se presentaba ya mas contenta y satisfecha. Veíala yo pasearse siempre sola y con semblante alegre por los patios del castillo; encontrábala frecuentemente en los salones,

en las galerías , en los pasadizos ocultos, en las escaleras de caracol que conducian á lo mas alto de la fortaleza; por donde quiera la vírjen se multiplicaba ante mí, y cuando la creia al lado de su padre, se mostraba repentinamente como una aparicion en el extremo de un corredor lóbrego.

»Esta mujer era estraordinaria : era , como todas las galas , antojadiza y halagüeña : su mirada era breve , su boca algo desdeñosa , y su sonrisa singularmente dulce y agradable. Sus modales eran ya altivos , ya voluptuosos , y toda su persona era un compuesto de dejadez , de señorío , de inocencia y arte. Hubiera estrañado encontrar en una especie de salvaje un conocimiento profundo de las letras griegas y de la historia de su pais, si no supiese que Veleda descendia de la familia de la arquidruida , y que habia sido educada por un senani , para entrar en la órden científica de los sacerdotes galos. El orgullo dominaba á esta bárbara , y la exaltacion de sus ideas rayaba á veces hasta el desvarío.

»Hallábame yo una noche velando solo en una sala de armas, desde la cual no se descubria el cielo mas que por algunas aberturas largas y estrechas practicadas en el espesor del muro , y la poca claridad que despedian de sí las estrellas , se abria paso por estos agujeros , y hacia brillar las lanzas y las águilas ordenadas á lo largo de las paredes ; yo no tenia luz , y me paseaba en medio de la obscuridad.

»Un débil resplandor blanqueó de repente las sombras en uno de los extremos de la galería ; aumentose por grados esta claridad , y pronto vi com-

parecer á Veleda. Traia ésta en la mano una de aquellas lámparas romanas que se suspenden en la punta de una cadena de oro : sus rubios cabellos, prendidos á la griega, estaban adornados con una corona de verbena, planta sagrada entre las druidas, y todo su vestido consistia en una túnica blanca : la hija de un rey es no obstante menos hermosa, menos noble y menos magnífica que esta vírgen en tal sencillez.

»Luego que entró en el salon, suspendió la lámpara de las correas de un escudo, y viniéndose á mí, me dijo :

»Mi padre duerme ; siéntate, escucha :

»Yo descolgué del muro un trofeo de picas y de azagayas, las tendí en el suelo, y nos sentamos sobre este trofeo, en frente de la lámpara.

»¿Sabes tú, me dijo entonces la jóven bárbara, que yo soy hada?»

»Yo le pedí me esplicase lo que significaba aquella voz.

»Las hadas galas, me respondió, tienen el poder de escitar las tempestades, desvanecerlas, hacerse invisibles, y tomar la forma de diferentes animales.»

— »Yo no reconozco ese poder, repliqué con gravedad. ¿Con que razon podriais creer tener esa facultad que nunca habeis ejercido? Mi relijion se ofende de esas supersticiones; las tempestades solo obedecen á Dios.»

— »Yo no te hablo de tu Dios, dijo ella vivamente : dime, ¿has oido esta última noche el murmullo de una fuente en medio de los bosques, y el

blando susurro de la brisa en la yerba que crece sobre tu ventana? ¡Pues bien! ¡yo era quien suspiraba en esa fuente, y quien me lastimaba en esa brisa! yo, porque he advertido que el murmurio de las aguas y el silbido de los vientos consuelan tu corazón.”

»Causábame compasion esta insensata: y leyendo ella en mi rostro este impulso de mi corazón, me dijo:

»Eudoro, tú me compadeces; pero si me crees doliente de locura, sabe que solo á ti has de echar la culpa. ¿Por que has salvado á mi padre con tanta humanidad? ¿por que me has tratado á mí con tanta dulzura? Yo soy vírjen, sí, vírjen de la isla de Saina: ya conserve, ya quebrante mis votos, estoy cierta que moriré, y tú serás la causa. He aqui lo que yo queria decirte. Adios.”

»Levantose en esto, tomó la lámpara, y desapareció.

»Nunca, señores, he experimentado una afliccion igual, pues nada hay tan terrible como la desgracia de haber turbado la inocencia. Habíame yo adormecido en medio de los peligros, contento solo con hallar en mí una disposicion á hacer el bien, y la voluntad de volver á entrar algun dia en la congregacion de los fieles. Esta tibieza merecia castigo: yo habia alimentado con gusto todo el conjunto de las pasiones, y era ley que sufriese el castigo que estas mismas debian darme.

»Por este motivo el cielo me quitó en este momento todos los medios de evitar el peligro. Claro,

el pastor cristiano , estaba ausente. Sejenax se hablaba todavía muy débil para salir del castillo , y yo no podia sin crueldad separar á la hija del padre. Tuve, pues, que conservar dentro al enemigo, y exponerme á sus ataques. En vano suspendí mis visitas al anciano ; en vano huia yo de la vista de Velela ; siempre la encontraba donde quiera que dirijiese mis pasos ; esperábame ella también dias enteros en los parajes por donde yo debia transitar, y allí me hablaba de su amor.

»Yo conocia , á la verdad , que Velela no podria nunca inspirarme una inclinacion poderosa, pues carecia, por lo que toca á mí , de aquel embeleso oculto que suele fijar el destino de nuestra vida ; pero con todo , la hija de Sejenax era jóven, hermosa , estaba apasionada , y cuando brotaban de sus labios algunas palabras tiernas y ardorosas , padecian trastorno mis sentidos.

»A alguna distancia del castillo, y en uno de los bosques que los druidas llaman castos, se veia un árbol seco, que el hierro habia privado de su corteza. Distinguíase esta especie de fantasma por su palidez , en medio de las oscuras entradas de la selva ; y adorado con el nombre de *Irmisul* , era una deidad formidable para los bárbaros, que , en medio de sus regocijos y dolores, no saben invocar mas que á la muerte. Habia en torno de este simulacro algunas encinas, cuyas raices habian sido mas de una vez regadas con sangre humana ; de sus ramas pendian las armas y trofeos bélicos de los galos , y moviéndose estas armas con la fuerza de los vientos

que ajitaban las ramas, producian un murmullo y ruido fatal.

»Iba yo con frecuencia á visitar este santuario, lleno de recuerdos de la antigua raza de los celtas. Una noche que yo me hallaba en este sitio entregado á mis reflexiones, y en la que el cierzo, que resonaba á lo lejos, arrancaba del tronco de los árboles algunas ramitas de hiedra y pedacitos de musgo, vi comparecer repentinamente á Veleda.

»Tú huyes de mí, me dijo, y vas buscando los parajes mas solitarios para librarte de mi vista: Eudoro, no conseguirás tu intento: mira, la tempestad te trae ahora á Veleda como estos padecitos de musgo ya seco que están cayendo á tus pies.»

»Púsose en seguida delante de mí, cruzó sus brazos, me miró, y me dijo:

»Tengo muchas cosas que decirte, desearia hablar largo rato contigo: sé que te molesto con mis penas, y que estas no provocarán en tí el amor que yo deseo; pero, cruel, sabe que yo me complazco en hacerte estas declaraciones, y que quiero alimentarme con la llama que me devora, y darte á conocer toda su violencia. ¡Ah! si tú me amases, ¡que ventura no fuera la nuestra! Pronto, sí, encontraríamos para espresarnos un habla digna del cielo: ahora me faltan muchas palabras, porque tu corazon no responde al mio.»

»Una fuerte ráfaga conmovió en esto la selva, y los escudos de bronce despidieron un sonido lúgubre: espantose Veleda, alzó la frente, y mirando los trofeos que pendian de las ramas, dijo:

»Estas son las armas de mi padre : ellas jimen , y me vaticinan algun infortunio.»

»Despues de un rato de silencio , añadió :

»Fuerza será , no obstante , que tengas algun motivo poderoso para mostrar tanta indiferencia : un amor tan estremado hubiera debido hacer mella en tu corazon : esta frialdad es estraordinaria.»

»Interrúmpese aqui de nuevo ; pero volviendo prontamente en sí , y como si acabase de hacer una reflexion profunda , esclama :

»¡Ya conozco la razon que yo buscaba ! ¡Tú no puedes quererme , porque nada tengo que ofrecerte que sea digno de ti !»

»Entonces , acercándose á mí desvariada , aplicando su mano á mi corazon , dijo :

»Guerrero , tu corazon está sosegado bajo la mano del amor ; pero un trono lo haria latir tal vez . Habla ; ¿quieres el imperio ? Una gala lo prometió á Diocleciano , una gala tambien te lo propone ahora ; aquella no era mas que profetisa , pero yo soy profetisa y amante : todo lo puedo por ti ; ya sabes que muchas veces hemos dispuesto nosotras de la púrpura ; yo armaré secretamente nuestros guerreros ; Teutátes te será propicio , y con mi arte forzaré al cielo á que ausilie nuestros votos . Yo haré salir los druidas de sus bosques ; yo me presentaré en persona en las lides con una rama de encina en la mano ; y si la suerte nos fuese adversa , aun hay cavernas en las Galias , en donde , cual otra Eponina , podria ocultar á mi esposo . ¡Ah ! desven-

turada Veleda, ¡tú hablas de esposo, y nunca serás correspondida!»

»El corazón de la druida estaba rasgado de dolor; su voz espiró en sus labios; la mano con que apretaba mi corazón cayó desfallecida; su cabeza, no pudiendo sostenerse, se reclinó también sobre mi pecho, y toda su fortaleza y ardor se estinguió en medio de los raudales de lágrimas que bañaban su faz.

»Esta conversacion heló mi sangre de espanto, y empecé á temer no fuese vana mi resistencia. La situacion de Veleda me enternecia en extremo, y todo el resto del dia sentí el ardor que su mano habia comunicado á mi corazón. Queriendo hacer al menos el último esfuerzo para salvarme, tomé una resolucion que debia precaver el mal, pero que no hizo mas que agravarlo; porque cuando Dios nos quiere castigar, vuelve en contra de nosotros la propia sabiduría que alcanzamos, y desdeña una prudencia ya tardía.

»Me parece haberos dicho que no pude por el pronto hacer salir á Sejenax del castillo, á causa de la suma debilidad en que se hallaba; pero como este empezaba ya á recobrar sus fuerzas, y el peligro en que yo estaba iba de aumento cada dia, supuse haber recibido órden del César para poner en libertad á los prisioneros. Quiso Veleda hablarme antes de su partida; mas yo me negué á una entrevista y conferencia, que hubiera sido para los dos sumamente dolorosa: no permitiéndole su piedad filial abandonar á su padre, se decidió á seguirlo, segun

yo lo habia previsto. Al dia siguiente no obstante, se presentó á las puertas del castillo para hablarme; díjosele que yo habia salido á un viaje, y ella bajó tristemente la cabeza, y volvió á entrar en el bosque sin proferir una palabra: viósele comparecer del mismo modo durante muchos dias, pero siempre recibia igual respuesta. La última vez que vino, permaneció mucho tiempo apoyada contra un árbol, y con la vista clavada en los muros de la fortaleza; yo la contemplaba desde una ventana, y no podia contener mis lágrimas al ver su afliccion; aléjase ésta en fin muy despacio, volviendo á cada paso la cabeza, y entrándose por lo mas fragoso del bosque, no compareció mas en las inmediaciones del castillo.

»Ya empezaba yo á disfrutar algun sosiego, y confiaba que Velela lograria tambien escuchar la razon, y se iria curando poco á poco de un cariño fatal é infructuoso. Cansado del encierro que yo mismo me habia impuesto, quise al fin respirar el ambiente puro del campo; echeme para esto una piel de oso sobre los hombros, cojí un venablo de cazador, y saliendo del castillo, fui á sentarme en lo mas alto de una colina, desde donde se descubria una parte del estrecho británico.

»Alli, como Ulises, echando de menos á su Itaca, ó como los troyanos desterrados en los campos de Sicilia, derramaba lágrimas amargas al considerar la dilatada estension de los mares. »Nacido en la falda del monte Taijeto, decia yo para mí, el triste murmullo del mar fue lo primero que hirió mis

oidos cuando vi la luz. ¡Ah! ¡en cuan distintas playas he visto estrellarse despues las mismas olas que ahora estoy contemplando en este sitio! ¿Quién me dijera, hace algunos años, que yo oiria jemir en las costas de la Italia, en los arenales de los báta-vos, de los bretones y de los galos, aquellas olas que veia rodar mansamente sobre las arenas de la Mesenia? ¿Cual será el término de tantas peregrinaciones? ¡Feliz si la muerte me hubiera asaltado antes de haber emprendido mis romerías sobre la tierra, y cuando aun no tenia lances que contar á nadie!”

»El inesperado acento de una voz, y el sonido de un rabel que pulsaban bastante cerca de mí, suspendieron mis reflexiones: interrumpíanse á veces estos sonidos con algunos momentos de silencio; y el blando susurro de las hojas, el rumor del mar, el grito del chorlito y de la alondra marina, infundia á aquella escena cierta májia silvestre. Levántome apresurado, busco al cantor, y descubro á Velleda detras de una mata, y sentada sobre la yerba. Su traje denotaba el desordenado vaiven de sus sentidos: un collar de bayas de rosal silvestre, su rabel pendiente de una trenza de hiedra y de helecho, una túnica descompuesta, y un velo echado sobre la cabeza, y que le bajaba hasta los pies, tal era el adorno de la druida; y aunque pálida, deshecha, y bañada en llanto, descubriase no obstante, en medio de su tristeza, una hermosura anjelical. No de otra manera representa el poeta los manes de Dido por entre los claros de un bosque de mirtos,

como la luna nueva que sale entre celajes.

»Al movimiento que hice, vuelve prontamente la vista la hija de Sejenax, y mirándome con cierto aire de gozo mezclado de turbacion, hízome una señal misteriosa, y me dijo:

»Ya estaba yo bien cierta de que te atraeria á este sitio: nada resiste á la fuerza de mi voz.»

»Y en esto se puso á cantar:

»Hércules, tú bajaste á la verde Aquitania. Pirene, que dió su nombre á las montañas de la Iberia; Pirene, hija del rey Bebricio, contrajo hime-neo con el héroe griego, porque los griegos han cautivado siempre el corazon de las mujeres.»

»Levántase entonces Veleada, viene hácia mí, y me dice:

»No sé que embeleso irresistible me arrastra en pos de ti: siempre me verás alrededor de tu castillo, y me entristezco por no poder penetrar en él. Pero ya tengo preparados los hechizos; iré á buscar el sélago: ofreceré desde luego una oblacion de pan y vino; estaré vestida de blanco, los pies descalzos; mi diestra, oculta debajo de mi túnica, arrancará la planta, y mi siniestra se la quitará á mi diestra. Entonces ya nada podrá resistirme: me introduciré furtivamente en tu aposento, favorecida por los rayos de la luna, tomaré la forma de una paloma torcaz, y volaré á lo alto de la torre en que tú habitas. ¡Ojalá alcanzase á saber lo que tú anhelas.....! entonces podria.....; pero no; yo quiero ser amada por mí sola; tú me fueras desleal, si me amases bajo una forma mentirosa.»

»A estas palabras, Veleda empezó á dar alaridos de desesperacion; pero cambiando luego de idea, y procurando leer en mis ojos, como para penetrar los secretos de mi alma, dijo:

»¡Ah! sí, no es otra cosa, ¡las romanas han arrebatado su corazon! ¡tú las habrás amado mucho! Pero ¿tienen ellas por ventura tantas ventajas sobre mí? Los cisnes no son tan blancos como las hijas de las Galias; nuestros ojos tienen el color y el brillo del cielo, y nuestros cabellos son tan hermosos, que tus romanas los van buscando con ansia para cubrir sus cabezas; pero el ramaje pierde toda su gala cuando se arranca del árbol en que nació. ¿Ves tú mi cabellera? ¡Pues bien! si yo la hubiera querido ceder, estaria ahora sobre la frente de la emperatriz; pero no, eso jamás; es mi diadema, y la guardo para ti. ¿Ignoras que nuestros padres, nuestros hermanos y esposos, encuentran en nosotras algo de divino? Tal vez te habrán dicho que las galas son antojadizas, livianas é infieles; pero no creas esas palabras fementidas: los hijos de las druidas atesoran pasiones exaltadas y verdaderas, y sus consecuencias son terribles.»

»En esto cojí yo las manos de esta desdichada entre las mias, y las estrechaba blandamente.

»Veleda, le dije, si es cierto que me amais, tenéis un medio de probármelo: volveos con vuestro padre, que tanta necesidad tiene de vuestra asistencia, y no os entregueis por mas tiempo á un dolor que turba vuestra razon, y que me causaria la muerte.»

»Dichas estas palabras, bajé de la colina, Veleda me siguió, y movimos el paso por sendas poco frecuentadas y llenas de yerba.

»Si tú me hubieses amado, decia Veleda, ¡con que placer nos hubiéramos paseado por estos campos! ¡Que felicidad fuera la mia recorriendo contigo todas estas sendas solitarias, cual la oveja, cuyos copos de lana se han quedado enredados entre estos zarzales.»

»Paróse aqui, miró sus brazos enflaquecidos, y dijo sonriendo:

»Yo tambien he sido herida por las espigas de este desierto, y cada día dejo en ellas alguna parte de mis vestidos.»

»Y volviendo luego á su delirio, me decia:

»Mira, en la orilla del arroyo, al pie del árbol, á lo largo de este seto y de estos surcos, en donde se presenta tan lozano el primer verdor de los trigos, que no veré yo en sazón; en todos estos sitios, sí, hubiéramos admirado la salida del sol, y lo hubiéramos contemplado en su ocaso. Otras veces, durante las tempestades, guarecidos en alguna granja aislada, ó entre las ruinas de una cabaña, hubiéramos oído silbar el viento debajo del techo de paja abandonado. ¿Creeas tú por ventura que en mis sueños de felicidad apetecia yo tesoros, palacios y pompas? ¡Ah! no, mis deseos eran mas moderados, y ¡sin embargo no han quedado satisfechos! Nunca he visto en el rincón de un bosque la choza rodante de un pastor, sin pensar que ella sola me bastaría contigo. Mucho mas venturosos que aquellos es-

eitas, cuya historia me han contado los druidas, llevaríamos hoy nuestra cabaña de soledad en soledad, y nuestra morada estaría tan poco arraigada en la tierra, como lo está nuestra existencia.”

»Llegamos en esto á la entrada de un bosque de abetos y alerces, y deteniéndose allí la hija de Sejenax, esclamó :

»Mi padre habita en este bosque: no quisiera que te viese, pues te imputa haber perdido á su hija: tú puedes, sin padecer mucho, ser testigo de mi dolor y afliccion, porque soy moza y robusta para resistir los males; pero las lágrimas de un anciano desgarran el corazon. Yo iré á buscarte en tu castillo.”

»Apenas acabó de pronunciar estas palabras, echó á correr, y desapareció.

»Este encuentro imprevisto trastornó por entero mi razon. Son tan peligrosas las pasiones, que aun sin tomar parte en ellas, respiramos en su atmósfera cierta ponzoña que nos ajita y mata. Veinte veces, mientras que Veleda me espresaba unos sentimientos tan tristes, tan tiernos y delicados, veinte veces estuve para echarme á sus pies, pasmarla con su victoria, y hechizarla con la confesion de mi vencimiento; pero afortunadamente, en el momento en que iba á sucumbir, debí mi salvacion á la misma lástima que me infundia aquella desventurada: ¡ay! esta compasion, que por de pronto me fue favorable, causó mi ruina, pues con ella voló toda mi fortaleza. Ya desvalido para resistir á Veleda, afeábame como autor de su des-

vario, por mi estremada severidad, y la prueba tan triste que hice de mi valor, me lo quitó enteramente: volví, pues, á caer en mi acostumbrada flaqueza, y no contando ya conmigo, puse toda mi esperanza en el regreso de Claro.

»Pasáronse algunos dias, y no viendo comparecer á Veleda en el castillo, segun la promesa que ella misma me habia hecho, empecé á temer algun accidente fatal. Lleno de zozobra, me disponia á ir á la morada de Sejenax para informarme de su suerte, cuando un soldado, destacado con diligencia de la playa, vino á avisarme que la armada de los francos habia vuelto á aparecer en las costas de la Armórica. Tuve, pues, que partir al punto para tomar mis disposiciones: el cielo estaba cerrado y pardusco, indicio de tempestad; y como los bárbaros elijen casi siempre un tiempo borrascoso para hacer sus desembarcos, redoblé mi vijilancia, aposté por todas partes partidas de soldados, y fortifiqué los lugares más espuestos. Todo el dia se pasó en estos trabajos; pero con la noche crecieron nuestros temores, á causa de la horrorosa tempestad de que vino acompañada.

»En el estremo de una costa peligrosa, y sobre un pedregal en que apenas nacia algunas yerbas, se veia una larga hilera de piedras druídicas, semejantes á aquel sepulcro en que en otra ocasion habia yo encontrado á Veleda. Azotadas constantemente por los vientos, las lluvias y las olas, están allí solitarias entre el mar, la tierra y el cielo. Su origen y destino son igualmente desconocidos. ¿Indi-

carán acaso estos monumentos de la ciencia de los druidas, ciertos secretos astronómicos, ó algunos misterios de la Divinidad? Se ignora; pero los gallos no se acercan nunca á estas piedras sin un profundo terror; y dicen que á veces se ven en ellas algunos fuegos fátuos, y se oye la voz de los espectros.

»La soledad de este lugar, y el espanto que infunde á los corazones, me parecieron propios para favorecer el desembarco de los bárbaros; por lo tanto juzgué oportuno colocar una guardia en esta parte de la costa, y resolví pasar yo mismo la noche en aquel sitio.

»Un esclavo que yo habia enviado á llevar una carta á Veleda, habia vuelto con la carta, sin haber podido encontrar á la druida, por haberse ésta separado de su padre, hácia la tercera hora del dia, é ignorarse su paradero. Esta nueva aumentó mis temores, y fui á sentarme acongojado lejos de los soldados, en un lugar desierto. Embebido allí en mis pensamientos, oigo repentinamente un rumor, y creo divisar alguna cosa en medio de las sombras: levántome presuroso, pongo mano á la espada, y corro en pos de la fantasma que huia; la alcanzo, pongo en ella mi mano; pero ¡cual fue mi asombro al reconocer en ella á Veleda!

»¡Como! me dijo ella en voz baja, ¿eres tú? ¿sabias por ventura que yo me hallaba en este sitio?»

— »No, le respondí; pero ¡será posible que querais hacer traicion á los romanos!»

— »¡Hacer tracion á los romanos! replicó ella

irritada. ¿No te he jurado que nada emprenderia contra ti? Sígueme, y verás lo que estoy haciendo.”

»Cojiome en esto por la mano, y me llevó á la punta mas elevada de la última roca druidica.

»El mar se estrellaba con horroroso estruendo entre los escollos que rodean este peñasco. Los torbellinos de agua, llevados por el viento, se rompian con ímpetu sobre la roca, y nos cubrian de espuma, y las nubes volaban en el cielo sobre la faz de la luna, que parecia correr rápidamente por aquel caos.

»Oye lo que voy á decirte, me dijo Velela. Mira, en esta costa habitan algunos pescadores que te son desconocidos: asi que la noche haya llegado á la mitad de su carrera, oirán estos á alguno que toca á sus puertas, y que los llama en voz baja. Entonces acudirán todos á la playa sin conocer el poder que les impele; alli encontrarán algunos barcos vacíos, y sin embargo estos barcos estarán tan cargados de almas de muertos, que apenas podrán divisarse por encima de las aguas. En menos de una hora habrán hecho estos pescadores una navegacion de un dia, y conducirán las almas á la isla de los Bretones; ellos no verán á nadie ni durante la travesía, ni durante el desembarco; pero oirán distintamente una voz que irá contando los nuevos pasajeros al guardian de las almas; y si en estos barcos se encontrasen algunas mujeres, declarará la voz el nombre de sus esposos. ¡Cruel, tú sabes si podrán nombrar el mio!»

»Yo quise desvanecer las supersticiones de Vele-

da; pero ella me dijo, como si me creyese reo de impiedad:

»Calla; pronto vas á ver el torbellino de fuego que anuncia el tránsito de las almas. ¿No oyes ya sus alaridos?»

»Veleda enmudeció, y se puso á escuchar con atencion.

»Pasados algunos momentos de silencio, prosiguió de esta manera:

»Prométeme que cuando yo no viva, me darás noticias de mi padre; para esto me escribirás una carta, y siempre que muera alguno, la echarás en la hoguera fúnebre, y yo la recibiré en la *Mansion de los Recuerdos*: allí la leeré con embeleso, y de este modo podremos conversar los dos, tú en vida, y yo en el sepulcro.»

»En este momento una ola furiosa vino á estrellarse contra la roca, y la conmovió hasta sus cimientos; una fuerte ráfaga partió las nubes, y la luna despidió un rayo pálido sobre las aguas; por toda la costa se oyeron ruidos siniestros, y el ave de los escollos, el *lombo* dió tambien tristes alaridos semejantes á los gritos de un náufrago que pide auxilio; el centinela sobresaltado llama á las armas, y Veleda, sobrecojida de espanto, estiende los brazos, y grita:

»¡Allá me aguardan!»

»É iba á arrojarle á las olas. Deténgola yo por el velo....

»¡Oh Cirilo! ¿como podré continuar? Estoy abatido y confuso; no obstante, os debo una franca

confesion de mis faltas, y las someto, sin disimular cosa alguna, al santo tribunal de vuestra ancianidad. ¡Ah! ¡despues de mi naufragio, me refugio en el regazo de vuestra caridad, como un puerto de compasion!

»Debilitado con la terrible lucha que por tanto tiempo habia yo sostenido contra mí mismo, no pude ya resistir á la última prueba del amor de Veleda: tanta hermosura, tanto cariño y tanta desesperacion, me trastornaron el juicio, y me dejé vencer por sus encantos.

»¡No, decia yo en medio de la lobreguez de la noche y el horroroso estruendo de la tempestad, yo no tengo bastante fortaleza para ser cristiano!»

»¡Caigo, pues, á los pies de Veleda...! El infierno dá la señal de este himeneo funesto; los espíritus de las tinieblas braman en el abismo; las castas esposas de los patriarcas vuelven á otro lado la cabeza, y mi ángel protector se cubre, por no verme, con sus alas, y sube á la morada del Altísimo.

»La hija de Sejenax consiente en vivir, ó mas bien no tuvo ya fuerza para darse la muerte: quedase inmoble, muda y yerta en horrible suplicio é indecible deleite. El amor, el remordimiento, la vergüenza, el temor, y mas que todo, el pasmo, agitaban el corazon de Veleda, la cual no podia creer fuese yo aquel mismo Eudoro, que hasta entonces se habia mostrado tan insensible; y por si alguna fantasma de la noche hubiese venido á perturbar su entendimiento, me tocaba las manos y los cabellos para asegurarse de la realidad de mi exis-

tencia. La felicidad que yo sentia era muy semejante á la desesperacion , y cualquiera que nos hubiera visto en medio de nuestros deleites, nos hubiera tenido por dos reos , á quienes se acaba de intimar la sentencia terrible.

»Desde este momento me senti marcado con el sello de la reprobacion divina , y hasta llegué á dudar de la posibilidad de mi salvacion , y de la omnipotencia de la misericordia de Dios; cubriase mi alma de densas tinieblas , á la manera de humo opaco , y parecíame que una lejion de espíritus rebeldes acudia á apoderarse de ella. Mi entendimiento turbado me ofrecia ideas hasta entonces desconocidas; el habla del infierno brotaba naturalmente de mis labios , y prorumpí en las blasfemias propias de aquellos lugares condenados á jemidos y eterno llanto.

»Veleda , la criatura mas feliz y la mas desventurada , lloraba y se reia alternativamente , y guardaba el mas profundo silencio. En esto empezaba ya el alba á blanquear los cielos , y no habiéndose presentado el enemigo , me volví al castillo acompañado de mi víctima. Por dos veces la estrellá que señala los últimos pasos del dia , ocultó nuestro rubor en las sombras , y por dos veces tambien la estrellá precursora de la luz nos cubrió de vergüenza y remordimientos. A la tercera aurora subió Veleda en mi carro para ir en busca de Sejenax; apenas se hubo ésta emboscado por el encinar , vi levantarse sobre las selvas una columna de fuego y de humo , y en el instante mismo en que yo descubria

estas señales, llegó un centurion á prevenirme de que se oía retumbar de aldea en aldea el grito que dan los galos, cuando quieren comunicarse una noticia. Creí, pues, que los francos habian invadido alguna parte de la costa, y salí con mis soldados para resistir sus invasiones.

»No bien hube andado algunos pasos, descubrí una multitud de campesinos armados, que de todas partes acudian á incorporarse á una gran fuerza que se adelantaba hácia mí.

»Púseme inmediatamente á la cabeza de los romanos, y marché con el mejor orden hácia aquellos batallones rústicos; mas luego que me hallé al alcance de las azagayas, detuve á mis soldados, y poniéndome yo solo con la cabeza descubierta delante de aquel ejército, les dije:

»¡Galos! ¿que motivo ha dado lugar á esta reunion? ¿Han desembarcado los francos en las costas de la Armórica? ¿Venís por ventura á ofrecerme vuestra ayuda, ó bien os presentais aqui como contrarios del César?»

»En esto vi salir á un anciano de las filas; temblábale el cuerpo con el peso de su coraza, y su brazo no podia sostener la lanza de que venia armado. ¡Oh sorpresa! pareciome reconocer en él una de aquellas armaduras que habia yo visto colgadas en el bosque de los druidas. ¡Oh confusion! ¡oh dolor! ¡aquel venerable guerrero era Sejenax!

»¡Galos! exclamó el anciano, yo tomé por testigos á estas armas de mi mocedad, que he vuelto á descolgar del tronco de Irminsul, en donde las ha-

bia consagrado: ved allí al que ha deshonrado mis canas, y me ha cubierto de baldon. Un eubago seguia por donde quiera á mi hija, á mi hija, loca desventurada; y este eubago, favorecido por las sombras, ha presenciado el delito del romano. Si, la vírjen de Saina ha sido ultrajada; vengad, pues, á vuestras hijas y á vuestras esposas; desagraviad tambien á los galos y á vuestros dioses.”

»Dijo, y me arroja una azagaya con mano trémula y desfallecida: el dardo vino á caer sin fuerza á mis pies, y lo hubiera bendecido si me hubiera pasado el corazon. Dan los galos un grito, y se precipitan sobre mí; mis soldados acuden para socorrerme, y yo procuro en vano detener á los combatientes. Ya no era un tumulto pasajero, era, sí, un verdadero combate, cuyos clamores se alzaban hasta el cielo. Hubiérase creído que las divinidades de los druidas habian salido atropelladas de sus selvas, y que desde lo alto de un aprisco animaban á los galos: ¡tan arrebatado era el furor que mostraban aquellos labradores, y la audacia con que peleaban! En cuanto á mí, indiferente á los golpes que amenazaban mi cabeza, solo pensaba en salvar á Sejenax; pero mientras que yo lo arrancaba de las manos de los soldados, y le formaba un abrigo con el tronco de una encina, partió una jabalina de en medio de la multitud, y silbando horrorosamente, por la fuerza con que habia sido disparada, vino á clavarse en las entrañas del anciano, que cayó bajo el árbol de sus abuelos, cual otro Priamo bajo el laurel que cubria sus domésticos altares.

»Preséntase en este punto un carro al extremo de la llanura, y una mujer desmelenada é inclinada sobre sus corceles, alienta su ardor con el afán de darles las alas del viento. No habia Veleda encontrado á su padre en la cabaña, y tuvo noticia de que andaba reuniendo á los galos para vengar el honor de su hija. La druida conoce que han descubierto la gravedad de la falta que ha cometido. Vuela Veleda en pos del anciano, y llega á la llanura en que se daba el combate fatal; hostiga á sus caballos, los hace pasar por medio de las filas, y me descubre sollozando y derramando un raudal de lágrimas sobre el cadáver de su infeliz padre, que estaba tendido á mis pies. Enajenada de dolor, detiene Veleda sus corceles, y esclama desde lo alto de su carro:

»Galos, suspended vuestros golpes: yo soy quien ha causado vuestros males, y quien ha muerto á mi padre. Cesad, pues, de esponer vuestros dias por una hija criminal. El romano es inocente; la vírjen de Saina no ha sido ultrajada: ella misma se ha entregado, y ha quebrantado voluntariamente sus votos. ¡Ojalá mi muerte restituya la paz á mi patria...!»

»Entonces, arrancándose de la frente la corona de verbena, y tomando la hoz de oro de su cinto, como si fuese á hacer un sacrificio á sus dioses, dijo:

»¡No serán ya amancillados por mí estos adornos de una vestal!»

»Y al punto lleva á su garganta el instrumento sagrado, córtase con él una vena, y corre la sangre

de su herida. Cual una segadora, que concluido su afan, se duerme fatigada en el extremo de un surco, del mismo modo Veleda cae blandamente sobre el carro; escápase la hoz de oro de su mano lánguida, y su cabeza se inclina sobre su pecho. Se esfuerza aun en pronunciar el nombre de aquel á quien ama; pero no puede su boca exhalar sino un confuso sonido: mi imájen vagaba aun en los ensueños de la hija de las Galias, cuando el último reposo cerró sus ojos para siempre.

NOTAS

DEL LIBRO PRIMERO.

(1.^a) Páj. 1. *Musa celestial.*

O Musa, tu che di caduchi allori
Non circondi la fronte in Elicona, &c.
GIERUS. LIBER., canto I, estrofa II.

(2.^a) Páj. 3. *El Eterno, viendo que las virtudes de los cristianos iban perdiendo su vigor con la prosperidad, permitió á los demonios que suscitasen contra ellos una nueva persecucion.*

Eusebio ha dado la misma razon de la persecucion que hubo bajo el imperio de Diocleciano. Por lo demas, puede observarse que esta esposicion, muy breve y sencilla, abraza absolutamente todo el argumento.

(3.^a) Páj. 3. *Demodoco era el último descendiente de una de aquellas familias Homéridas.*

He adoptado la tradicion que mas convenia á mi argumento: por otra parte, es sabido que los Homéridas eran unos rapsodistas que recitaban en público trozos de la *Iliada* y de la *Odisea*. El nombre de Demodoco es tomado de la *Odisea*. Demodoco era un poeta ciego, que cantaba en los festines de Alcinoó; y se cree que Homero se retrató á sí mismo en la persona de aquel favorito de las Musas. Por medio de la ficcion de esta familia de Homero, he podido presentar las costumbres de los siglos heroicos, sin faltar demasiado á la verosimilitud; pues es bastante natural que un anciano sacerdote de



Homero, último descendiente de este poeta, rebosando imágenes de la Iliada y de la Odisea, y también poeta, hubiese guardado, por decirlo así, las costumbres de su familia. En efecto, en las montañas de Escocia se ven *clanes* ó tribus que conservan muchos siglos ha el idioma, el traje y los usos de sus ascendientes. Sin el auxilio de esta ficción, acaso bastante hermosa de suyo, hubiera malogrado el embeleso y los sublimes rasgos de la mitología de Homero. Entonces se me hubiera criticado justamente el haber contrapuesto las costumbres cristianas en toda su juventud y belleza, á las costumbres paganas en su decadencia. He aquí, pues, una prueba irrecusable de la buena fe con que yo procedo siempre en mis tareas literarias. A la verdad, los pequeños dioses de Ovidio y los usos de la Grecia, idólatra en el siglo cuarto, no hubiesen podido sostenerse un solo momento al lado de la grandeza del cristianismo naciente, y del cuadro de las virtudes evangélicas. Por otra parte, no hay que olvidar que Cimodocea, representando las bellas artes de la Grecia, ha de salir de esta familia Homérica, y que va á convertirse al cristianismo, para entregar á la Musa santa la lira de Homero.

(4.^a) Páj. 3. *Del monte Taleo, favorito de Mercurio.*

Montaña de Creta, en donde era venerado Mercurio. Tal vez había tomado su nombre de Taló, compañero de los trabajos de Radamanto, y de quien han hecho los poetas un gigante de bronce, que combatió á los argonautas, y fue muerto por los hechizos de Medea. (Véase á Platon y á Apolonio).

(5.^a) Páj. 3. *Habia ido con su esposa á Gortina, ciudad edificada por el hijo de Radamanto sobre las márgenes del Leteo, no lejos del plátano que ocultó los amores de Júpiter y Europa.*

Gortina, una de las cien ciudades de Creta. Los poetas han hecho de Radamanto otro de los jueces de los infiernos. El Leteo, riachuelo de Creta, se llamó así por-

que en sus orillas Hermione olvidó á Cadmo. Habiendo descubierto los griegos á orillas del Leteo una especie de plátano siempre verde, publicaron que Júpiter lo habia hecho nacer para ocultar sus amores con Europa: (Véanse los mitólogos, los jeógrafos y los viajeros, entre otros á Tournefort).

(6.^a) Páj. 4. *Las grutas de los dáctilos.*

Los dáctilos ideos eran, segun unos, los sacerdotes de Cibéles, y segun otros, una especie de hombres relijiosos, primitivos habitantes de Creta. Moraban en las cavernas del monte Ida. (Véase á Sófocles, Estrabon, Diodoro de Sicilia, &c.).

(7.^a) Páj. 4. *Subió Epicaris un dia á la cumbre del monte Ida, para ver como estaban los ganados. Sorprendiéronla alli de repente los dolores de la maternidad, y dió á luz á Cimodocca.*

ΣΙΜΟΕΙΣΙΟΝ, ὃν ΠΟΤΕ ΜΗΤΗΡ
 Ἰδὲν κατιούσα, παρ' ὄρχησιν Σιμόεντος
 Γείνατ', ἐπειρὰ τορέυσιν ἄμ' ἔσπετο, μῆλα ιδέσθαι.
 ILIAD., lib. IV, v. 474.

(8.^a) Páj. 4. *En el bosque sagrado donde se habían sentado en otro tiempo los tres ancianos de Platon para discutir sobre las leyes.*

Alusion á la hermosa escena con que se abre el diálogo sobre las leyes. «Clinias, caminando un poco mas, hallaremos en los bosques consagrados á Júpiter muchos cipreses de asombrosa elevacion y belleza, y unas praderas en donde podremos sentarnos y descansar.» (*Leyes de Platon*, libro I).

(9.^a) Páj. 4. *Y sonriéndose, sin dejar de verter al mismo tiempo algunas lágrimas, mirar aquel astro embelesante, etc.*

Sonrisa mezclada de lágrimas. Asi mira Andrómaca á Astianaz:

Δαιμόνιον γελᾶσασα , ILIAD., VI, v. 484.

Tambien es Homero quien compara á Astianaz con un astro hermoso ;

ἀλίγημιον ἄσπερι καλῶ . ILIADA., VI, v. 401.

(10.^a) Páj. 4. *Los habitantes de la Mesenia erijian entonces un templo á Homero.*

Casi todas las ciudades que se disputaban la gloria de haber visto nacer á Homero , levantaron templos en su honor. Tolomeo Filopator le erijió uno magnifico ; en Quio se celebraban juegos dedicados al mas ilustre de los poetas : en Argos se invocaba á Apolo y á Homero, &c.

(11.^a) Páj. 4. *Su bajel, impelido por un viento favorable, descubrió á poco rato el promontorio Tenaro ; y costeando á Etilos , Talama y Leuctra , ancló á la sombra del bosque de Coerio.*

El Tenaro , hoy cabo Matapan , último promontorio de la Laconia. Veíase en él un templo de Neptuno y una gruta que conducia á los infiernos. Etilos, Talama, Leuctra , &c. , ciudades situadas en las costas de la Laconia, á la falda del Monte Taijeto , en el golfo de Mesenia. (Véase á Pausanias). Estas ciudades nada ofrecèn digno de atencion. D'Anville quiere que Betilo sea Etilos : tal vez Talama es Calamata , aunque sea mas probable que la Calamata moderna es la Calamé de los antiguos. Es preciso no confundir la Leuctra del golfo de Mesenia con la Leuctra de la Arcadia , y sobre todo con la Leuctra , célebre por la victoria de Epaminondas.

(12.^a) Páj. 4. *Veíase allí al poeta representado bajo la figura de un rio caudaloso , adonde iban otros rios á llenar sus urnas.*

Este ingenioso emblema fue hallado por la antigüedad , y es lo que ha movido á Lonjino á decir , hablando

de las imitaciones de Platon: »Ha bebido en Homero como en un abundante manantial, del que ha hecho correr una infinidad de arroyuelos.» (*Tratado de lo sublime*, capitulo XI). ;Que dichoso seria yo, si hubiese bebido tambien algunas gotas de agua en este abundante manantial!

(13.^a) Páj. 5. *El templo dominaba la ciudad de Épaminondas.*

Esta ciudad es Mesena, edificada por el jeneral tebano, despues de haber derrotado á los espartanos, y restituido los mesenios á su patria. Pelegrino no habla de Mesenia. El abate Jourmont la visitó hácia el año de 1734, y contó treinta y ocho torres todavia en buen estado.

Yo descubria estas ruinas á mi izquierda, al atravesar la Mesenia en direccion á Tripolitza, al pie del Ménalo, en el valle de Tejeo. Mr. de Pouqueville, viajando desde Navarino (la antigua Pilos), y siguiendo á corta diferencia el mismo camino que yo, debió dejar estas mismas ruinas á su derecha. (Véase á Pausanias, los *Viajes del jóven Anacársis*; á Pelegrino, en su *Viaje al reino de Morea*, y á Pouqueville, en su *Viaje á Morea*).

(14.^a) Páj. 5. *Habia mandado el oráculo que se abriesen los cimientos del edificio en el mismo paraje que escojió Aristoménes, para enterrar la urna de bronce á que estaba unida la suerte de su patria.*

Nadie ignora las famosas guerras de los espartanos y mesenios. Estos, viéndose próximos á ser subyugados, recurrieron á la relijion.

»Custodiábase, dice Pausanias, un monumento con el cual estaba enlazada la suerte de los mesenios. Si estos perdian aquel monumento sagrado, debian quedar enteramente destruidos: si al contrario, lo conservaban, se levantarían algun dia de entre sus ruinas..... Aristoménes se llevó á escondidas durante la noche este monumento, y lo enterró en el paraje mas desierto del monte Itomo.»

Este monumento era una urna de bronce, que contenia algunas láminas de plomo, en las cuales estaba grabado todo lo concerniente al culto de las grandes diosas. Epaminondas halló esta urna, llamó á los mesenios fugitivos, y edificó á Mesena.

(15.^a) Páj. 5. *Las aguas del Anfiso, del Pamiso y del Balira, donde dejó caer su lira el ciego Tamiris.*

El Pamiso era tenido por el rio mas caudaloso del Peloponeso; y no obstante mi barca, que solo calaba algunas pulgadas de agua, quedó encallada en su embocadura. El Anfiso, segun Pausanias, es tributario del Balira. Habiéndose atrevido el poeta Tamiris á desafiar á las Musas en el arte de cantar, fue vencido y privado de la vista por ellas; y despechado, arrojó, ú dejó caer segun otros autores, su lira en el Balira. Platon dice que el alma de Tamiris pasó al cuerpo de un rui señor. (Véase tambien á Homero en la *Iliada*).

(16.^a) Páj. 5. *La adelfa y el arbusto querido de Juno.*

Es el *agnus castus*. En Sámos, este arbusto era sagrado, y se creía que Juno habia nacido á su sombra. He nombrado con preferencia estos dos arbolillos, porque los he encontrado á cada paso en Grecia.

(17.^a) Páj. 5 y 6. *Andania, testigo del llanto de Merope; Trica, que vió nacer á Esculapio; Jerenia, que conserva el sepulcro de Macaon; Féres, donde el prudente Ulises recibió de Ífito el arco fatal para los amantes de Penélope; y Esteniclara, que resonaba con las cánticos de Tirteo.*

»Cresfonte, dice Pausanias, casó con Merope.... Los antiguos reyes de Mesenia residian en Andania.» La hermosa tragedia de Voltaire ha dado á conocer á Merope á todos los lectores.

»Segun los mesenios, dice tambien Pausanias, Esculapio habia nacido en Trica, pueblecillo de Mesenia.» Otras tradiciones hay acerca de Esculapio; pero yo he seguido la que mas cuadraba con mi argumento.

»Vese en Jerenia, dice el mismo Pausánias, el sepulcro de Macaos.»

Feres, donde el prudente Ulises recibió de Ifito el arco fatal.

He aquí el pasaje de Homero:

»Este arco era un don de Ifito, hijo de Eurites, semejante á los inmortales. Ifito habia ido á Mesenia, y encontró á Ulises en la casa del jeneroso Orsiloco.» (*Odissea*, libro XXI).

En vista de esto, he creído que podia, hablando de Féres, mencionar la circunstancia del don del arco, puesto que Orsiloco vivia en Féres, segun el testimonio de Pausanias y del mismo Homero.

Y Esteniclara, que resonaba con los cánticos de Tirteo.

He escrito Esteniclara en vez de Esteniclea, consultando la armonia. Es sabido que durante las guerras de Mesenia, los lacedemonios pidieron un jeneral á los atenienses, y que estos les enviaron á Tirteo, maestro de niños, feo y cojo. Los enemigos se encontraron en la llanura de Esteniclara, en un sitio llamado el *Monumento del Jabalt*. Tirteo estaba presente en la accion, y alentaba á los lacedemonios con elejias guerreras, que toda la antigüedad ha ponderado como sublimes. En la coleccion de los poetas griegos menores se leen algunos fragmentos que nos quedan de las poesias de Tirteo.

(18.^a) Páj. 6. *Este hermoso pais, sujeto en otro tiempo al cetro del anciano Neleo, parecia..... un canastillo de flores de mas de ochocientos estadios de circuito.*

Neleo, echado de Yolcos, ciudad de Tesalia, se retiró al lado de Afareo, primo hermano suyo, que reinaba en Mesenia. Este le dió á Pilos y todo el pais situado á la orilla del mar. Afareo tuvo dos hijos, Linceo é Idas, que hicieron la guerra á los Dioscuros, y perecieron en ella. La Mesenia, despues de su muerte, pasó bajo el dominio de Nestor, hijo de Neleo. Por lo tocante á la estension de la Mesenia, he seguido el cálculo del abate Bar-

thelemy, que se apoya en la autoridad de Estrabon, libro VIII.

(19.^a) Páj. 6. *Aquel horizonte, único sobre la tierra, hacia recordar la triple idea de la vida guerrera, etc.*

Toda esta descripción de la Mesenia se ha escrito en aquel mismo país, y nada he quitado ni añadido al cuadro; siendo por consiguiente exactísima. Un crítico, que por otra parte me ha tratado con la mayor cortesía, encuentra singular esta frase: »Dibujan en los valles como unos arroyos de flores;» pero esta espresion parecerá, según creo, muy verdadera á todos aquellos que hayan estado en la Mesenia. No he podido presentar de otro modo lo que estaba viendo. Casi todos los ríos, ó por mejor decir, riachuelos de la Grecia, están en seco durante el verano: sus alveos se llenan entonces de adelfas, sauzgatillos y retama: estos arbustos, plantados en el fondo del barranco, no sacan mas que sus copas sobre el nivel del suelo de la orilla; y como siguen las sinuosidades del seco torrente, donde crecen sus floridas cimas, serpeando así en medio de una tierra abrasada, presentan realmente á los ojos la imájen de unos arroyos de flores. El siguiente pasaje de mi *Itinerario* servirá de comentario á mi descripción de la Mesenia.»

»Todavía era de noche cuando salimos de Modon, en otro tiempo Metona, en Mesenia. (El buque en que partí de Trieste me habia desembarcado en Modon). Parecíame caminar por los desiertos de América, pues reinaba allí la misma soledad y el propio silencio. Dirijímonos hácia el mediodía, y pasamos por un dilatado olivar. Al rayar el alba nos hallábamos ya en la cumbre de unos montes, los mas áridos que he visto jamás. Caminamos por allí unas dos horas, sin ver mas yerbas que juncos y matorrales espinosos y casi secos. Por entre los olivares descubrimos el mar hácia levante: bajamos despues á un vallecito, donde vimos algunas tierras sembradas de cebada y algodón. Atravesamos un arroyo casi seco, en cuya madre crecian el laurel rosa y el *agnus castus*, arbusto muy lindo, cuyas hojas son ahovadas y menudas: Juno habia nacido bajo este arbusto, célebre

en Sámos. Cito estos dos arbustos, porque se hallan en casi toda la Grecia, y son los únicos que llenan aquellos sitios, desiertos ahora, y antes tan hermosos y risueños. Debo decir aquí, á este fin, que en la patria del Iliso, del Alfeo y del Erimanto, no he visto mas que tres rios que no se hayan secado, el Pamiso, el Cefiso y el Eurotas. Es necesario que se me perdone la especie de indiferencia, y diré casi impiedad, con que escribo á veces los nombres mas célebres y armoniosos, pues aunque uno no quiera, se familiariza en Grecia con Temistocles, Epaminondas, Sófocles, Platon y Tucídides; y es menester mucha veneracion poética para no pasar el Citeron, el Ménalo-ú el Liceo, como se trasponen los montes vulgares.

»Llegando al extremo de dicho valle, empezamos á trepar por nuevos montes: nuestro guía me iba repitiendo nombres que me eran desconocidos; pero juzgando por la situacion, aquellos montes debían formar parte de la cordillera Tematia. Entramos luego en un olivar, donde habia muchas adelfas, agnus castus, cornis y otros arbustos. Dominaban el olivar varias rocas encumbradas; y habiendo subido nosotros á lo mas alto de ellas, descubrimos el golfo de Mesenia, rodeado por todas partes de montes, entre los que sobresalia el Ito-mo, por hallarse separado de los demas, y el Taijeto, por sus dos agudos picos: al ver aquellos famosos montes, los saludé repitiendo cuantos versos sabia en su elogio.

»Un poco mas abajo de la cumbre del Tematio, tirando hácia Coron, vimos una miserable alqueria griega, cuyos habitantes huyeron al acercarnos nosotros. Conforme ibamos bajando, descubriamos á nuestros pies la rada y el puerto de Coron, donde se veían anclados algunos buques: la escuadra del capitan-bajá fondeaba al otro lado del golfo hácia Calamata. Al llegar á la llanura que está al pie de los montes, y que se estiende hasta el mar, descubrimos una aldea, en medio de la cual se veía un castillejo, y junto á ella habia un gran cementerio turco cubierto de cipreses. Mi guía, al enseñarme aquellos árboles, los llamaba *parisos*. Un habitante de la antigua Mesenia me hubiera contado en otro tiempo la

historia de aquel jóven, de cuyo nombre solo han conservado la mitad los mesenios modernos; pero este nombre, aunque desfigurado, pronunciado en aquellos parajes, delante de un cipres y del Taijeto. me causó un placer que alcanzarán muy bien los poetas. Tenia yo un consuelo al mirar los sepulcros de los turcos, considerando que los bárbaros conquistadores del Peloponeso habian encontrado tambien la muerte en aquella tierra, lo mismo que los mesenios. Por lo demas, estos sepulcros presentaban una vista muy agradable: la adelfa crecia al pie de los cipreses, que parecian unos grandes obeliscos: entre aquellos árboles revoloteaban millares de tortolillas; la yerba se mecia blandamente alrededor de las columnitas fúnebres, decoradas con turbantes: una fuente construida por un piadoso jerife derramaba su raudal en el camino para alivio de los viajeros. Hubiérame detenido con gusto en aquel cementerio, donde el laurel de Grecia y el cipres del Oriente parecian recordar dos pueblos, cuyas cenizas descansaban en aquel sitio.

»Desde este cementerio á Coron hay una hora de camino, y nosotros pasamos siempre por entre grandes olivares sembrados de trigo ya medio segado. El terreno, que de lejos parecia una llanura igual, está cortado por algunas torrenteras desiguales y profundas. Mr. Vial, que entonces era cónsul de Francia en Coron, me recibió con aquella hospitalidad tan jeneral en los cónsules de Levante. Llevome á su casa, despidió á mi jenizaro de Modon, y me dió uno de los suyos que me acompañase por la Morea y hasta Aténas. Como el capitán-bajá hacia entonces la guerra á los maniotas, no pude pasar á Esparta por Calamata, que, si se quiere, será Calation, Cardamila ó Talama, en la costa de la Laconia, casi enfrente de Coron. Resolvi, pues, dar una gran vuelta, é ir á buscar el desfiladero de las Puertas, uno de los *Hermes* de Mesenia; pasar luego á Tripolitza para alcanzar del bajá de Morea el firman necesario para pasar el istmo; volver de Tripolitza á Esparta, y desde aqui tomar por las montañas el camino de Argos, de Micenas y Corinto.

»La casa del cónsul dominaba el golfo de Coron, y desde mi ventana veía el mar de Mesenia pintado del mas hermoso azul: enfrente, y al otro lado de este mar se levantaba la alta cordillera del Taijeto, cubierta de nieve, y comparada con razon con los Alpes por Estrabon, pero con los Alpes bajo un cielo mas hermoso. A mi derecha se estendia el ancho mar, y á mi izquierda, en lo interior del golfo, descubria el monte Itomo, aislado como el Vesubio, y truncado como él en su cima. No podia apartar la vista de aquel espectáculo. ¡Que ideas me inspiraba el aspecto de aquellas costas desiertas de la Grecia, donde solo se oye el incesante silbido del viento y el bramido de las olas! algunos cañonazos que el capitan-baja hacia tirar de cuando en cuando contra las rocas de los Maniotas, eran la única cosa que interrumpia aquel triste ruido, con otro mucho mas triste aun: en toda la estension de los mares no se descubria mas que la escuadra de aquel caudillo de bárbaros; lo que me traía á la memoria aquellos piratas americanos que plantaban su sangrienta bandera en una playa desconocida, tomando posesion de un hermoso pais en nombre de la esclavitud y de la muerte: ó mas bien creia ver las naves de Alarico alejarse de la Grecia, reducida por él á cenizas, llevándose los despojos de los templos, los trofeos de Olimpia, y las rotas y mutiladas estatuas de la libertad y de las artes.

»Parti de Coron el dia 14 de Agosto á las dos de la mañana, &c.

(20.^a) Páj. 6. *Semejante al tierno olivo que un jardinero cria con esmero.*

Οἶον δὲ τρέφει ἔργος ἀγρῆ ἐριθήλες ἐλαίης
 Χώρῳ ἐν οἰοπόλῳ, ὅθ' ἄλις ἀναβέβρυχεν ὕδωρ,
 Καλῶν, τηλεθῶν, τὸ δὲ τε πνυαὶ δονέουσι
 Παντοίων ἀνέμων, καὶ τε βρῦει ἄγθει λειυῖ.

ILIAD.; lib. XVII, v. 53.

No he imitado enteramente esta hermosa comparacion. Pitágoras estaba tan prendado de estos versos, que

los había puesto en música, y los cantaba acompañándose con la lira.

(21.^a) Páj. 6. *Hiérocles había pedido á Cimodocea por esposa.*

He aquí la piedra fundamental del edificio. El motivo de la denegacion de Demodoco y del aborrecimiento de Cimodocea, queda justificado por el carácter y la persona de Hiérocles.

(22.^a) Páj. 7. *Contaban los quebrantos que son la herencia de los hijos de la tierra.*

Todo lo que sigue alude á varios pasajes de la Iliada y de la Odisea. Ulises es quien siente morir antes de haber vuelto á ver el humo de su hogar; los hermanos de Andrómaca son los que fueron muertos por Aquiles mientras guardaban los rebaños, &c.

(23.^a) Páj. 8. *Cuando apoyada en una columna, se ocupaba en hilar á la luz de una lámpara resplandeciente.*

Ἡ δ' ἴσσαι ἐπ' ἐσχάτῃ ἐν πυρὸς αὐγῇ,
Ἡ λάκατα στρωφῶσ' ἀλιπόρφυρα, θαῦμα ἰδέσθαι,
Κίον κεκλιμένη δμῶαί δέ οἱ εἶατ' ὀπισθεν.

Odís., lib, VI, v. 305.

(24.^a) Páj. 8. *Aquella moderacion, hermana de la verdad, sin la cual todo es mentira.*

Suprimiendo aquí las dos comas, se ha querido hacer una frase ridicula, por la cual yo diria que todo es mentira sin la verdad. Tal es la buena fe de la critica.

(25.^a) Páj. 9. *Salió un dia con su padre á cojer el dictamo.*

El dictamo, tan conocido en Creta, se halla tambien en muchas montañas de la Grecia, donde yo lo he visto.

(26.^a) Páj. 9. *Fueron largo trecho por el monte tras una cieera herida por un flechero de Ecalia.*

Non illa feris incognita capris
Gramina, cum tergo volucres hæserè sagittæ.
ÆNEID., XII, 414.

(27.^a) Páj. 9. *Inmediatamente corrió la voz de que Nestor y la mas jóven de sus hijas, la bella Policasta, se habían aparecido á unos cazadores en los bosques del Ira.*

Policasta condujo á Telémaco al baño, cuando fue á pedir á Nestor noticias de su padre. (Odis., libro III).

Habia en Mesenia una ciudad, una montaña y un rio con el nombre de Ira. El cerco de Ira por los lacedemonios duró once años, y terminó con el cautiverio y dispersion de los mesenios. (Pausanias).

(28.^a) Páj. 9. *Acercábase la fiesta de Diana Limnátida..... Esta pompa, causa funesta de las guerras antiguas de los lacedemonios y mesenios.....*

»Diana Limnátida tenia un templo en las fronteras de la Mesenia y de la Laconia. Unas doncellas espartanas que habian ido á la fiesta de la diosa, fueron violadas por los mesenios.» (Pausanias). Este fue el orijen de las guerras de Mesenia.

(29.^a) Páj. 10. *La estatua de Diana, colocada sobre un altar.....*

Es la Diana antigua del Museo.

(30.^a) Páj. 10. *Cimodocea, al frente de sus compañeras, iguales en número á las ninfas del Océano, entonó el himno á la Virgen Blanca.*

Las ninfas del Océano eran en número de sesenta, y formaban el acompañamiento de Diana.

Esta tenia, como Minerva, el nombre de *Virgen Blanca*, á causa de su virginidad.

(31.^a) Páj. 10. *Diana, diosa de los bosques, etc.*

Phæbe sylvarumque potens Diana,

..... date quæ precamur

Tempore sacro.

Quo sibyllini monuere versus

Virgines lectas, puerosque castos

Dis, quibus septem placuere colles

Dicere carmen.

.....
Di probos mores docili iuventæ,

Di senectuti placidæ quietem,

Romulæ genti date remque prolemque;

Et decus omne.

HOR. CARM. SÆC.

Los lectores que se tomen la molestia de comparar mi himno con el de Horacio, verán que difiero de mi modelo en muchísimos puntos.

(32.^a) Páj. 11. *Sacrificaron un ciervo blanco á la reina del silencio.*

Se ofrecian á Diana frutos, bueyes, moruecos y ciervos blancos. He creido que podia aventurar la espresion de *reina del silencio*, siguiendo á Horacio.

(33.^a) Páj. 11. *Hacia una de aquellas noches cuyas sombras transparentes.....*

Nada he imitado en esta descripcion, sino el último rasgo, que es de Homero: El zagal recostado en el valle, &c.

(34.^a) Páj. 12. *Aquel retiro embelesante, en donde colocaron los antiguos la cuna de Júpiter y la de Licurgo.....*

Es sabido que Júpiter fue criado en Creta, en el monte Ida; pero otra tradicion suponía que lo hubiese sido en el monte Itomo. (Véase á Pausanias). Yo he seguido esta última.

(35.^a) Páj. 12. *De Cibéles, que habia bajado á los bosques de Ecalia.*

Ecalia, en Mesenia, era consagrada por los misterios de las grandes diosas.

(36.^a) Páj. 12. *Las alturas del Thuria.*

A seis estadios del mar se encuentra Féres, y ochenta estadios mas arriba, tierra adentro, está la ciudad de Thuria. Homero la llama Antea (Pausanias *in Messen.*, cap. XXXI.) »OËpeia nunc Thuria vocatur," dice Estrabon; »vox Celsam significat, quod nomen inde habet, quod in sublime colle est sita." (Lib. VIII.)

(37.^a) Páj. 12. *Del laberintó, cuyas intrincadas vueltas remedaban todavía en sus danzas las jóvenes cretenses.*

Se cree que la danza cretense, conocida con el nombre de Ariadna, era una imitacion de los rodeos del Laberinto. Homero la coloca en el escudo de Aquiles.

(38.^a) Páj. 13. *Era un manantial de agua viva, rodeado de altos álamos,*

Ἀμφὶ δ' ἄρ' αἰγείρων ὕδατοτρεφέων ἦν ἄλσος
 Πάντοσζ κικλοτερές, κατὰ δὲ ψυχροῦ ῥέεν ἕδωρ
 Ὑψόθεν ἐκ πέτρης, βωμὸς δ' ἐφ' ὑπερθε τέτυκτο
 Νυμφάων, ὅθι πάντες ἐπιρ' ἔξεσκον ὀδίται.

Odys., lib. XVII, v. 208.

(39.^a) Páj. 13. *Un discípulo de Apeles ha representado en esta misma actitud el sueño de Endimion.*

Era muy justo que yo tributase este débil homenaje al autor del peregrino cuadro del entierro de Atala. Desgraciadamente no poseo el arte de Mr. Girodet, y mientras que él hermosea mis pinturas, yo temo mucho el echar á perder las suyas. Por lo demas, este cuadro del sueño de Eudoro no es en un todo parecido al del sueño de Endimion, por Mr. Girodet. Algunas de sus partes las

he tomado del bajo relieve que se ve en el Capitolio, y que representa el mismo asunto.

(40.^a) Páj. 14. *Y mi madre, que ya feneció en vuestros afanes, no se envaneció con mi nacimiento.*

Alusion á la aventura de Niobe.

(41.^a) Páj. 14. *¡Como! dijo Cimodocea..... ¿no eres tú Endimion el cazador?*

Este encuentro de Eudoro y Cimodocea ha agradado al parecer jeneralmente. Los que lo han criticado han dicho que Cimodocea hablaba mas de lo que debia una jóven griega, pretendiendo que esto era contra la verdad de las costumbres. Mi respuesta á los criticos es muy sencilla: Homero tiene la culpa. Nausicáa habla mucho mas á Ulises, que Cimodocea á Eudoro, y aun es tan largo el razonamiento de Nausicáa, que ocuparia aqui demasiado espacio, y por este motivo tengo que remitir al lector al orijinal. (Véase la *Odisea*, lib. VI.) Aquellas largas habladurias, si me atrevo á pronunciar esta blasfemia, aquellas repeticiones, aquellas circunlocuciones digresivas, son otro de los caractéres del estilo homérico; y yo debia imitarlos, sobre todo en el punto en que se encuentran mis dos personajes principales, para hacer resaltar la prolijidad pagana con el laconismo del habla cristiana. Por lo tocante al anacronismo de costumbres, ya me he esplicado en la nota tercera. Si necesitase alguna otra autoridad, á mas de la de Homero, la hallaria en los trájicos griegos. Ifjenia, (en la *Ifjenia en Aulida*), confia sus pesares al coro, compuesto de mujeres de Cálcis, á quienes no ha visto nunca: quiere tener la elocuencia de Orfeo para mover á Agamenon; apostrofa á los bosques de la Frijia y á las montañas de Ida; habla de aguas puras, de floridos prados, donde crecen la rosa y el jacinto; y amontona otras mil vulgaridades poéticas, que ninguna conexion tienen con el asunto. Electra, en los *Coeforos* de Esquiles, reconoce pronto á Orestes; pero ¡cuan interminable es su conversacion con su hermano, extranjero, desconocido para ella, en Sófocles y en Euripides! Nuestros prime-

ros poetas han atendido tan poco á esta supuesta inverosimilitud de costumbres, que, imitando á los antiguos, han hecho siempre hablar muy prolijamente á las princesas jóvenes. Yo hago muy mal en refutar seriamente lo que no puede llamarse crítica séria.

(42.^a) Páj. 15. *Yo soy hija de Homero, el de los cánticos inmortales.*

Esto no es mas extraordinario que el oír á Nausicáa contar su jenealogía, y la historia de su padre y de su madre á Ulises, á quien ha encontrado enteramente desnudo én un matorral. Cuando se quiere buscar cosquillas á un autor, es fuerza á lo menos saber de qué se habla.

(43.^a) Páj. 16. *La noche sagrada, esposa del Erebo, madre de las Hespéridas y del Amor.*

Cuando hay muchas tradiciones sobre un mismo asunto, tomo la menos conocida ó mas agradable, para rejuvenecer los cuadros mitológicos; lo que es el colmo de la imparcialidad. Asi pues, el Amor, á quien los poetas hacen comunmente hijo de Vénus, lo es aqui de la Noche: alegoría casi tan amena como la primera, y mucho menos conocida.

(44.^a) Páj. 16. *Yo no veo mas que astros que pregonan la gloria del Altísimo.*

»Cœli enarrant gloriam Dei.»

(PSALM. XVIII, 1.)

(45.^a) Páj. 17. *Me vendieron en un puerto de Creta, distante de Gortina, etc..... Lebena....., Teodosia....., Mileto.*

Lebena era el puerto, ó en el habla de Levante, la escala de Gortina, y eslaba á noventa estadios de esta ciudad, segun Estrabon. »Distat ab Africo mari et Lebene navali suo ad stadia XC.» (Strab., lib. X).

Teodosia era una ciudad del Quersoneso Táurico, abundante en trigo, que se vendía en todo el Levante. »Post montana ista urbs sequitur Theodosia, campo prædita fertili, et portu vel centum navibus recipiendis apto.... Tota regio frumenti ferax est....» (Strab., lib. VII, páj. 309).

(46.^a) Páj. 17 y 18. *Las crueles Ilitias.*

Diosas, hijas de Juno, que presidian á los partos. Eurimedusa las llama crueles, porque Epicáris murió al dar á luz á Cimodocea. Diana es invocada en Horacio con el nombre de Ilitia:

Rite maturos aperire partus
Lenis Ilithya, tuere matres.

HOR. CARM. SEC.

(47.^a) Páj. 18. *Te mecia sobre mis rodillas; no querias tomar alimento sino de mi mano.*

Fenix dice casi lo mismo á Aquiles, y con mas sencillez:

Οὐτ' ἐς δαίτ' ἵεναι, οὐτ' ἐν μεγάροισι πάσασθαι
Πρὶν γ' ὅτε δῆ σ' ἐπ' ἐμοῖσιν ἐγὼ γούνασσι καθίσσας,
Ὅψου τ' ἄσαιμι προταμῶν, καὶ οἶνον ἐπισχῶν.
Πολλά μοι κατέδευσας ἐπὶ στήθεσσι χιτῶνα
Οἴνου, ἀποβλύζων ἐν νηπιῇ ἀλεγεινῇ.

ILIAD., lib. IX, v. 487.

(48.^a) Páj. 18. *Partió como el águila.*

Ὡς ἄρα φωνήσας ἀπέβη γλαυκῶπις Ἀθήνη,
Φηνη εἶδομένη.

ODIS., lib. III, v. 371.

(49.^a) Páj. 18. *Volvió la cabeza al otro lado, temiendo ver al dios y morir.*

Creiase que la manifestacion repentina de la divinidad causaba la muerte. (Véase una nota de madama Dacier sobre un pasaje del libro XVI de la *Odisea*).

(50.^a) Páj. 18. *Y pasando por las fuentes de Arsinoe y de Clepsidra.*

»Vese allí (en el monte Itomo) una fuente llamada Arsinoe, la cual recibe las aguas de otra fuente llamada Clepsidra.» (Pausanias, *in Messen.*, cap. XXXI).

(51.^a) Páj. 19. *Estaba aquel desgraciado padre sentado en el suelo, junto al hogar; se habia cubierto la cabeza con un pliegue de su manto, y regaba con sus lágrimas la ceniza.*

Ya es sabido que los suplicantes y los desgraciados se sentaban en el hogar entre las cenizas. (Véase la *Odisea*, lib. XVI, y á Plutarco, en la *Vida de Temístocles*).

(52.^a) Páj. 19. *Iguales gritos resuenan en los nidos de las aves, cuando la madre lleva la comida á sus polluelos.*

Esta comparacion ha sido muy criticada: se ha dicho que el dolor ó el gozo moral no podia compararse en ningun caso con el impulso del dolor ó de las necesidades físicas. Si así fuese, habria que orillar toda comparacion, y aun la poesia; pues las comparaciones y la poesia consisten sobre todo en trasladar, por decirlo así, lo físico á lo moral, y lo moral á lo físico; doctrina reconocida por todos los criticos dignos de este nombre.

Por lo demas, esta comparacion se ve en Homero, y casi en las mismas circunstancias que aquí. (*Odisea*, libro XVI).

(53.^a) páj. 19. *Hubieran visto á tu padre, contando su afliccion al sol.*

Antigua costumbre, que se encuentra en los trágicos griegos. Yocasta, en las *Fenicias*, abre la escena con un monólogo, en el cual apostrofa al astro del dia. Esto produjo el hermoso verso de Virjilio:

Solem quis dicere falsum
Audeat?

(54.^a) Páj. 19. *La suerte de un anciano que muere sin hijos es muy digna de lástima, etc.*

Imitacion de Solon. Este gran lejislador era poeta, y nos quedan de él algunos fragmentos de una especie de elejia política, en la coleccion de los poetas griegos menores.

(55.^a) Páj. 20. *¡Ah! ¡no tendria mas cruel pesadumbre, aun cuando dejasen de llamarme padre de Cimodocea!*

Esta fórmula tan patética era muy usada entre los griegos. Ulises se sirve de ella en la *Iliada*, hablando de Telémaco.

(56.^a) Páj. 20. *Y hemos temido las sospechas que á cada paso se enjendran en el corazon de los hijos de la tierra.*

Δύσζηλοι γάρ τ' εἰ μὲν ἐπὶ ὀφθονὶ φῦλ' ἀνθρώπων.

Odís., lib. VII, v. 307.

(57.^a) Páj. 20. *¡Eurimedusa! replicó Demodoco, ¿que palabras son esas que han salido de tus labios? Hasta ahora te habia tenido por una mujer cuerda, etc.*

Οὐ μὲν νῆπιος ἦσθα, Βορβοριδὴν Ἐτρωεῦ,

Τὸ πρὶν ἄτάρ μὲν οὔν γε, πάϊς ὡς, νῆπια βάζεις

Odís., lib. IV, v. 31.

(58.^a) Páj. 21. *La ira, bien asi como el hambre, es madre de los malos consejos.*

Et malesuada fames.

Virg., VI, 276.

(59.^a) Páj. 21. *¿Quién ha de igualar á las Gracias, y en especial á la mas jóven, á la divina Pasitea?*

Los nombres ordinarios de las Gracias son Aglaé, Talia y Eufrosina. Homero llama Pasitea á la mas jóven, y en esto le ha seguido Estacio.

(60.^a) Páj. 21. *Orfeo, Lino, Homero, ó el anciano de Ascrea.*

Poetas bien conocidos. Hesiodo es el anciano de Ascrea.

Ascræumque cano romana per oppida carmen.

VIRG., JEORG., II, 176.

(61.^a) Páj. 21. *Filopémen y Polibio, amado de Caliope, hija de Saturno y de Astrea.*

Filopémen, el postrer griego, y Polibio, el historiador, eran de Megalópolis, en la Arcadia. Caliope, tomada aqui por la Historia, era hija de Saturno y de Astrea; es decir, del Tiempo y de la Justicia. He aqui el principio de la jenealogia del principal personaje que ha de representar á los héroes de la Grecia. El nombre de Eudoro se ha tomado de Homero. Eudoro era otro de los compañeros de Aquiles.

(62.^a) Páj. 22. *Dice, Irene y Eunomía.*

Nombres de las Horas, segun Hesiodo, quien no cuenta mas que tres. Las Horas eran hijas de Júpiter y Témis.

(63.^a) Páj. 22. *Un esclavo, tomando una jarra de oro y una palancana de plata, echó agua cristalina sobre las manos del sacerdote de Homero.*

Χέρνισα δ' ἀμφίπολος πρόκω ἐπέχευε φέρουσα

Καλῆ, χρυσεῖη, ὑπὲρ ἀργυρέοιο λείψτος.

Odys., lib. VII, v. 172.

(64.^a) Páj. 22. *En vano suplicó á la Noche que derramase sobre ella sus sombras apacibles.*

En las ediciones precedentes se leia la *ambrosía* de sus sombras, espresion griega, que yo habia intentado trasladar á la lengua francesa; pero, fuera de que no puede decirse *derramar* la ambrosia, me ha parecido que este jiro era algo afectado.

(65.^a) Páj. 22. *Fija en el eje las estrepitosas ruedas, etc.*

Η' ἔπ' δ' ἀμφ' ὀρέεσσι θοῶς βάλε καμπύλα κύκλα,
 Χάλκεα, διτάκνημα, σιδηρέω ἄξονι αμφίς,
 Τῶν ἦτοι χρυσέη ἴτις ἀφθίτος, αὐτὰρ ἱπερθεῖν
 Χάλκε' ἐπίσσωτρα προσαρρήοτα, θαῦμα ἰδέσθαι·
 Πλήμναι δ' ἀργύρου εἰσὶ περίδρομοι ἀμφοτέρωθεν
 Δίφρος δὲ χρυσεῖσιν καὶ ἀργυρέοισιν ἰμάσιν
 Ἐντέταται δοιαὶ δὲ περίδρομοι ἀντιγές εἰσιν·
 Τοῦ δ' ἔξ ἀργύρεος ῥυμὸς πέλεν αὐτὰρ ἐπ' ἄκρω
 Δῆσε χρύσειον καλὸν ζυγὸν, ἐν δὲ λέπαδνα
 Κάς' ἔβαλε, χρύσει' ὑπὸ δὲ ζυγὸν ἤγαγεν Ἡ' ρη
 Ἴππους ὠκύποδας, μεμαυῖ ἔριδος καὶ αὐτῆς.

ILIAD., lib. V, v. 722.

(66.^a) Páj. 23. *Era una copa de bronce, etc.*

Toda esa historia de la copa la he sacado de la *Iliada* y de la vida de Homero atribuida á Herodoto. El escudo de Ayaz era obra de Tiquio, armero de la ciudad de Hile. Homero se hospedó en casa de Creófilo de Sámos, y es sabido que Licurgo fue el primero que llevó á Grecia los poemas de Homero, que habia encontrado en casa de los descendientes de Creófilo.

(67.^a) Páj. 24. *Las Gracias decentes.*

Gratiæ decentes.

HOR., lib. I, ODA IV.

(68.^a) Páj. 24. *El velo blanco de las Musas, que brillaba como el sol, y que estaba guardado debajo de todos los demás, en una caja de madera aromática.*

Γῶν ἐν' αἰεραμένη Ἐκάθη φέρε δῶρον Ἀθήνη,
 Ὅς κάλλιστος ἐν ποικίλμασσιν, ἠδὲ μέγιστος,
 Ἀστὴρ δ' ὡς ἀπέλαμπεν ἐκεῖτο δὲ νεῖατος ἄλλων.

ILIAD., lib. VI, v. 293.

(69.^a) Páj. 24. *Sobre la cabeza llevaba una corona de papiro.*

Esta era la corona de los poetas.

(70.^a) Páj. 24. *Los dioses quisieron nacer entre los ejipcios, porque entre todos los hombres, son los que mas cultivan la gratitud.*

Platon es quien lo dice. Los ejipcios tenian una ley contra la ingratitude; pero esta ley se ha perdido.

NOTAS DEL LIBRO II.

Este segundo libro de los *Mártires* no ha sido criticado; al contrario, ha merecido jeneralmente los elojios de todos los censores. No obstante, hay algunas personas de buen gusto que prefieren el primero, por los recuerdos que ofrece de la antigüedad. Y en efecto, el libro primero me ha costado mas trabajo, y lo he corregido mas á menudo y con mayor esmero.

(1.^a) Páj. 25. *A la hora en que el majistrado, rendido de fatiga, deja gozoso el tribunal para ir á comer con su familia.*

—Η^τ μὲν δ' ἐπὶ δόρτον ἀνὴρ ἀγορήθεν ἀνέστη,
Κρίων νείκεα πολλὰ δικάζομένων αἰζήνων.

Onis., lib. XII, v. 439.

(2.^a) Páj. 25 *Entró para descansar en Figalea, célebre por el sacrificio de los orestasienses.*

Figalea, ciudad de la Arcadia, estaba fundada sobre la cumbre de un peñasco, bañado en su falda por un riachuelo llamado Limaz, que se perdía en el Neda. Los figalienses, arrojados de su país por los lacedemonios, consultaron al oráculo de Délfos, el cual respondió: »Lleven consigo los figalienses cien guerreros mozos de la ciudad de Orestasio: estos cien mancebos perecerán en un combate contra los espartanos, pero los figalienses reconquistarán su ciudad.» Los cien orestasienses se sacrificaron jenerosamente. (Pausanias, *in Arcad.*, cap. XXXIX).

(3.^a) Páj. 26. *El príncipe de la juventud, el mayor de los hijos de Anceo, etc.*

Acerca de los pormenores de este sacrificio homérico, véase el libro tercero de la *Odisea*, hácia el fin. El lomo de la víctima se ofrecía á la persona á quien quería hacerse mayor obsequio. Ulises lo sirvió á Demodoco, (libro VIII de la *Odisea*) en premio de sus cantos.

(4.^a) Páj. 26. *Los dones de Ceres, que Triptolemo dió á conocer al piadoso Arcas, reemplazan la bellota con que se mantenian en otro tiempo los pelasgos, primeros habitantes de la Arcadia.*

Pelasgo fue el primero que reinó en la Arcadia, y dió su nombre á su pueblo. De este Pelasgo fue hijo Licaon, trasformado despues en lobo. Licaon dejó una hija llamada Calista, que fue madre de Arcas. Este, instruido por Triptolemo, enseñó á sus súbditos á sembrar el trigo y alimentarse de él en lugar de la bellota. (Pausanias, *in Arcad.*, cap. I, II, III y IV).

(5.^a) Páj. 26. *Arrancaron la lengua de la víctima.*

Esta era la última ceremonia del sacrificio.

(6.^a) Páj. 27. *No le es licito entrar en los templos de los dioses al que va vestido de hierro.*

Y aun en ciertos templos al que llevaba oro, segun Plutarco. ¡Bella leccion! (*Moral. precept. administ. public.*)

(7.^a) Páj. 27. *Apenas la aurora iluminó con sus primeros rayos el altar de Júpiter que corona el monte Liceo, etc.*

En las primeras ediciones se leía: *el templo de Júpiter: en esto me habia equivocado. El monte Liceo era la montaña mas alta de la Arcadia, y llevaba el nombre de Monte sacro, porque Júpiter, segun los Arcades, habia sido criado allí. Habia en la cumbre de la montaña un altar dedicado á aquel dios, y desde este altar se descubria casi todo el Peloponeso. Los hombres no podian entrar en el recinto consagrado á Júpiter. Los cuerpos*

no proyectaban sombra alguna en aquel sitio, aunque los hiriese el sol, etc. (Pausanias, *in Arcad.*, capitulo XXXVIII; *los Viajes del Jóven Anacársis*, Véase *Arcadia*).

(8.^a) Páj. 27. *Se encamina hácia el templo de Eurinome, que está oculto en medio de un bosque de cipreses.*

Este templo estaba doce estadios mas abajo de Figalea, y un poco mas arriba de la confluencia del Limaz y del Neda: Eurinome era hija del Océano. La estatua de esta deidad estaba afianzada en el templo con una cadena de oro, y este templo no se abria sino una vez al año. (Pausanias, lib. VIII, *in Arcad.*, cap. XLI).

(9.^a) Páj. 27. *Pasa el monte Elayo, y deja atras la gruta donde Pan encontró á Cérés, etc.*

Elayo distaba treinta estadios de Figalea, hácia la derecha; y en esta montaña se hallaba la gruta de Cérés, llamada la Negra. Cérés, aflijida por el rapto de Proserpina, se vistió de negro, y se ocultó en la gruta del monte Elayo para desahogar su lloro. Perdianse los frutos y las mieses, los hombres morian de hambre, y los dioses no sabian donde se habia escondido la diosa. Pan, cazando en las montañas de la Arcadia, halló por fin á Cérés. Noticiolo á Júpiter, mandó éste que las Parcas fuesen á visitar á Cérés, y aquellas divinidades inexorables aplacaron con sus ruegos la ira de Cérés, logrando que restituyese á los hombres las cosechas. (Pausanias, lib. VIII, *in Arcad.*, cap. XLII).

(10.^a) Páj. 27. *Los viajeros atraviesan el Alfeo mas abajo de la confluencia del Gortinio, y bajan hasta las aguas cristalinas del Ladon.*

Todos los lectores han oido hablar del Alfeo y del Ladon: del primero, á causa de sus amores con Aretusa y de su paso por Olimpia; del segundo, á causa de la limpidez de sus aguas.

En el mes de Agosto de 1806, atravesé una de las fuentes del Alfeo, entonces seca, entre Leontari, Tripolitza y Misitra.

El Gortinio, dice Pausanias, es el rio mas famoso por la frescura de sus aguas. (Lib. VIII, cap. XXVIII).

Demodoco, saliendo de Figalea y bajando por el Alfeo, debia encontrar primero el Gortinio, y despues el Ladon.

(11.^a) Páj. 27. *Alli se ofrece á la vista un sepulcro antiguo, que las ninfas de las montañas habian rodeado de olmos.*

Ἡδ' ἐπὶ σῆμ' ἔρχεον δέ πελέας ἐφύτυσαν
 Νύμφαι ὄρεστιάδες.

ILIAD., lib. VI, v. 419.

(12.^a) Páj. 27. *Era el de Aglao de Sofis, aquel arcade pobre y virtuoso, etc.*

«Mostráronnos un pequeño campo y una choza muy reducida; alli vivia, hace algunos siglos, un ciudadano pobre y virtuoso, llamado Aglao. Sin temores, sin deseos, ignorado de los hombres, é ignorando lo que pasaba entre ellos, cultivaba sosegadamente su corta heredad, cuyos limites nunca habia traspuesto. Siendo ya muy entrado en días, Jijes ó Creso, poderoso rey de Lidia, envió unos embajadores al oráculo de Delfos, para que preguntasen si existia sobre la tierra un mortal mas dichoso que este principe. La Pitia respondió: Aglao de Sofis.» (*Viajes de Anacársis*, Arcadia). Vese, pues, que yo no he seguido esta historia, sino que he dispuesto á mi placer de la tumba de Sofis: bastábame que fuese la de un hombre cuerdo y venturoso, para que me pareciese bien colocada á la entrada de la heredad de Lasténes.

(13.^a) Páj. 28. *El traje que llevaba no se distinguia del de los filósofos griegos, sino en ser de una tela blanca bastante ordinaria.*

Es ocioso aqui hacer gala de vana erudicion, citando á los santos Padres y á los historiadores eclesiásticos, Eusebio, Sócrates, Zonaro, etc.: la autoridad de Fleuri, autoridad tan fiel como agradable, nos bastará para las costumbres de los cristianos.

»Los cristianos nunca usaban vestidos de colores demasiado vistosos: pero San Clemente de Alejandria recomendaba el blanco, como simbolo de pureza

Todo el exterior de los cristianos era severo y desaliñado, ó por lo menos, sério y sencillo. Algunos abandonaban el traje ordinario, y tomaban el de los filósofos, como Tertuliano y San Heráclas, discípulo de Orijenes.” (Fleuri, *Costumbres de los cristianos*).

(14.^a) Páj. 28. *Mécurio no salió mas á tiempo al encuentro de Priamo.*

(Véase la *Iliada*, lib. XXIV.)

(15.^a) Páj. 28. *Aquel palacio pertenece á Hiérocles.*

Esta no es una frase aventurada, pues he procurado, en cuanto me ha sido dable, que no entrase nada ocioso en mi composicion. Este palacio será con el tiempo el teatro de una de las escenas de la accion.

(16.^a) Páj. 29. *Luego que estuvieron en medio de los segadores, el desconocido dijo en alta voz: »¡El señor sea con vosotros!»*

»Et ecce, ipse veniebat de Bethlehem, dixitque messoribus: Dominus vobiscum. Qui responderunt ei. Benedicat tibi Dominus.” (RUTH., cap. II, v. 4).

(17.^a) Páj. 29. *Algunas espigaderas los seguian, recojiendo las numerosas espigas, etc.*

»Præcepit autem Booz pueris suis, dicens: Et de vestris quoque manipulis, projicite de industria, et remanere permittite, ut absque rubore colligat.” (RUTH., c. II, v. 15, 16).

(18.^a) Páj. 30. *Que triunfó de Carrausio, etc.*

En la narracion y en las notas á ella se verá quién era este Carrausio.

(19.^a) Páj. 30. *Menos hermoso que tú era Meleagro cuando cautivó los ojos de Atalanta.*

Homero sigue, en orden á Meleagro, una tradicion diferente de la de los demas poetas. Yo solo aludo aqui á la última. Meleagro era un héroe mozo, que dió la cabeza del jabali de Calidonia á Atalanta, hija de Jasio, rey de Arcadia. Su madre Altea le causó la muerte, echando al fuego el tizon á que estaba enlazada su vida. Es menester no confundir esta Atalanta con la que fue vencida por Hipoménes. Estacio dá á Atalanta un hijo, que fue con los siete caudillos al sitio de Tébas. (*Tebaida*, lib. IV).

(20.^a) Páj. 30. *Dichoso tu padre, dichosa tu madre, etc.*

Τρισμάκαρες μὲν σοὶ γε πατὴρ καὶ πότνια μήτηρ,
 Τρισμάκαρες δὲ κασίγνητοι...
 Κεῖνος δ' αὖ περὶ κῆρι μακάρτατος ἔξοχον ἄλλων,
 Ὅς κέ σ' ἔεδνοισι βρίσας οἴκον δ' ἀγάγηται.

Odys., lib., VI, v. 154, 158.

(21.^a) Páj. 31. *Yo aceptaré el regalo que me ofrecéis, sino ha servido para vuestros sacrificios.*

Todo lo que habia servido para los sacrificios de los paganos, era abominable á los ojos de los cristianos.

(22.^a) Páj. 31. *Yo no me acuerdo de haber visto el cuadro de una escena como esta, sino en el escudo de Aquiles.*

ILIAD., lib. XVII.

(23.^a) Páj. 31. *Estos segadores..... no son ya esclavos míos.*

Esta religion, contra la cual se ha declamado tanto, es sin embargo la que ha abolido la esclavitud. No es esto decir que todos los cristianos primitivos diesen libertad desde luego á sus esclavos; pero Lasténes seguia mas de cerca este espíritu evangélico, que ha roto las cadenas de una gran parte del jénero humano.

(24.^a) Páj. 32. *La verdad....., madre de la virtud.*

Algunos la hacen tambien madre de la justicia.

(25.^a) Páj. 32. *Caminante, los cristianos....*

Acerca de esta palabra *caminante*, contrapuesta á la de *extranjero*, séame licito insertar aqui un párrafo del *Jenio del Cristianismo*.

»El huésped desconocido es un extranjero en Home-ro, y un caminante en la Biblia. ¡Que diferentes miras de humanidad! El griego no trae mas que una idea política y local, donde el hebreo presenta un sentimiento moral y universal.»

(26.^a) Páj. 32 y 33. *Dios le dé siete veces la paz.*

Jiro hebreo. Los griegos y los romanos decian *terque quaterque*. Ya hemos visto un ejemplo de esto en la nota vijésima: Τρισ μύχαρες.

(27.^a) Páj. 33. *No con las alas de oro de Eurípides, sino con las alas celestiales de Platon.*

Plutarco habla de estas alas en su *Moral*; pero yo creo que se ha de leer: las alas de oro de Pindaro.

(28.^a) Páj. 33. *Dios me ha dado la direccion de estos bienes; Dios tal vez me la quitará: ¡bendito sea su santo nombre!*

»Dominus dedit, Dominus abstulit..... Sit nomen Domini benedictum!» (JOB., c. 1, v. 21).

(29.^a) Páj. 33. *El sol declinaba ya sobre las cimas de Foloe, etc.*

En el paraje donde coloco la escena: Lasténes descubria el monte Foloe al occidente, un poco hácia el norte; á Olimpia exactamente al ocaso; el Telfuso y el Liceo se hallaban detras de los espectadores hácia el oriente, y se coloreaban con los opuestos rayos del sol. Todas estas descripciones son verdaderas, y están muy lejos de ser nombres escritos á lo que saliere, sin miramiento á las situaciones jeográficas. Por lo demas, el

monte Foloe es una alta montaña de Arcadia, donde Hércules fue hospedado por el centauro Folo, quien dió su nombre á la montaña. Telfuso es otra montaña, ó mas bien una larga cordillera de tierra alta y peñascosa, donde estaba situada una ciudad del mismo nombre. (Véase á Pausanias, lib. VIII, *in Arcad.*, cap. XXV).

Ya he hablado en otra parte del Liceo, del Alfeo y del Ladon.

(30.^a) Páj. 34. *Oyeron el sonido de una campana.*

No empezó hasta la edad media el uso de las campanas en las iglesias; pero en la antigüedad, y sobre todo en Grecia y en Atenas, se servían de campanas y campanillas para un sin fin de usos caseros. He creído, pues, que podia llamar á la oracion á los cristianos griegos por medio del tañido de una campana. El entendimiento, acostumbrado á enlazar la idea del sonido de las campanas con el recuerdo del culto cristiano, se presta sin trabajo á este anacronismo, si es que lo sea.

(31.^a) Páj. 34. *Los dioses me libren... de despreciar las oraciones.*

Todos los lectores conocen la hermosa alegoría de las oraciones, puesta por Homero en boca de Fénix, ayo de Aquiles. Demodoco equivoca el sentido de las palabras de Lasténes, y le da un jiro conforme á la mitolojia. Ate, el mal ó la injusticia, era hermana de las litas, ó de las oraciones.

(32.^a) Páj. 35. *Señor, dignaos visitar nuestra morada, etc.*

En el día estamos tan poco enterados de las cosas relijiosas, que esta oracion habrá venido muy de nuevo á la mayor parte de los lectores: hállase sin embargo en todos los libros de la iglesia, solo con algunas leves diferencias. Dije ya, en el *Jenio del Cristianismo*, que entre todos los devocionarios de que usa el pueblo, no habia uno solo que no encerrase algun misterio sublime; cosa que el hábito en unos, y la impiedad en otros, no nos dejan observar.

(33.^a) Páj. 35. *El sirviente lavó los pies de Demodoco.*

La primera acción de la hospitalidad era lavar los pies á los huéspedes..... Si el huésped estaba en la plena comunión de la iglesia, oraban con él, y se le guardaba la atención de deferirle los principales encargos domésticos, como eran, dirigir la oración, ocupar en la mesa el asiento preferente, instruir á la familia..... Los cristianos ejercían la hospitalidad hasta con los infieles. (Fleuri, *Costumbres de los cristianos*).

(34.^a) Páj. 35. *Unas medidas de piedra, de la figura de una ara, adornadas con cabezas de león, etc.*

He visto en Roma, en el museo Clementino, unas medidas como las que aquí describo.

(35.^a) Páj. 36. *Lasténes les manda que preparen en la sala de los agapes una mesa, etc.*

Los agapes eran los banquetes de los primitivos cristianos. Habíalos de dos maneras: unos, hechos en común en la iglesia por todos los fieles; otros en las casas particulares.

(36.^a) Páj. 36. *Comida destinada para la familia.*

»Los cristianos comían mas bien pescado y volateria que carne: muchos se mantenían solamente de lacticios, de frutas ó legumbres.» (Fleuri, *Costumbres de los cristianos*).

(37.^a) Páj. 36. *Luego vieron entrar á un hombre de aspecto venerable, que debajo de un manto blanco llevaba el traje de pastor de almas.*

»Estando yo en mi casa, y habiéndome sentado sobre la cama, después de haber orado vi entrar á un hombre de rostro venerable, en traje de pastor, cubierto con un manto blanco, llevando un zurrón acuestas, y con un cayado en la mano.» (HER., lib. II).

(38.^a) Páj. 37. *Este era Cirilo, obispo de Lacedemonia.*

No es este ninguno de los santos conocidos con el

nombre de Cirilo. He buscado en vano un obispo de Lacedemonia de esta época, pero solo he encontrado un obispo de Atenas. Por lo demás, el retrato que he hecho de Cirilo es igual al de muchos eminentes obispos de aquel tiempo; y en toda su historia, en las cicatrices de su martirio, en la fuerza á que hubo de recurrirse para encumbrarle á la dignidad episcopal, todo es verdadero, menos el nombre.

Los fieles se prosternaban delante de los obispos, y les daban los nombres sagrados que la familia de Lasténes dá á Cirilo.

(39.^a) Pág. 38. *El ha prometido contarme su historia.*

Estas palabras sirven para enlazar la narracion de Eudoro con lo restante del poema. La promesa de Eudoro á Cirilo se supone anterior al principio de la accion. El ansia que tiene Cirilo de saber la historia de Eudoro, la justifican plenamente el carácter del obispo, el del penitente y las costumbres de los cristianos.

(40.^a) Pág. 38. *Durante una parte de la comida, Eudoro leyó..., etc.*

»Los cristianos hacian leer la sagrada Escritura, y cantaban himnos graves y espirituales, en vez de las canciones profanas y de las bufonadas que usaban los paganos en sus festines: pues los fieles no condenaban la música ni el regocijo, con tal que fuese santo.» (Fleuri, *Costumbres de los cristianos*).

(41.^a) Pág. 38. *Cimodocea temblaba.*

Primer hilo de una trama que va á estenderse por grados.

(42.^a) Pág. 39. *Se acabó la comida...; y luego fueron á sentarse á la puerta del verjel, en un poyo de piedra, etc.*

Esta costumbre antigua se lee en la Biblia y en Homero. Los jueces de Israel van á sentarse á las puertas de la ciudad, y Nestor se sienta á la puerta de su palacio en una pulida piedra. Todavía se descubre alguna huella de estas costumbres entre nuestros abuelos, en el siglo

de San Luis; esto es, en el de la relijion, del heroismo y de la sencillez.

(43.^a) Páj. 39. *El Alfeo..... corria por la parte mas baja de aquel verjel, y cubierto con la sombra de los árboles, precipitaba sus olas, que luego habian de coronarse con las palmas de Pisa.*

El Alfeo, que corria al principio por la Arcadia, entre verjeles, pasaba despues por la Elida en medio de triunfos. Lo demas de la descripcion, sobre todo relativamente á los animales y árboles de la Arcadia, se apoya en el testimonio de Pausanias, Aristóteles y Teofrasto, y en mis propias observaciones oculares. Ya es sabido que Mercurio construyó una lira con la concha de una tortuga muy grande que encontró en el monte Quelidore. Lo propio refiere Tounefort en orden á los rebaños de Creta, y al modo con que las cabras recojen la goma cisto.

(44.^a) Páj. 40. *La potencia... cuyas pisadas hacen saltar de gozo las montañas, como cuando retozan el tímido corderillo ó el morueco; admiraba aquella sabiduría que se encumbra como un cedro sobre el Líbano, ó como un plátano junto á la corriente de las aguas.*

»Montes, exultastis sicut arietes, et colles sicut agni ovium. (PSALM. CIII, v. 6).

»Quasi cedrus exaltata sum in Libano.

»Que platanus exaltata sum juxta aquam in plateis.»

(45.^a) Páj. 40. *Dejó á Clitemnestra un cantor divino.*
(Odisea, lib. IV).

(46.^a) Páj. 40. *Comenzó por el clojio de las Musas.*

Por lo que hace á todo el canto de Cimodocea, remito al lector á las *metamorfosis* de Ovidio, á la *Iliada*, á la *Odisea*, y á la *Vida de Homero* por varios autores. He admitido el certamen de la lira entre Homero y Hesiodo, aunque ya no se dude que estos dos poetas vivieron en

diferentes épocas. No se trata aquí de verdades históricas.

(47.^a) Páj. 43. *Las mismas Parcas vestidas de blanco, etc.*

Demodoco arregla todo esto algo á su modo. Platon, al fin del libro X de su *República*, es quien cuenta esta historia de las Parcas, bien que algo diferente de lo que está aquí. ¿Como no han visto este error los enemigos de los *Mártires*? ¡Que linda ocasion se les proporcionaba aquí de triunfo y pedanteria!

(48.^a) Páj. 43. *La paloma, que en los bosques de Creta llevaba al gran Jove la ambrosía.*

Júpiter, durante su niñez, fue alimentado en el monte Ida por una paloma que le llevaba la ambrosia.

(49.^a) Páj. 44. *Cantad los fragmentos de los libros santos, que nuestros hermanos los Apolinarios..., etc.*

Anacronismo. Los Apolinarios vivian en el reinado de Juliano, y durante la persecucion suscitada por este emperador, fue cuando pusieron en verso parte de los libros santos.

(50.^a) Páj. 45. *Cantó el nacimiento del caos.*

Para el canto de Eudoro, véase toda la *Biblia*.

(51.^a) Páj. 48. *Creyeron que las Musas y las Sirenas... etc.*

Las Sirenas, hijas del rio Aquelóo y de Caliope, desafiaron á las Musas á un certamen de canto, y habiendo sido vencidas, las despojaron las Musas de sus alas, de que se hicieron coronas. Los poetas varian en señalar el lugar que fue teatro de este certamen.

(52.^a) Páj. 48. *Pero apenas habia cerrado los ojos, cuando le asaltó un sueño.*

Este sueño es el primer presajio del desenlace. Suplico otra vez á los amigos del arte, que se dignen poner alguna atencion en la composicion de los *Mártires*: tal

vez hay en esta obra un trabajo oculto, que no es enteramente indigno de ser conocido.

NOTAS DEL LIBRO III.

Este libro de los *Mártires* es el que ha sido más censurado; y sin embargo me atrevó á decir que si alguna vez he escrito unas pocas páginas dignas de la atención del público, se encuentran en este mismo libro. Si se advierte cuan diferentes son los dos primeros del tercero, y cuanto difiere también el cuarto de los tres primeros, tal vez se juzgará que yo merecía ser tratado con más decoro. No se ha apreciado bastante la dificultad de un asunto que varia sin cesar de aspecto. El cuadro cabal del imperio romano, una acción grandiosa, y escenas de un mundo sobrenatural; he aquí el peso con que me ha sido fuerza cargar, sin que el lector sintiese lo árduo del camino.

Por lo demás, ya se ha visto de qué modo he sustituido, en este tercer libro, los discursos de las Potencias divinas. Las notas siguientes probarán que los críticos iban poco fundados en saber y en razón.

(1.^a) Pág. 50. *Las últimas palabras de Cirilo se elevaron al trono del Eterno. El Omnipotente aceptó el sacrificio.*

Primera transición de la obra. Se ha convenido en que ata naturalmente el fin del libro segundo con el principio del tercero, y no obstante abre una escena nueva, y produce un libro entero.

(2.^a) Pág. 50. *Va flotando la inmensa ciudad de Dios, cuyos portentos no acierta á describir la lengua de un mortal.*

»Captus est in paradisum: et audivit arcana verba, quæ non licet homini loqui.» (Epist. II., ad Corinth., c. XII, v. 4).

»Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.» (Ps. LXXXVI, v. 3).

(3.^a) Páj. 50. *El Eterno mismo puso sus doce cimientos, cercándola con aquella muralla de jaspe que el discípulo predilecto vió medida por el ángel con una medida de oro.*

Es muy singular que haya habido quien creyese, ó mas bien quien finjiese creer, que yo era el inventor de toda la *pedreria* que se ve en el libro tercero.

Un autor no puede emplear otros materiales que los que le suministra su mismo argumento. Si ha de hablar del Eliseo de los antiguos, no podrá introducir en él mas que el Leteo, bosques de arrayanes, una puerta de marfil y otra de cuerno: si describe un cielo cristiano, está aun mas estrechamente obligado á seguir las tradiciones y la Escritura. Entonces solo encuentra imágenes sacadas del oro, del vidrio, de los diamantes, y de todas las piedras preciosas: todo lo que de él puede exijirse, es que *sepa escoger con tino*. No hay mas que abrir *los Profetas, el Apocalipsis, y los santos Padres*, y se verá cuanto he tenido que separar, y los innumerables escollos que he evitado. Nunca habia hecho un trabajo tan penoso é ingrato. Por lo demas, el Tasso y Milton llenaron tambien su cielo de perlas y diamantes, lo mismo que yo. Estas, si puedo espresarme asi, son *riquezas* inevitables para el que haya de pintar un cielo cristiano. Voy á presentar aqui reunidas las autoridades que he seguido; y el lector juzgará por si mismo de la buena fe y de los conocimientos de mis enemigos.

»Et habebat (civitas Dei) murum magnum et altum, habentem portas duodecim...

»Et murus civitatis habens fundamenta duodecim... Et qui loquebatur mecum habebat mensuram arundineam auream ut metiretur civitatem.

»Et erat structura muri ejus ex lapide jaspide, ipsa vero civitas, aurum mundum simile vitro mundo.

»Et fundamenta muri civitatis omni lapide pretioso ornata. Fundamentum primum jaspis: secundum, saphirus, tertium, calcedonius: quartum, smaragdus.

»Quintum, sardonyx: sextum, sardius: septimum, chrysolithus: octavum, beryllus: nonum, topazius: de-

cimum chrysoprasus: undecimum; hyacinthus: duodecimum, amethystus.

»Et duodecim portæ, duodecim margaritæ sunt per singulas... et platea civitatis aurum mundum, tanquam vitrum perlucidum.» (Apocalyps., cap. XXI, v. 12, 14, 15, 18, 21).

»Et similitudo super capita animalium firmamenti, quasi aspectus crystalli...

»Et super firmamentum... quasi aspectus lapidis saphiri similitudo throni.» (Ezech., cap. I, v. 22, 26).

Veamos ahora lo que dicen los poetas:

Weighs his spread wings (Satan), at leisure to behold
Far off th' empyreal heav'n, extended wide
In circuit, undetermin'd square or round
With opal tow'rs, and battlements adorn'd
Of living saphir, once his native seat;
And fast by hanging in a golden chain,
This pendent world, in bigness as a star
Of smallest magnitude close by the moon.

MILTON, *P. L.* Book II, 1046.

Now in loose garlands thick thrown off, the bright
Pavement, that like a sea of jasper shone,
Impurpled with celestial roses smil'd.

Book III, 362.

Far distant he descries,
Ascending by degrees magnificent
Up to the wall of heav'n, a structure high;
At top whereof, but far more rich, appear'd
The work as of a kingly palace gate,
With frontispiece of diamond and gold
Embellish'd; thick with sparkling orient gems
The portal shone, inimitable on earth
By model, or by shading pencil drawn.

Book III, 301.

Veremos tambien mas adelante, en otra nota que el Tasso da á Miguel una armadura de diamante.

¿Que significan, pues, las chocarrerías que se han prodigado sobre la riqueza de mi cielo y la pobreza que predica mi Dios? ¿No me he mostrado yo mucho mas avaro de grandezas, que la Escritura y los poetas que

han descrito antes que yo la morada de los justos? Pero es muy probable que no era de mí de quien pretendían aquí burlarse; pues esto supondría en los críticos una ignorancia muy profunda, y yo los tengo por hábiles: quédense enhorabuena con su impiedad.

(4.^a) Páj. 50. *Revestida de la gloria del Altísimo, la invisible Jerusalem está adornada cual la esposa para su esposo.*

»Veni, et ostendam tibi sponsatam uxorem Agni.

»Ostendit mihi civitatem sanctam Jerusalem, descendentem de cælo à Deo." (Apocal., c. XXI, v. 9, 10).

(5.^a) Páj. 51. *Aquella arquitectura es viva.*

Milton dice también *living saphir*.

La ciudad de Dios es la esposa mística; descendiendo del cielo, &c. Todas estas piedras preciosas, se toman y deben tomarse en sentido alegórico. »Estas diversas bellezas, dice Sacy, representan los varios dones que Dios ha dispensado á sus elejidos, y los varios grados de la gloria de los santos. Muchos intérpretes aplican las propiedades de cada una de estas piedras á las virtudes de cada uno de los apóstoles." (Apocal., cap. XXI).

(6.^a) Páj. 51. *Un rio que nace en el trono del Omnipotente.....*

En las primeras ediciones se leía *cuatro rios*, con lo cual habia querido yo recordar el paraiso terrenal; pero esta vez me he atendido á una imájen mas fiel á la letra de la Escritura.

»Et ostendit mihi fluvium aquæ vitæ, splendidum tamquam crystallum, procedentem de sede Dei et Agni." (Apocal., cap. XXII, v. 1).

(7.^a) Páj. 15. *Y hacen crecer, con la vid inmortal, el lirio semejante á la esposa, y las flores que perfuman el tá-lamo del esposo.*

»Yo soy la verdadera vid." (Evanj).

»Botrus Cypri dilectus meus mihi, in vineis Engaddi." (Cant., c. I, v. 12).

»Sicut liliun inter spinas, sic amica mea inter filias.» (Cant., c. II, v. 2).

»Lectulus noster floridus.» (Cant., c. I, v. 16).

(8.^a) Páj. 51. *El árbol de la vida se levanta sobre la colina del incienso.*

»In medio plateæ ejus, et ex utraque parte fluminis lignum vitæ, afferens fructus.» (Apocalyps, c. XXII, v. 2).

La colina del incienso.

»Ad montem myrrhæ, et ad collem thuris.» (Cant., c. IV, v. 16).

Creo que en adelante no se me echarán en rostro descripciones, en las que no hay una sola palabra sin una autoridad. En estos pasajes tan cortos de la Escritura, me ha sido preciso hallar el jérmen de mi composicion y el colorido de mis cuadros; lo que no hubiera dejado de observar un crítico ilustrado, quien por lo mismo no se hubiera atrevido á zaherirme acerca de un caudal que no es mio.

Me han zaherido muy neciamente. No lo hicieron así los censores del *Jenio del Cristianismo*, quienes á lo menos eran literatos ilustrados, que sabian deslindar la obra de la materia.

(9.^a) Páj. 52. *Los dos antiguos progenitores del jénero humano.*

Esto es mio, y ha sido bien recibido.

(10.^a) Páj. 52. *La luz que ilumina aquellas afortunadas mansiones.*

Este pasaje sobre la luz del cielo ha sido jeneralmente aprobado. Dos comparaciones habia yo de temer: la una, con los versos de Virjilio acerca de los astros de los campos Eliseos; la otra, con el bellissimo trozo del Telémaco, sobre la luz de que se alimentan las sombras felices. Era preciso no asemejarse á estos dos modelos, y hallar alguna cosa nueva en un asunto tantas veces tra-

tado. Por lo demas, yo no me aparto nunca de las autoridades sagradas, segun se verá.

(11.^a) Pág. 52. *Sin que por esto asome ningun astro sobre el horizonte resplandeciente.*

»Et civitas non eget sole, neque luna, ut luceant in ea; nam claritas Dei illuminavit eam.» (Apoc., c. XXI, v. 23).

(12.^a) Pág. 52. *En los atrios de la ciudad Santa.*

Aqui comienza el trozo sobre las funciones de los ángeles y la bienaventuranza de los elejidos, el cual miran muchos criticos como lo mas pasadero de lo que he escrito hasta ahora.

En cuanto á las funciones de los ángeles, nada hay que añadir á la esplicacion que he dado acerca de esta maravillosa doctrina. Adviértase no obstante que tenemos la opinion formal de Orijenes en orden al oficio de aquellos, relativamente á las plantas, á las mieses, á los árboles, (*Cont. Cels.*, lib. VIII, páj. 398-9). En cuanto á la bienaventuranza de los elejidos, mi imaginacion se hallaba mas libre, y he podido, sin faltar á la relijion, abandonarme á mis propias ideas; pero aun en esto se verá que me he contenido en los justos límites de las autoridades.

(13.^a) Pág. 53. *Nacidos del aliento de Dios en diferentes épocas.*

Muchos santos Padres creyeron que los ángeles no habian sido todos criados de una vez, y yo he seguido esta opinion, la cual es conforme al mismo tiempo con el poder de Dios, siempre en accion. Segun San Juan Damasceno, hay varias opiniones sobre la época de la creacion de los ángeles. (*De Fide*, lib. II, cap. III). San Gregorio Nazianzeno cree que los ángeles se han multiplicado ú han sido multiplicados por Dios. (*De Hominis opificio*, página 90-91, tomo I).

(14.^a) Pág. 54. *El soberano bien de los elejidos.*

Me he preguntado á mi mismo cuál seria la suprema

felicidad, si estuviese en nuestra mano el afianzarla; y me ha parecido que se hallaría en la virtud, el heroísmo, el talento, la amistad jenerosa y el amor casto: todo esto reunido y prolongado sin fin. Tal vez me he equivocado, pero mi yerro es perdonable. Por lo demas, San Agustin apoyará lo que yo digo aqui sobre la amistad y la eternidad de la bienaventuranza.

»In æterna felicitate, quidquid amabitur, aderit; nec desiderabitur quod non aderit: omne quod ibi erit, bonum erit; et summus Deus summum bonum erit; et atque ad fruendum amantibus præsto erit; et quod est omnino beatissimum, ita semper fore, certum erit.» (Trinit., cap. VII).

(15.^a) Páj. 53. *Otras veces los predestinados, para glorificar mejor al Rey de los reyes, van recorriendo sus obras maravillosas.*

Toda la Escritura dice que los justos contemplarán las obras de Dios; y el abate Poule, siguiendo como yo esta idea, esclama:

»Ya no serán un arcano para nosotros estos innumerables seres, que por su distancia ó pequeñez están fuera del alcance de nuestros conocimientos; ni las diferentes partes que componen el vasto conjunto del universo, su estructura, sus relaciones, su armonia: ya no serán para nosotros unos enigmas estos juegos peregrinos, estos portentosos móviles que emplea la Providencia para la conservacion y propagacion de todos los seres.» (Sermon sobre el cielo).

Milton, que pintó las mansiones divinas en el momento de la creacion del mundo, no pudo representar la bienaventuranza de los Santos. He aqui el cuadro del cielo en la *Jerusalen*; el lector podrá comparar y juzgar:

Gli occhi frattanto alla battaglia rea
Dal suo gran seggio il Re del ciel volgea.

Sede a cola dond' egli e buono e giusto,
Da legge al lutto, e 'l tutto orna e produce;
Sovra i bassi confin del mondo augusto,
Ove senso o ragion non si conduce:

E dell' eternità nel trono augusto
 Risplendea con tre lumi in una luce.
 Ha sotto i piedi il Fato e la Natura,
 Ministri umili; e 'l moto, e chi 'l misura,

E 'l loco; e quella che, qual fumo o polve,
 La gloria di quaggiuso e l' oro e i regni,
 Come piace lassù, disperde e volve,
 Nè, Diva, cura i nostri umani sdegni.
 Quivi ei così nel suo splendor s' involve,
 Che v' abbaglian la vista anco i più degni.
 D' intorno ha innumerabili immortali,
 Disegualmente in lor letizia eguali.

Al gran concerto de' beati carmi
 Lieta risuona la celeste reggia.
 Chiama egli a se Michele, il qual nell' armi
 Di lucido diamante arde e lampeggia:
 E dice a lui: non vedi or come s' armi
 Contra la mia fedel diletta greggia
 L'empia schiera d' Averno, e insin del fondo
 Delle sue morti a turbar sorga il mondo?

Va; dille tu, che lasci omai le cure
 Della guerra al guerrier, cui ciò conviene;
 Nè il regno de' viventi, nè le pure
 Piagge del ciel conturbi ed avvelene.
 Torni alle notti d' Acheronte oscure,
 Suo degno albergo, alle sue giuste pene.
 Quivi se stessa, e l' anime d' Abisso
 Crucii. Così comando, e così ho fisso.

GIERUS. LIB., canto IX, stanz. 55.

Si yo hubiese escrito en un tono tan seco, si hubiese hecho hablar á Dios tan fria y largamente y con tan poca nobleza por tan poca cosa, ¡como me hubieran tratado! véase ademas el *Paraiso* del Dante. Me atrevo á decir que mis censores han dado su fallo sobre el libro tercero de los *Mártires*, sin el menor conocimiento de causa y sin la menor justicia. ¿Pero que importa? habian tomado ya su partido; y si hubiese sido menester, me hubieran declarado inferior á Chapelain y al Padre Le Moine.

(16.^a) Páj. 56. *Asaf*, que suspiró los dolores de *David*.

Asaf era el jefe de los músicos que debian cantar delante del Arca los salmos de *David*; compuso tambien

varios cánticos, y la Escritura le dá el nombre de profeta. (Véase D. Calmet).

(17.^a) Páj. 56. *Y los hijos de Coré.*

No se sabe si los hijos de Coré descendían de aquel Coré que pereció en su rebelión contra Moisés, ó si eran hijos de algun levita del mismo nombre. Sea lo que fuere, se les encuentra nombrados en el epigrafe de varios salmos; como debiendo cantarlos en el Tabernáculo. Los diversos instrumentos que doy á Asaf y á los hijos de Coré, parecen indicados por algunas palabras hebreas que están en el mismo epigrafe de los salmos.

(18.^a) Páj. 57. *Las fiestas de la antigua y nueva ley se celebran alternativamente.*

San Hilario dice positivamente que los ángeles celebran en el cielo diferentes solemnidades (*in Ps.*, p. 281). Teodoreto asegura que los ángeles llenan algunas funciones en los santos misterios (*de Hæres.*, lib. V, número 7). Milton ha seguido, como yo, esta opinion.

(19.^a) Páj. 57. *María...., está sentada sobre un trono de candor.*

Esta descripción se funda en una historia y en una doctrina cuyas autoridades nadie ignora.

(20.^a) Páj. 58. *Desde el Tabernáculo de María se pasa al santuario del Salvador de los hombres.*

Aquí se hallaban las cien gradas de rubies que han sujerido chistes tan delicados á algunos sugetos de talento y de buen gusto. Ya se ha visto en la nota tercera, que Milton puso tambien una grande escalinata de diamantes á las puertas del cielo, desde lo alto de la cual contempla Satanás por primera vez la nueva creacion: todo el mundo confiesa que este es uno de los mas bellos trozos de su poema. Asi es que las *Oraciones cojas deben de estar tambien muy fatigadas*, cuando entran en el *Paraiso* de Milton. Es muy triste el ver que la critica se menosprecie tanto. Por lo demas, he acabado de una

vez con estas chocarrerías, suprimiendo dos renglones que no contribuían á la belleza del texto.

(21.^a) Pág. 58. *Está sentado á una mesa mística: veinticuatro ancianos, etc.*

Nadie ignora que esta mesa y estos ancianos se encuentran en el *Apocalipsis*. Si se quiere formar una idea cabal de la elección que he hecho de materiales, léase en San Juan el mismo pasaje, y allí se verán cabellos de lana blanca, un mar de vidrio muy claro, animales raros, &c. Una crítica imparcial me hubiera elojado por lo que he omitido, al observar que no he empleado un solo rasgo que no sea conforme á las reglas del buen gusto. A la verdad, me avergüenzo de tener razón tan á menudo y tan completamente.

(22.^a) Pág. 58. *Junto á él está su carro viviente.*

»Totum corpus oculis plenum in circuitu ipsarum (rotarum) quatuor... spiritus vitæ erat in rotis (Ezech., cap. I, v. 18, 20). Species autem rotarum erat quasi visio lapidis chrysolithi.» (Cap. X).

Milton describió el carro del Mesías siguiendo esta autoridad.

(23.^a) Pág. 59. *Los elejidos caen como á difuntos ante su faz.*

»Cecidi ad pedes ejus tamquam mortuus. Et posuit dexteram suam super me, dicens: Noli timere: ego sum primus et novissimus.» (Apocal., cap. 1, v. 17).

(24.^a) Pág. 59. *Allí están ocultas las fuentes de las verdades incomprensibles.*

Yo no podía prescindir de hacer mención de estas altas verdades metafísicas que distinguen los dogmas cristianos de los ridículos misterios del paganismo, y que dan á nuestro cielo este aire de grandeza y de razón que tanto se hermana con el señorío del hombre. Esto lo han conocido todos los poetas que han escrito antes de mí; y por esto colocan, muy fuera del caso, el espacio, la du-

racion, &c., á los pies de Dios. Yo no sé si he procedido con más acierto.

(25.^a) Pág. 59 y 60. *El Padre..... tiene un compas en la mano, etc.*

Sigo en esto las ideas de los pintores y de los poetas. Se han tributado á Milton muchos elogios por haber imaginado el compas de oro con que Dios traza la creacion en medio de la nada; pero me parece que la idea primera es de Rafael, y creo que Milton la tomara en el Vaticano. Es sabido que este poeta viajó por Italia, y que estando en Roma, faltó poco para que una disputa en materia de relijion le acarrease graves desazones.

(26.^a) Pág. 60. *Cuando el unjido oyó los deseos de su venerable mártir, se inclinó ante el Arbitro de los humanos.*

Aqui empezaban, en las precedentes ediciones, los discursos de las potencias: el lector juzgará si he hecho una alteracion feliz. He tenido que conservar la sustancia de estos discursos, por ser ellos el eje sobre que gira toda mi máquina. Solo bajo este aspecto debieron examinarse; pero parece que los críticos ignoran las reglas de la composicion de una obra.

(27.^a) Pág. 61. *Es llegado el momento, en que los pueblos, sometidos á las benéficas leyes del Mesias, etc.*

Exposicion del asunto; causa de la persecucion.

(28.^a) Pág. 62. *Conocen despues los justos el holocausto exijido, y las condiciones que lo hacen grato al Altísimo.*

Eleccion del héroe y motivo de esta eleccion.

(29.^a) Pág. 62 y 63. *En él la relijion va á triunfar de la sangre de los héroes paganos y de los sábios de la idolatria; en él han de honrarse, por medio de un mártir olvidado de la historia, aquellos pobres ignorados del mundo.....*

Todo esto se ha añadido en atencion á la muy fundada critica de un hombre de talento, quien decia con razon que yo no habia insistido bastante en este concepto.

Por este medio, mi personaje imaginario adquiere toda la importancia necesaria á mi argumento.

(30.^a) Páj. 63. *Alma de todos los proyectos de los fieles, apoyo del príncipe que ha de destruir los altares de los dioses falsos, etc.*

He aquí trazado todo el papel de Eudoro, y formalmente anunciada la victoria de Constantino.

(31.^a) Páj. 63. *Conviene tambien que este cristiano..... haya escandalizado la iglesia.*

Preparacion á los errores del héroe.

(32.^a) Páj. 63. *El ángel del Señor le ha llevado de la mano, etc., etc.*

He aquí la narracion: la religion de Eudoro, sus viajes, Veleda, Pablo el ermitaño, &c.: he aquí sobradisimos motivos que autorizan al héroe á contar su historia, y he aquí sobre todo lo que ata esencialmente la narracion con la accion.

(33.^a) Páj. 64. *Esta víctima se sacará del rebaño inocente de las vírgenes, etc., etc.*

He aquí por qué Cimodocea es pagana, por qué es hija de Homero y sacerdotisa de las Musas, &c.: aquí puede observarse una alteracion de cuantía. Cimodocea no es pedida por un decreto irrevocable, no tendrá el mérito y el esplendor de la primera víctima; de este modo podré yo representar á la hija de Homero algo mas flaca segun la naturaleza, sin faltar á las exigencias de la religion, &c.

Pregunto si un juez equitativo y un hombre desapasionado pueden hacer alguna objecion razonable contra un pasaje que produce y justifica toda la obra? Una nueva frase introducida aquí sobre los ángeles: »Y les confia el ejercicio de su misericordia,» prepara al lector á la parte que tendrán los mensajeros de Dios en los sucesos venideros.

(34.^a) Páj. 65. *Las palmas de los confesores reverdecieron en sus manos.*

Este movimiento del cielo parece que ha agradado á algunos hombres de gusto, quienes han dicho que animaba mucho las últimas pinceladas del cuadro.

(35.^a) Pág. 65. *Entre Felicitas y Perpétua.*

Famosas mártires, que fueron espuestas, en el anfiteatro de Cartago, á una novilla enfurecida. Introduzco aqui de propósito á Perpétua, la cual volverá á aparecer en el desenlace, en el libro vijésimocuarto.

(36.^a) Pág. 65. *Los querubines ajitan sus alas impetuosas.*

»Et sonitus alarum cherubim audiebatur usque ad atrium exterius.» (Ezech., cap. X).

(37.^a) Pág. 66. *Que presentan á su bendicion dos túnicas nuevamente blanqueadas.*

Alusion á la catástrofe,

(38.^a) Pág. 66. *¡Gloria á Dios en las alturas del cielo!*

»Gloria in excelsis Deo, et in terrâ pax hominibus bonæ voluntatis..... Agnus Dei qui tollis peccata mundi.»

Si es fácil dar un aspecto ridiculo á las cosas mas graves, vese tambien que aun cuesta menos el dejar las cosas nobles de suyo en su propia nobleza. Muchos habrán leído tal vez este canto relijioso, sin sospechar siquiera que leian el *Gloria in excelsis*; ¡ tanta verdad es que la espresion lo hace todo! En lo restante del himno hay algunas imitaciones de los salmos, en particular del LXXII; pero tan edecuada á mi asunto, y mezcladas con mis propias ideas, que puedo reclamarlas como mias. El cántico es conducido de tal suerte, que se aplica á la próxima persecucion y á los destinos del mártir. »¡Oh! ¡ milagró de candor y de modestia! vos permitis á unas víctimas salidas de la nada que os imiten; y que se sacrificuen..... ¡ Dichoso aquel á quien se le perdonaron las iniquidades, y que encuentra la gloria en la penitencia! &c.» Asi, pues, nunca pierdo de vista el asunto principal.

NOTAS DEL LIBRO IV.

La narracion que comienza en este libro ha sido muy poco criticada. Ya creo haber probado que no hay ninguna epopeya en la que la narracion esté mas estrechamente enlazada con la accion.

(1.^a) Páj. 68. *Eudoro y Cimodocea..... ignoraban que en aquel momento los ánjeles y los santos tuviesen la vista fija en ellos.*

Segunda transicion de la obra, por cuyo medio vuelve á colocarse la escena sobre la tierra.

(2.^a) Páj. 68. *Asi visita el Dios de Nacor á los pastores de Canaan.*

Tetendit ibi (Abram) tabernaculum suum, ab occidente habens Bethel..... (Jénesis, XII, 8).

(3.^a) Páj. 68. *Luego que el gorjeo de las golondrinas, etc.*

Hæc pater Æoliis properat dum Lemnius oris.
Evandrum ex humili tecto lux suscitât alma,
Et matutini volucrum sub culmine cantus.
Consurgit senior, tunicaque inducitur artus.....
Necnon et gemini custodes lumine ab alto
Procedunt, gressumque canes comitantur herilem.
ÆNEID., VIII, 434.

Este pasaje es un remedo, ó mas bien una traduccion de Homero. Creo que mis censores deben estar ya desengañados acerca de mis supuestas imitaciones *directas*. Véase aun como me aparto aqui del orijinal.

Ὀὐκ οἶδ' ἔτι, ἀμὰ τῶγε δ' ὄω κίχες ἀργοὶ ἔποντο.

Odys., II, v. 11.

(4.^a) Páj. 69. *Asi condujo el arcade Evandro á Anquises.....*

Nam memini Hesiones visentem regna sororis
Laomedontiaden Priamum, Salamina petentem,
Protinus Arcadiæ gelidos invisere fines.....

Cunctis altior ibat

Anchises. Mihi mens juvenili ardebat amore
Compellare virum, et dextræ conjungere dextram:
Accessi, et cupidus Phenei sub mœnia duxi.

ÆNEID., VIII, 157, 162.

(5.^a) Páj. 69. *Así tambien el mismo Evandro, desterrado á las orillas del Tiber, recibió al ilustre hijo de su antiguo huésped.*

Cum muros, arcemque procul, ac rara domorum
Tecta vident, quæ nunc Romana potentia cœlo
Æquavit; tum res inopes Evandrus habebat.....

ÆNNID., VIII, 98.

Ut te, fortissime Teucrum,

Accipio agnoscoque libens! ut verba parentis
Et vocem Anchisæ magni vultumque recorder.

ÆNEID., VIII, 154.

(6.^a) Páj. 70. *Ata á sus pies unos borceguiles galos, hechos de la piel de una cabra silvestre; oculta su cilicio bajo la túnica de cazador; cúbrense las espaldas y el pecho con la piel de una cierva blanca.*

Todavía se ve aquí á Evandro y á Telémaco; pero todo difiere en la pintura.

Et Tyrrhena pedum circumdat vincula plantis.
Tum lateri atque humeris tegæum subligat ensem.
Demissa ab læva pantheræ terga retorquens.

ÆNEID., VIII, 458.

Ω'ρνυτ' ἄρ' ἐξ εὐνήφιν Ὀδυσσεὺς φίλος υἱός,
Εἶματα ἑσσήμενος· περὶ δὲ ξίφος δέξῃ θέτ' ὦμων,
Ποσσὶ δ' ὑπὸ λιπαροῖσιν ἐδήσατο καλὰ πέδιλα.

ODIS., II, v. 2.

(7.^a) Páj. 70. *Lleva colgando de la derecha una de aquellas coronas de granos de coral con que adornaban las vírgenes mártires su cabellera cuando caminaban á la muerte.*

Muchos griegos llevan todavía actualmente un rosario en la mano. Era bastante árduo espresar un rosario en estilo noble; y yo no sé si he acertado. El orijen de los rosarios dispierta, segun se ve, un concepto tierno; y era en efecto, como lo digo en el texto, una especie de corona que llevaban las cristianas cuando iban al martirio. Mas adelante se hizo de él un adorno para las imájenes de la Virjen, ó un *ex-voto* con el cual se rezaban algunas oraciones. De ahí viene el nombre que se da todavía al rosario en italiano, *corona*: en idioma latino se llama *beatæ Virginis corona*. Por lo demas, el uso de los rosarios es muy posterior al siglo cuarto; pero he creido que me era licito colocar aquí su orijen.

(8.^a) Pág. 70. *Como un soldado cristiano de la lejion tebana.*

La lejion tebana, que se componia toda de cristianos, recibió la muerte por órden de Maximino, cerca de Agauno, en los Alpes. De ella volveremos á hablar en otra parte.

(9.^a) Pág. 70 y 71. *Le dijo: »Eudoro, vos sois el objeto de la curiosidad de la Grecia cristiana.*

Bien se dejan conocer todas las precauciones que tomo para motivar la narracion, que ya lo está plenamente en el cielo.

(10.^a) Pág. 71. *Sábio anciano, cuyo hábito indica un pastor de hombres.*

No me atrevo á confesar mi flaquéza por Demodoco. Comparando su dolor con el de Priamo, ¿se halla acaso su gozo enteramente desnudo de aquella sencillez antigua que tanto nos embelesa en Homero? Y lo que dice aquí Demodoco, por ejemplo, ¿pasaria por ventura en boca de Nestor por una insípida habladuría?

(11.^a) Pág. 71. *Contempla con placer su timon.....*

Los antiguos, cuyos bajeles solo eran unas grandes barcas, no salian del puerto durante el invierno, y se llevaban á sus casas el timon y los remos de sus galeras.

Ὅπλα δ' ἐπάρμενα πάντα τεῶ ἐνικάθρο οἴκῳ,
 Εὐκόσμως στολίσας ὑδὲς πτερὰ πρῶτοπόροιο.
 Πηδάλιον δ' εὐεργέτης ὑπὲρ γαπνοῦ κρεμάσασθαι.

HESIOD., *Opera et dies*, v. 625.

Invitat genialis hiems, curasque resolvit:
 Ceu pressæ cum jam portum tetigere carinæ,
 Puppibus et læti nautæ imposuere coronas.

GEORG., I, v. 302.

(12.^a) Páj. 72. *De aquellos añosos árboles que los pueblos de la Arcadia creían ser sus antepasados.*

Los arcades pretendían que eran hijos de la tierra, ó que habían nacido de las encinas de su país.

(13.^a) Páj. 72. *Alli era donde Alcimedonte cortaba en otro tiempo la madera de haya....*

Pocula ponam

Fagina, cœlatum divini opus Alcimedontis;
 Lenta quibus torno facili superaddita vitis,
 Diffusos hedera vestit pallente corymbos.

VIRG., *Bucol.*, III, 36.

(14.^a) Páj. 72. *Alli era donde se veía también la fuente Aretusa y el laurel que encerraba á Dafne bajo su corteza.*

Todos saben la historia de Aretusa y de Alfeo. No es menos conocida la de Dafne; pero esta última, cuya escena se supone á las orillas del Peneo, es contada de modo diverso por Pausanias, quien la coloca en Arcadia. (Véase á Pausanias, VIII, 20, y Barth, *Viajes de Anacársis*, cap. LII).

(15.^a) Páj. 72. *Un barquichuelo largo, de un solo tronco de pino.*

Estas piraguas están todavía en uso en las costas de la Grecia; y se les dá un nombre que espresa su especie, *monoxilon*.

(16.^a) Páj. 72. *Arcades, ¿ que se ha hecho aquel tiempo en que los atridas tenían que prestaros embarcaciones para*

ir á Troya? ¿aquel tiempo en que vosotros confundiais el remo de Ulises con el aventador de la rubia Cérés?

Homero, al hacer la enumeracion del ejército de los griegos, dice que Agamenon habia prestado embarcaciones á los arcades para trasportarlos á Troya, porque aquel pueblo ignoraba el arte de la navegacion (*Iliada* II). Ulises, de regreso á su patria, cuenta á Penélope que no se han acabado aun sus viajes, y que, con el remo en la mano, ha de recorrer la tierra hasta que llegue á un pais cuyos habitantes ignoren la existencia del mar. Este pueblo, al ver el remo de Ulises, ha de exclamar: *¡He aqui el aventador de Cérés!* Ulises terminará sus viajes en este lugar, hincará en el suelo su remo, y hará un sacrificio á Neptuno (*Odisea*, XXIII).

Esta historia del aventador de Cérés ha sido objeto de muchos comentarios. ¿Que pais ha querido indicar Homero con esta circunstancia? Yo me he atrevido á aplicarla á la Arcadia, y he aqui la razon.

Homero ha dicho ya, segun hemos visto, que los arcades se dedicaban tan poco á la marina, que Agamenon les prestó embarcaciones. Léese ademas en Pausanias este notable pasaje: «En la cumbre del monte Bóreas (en Arcadia) se descubren algunas ruinas de un antiguo templo que edificó Ulises en loor de Minerva y de Neptuno, despues de haber vuelto de Troya.» (Pausanias, VIII, 44). Compárese este pasaje con los de la *Iliada* y de la *Odisea*, arriba citados, y tal vez se hallará bastante probable mi conjetura; á lo menos podrá servir para esplicar un punto de antigüedad muy curioso, hasta que otro lo haga con mas acierto.

(17.^a) Páj. 73. *Por parte de madre descendiendo yo de aquella piadosa mujer de Megara que enterró los huesos de Focion bajo su hogar.*

»Sus enemigos (de Focion) lograron del pueblo una orden para que el cuerpo de Focion fuese desterrado, y conducido fuera de los limites de la Atica, y para que ningun ateniense proporcionase fuego para honrar con una pira sus funerales: por esto ninguno de sus amigos

se atrevió ni siquiera á tocar su cuerpo. Pero un hombre llamado Cnopion, acostumbrado á ganar el sustento con esta especie de empleos fúnebres, cargó con el cadáver por algunas monedas que le dieron, lo llevó mas allá de las tierras de Eleusis, y habiéndose proporcionado lumbre en las de Megara, hizo una pira y lo quemó. Una señora de Megara, que con sus criadas asistió casualmente á estas exequias, le erigió en el mismo sitio un sepulcro vacío, sobre el cual hizo las efusiones acostumbradas; y envolviendo con sus mismas ropas los huesos que cuidadosamente había recojido, los llevó de noche á su casa, y los enterró bajo su hogar, dirigiéndole estas palabras: «Mi caro hogar, yo te confío y deposito en tu seno estos preciosos residuos de un hombre de bien: guárdalos fielmente, para volverlos un día al sepulcro de sus antepasados, cuando sean mas cuerdos los atenienses.» (PLUT., *Vida de Focion*).

(18.^a) Páj. 73. *Filopémen fue uno de mis antepasados por línea paterna.*

No insistiré ya mas sobre el nacimiento de Eudoro; ya que en el libro del cielo (lib. III), y en las notas sobre el mismo, se ha visto ya bastante por qué motivo descende Eudoro de los principales griegos.

(19.^a) Páj. 73. *Nuestra patria moribunda, para no desmentir su ingratitud, mandó beber el veneno al postrer héroe que tuvo. El jóven Polibio, rodeado de una pompa que enternecia, trasladó despues desde Mesenia á Megalópolis los restos de Filopémen.*

«Cuando el ejecutor bajó al calabozo, Filopémen estaba acostado sobre su manto, sin dormir, y embebido en su dolor y tristeza. Luego que vió luz, y junto á sí á aquel hombre con una lamparilla en una mano y una copa de veneno en la otra, se levantó, aunque con trabajo, á causa de su mucha debilidad, se incorporó, y tomando la copa, preguntó al ejecutor si tenia alguna noticia de sus compañeros, y particularmente de Licortas. El ejecutor le respondió, que habia oído decir que

casi todos se habían salvado. Filopémen le dió las gracias con un movimiento de cabeza; y mirándole con dulzura, le dijo: «Tú me has dado una buena noticia; ya no soy enteramente desgraciado.» Y sin añadir mas, sin arrojar el menor suspiro, apuró el veneno, y volvió á tenderse sobre su manto.....

»Los arcades vengaron la muerte de Filopémen, y trasladaron á Megalópolis las cenizas de aquel hombre ilustre.

»Después de haber quemado el cuerpo de Filopémen, recojido sus cenizas, y encerrádaslas en una urna, se pusieron en marcha para Megalópolis. Esta marcha no se hizo tumultuosamente, sino con mucho orden, y mezclando con el acompañamiento fúnebre una especie de pompa triunfal. Iban delante los infantes, ceñidas las cabezas de coronas, y todos derramando lágrimas. Después de esta infantería, seguían los enemigos cargados de cadenas. Venía luego el hijo del jeneral, el jóven Polibio, llevando en sus manos la urna que contenía las cenizas, pero tan cubierta de cintillas y de coronas, que casi no se veía. Alrededor de Polibio marchaban los mas nobles y distinguidos entre los acheos. Cerraba el acompañamiento toda la caballería, magníficamente armada y soberbiamente montada, sin dar muestras de mucho abatimiento por tan gran duelo, ni de un desmedido regocijo por semejante victoria. Todos los habitantes de las ciudades y aldeas circunvecinas salían á recibir esta pompa fúnebre, como salían en otro tiempo á recibir al mismo Filopémen para obsequiarle y victorearle, cuando volvía triunfante de sus expediciones; y después de haber saludado y tocado respetuosamente su urna, seguían el acompañamiento.» (Plutarco, *Vida de Filopémen*).

(20.^a) Pág. 73 y 74. *Se parece á aquella estatua de Temístocles, cuya cabeza han cortado los atenienses de nuestros días, para poner en su lugar la de un esclavo.*

Pausanias habla de algunas estatuas de los grandes hombres de Atenas, que habían sido mutilados en su tiempo, para colocar sobre sus bustos la cabeza de un

liberto ú de un atleta. Esto me ha inspirado la comparacion.

(21.^a) Pág. 74. *El jefe de los acheos no pudo reposar tranquilamente ni aun en su tumba.*

»Muchos años despues, en los tiempos mas calamitosos de la Grecia, cuando Corinto fue incendiada y destruida por el procónsul Mumio, un calumniador romano procuró por todos los medios posibles, que fuesen derribadas (las estátuas de Filopémen), y aun persiguió criminalmente al mismo Filopémen, como si viviese todavía, acusándole de haber sido enemigo de los romanos, y de haberse mostrado siempre contrario á ellos en todas ocasiones. El asunto fue llevado al consejo ante el procónsul Mumio. El calumniador espuso todos los cargos, y desplegó todos los medios que tenía para justificarlos; pero despues que Polibio hubo respondido para refutarle, ni Mumio ni sus ministros quisieron mandar ni permitir que se destruyesen los monumentos de la gloria de aquel hombre esclarecido, á pesar de que habia opuesto un dique á los progresos de Flaminio y de Acilio.» (Plutarco, *Vida de Filopémen*).

(22.^a) Pág. 74. *Exijieron que en adelante fuese enviado á Roma el hijo mayor de mi familia.*

He aquí el fundamento de toda la narracion, y el origen de todas las aventuras de Eudoro.

(23.^a) Pág. 74. *Otras en otro terreno que poseemos al pie del Taijeto, en la costa del golfo de Mesenia.*

En esta circunstancia, frivola al parecer, se ve el cuidado que he puesto en guardar la verosimilitud. Por medio de aquella se justifica el encuentro de Cimodocea y de Eudoro, pues este volvía de sus campos de Mesenia cuando encontró á la hija de Homero. Mas adelante se verá que Eudoro, al alejarse de las costas de Grecia, contemplaba de lejos los árboles de la heredad paterna, lo que no fuera posible, si no hubiese poseido bienes á orillas del mar.

(24.^a) Páj. 75. *La religion cubria mi alma con la sombra de sus alas, y como á una flor delicada, le impedía que saliese de su capullo prematuramente, y prolongando la ignorancia de mis tiernos años, parecia añadir inocencia al mismo candor.*

Un crítico, lleno por otra parte de induljencia y de urbanidad, ha citado esta frase como reprehensible; y confieso que esto me ha causado mucha estrañeza. He consultado con buenos jueces, y jueces al mismo tiempo muy severos; y todos me han aconsejado unánimemente que dejase este lugar tal como se halla.

(25.^a) Páj. 75. *Al puerto de Féres.*

He hablado ya de Féres con ocasion del arco de Ulises. Tambien en Féres fue hospedado Telémaco por Diocles, cuando el hijo de Ulises fue á pedir noticias de su padre á Menelao. (*Odisea, III.*)

(26.^a) Páj. 76. *La isla de Tegánusa.*

Situada en la punta de la Mesenia: es una de las islas *OEnussa*, que forman en el dia los grupos de la *Sapienza* y de *Cabrera*, desde Modon hasta la punta del golfo de Coron. Yo recalé en *Sapienza*. (Véase á D'Anville).

(27.^a) Páj. 76. *Hácia la boca del Simois, al amparo del sepulcro de Aquiles.*

La vista de este sepulcro me quitó la calentura, como ya lo conté en un extracto de mi *Viaje*, que se insertó en el *Mercurio*. Puede consultarse, acerca de este sepulcro, el viaje de Mr. Lechevalier. He aquí unos versos muy hermosos; es verdad que son de mano maestra.

Ἀμφ' αὐτοῖσι δ' ἔπειτα μέγαν καὶ ἀμύμονα τύμβον
 Χεύαμεν Ἀργείων ἱερὸς στρατὸς αἰχμητῶν
 Ἀχτῆ ἐπὶ προὔχουσῃ, ἐπὶ πλατείῃ Ἑλλησπόντῳ·
 Ὡς κεν Τηλεφάνης ἐκ ποταφῶν ἀνδράσιν ἱερῶν
 Τοῖς οἱ νῦν γεγάασι, καὶ οἱ μετόπισθεν ἔσσονται.

Odys., lib. XXIV, v. 80.

Fuerza es confesar que las pirámides de los reyes egipcios valen poquisimo, si se comparan con la gloria de esta tumba de césped celebrada por Homero, y alrededor de la cual corrió Alejandro.

(28.^a) Pág. 76. *Pero un céfiro constante.*

El céfiro se toma aqui, como en la antigüedad, por el viento de poniente, que reina durante la primavera en el Mediterráneo.

(29.^a) Pág. 76. *Unas veces nos arrojaba á las costas de la Eólida.*

La Eólida ocupaba toda la costa que se estiende desde Esmirna hasta Adramiti. Yo he atravesado por tierra este hermoso pais, yendo de Esmirna á Constantinopla. El segundo tomo del *Viaje* de Mr. de Choiseul, nada deja que desear acerca de la descripcion de aquellos sitios famosos.

(30.^a) Pág. 77. *Esta montaña..... debia servir de estatua á Alejandro; aquella otra montaña es el Olimpo, etc., hasta el aparte.*

Nadie ignora que un escultor propuso hacer del monte Atos una estatua de Alejandro. — El Olimpo, Tempe, Delos y Naxos, son muy conocidos para hablar de ellos. — Cecrope, egipcio, primer lejislador de Atenas. — Platon daba lecciones á sus discipulos en el cabo Sunio. — Demóstenes, para acostumbrarse á hablar delante del pueblo, arengaba á las olas del mar. — Bañándose un dia Frine á la orilla del mar, cerca de Eléusis, los atenienses la tuvieron por la diosa Vénus.

(31.^a) Pág. 77. *En frente de nosotros estaba Ejiná, etc.*

Puede leerse la carta de Sulpicio á Ciceron (lib. IV, Epist. V, *ad Familiares*), de la cual es una imitacion este pasaje.

(32.^a) Pág. 78. *En Babilonia habia visto á Corinto.*

El mismo crítico que ha desaprobado la frase citada en la nota 24, encuentra tambien esta reprehensible. Sin

embargo, me han aconsejado que la dejase como está. En efecto, la osadía del jiro se salva por medio de la cláusula precedente: *yo me habia sentado ya con el profeta*, etc. Yo no he procurado imitar á Bosuet, y creo que no hay que imitar ni á este grande escritor, ni á ningun autor moderno. Solo los antiguos son modelos, y solo ellos deben ser constantemente el objeto de nuestros estudios y esfuerzos. Por lo demas, habia una falta de memoria ó un error de imprenta en el modo con que se habia citado mi frase, pues se leia: *en Corinto habia visto á Babilonia*, lo que es muy diferente.

(33.^a) Pág. 78. *Vimos salir repentinamente... una teoría.*

Gracias á los *Viajes de Anacársis*, todos saben en el dia que una teoría quiere decir una procesion ó pompa religiosa.

(34.^a) Pág. 79. *En Brindis me esperaban nuevas conmociones, etc.*

Brindis, en otro tiempo Brundisium, célebre por la muerte de Virjilio. Horacio hizo un viaje á esta poblacion, y no es lo mejor que él hizo. — La via Apia, camino que conduce desde Roma á la punta de Italia. Todavía se ven residuos de ella entre Nápoles y Roma. — Apulia, en el dia la Pulla. — Anjur, hoy Terracina. — El Foro y el Capitolio son bien conocidos. — El barrio de las Carenas:

Passimque armenta videbant
Romanoque foro, et lautis mugire Carinis.
ÆNEID., VIII, v. 306.

— El teatro de Jermánico, cerca del Tiber: todavía se ven sus ruinas. — El circo de Neron, á la derecha del Foro, viniendo del Capitolio. — El panteon de Agripa existe todavía, y es el monumento mas elegante de Roma antigua y de Roma moderna. Yo lo admiraba mucho mas antes de haber visto las ruinas de Aténas.

(35.^a) Pág. 80. *Los corpulentos bueyes del Clitumno arastraban al foro la antigua carreta del Volso.*

Se ha dicho que este Volsco habia comprado sin duda en la feria estos bueyes del Clitumno. Yo lo paso, y nada tiene esto de imposible.

(36.^a) Páj. 81. *En el Capitolio vi el plano de la ciudad eterna, trazado sobre rocas de mármol.*

Todavía existe este plano. Despues de haber visto la ciudad entera, tal vez no será desagradable el ver sus ruinas, cuya pintura se lee en mi carta á Mr. de Fontanes.

(37.^a) Páj. 82. *El retórico Euménés.*

Uno de los sábios de aquella época. Era natural de Autun; aunque oriundo de Grecia. Restableció las escuelas de las Galias. Nos queda de él un panejirico pronunciado delante de Constantino. (Véase *Penegy, veter.*) En las primeras ediciones hacia yo estudiar á Euménés bajo un discípulo de Quintiliano, lo que no podia suceder en el orden de los tiempos. Ahora he puesto: »con el hijo de un alumno,» lo que es conforme á la verdadera cronolojia.

(38.^a) Páj. 82. *Agustin, Jerónimo y el príncipe Constantino.*

Anacronismo. Por lo demas, todos los caractéres que aqui pinto, San Jerónimo, San Agustin, Constantino, Diocleciano y Galerio, son conformes á la verdad histórica.

(39.^a) Páj. 83. *¡Dichoso él, como no se deje llevar de aquellos ímpetus de ira!*

Alusion al asesinato de su mujer y de su hijo.

(40.^a) Páj. 84. *Esta conformidad de situaciones, aun mas que la de la edad, decidió de la inclinacion del jóven príncipe á mi favor.*

Principio de la amistad de Eudoro y Constantino, que ha de influir tanto en la accion de la obra y en los destinos de mi héroe.

(41.^a) Páj. 86. *Armentario.*

Pastor.

(42.^a) Páj. 87. *Un ciego furor contra los cristianos.*

Toda la página que sigue va preparando la acción. *Causa del odio de Galerio contra los cristianos; proyecto de usurpar el imperio, &c.* Vese, pues que la narración está estrechamente enlazada con la acción.

(43.^a) Páj. 87. *El primer oficial de su palacio es Doro-teo, etc.*

Este personaje es histórico: era cristiano, y sufrió el martirio con otros muchos oficiales de palacio.

(44.^a) Páj. 89. *Unos se ocupan de veras en formar una ciudad, etc.*

Todas las locuras reunidas aquí no son atribuidas gratuitamente á los falsos sábios. Plotino, por otra parte muy hombre de bien, quiso que el emperador Galiano edificase una ciudad; y Porfirio buscó los arcanos de la naturaleza en los misterios del Egipto. Las sectas que todo lo veían en el pensamiento ó en la materia, eran los Platónicos y los Epicúreos; los que predicaban la república en el seno de la monarquía llegaron hasta á atacar á Trajano, que se vió obligado á echarlos de Roma; los que, á imitación de los fieles, querían enseñar la moral al pueblo, se señalaron particularmente en el reinado de Juliano. «Todo estaba lleno de filósofos, dice Fleuri (*Costumbres de los cristianos*), que hacían gala de practicar la virtud y de enseñarla. Hubo además muchos en aquellos primeros siglos de la iglesia que, tal vez á imitación de los cristianos, recorrieron el mundo, pretendiendo reformar el género humano.» Todo, pues, es aquí histórico. Las locuras humanas se han repetido más de una vez, y muy á menudo creemos leer la historia de nuestros males en la de los hombres que ya pasaron.

(45.^a) Páj. 89. *Hiérocles marcha al frente de todos ellos.*

Respecto á Hiérocles, véase el prólogo.

(46.^a) Páj. 91. *Una ofensa que me hizo Hiérocles.*

Principio de la enemistad entre Eudoro y Hiérocles.

(47.^a) Páj. 92. *Marcelino, obispo de Roma.*

Marcelino era pontífice en aquella época; mas yo no le doy este título en el texto, porque los papas no lo usaban aun exclusivamente. Marcelino ocupó la sede pontificia por espacio de un poco mas de ocho años. Los Donatistas le acusaron de haber sacrificado á los idolos durante la persecucion; pero San Agustin le justificó en su obra contra Petiliano. Las actas del concilio de Sinesa son apócrifas.

(48.^a) Páj. 92. *Donde estaba el sepulcro de San Pedro y San Pablo.*

Esto es, en el Vaticano, junto á la Basilica de San Pedro.

(49.^a) Páj. 92. *Alli se encontraban Pafnucio, el de la alta Tebaida, etc.*

Todos estos nombres traen consigo su comentario. Todos estos héroes, de los cuales ha puesto muchos la iglesia en el número de los santos, vivian en esta época, y concurrieron al concilio de Nicea. Puede observarse ademas que lo que falta en la narracion de Eudoro relativamente á la pintura del estado del cristianismo sobre la tierra, se halla aqui. Eudoro no habla de las iglesias de Persia y de la India, por donde no ha viajado. Los iberos, de que se hace mencion en este pasaje, no son los españoles, sino unos pueblos situados entre el Ponto Euxino y el mar Caspio. Tambien está indicada en este cuadro la posicion de la iglesia respecto á las herejías.

(50.^a) Páj. 93. *Y bendecian la ciudad y el universo.*

Coloco aqui el orijen de una ceremonia patética, que se practica todavia en nuestros tiempos: *urbi et orbi*.

(51.^a) Páj. 94. *Suspiraba interiõrmente por los plátanos de Fronton, y por el pórtico de Pompeya ó el de Livia, etc*

Habia en Roma unos jardines públicos, conocidos bajo el nombre de Fronton: véase á Juvenal. — El pórtico de Pompeya y el de Livia son célebres en el *Arte de amar* de Ovidio.

(52.^a) Pág. 95. *Cerrose ante mí la puerta santa.*

Todo el mundo ha notado esta escena, de donde va á salir la accion entera.

(53.^a) Pág. 96. *Al anfiteatro de Vespasiano.*

Hoy dia el coliseo. Véase la pintura de estas ruinas en la carta á Mr. de Fontanes, citada mas arriba (nota 36).

(54.^a) Pág. 96. *Es fuerza que este pueblo, aun en medio de sus miserias, ponga la mano en todas las obras grandiosas.*

Esta es otra frase desaprobada por el crítico que desaprobó las otras dos (notas 22 y 23). Por lo tocante á ésta, la cual por una grave fatalidad no se habia citado aun exactamente en el periódico, no sé que decir. He visto discordes las opiniones, pero me parece que las autoridades preponderantes me son favorables. En todo caso, si esta frase es dudosa, es la única que hay de esta especie en los *Mártires*.

(55.^a) Pág. 97. *Las fieras..... rujian espantosamente.*

Presajio que me ha parecido propio para despertar el temor y la curiosidad de los lectores. Eudoro se acordará de él en el libro vijésimocuarto.

NOTAS DEL LIBRO V.

(1.^a) Pág. 99. *En Nápoles frecuentábamos mucho el palacio de Aglaé, etc.*

La historia de Aglaé y de San Bonifacio, mártires, es acaso la mas peregrina de todas las historias de nuestros

santos, El exacto compendio que doy de ella en el texto me dispensa de añadir nada sobre este asunto en la nota; basta saber que todo cuanto dice Aglaé acerca de las cenizas de los mártires, y todo lo que le responde Bonifacio, es conforme á la verdad histórica. En el libro décimosexto se verá cuál fue el fin de Aglaé, San Sebastian, San Pacomio, San Bonifacio y San Jinés. Este ha dado al abate Nadal el argumento para una tragedia. (Véase la *Historia eclesiástica* de Fleuri, las *Actas de los santos mártires*, y las *Vidas de los padres del desierto*).

Una parte esencial de mi plan es ofrecer el cuadro completo del cristianismo en la época de la persecucion de Diocleciano. He procurado nombrar á casi todos los mártires y santos del siglo cuarto, y ligarlos mas ó menos con mi asunto por medio de una palabra ó un recuerdo. La mayor parte de los lectores no ponen su atencion en estas pequeñeces, las cuales sin embargo cuestan mucho al autor, y dan por último resultado que una obra tenga mucho meollo y abundancia de hechos, ó que esté *falta de sentido y lectura*. Por otra parte, tal vez no carece de algun interes el ver como obran estos grandes personajes, cuya historia oimos contar en nuestra infancia, y que, despues de haber perseguido á los cristianos, llegaron á ser muchas veces santos ilustres.

(2.^a) Páj. 100 y 101. *Todas las mañanas, apenas comenzaba á rayar el alba, etc.*

Esta descripcion de Nápoles ha sido delineada en los mismos sitios que son objeto de ella, como tambien la de Roma. Me consta que los pueblos de aquel hermoso pais, tan sensibles á los embelesos de su clima y á los grandiosos recuerdos de su patria, han reconocido la exactitud de mi cuadro.

(3.^a) Páj. 102. *Edificaron á Parténope sobre la huesa de una sirena.*

Parténope es Nápoles, como nadie ignora.

¡Tenet nunc Parthenope! Esta ciudad fue fundada por los griegos. He aqui por qué Eudoro dirá mas adelante

que las danzas de las napolitanas le recordaban las costumbres de la Grecia.

(4.^a) Pág. 103. *Rosas de Pesto en vasos de Nola.*

Las rosas, según Virjilio, florecian dos veces en Pesto. Son bien conocidos los hermosos templos que señalan todavía el asiento de esta pequeña colonia griega. Los vasos antiguos, llamados vasos de Nola, llenan los gabinetes de todos los curiosos. Nola era una ciudad cerca de Nápoles, y en la cual murió Augusto.

(5.^a) Pág. 103. *Retirándose hácia el sepulcro de la nodriza de Eneas.*

Tu quoque littoribus nostris, aeneia nutrix,
Æternam moriens famam, Caieta, dedisti.

ÆNEID., VII, 1.

Gaeta está al poniente con respecto á Nápoles, y el sol, al ponerse, pasa por detras del Posilipo. Ya se sabe que el Posilipo es una larga y alta colina, bajo la cual se ha abierto el camino que conduce á Puzolo. A la entrada de este camino subterráneo, se halla el sepulcro de Virjilio.

Plinio fue sepultado bajo las lavas del Vesubio, en las cercanías de Pompeya. (Véase á Plinio el Joven, *Epist.*). La Solfatara es una especie de llano ó un foco de volcán, abierto en el centro de una montaña. Cuando se camina por aquel sitio, la tierra resuena bajo los pies; el suelo es ardiente á cierta profundidad, la plata se cubre de azufre, &c.: todos los viajeros hablan de este fenómeno.

El lago Averno, la Estijia y el Aqueronte, lugares así llamados á las inmediaciones del mar y de Bayas, están admirablemente descritos en el libro sexto de la Eneida. Todos estos sitios existian tambien en Egipto y en Grecia.

(6.^a) Pág. 104. *Descubrieron las ruinas de la casa de Ciceron, etc.*

Ciceron tenia cerca de Bayas una casa de campo, cuyas ruinas se ven todavía. Para el naufragio de Agripina,

su muerte y el famoso *ventrem feri*, véase á Tácito (Ann. XIV, 5, 6, 7). En cuanto á Caprea, todo el mundo sabe la estancia que allí hizo Tiberio, y la vida infame que en ella llevó.

(7.^a) Páj. 105. *Las tres hermanas del Amor, hijas del Poder y de la Hermostra.*

Las Gracias, hermanas del Amor, é hijas de Vénus y de Júpiter. Eudoro habla aquí como solia hacerlo en el curso de sus errores.

(8.^a) Páj. 105. *Con la frente coronada de ápio siempre verde, y de rosas que tan presto se marchitan, etc.*

Fácilmente puede reconocerse aquí á Horacio, Virgilio, Tibulo y Ovidio. El lector ha visto la antigüedad griega en los primeros libros; he aquí ahora la antigüedad latina. No se me tildará de haber escojido lo menos hermoso que hay entre los antiguos, para hacer resaltar mas las bellezas del cristianismo.

(9.^a) Páj. 106. *Nuestra felicidad hubiera consistido en que nos amasen tanto como nosotros amábamos.*

Este pensamiento es de San Agustín: es delicado y tierno, pero no está exento de afectacion, y yo lo elojé demasiado en el *Jenio del Cristianismo* (tomo III, lib. IV, cap. II). Por lo demás, todo este trozo sigue el tono de la moral cristiana, propia para desengañarnos de las vanidades de la vida. Lo que hay aquí mas digno de notarse, es que este tono no forma un contraste violento con lo que precede, y que, si yo no lo hubiese advertido, tal vez el lector no repararía que ha pasado de los poetas elejacos á los padres de la iglesia.

(10.^a) Páj. 107. *Paseando un dia por las inmediaciones de Bayas, llegamos hasta Líterna.*

Líterna, en el dia Patria. Véase tambien mi carta á Mr. de Fontanes, citada en las notas del libro precedente.

(11.^a) Pág. 108. *Cuando veis al Africano volviendo una esposa á su esposo.*

Nadie ignora esta historia.

(12.^a) Pág. 108. *Cuando Ciceron os pinta á este héroe.*

Nos queda un fragmento de Ciceron, conocido bajo el titulo de *Sueño de Escipion*. Ciceron supone que Escipion Emiliano tuvo un sueño, durante el cual Escipion Africano le subió al cielo, y le hizo ver la felicidad destinada á los justos.

(13.^a) Pág. 109. *Mi madre, que es cristiana.*

Es santa Mónica.

(14.^a) Pág. 110. *Un hombre, con el traje de filósofo de Epicteto.*

Los primeros solitarios cristianos eran unos verdaderos filósofos. Algunos anacoretas no seguian otra regla que el Manual de Epicteto.

(15.^a) Pág. 110. *Yo estaba sentado en este monumento.*

Los sepulcros de los antiguos, y sobre todo los de los romanos, venian á ser unas torres. Muchos solitarios de Egipto moraban en los sepulcros.

(16.^a) Pág. 110. *Yo soy el solitario cristiano del Vesubio.*

En esta historia ha llamado la atencion el trozo de las letanias; el cual, por lo menos, tiene el mérito de la dificultad vencida. En nuestros dias hay un ermitaño que vive en la falda del monte Vesubio, y es como una centinela avanzada que espone perpétuamente su vida para anunciar las erupciones del volcan. De este modo hago subir hasta Traséas el heroismo relijioso.

(17.^a) Pág. 110. *Desembarcaron unos piratas en estas costas.*

Hecho histórico.

(18.^a) Pág. 112. *Un edificio de un carácter sério.*

Es una particularidad digna de notarse que las mas antiguas iglesias, construidas antes del nacimiento de la arquitectura gótica, tienen un carácter de gravedad y grandeza, que no se echa de ver en los monumentos paganos de la misma época. He hecho varias veces esta observacion en Roma, Constantinopla y Jerusalem, donde se ven algunas iglesias del siglo de Constantino, siglo que por otra parte no era el del buen gusto.

(19.^a) Pág. 114. *Su voz era tan melodiosa.....*

Un crítico, en un extracto por desgracia muy corto, ha tenido la bondad de aplicarme este pasaje. No me lisonjeo de merecer semejante elogio; y al escribir esto, no tuve otro objeto que el pintar la elocuencia, el estilo y la persona misma de Fenelon. En efecto, se notará fácilmente que el pasaje es aplicable bajo todos títulos al autor de *Telémaco*.

(20.^a) Pág. 115. *Que Jerónimo se disponia á visitar las Galias, etc.*

San Jerónimo viajó por muchos países, y fijó despues su asiento en Belen, pueblo de Judea, donde volveremos á encontrarle.

(21.^a) Pág. 116. *Yo no sé... si volveremos á vernos jamás.*

El autor ha visto á algunas personas enternecerse con la lectura de esta carta. ¿Era esto una lisonja? ¿Era acaso uno de aquellos cumplimientos de rúbrica con que se engaña á un autor? Arduo es adivinarlo.

(22.^a) Pág. 116. *Iba á seguir Eudoro su narracion, etc.*

Como la narracion es muy larga, la he interrumpido varias veces para dar algun descanso al lector; y aun me he tomado la libertad de cortarla enteramente hácia la mitad, con el libro del infierno. Esta innovacion en el arte, la única á que me he atrevido, era sin duda necesaria y muy natural, puesto que nadie la ha observado.

(23.^a) Páj. 117. *Bellotas.*

En la Arcadia hay una especie de encinas ó hayas, que dan la bellota de que, segun se cree, se alimentaban los primeros hombres. (Véase á Teofrasto).

(24.^a) Páj. 117. *Cuando un hijo de Apolo.*

Era Ulises, que lloraba oyendo cantar las bazañas de los griegos al Demodoco de Homero en los festines de Alcinoó (*Odisea*, VIII).

(25.^a) Páj. 118. *Maximiano habia tenido que trasladarse.....*

Hechos históricos. Siempre que he podido recordar al lector el amor naciente de Cimodocea para con Eudoro, la ambicion de Galerio, el odio de César contra Constantino y los fieles, y en fin, el nombre y los proyectos de Hiérocles, me he apresurado á hacerlo; de modo que el asunto principal no se aparta nunca de la vista.

El emperador Valeriano, de quien se habla aqui, fue hecho prisionero por los partos, y desollado vivo, segun dicen algunos, y segun otros, despues de muerto.

(26.^a) Páj. 119. *Entro animosamente en la caverna.*

Contaba yo muy poco con el buen éxito de este trozo, y no obstante ha sido bien recibido. Segun la historia, es muy probable que Prisca y Valeria eran cristianas. Hay que advertir que las catacumbas que yo describo son las que tomaron mas adelante el nombre de San Sebastian, por haber sido enterrado en ellas este mártir; y el mismo Sebastian está ahora presente al sacrificio. El bello sepulcro de Cecilia Metela se halla en efecto donde yo lo coloco. Todo esto es exacto y hecho á la vista de los mismos sitios descritos. Mr. Delille habia pintado las catacumbas desiertas; y así no me quedaba otro recurso que representar las catacumbas habitadas, para no empeñarme en una lucha harto desigual con un gran poeta y con unos hermosos versos.

(27.^a) Pág. 122. *Es ese griego vástago de una estirpe rebelde.*

Conforme van creciendo la rivalidad de Hiérocles y de Eudoro, la amistad de éste y de Constantino, y el odio de Galerio contra los cristianos, va menguando la fortaleza de Diocleciano; de modo que la narracion está estrechamente enlazada con la accion.

(28.^a) Pág. 124. *Sin embargo, es tanta la fuerza de la costumbre, y tal vez es tambien tan grande el hechizo de los lugares célebres.....*

Yo mismo, al partir de Roma, experimenté vivamente este sentimiento. De todos los lugares de la tierra que he visitado, este es el único adonde yo querria volver, y donde viviria gustoso.

(29.^a) Pág. 125. *La via Casia, que me conducia á la Etruria, etc.*

Los pormenores de este viaje son verdaderos. No creo que haya ningun viajero que no reconozca á Radigofanini en estas palabras *erizada de agudas rocas*, en este torrente que vuelve atras veintidos veces, y que, cuando corre, se lleva su misma madre. Los montecillos cubiertos de brezos son la Toscana.

(30.^a) Pág. 126. *Es tanta la lentitud con que se desliza, que no es fácil adivinar hácia que lado corren sus aguas.*

«Flumen est Arar... incredibili lenitate, ita ut oculis, in utram partem fluat, judicari non possit.»

(CÆS., de Bell. Gall.)

Ubi Rhodanus ingens amne prærapido fluit,
Ararque dubitans quò suos cursus agat
Tacitus, quietus alluit ripas vanis.

SEN., in Apocolocyntosi.

Fulmineis Rhodanus qua se fugat incitus undis,
Quaque pigro dubitat flumine mitis Arar;
Lugdunum jacet, etc.

JUL. CÆS., Scaliger.

(31.^a) Páj. 126. *Cuya ciudad es la mas bella y poblada de las tres Galias.*

Tréveris. Muy mudada está en el dia.

NOTAS DEL LIBRO VI.

(1.^a) Páj. 128. *Pais sin cultivo es la Francia.*

La Francia de los antiguos tiempos, ó el pais de los francos, no era la Francia actual: lo que al presente llamamos Francia es propiamente la Galia de los antiguos. Yo he citado como autoridades, en el prefacio, el *Mapa de Peutinger*, y á San Jerónimo en la *Vida de San Hilarion*. La *Tabla-Mapa de Peutinger* es una especie de libro de postas de los antiguos, compuesto verosimilmente en el siglo cuarto. Habiéndole hallado un amigo de Peutinger, jurisconsulto de Augsburgo, fue publicado en Venecia en 1591. Consiste en unas largas tiras de papel, sobre las cuales se ven trazados los caminos del imperio romano, con los nombres de los paises, de las ciudades y de las casas de posta; pero todo sin division, sin meridiano, sin lonjitud ni latitud. La palabra *Francia* se halla escrita al otro lado del Rin, en el paraje que yo designo.

He aqui las palabras de San Jerónimo:

»Entre los sajones y los jermanos se encuentra una nacion poco numerosa, pero muy valiente. Los historiadores llaman Jermania al pais que habita esta nacion; mas en el dia se le dá el nombre de Francia." (*In Vit. San Hilar*).

»La nacion de los celtas, dice Libanio, habita mas allá del Rin, en la costa del Océano. Aquellos bárbaros se llaman francos, porque sufren muy bien las fatigas de la guerra." (*In Basil*).

(2.^a) Páj. 128. *Los habitantes de este desierto son los mas feroces entre los bárbaros.*

»Los francos, dice Nazaris, sobrepujan en ferocidad á todos los pueblos bárbaros.» Segun el autor anónimo de un panejirico pronunciado delante de Constantino, »no era fácil vencer á los francos, pueblo que se alimentaba de la carne de las fieras.»

(3.^a) Pág. 128. *La paz seria para ellos el yugo mas intolerable á que pudieran verse condenados.*

»La paz es para los francos una horrible calamidad.» (LIBAN., *Orat. ad Constantin.*).

(4.^a) Pág. 128. *Los vientos, la nieve, las escarchas, forman sus delicias. Desafian el mar, etc.*

»Los francos están en medio del mar y de las tempestades tan tranquilos, como si se hallasen en tierra; y prefieren los hielos del Norte á la dulzura de los climas mas agradables.» (LIBAN., *loc. cit.*) Esta frase que se lee en el texto: *cualquiera diria que han visto el fondo del Océano, etc.*, se apoya en un pasaje de Sidonio Apolinario. (lib. VIII, *epist. ad Namm.*).

(5.^a) Pág. 128 y 129. *Bajo el reinado de Gordiano el Pio, se presentó por la primera vez.....*

Desde el año 241 hasta el de 247. Véase á Flav. Vopisc., cap. VII.

(6.^a) Pág. 129. *Ambos Decios perecieron en una expedicion contra los francos.*

Véase el prefacio, y *Chron. Paschal.*

(7.^a) Pág. 129. *Probo..... mereció el glorioso titulo de Francico.*

Vid. Flav. Vopisc., *in Vit. Prob.*

(8.^a) Pág. 129. *Esta nacion pareció tan noble y tan terrible, etc.*

Hecho muy curioso, que se encuentra en una obra del emperador Constantino Porfirojeneta; el cual dice que Constantino el Grande fue el autor de la ley que

permitía á los emperadores romanos enlazarse con la sangre de los francos. (*De Admin. imp.*)

(9.^a) Pág. 129. *En fin, estos terribles francos acababan de apoderarse de la isla de Batavia.*

Hecho histórico. Véase el panejirico pronunciado delante de Max. Herc. y Const. Cl., cap. IV.

(10.^a) Pág. 129. *Entramos en el suelo pantanoso de los bátavos.*

»Terra non est..... Aquis subjacentibus innatat et suspensa late vacillat.» (*EUM., Paneg. Const. Cæs.*)

(11.^a) Pág. 129. *Las trompetas..... comenzaban á tocar la diana.*

Nuestros ejércitos han conservado la diana. Las trompetas se tocaban siempre que se mudaba la guardia, y ya fuese de día, ya de noche.

(12.^a) Pág. 130. *Al centurion, que se paseaba..... meneando su sarmiento.*

El distintivo del grado de centurion era una vara de sarmiento, que le servia para mandar ó castigar á los soldados. El centurion mandó al principio cien hombres, cuando la lejion constaba de tres mil plazas; pero cuando esta se aumentó hasta cuatro mil, fue reducido á cincuenta hombres el número de los que tenia el centurion bajo sus órdenes. En cada manipulo habia dos compañías de sesenta hombres cada una. El primer centurion del ejército tenia asiento en el consejo de guerra, y no recibía órdenes sino del jeneral ó de los tribunos.

(13.^a) Pág. 130. *Al centinela..... que..... tenia un dedo levantado en la actitud del silencio.*

Montfaucon, en las *Antigüedades romanas*, esplica de este modo la actitud de algunos soldados.

(14.^a) Pág. 130. *Al victimario, que sacaba el agua para el sacrificio.*

El victimario preparaba las cuchillas, el agua y las

tortas para el sacrificio; iba medio desnudo, y llevaba una corona de laurel. Habia en cada campamento romano un altar junto al tribunal de césped donde se sentaba el jeneral. Las tiendas eran de pieles, de donde vino la espresion *sub pellibus habitare*. Estaban dispuestas paralelamente, formando calles regulares, y cruzándose en ángulos rectos. Los campamentos romanos eran de forma cuadrada; los griegos, y sobre todo los lacedemonios, hacian los suyos de figura redonda.

(15.^a) Páj. 131. *Recitaban en otro tiempo los versos de Eurípides.*

Despues de la derrota y muerte de Nicias, delante de Siracusa, muchos atenienses que habian caido en la esclavitud, alcanzaron su libertad en premio de los versos de Eurípides que recitaban á sus señores. La reputacion de aquel gran trájico comenzaba ya á penetrar en Sicilia.

(16.^a) Páj. 132. *La lejion de hierro y la fulminante.*

La lejion romana constó sucesivamente de tres, cuatro, cinco y seis mil hombres, comprendidas las diferentes especies de soldados armados que aqui designo: los hastados, los príncipes y los triarios. Los vexilarios venian á ser los porta-estandartes. El orden de estos soldados en la linea no fue siempre el mismo. La lejion se dividia en dos cohortes, cada cohorte en tres manipulos, y cada manipulo en dos centurias. Ademas de su número ordinal, llevaba tambien la lejion un nombre tomado de sus divinidades, de su pais ó de sus hazañas. (Polyb., lib. VI, Veg., lib. II).

(17.^a) Páj. 132. *Las insignias militares de las cohortes..... estaban perfumadas.....*

Las águilas eran el distintivo de la lejion, y las cohortes tenian tambien sus insignias particulares: el dia del combate las adornaban de ramas, y algunas veces las perfumaban; lo que sujirió á Plinio una hermosa declamacion: »*Aquilæ certe ac signa, pulverulenta illa, et custodibus horrida, inunguntur festis diebus: utinam*

que dicere possemus, quis primus instituisset. Ita est, nimirum hac mercede corruptæ terrarum orbem devicere aquilæ. Ista patrocinia quærimus vitiis, ut per hoc jus sumantur sub casside unguenta." (Plin., *Hist. Nat.*, lib. XIII, cap. IV, 3).

(18.^a) Pág. 132. *Los hastados.*

En cuanto á estos soldados, véase la nota 16.

(19.^a) Pág. 133. *Estaban ocupados por las máquinas de guerra.*

La catapulta, la balista, la grua, los arietes, las torres con ruedas; y en las naves, los cloques, los picos de bronce y los gárfios de hierro. En las batallas solo se servian de las catapultas y de las balistas; las demas máquinas se usaban en los sitios.

(20.^a) Pág. 133. *En el ala izquierda de estas legiones desplegaba su cortina movable la caballería de los aliados.*

El órden, el número y las armas de la caballería variaron entre los romanos, segun el tiempo. La caballería, ya unida con la lejion, ya formando un cuerpo aparte, tomó hácia el fin de la república el nombre jeneral de *ala*, porque servía en los flancos. La mas numerosa caballería de los romanos era la de los aliados, y difería necesariamente en armas ofensivas y defensivas, segun el pueblo á que pertenecia: esto es lo que he procurado indicar aqui con la mayor exactitud posible.

(21.^a) Pág. 133. *Montados sobre alazanes manchados como los tigres, y veloces como las águilas.*

Segun Estrabon, los caballos de los celtiberos (los españoles) igualaban en velocidad á los de los partos, y tenian jeneralmente el pelo gris ó atigrado. (Estrab., lib. III). Diodoro pondera tambien la caballería española (lib. V). Dicen estos dos autores que los celtiberos llevaban casi todos un manto de lana negra; (*Id. id.*) y segun Estrabon (*loc. cit.*) un casco ú especie de sombrero tejido de nervios, que remataba en tres penachos. Diodoro quiere que estos penachos fuesen de color de púr-

pura (*loc. cit.*). Estrabon dá á los celtiberos unos venablos cortos. La espada ibérica era famosa por su temple, y segun el testimonio de Estrabon, no habia casco ni escudo que resistiese á sus golpes.

(22.^a) Páj. 193. *Algunos jermanos de jigante estatura.*

Julio César y Tácito nada dicen de la gorra y de la maza que doy aqui á los caballeros jermanos. (Cæs., *de Bell. Gall.*, lib. VI.: Tacit., *de Mor. Germ.*). No puedo recordar la autoridad orijinal donde he leído estos pormenores; pero en la *Historia de Francia* antes de Clodoveo, por Mezeray, se hallará la circunstancia de la maza. Mezeray dá á esta maza el nombre de *cateies*.

(23.^a) Páj. 133. *Junto á ellos..... algunos caballeros númeridas.*

Una infinidad de piedras grabadas, y las monedas antiguas de Africa, ya púnicas, ya romanas, representan así al caballero númerida.

(24.^a) Páj. 133. *Debajo de sus sillas embutidas de marfil.*

No hay que tomar aqui esta palabra *sillas* en el sentido en que la tomamos en el día. La silla propiamente dicha no era conocida de los romanos en el siglo cuarto; pues estos solo tenian un pequeño asiento, fijo en el lomo del caballo por medio de un pretal y una grupera. Estas sillas no tenian estribos. Aunque en Virjilio se habla de bocado ú freno, no por esto es cierto que la caballería romana usase de bridas. En cuanto á los guantes, su uso sube á la mas alta antigüedad: Homero los dá á Laertes, en la *Odisea*, y los persas los llevaban como nosotros por aseo.

(25.^a) Páj. 134. *Todos aquellos bárbaros llevaban la cabeza erguida, tenían el color encendido.*

Consúltese á César, libros I, IV y VI; á Diodoro, libro V; y á Estrabon, IV y VII.

(26.^a) Páj. 134. *Los ojos azules, el mirar espantoso y amenazador.*

»Luminum torvitate terribiles.» dice Amiano Marcelino. (Véase tambien á Diodoro, *loc. cit.*).

(27.^a) Páj. 134. *Llevaban unos calzones muy anchos; su túnica estaba recamada.....*

La Galia Narbonense se llamó mas antiguamente *Broccata*, del nombre de este traje galo. »Los galos, dice Diodoro, visten muy estrañamente, pues llevan unas túnicas pintadas de todos colores, y sobre ellas se ponen un sayo listado. (Diodoro, libro V. Véase tambien á Estrabon, lib. III). El nombre frances *sayon* (sayo) viene de *sagum*, saco. El *sarrau* (saco) de los labradores franceses, es el verdadero *sagum* de los galos.

(28.^a) Páj. 134. *El acero del galo nunca se separa de él, etc.*

La espada era el arma distintiva de los galos, como la francisca, ó hacha de dos córtes, era el arma particular del franco. Los galos llevaban la espada colgando sobre el muslo derecho, y prendida de una cadenilla de hierro ú de un cinturón. (Véase á Diodoro, lib. V, á Estrabon, lib. IV). El galo juraba sobre su espada: esta arma la clavaban en medio del *mallus* ó consejo; no podia darse en prenda la espada de un guerrero: por fin, era costumbre entre los galos y los jermanos, el quemar las armas del difunto en su hoguera fúnebre. (Véase á César; libro VI; á Tácito, *de Mor. Germ.*; y *Leg. Longob.*, lib. II). Segun César, eran quemadas tambien en los funerales las personas á quienes el difunto habia querido, *quos dilectos esse constabat*, y algunas veces su misma esposa.

(29.^a) Páj. 135. *Una lejon cristiana.*

He aqui á los cristianos presentados de nuevo en la escena. Parece que esta vez nadie los ha encontrado aqui fuera de su lugar. Mandados estos, por decirlo asi, por un frances, pues San Victor mártir era de Marsella, tienen los franceses algun derecho á la gloria de este santo; el cual, despues de haber sido azotado con varas y crucificado por la religion de Jesucristo, fue última-

mente molido con una rueda de molino, lo mismo que si fuese trigo, dicen las actas de su martirio.

(30.^a) Páj. 135. *Los cretenses..... marchábamos al son de la lira.*

Esto no es un jiro poético, sino la pura verdad: los cretenses regulaban al son de una lira la marcha de sus guerreros.

(31.^a) Páj. 136. *Adornados con pieles de osos, etc.*

Este no era el traje de los francos, sino su adorno. Todos los bárbaros de la Jermania, y aun antes de ellos, los galos, se cubrían de pieles de fiera, como lo cuentan César, de *Bell. Gall.*, lib. VI, y Tácito, de *Mor. Germ.*, 6, 7, &c. El uroco de que aqui se habla, y que los autores latinos llaman *urus*, era una especie de toro bravío, del cual hablaremos en otra parte.

(32.^a) Páj. 136. *Una túnica corta y angosta, etc.*

Todo este párrafo lo he tomado de Sidonio Apolinario, en su *Panejtrico de Mayoriano*, que es el documento mas antiguo que tenemos sobre las costumbres de nuestros padres; y yo lo he traducido casi literalmente del texto. Peloutier pregunta donde ha encontrado Mezeray que los francos tuviesen los ojos verdes; y cita una palabra griega que quiere decir azul, segun él dice. Pero Peloutier se engaña: Mezeray no ha traducido aqui ni á Estrabon ni á Diodoro, que no podian hablar de los francos, ni á Agatias ni á Ana Comnena; sino que tenia sin duda á la vista el pasaje de Sidonio, de que yo me he servido. He podido, pues, decir poéticamente, *ojos del color de una mar borrascosa*, fundándome de una parte en los versos de Sidonio, que dan ojos verdosos á los francos, y de otra en el testimonio de toda la antigüedad, que habla del mirar terrible de los bárbaros. Obsérvese que las pelucas á la moda de Luis XIV, cuyo pelo caia hácia delante sobre los hombros, tenian cabal semejanza con la cabellera de los francos. Hablaré mas adelante del venablo llamado *angon*, palabra que se encuentra ademas en el diccionario de la Academia. Ana

Comnena nos ha dado la descripción de un franco ó frances, bastante curiosa para que merezca un lugar aquí: véase en ella la fisonomía de un bárbaro al través de la imaginación de una griega. «La presencia de Boemundo deslumbraba los ojos tanto como su fama pasmaba el entendimiento. Su estatura era tan aventajada, que escedía de un codo á la de los más altos. Era delgado hácia el vientre y los costados, y grueso hácia las espaldas y estómago; sus brazos eran fuertes y robustos. No estaba demasiado flaco ni demasiado gordo, sino en un justo medio, como el que Policletes daba ordinariamente á sus obras, que eran un fiel remedo de la perfección de la naturaleza. Sus manos eran grandes y llenas, y sus pies firmes y sólidos. Iba algo encorvado, no por defecto alguno del espinazo, sino por un hábito que habia contraído en su juventud, como señal de modestia. Todo su cuerpo era blanco; pero se veía en su rostro una agradable mezcla de este color y de encarnado. Su rubia cabellera le cubría las orejas, sin llegarle á los hombros, á la usanza de los bárbaros. No pude distinguir el verdadero color de su barba, porque la llevaba muy afeitada. Tenía los ojos azules, y al parecer reboando ira y orgullo. La nariz la tenía muy abierta, porque, como su estómago era muy capaz, convenia que su pulmón atrajese gran cantidad de aire para moderar el calor de aquel. Su buen aspecto ofrecía un no sé qué dulce y embelesante; pero la altura de su talla y la arrogancia de sus miradas tenían algo de feroz y terrible. Con su sonrisa inspiraba tanto terror como otros con su cólera.» (An. Com., lib. XIII, cap. VI).

(33.^a) Pág. 136. *Estos bárbaros se habian formado en cuña.*

«Acies per cuneos componitur.» (TACIT., de Mor. Germ. IV).

(34.^a) Pág. 137. *En la punta de este triángulo se habian colocado algunos valientes, etc.*

«Et aliis Germanorum populis usurpatum rara et privata cujusque audentia, apud Catos in consensum ver-

tit, ut primum adóleverint, crinem barbamque summittere, nec, nisi hoste cæso, exuere votivum obligatumque virtute oris habitum.... Fortissimus quisque ferreum insuper annulum (ignominiosum id genti) velut vinculum gestat, donec se cæde hostis absolvat." (TACITO, *de Mor. Germ.*, XXXI).

(35.^a) Páj. 137. *En aquel basto cuerpo, cada jefe estaba rodeado de los guerreros de su familia.*

»Quodque præcipuum fortitudinis incitamentum est, non casus, nec fortuita conglobatio turmam aut cuneum facit, sed familiæ et propinquitates: et in proximo pignora, unde feminarum ululatus audiri, unde vagitus infantium." (TACITO, *de Mor. Germ.*, VII).

(36.^a) Páj. 137. *Cada tribu se reunia bajo un símbolo.*

»Effigiesque et signa quædam detracta lucis in prælium ferunt." (Id). Yo coloco aquí el origen de las armas de la monarquía.

(37.^a) Páj. 137. *El anciano rey de los sicambros.*

Aquí, si se quiere, habrá un anacronismo, ó se dirá tal vez que es un Faramundo, un Clodion, un Meroveo, ascendiente de los principes de este nombre, que vemos en la historia. Se sabe por otra parte que ha habido muchos Faramundos, y acaso este nombre no era mas que el de la dignidad. (Montfaucon, *Antiq.*) No puedo menos de reconocer la justicia y la buena fe de la crítica. Todo ha sido aprobado en este libro, hasta los anacronismos, de que nadie ha hecho mención; y por otra parte me han censurado por el nombre de Veleda, que nada tiene que ver con la Veleda de Tácito.

(38.^a) Páj. 137. *Al ver sus cascos figurando una cabeza de fiera, con las fauces abiertas, etc.*

»Todos los caballeros cimbro llevaban cascos en figura de fauces abiertas y de hocicos de toda especie de animales feroces; y coronándolos con unos penachos á manera de alas, y de elevación prodijiosa, parecían aun mas altos. Iban armados con corazas de hierro muy bri-

llantes, y se cubrían con escudos blancos." (Plutarco, *in Vit. Mar.*) Yo atribuyo á los francos lo que Plutarco cuenta de los cimbro; pero estos habian habitado en la costa del Océano septentrional, como los francos; y todos los bárbaros que invadieron el imperio romano, exceptuando los hunos, tenían muchas costumbres semejantes.

(39.^a) Pág. 137. *Atrincherado con bateles de cuero y carros tirados por corpulentos bueyes.*

Tácito habla de unos lijeros bateles de dos proas de cierta nacion jermana que habitaba en las costas del Océano. Sidonio Apolinario, en el *Panejrico de Avito*, dice que las embarcaciones de los sajones estaban cubiertas de pieles. En cuanto á los carros, bastará una sola autoridad: Sidonio cuenta que, habiendo Mayoriano vencido á los francos, se encontraron en algunos carros todos los preparativos de una boda, la comida, los adornos, y vasos coronados de flores. Apoderáronse los soldados de estos carros y de la novia, la cual era verosimilmente una reina de los francos, si se ha de juzgar por esta magnificencia.

Véase ahora como los campamentos estaban atrincherados con carros: »Omnemque aciem suam (Germanorum) circum rhedis et carris circumdederunt..... eo mulieres imposuerunt. (Cæs).

(40.^a) Pág. 137. *Tres hechiceras, cubiertas de harapos, que hacían salir unos potros de un bosque sagrado.*

Hay aqui una reunion de muchas cosas. Segun Tácito, los jermanos atribuian á las mujeres el espíritu de adivinacion; los galos, como lo veremos mas adelante, tenían sus druidas; estas se convirtieron despues en hadas (*Fatidica*), en hechiceras, &c.; de aqui las hechiceras de Macbeth. En cuanto á los augurios tomados de la carrera de los caballos, Tácito es mi autoridad: »Proprium gentis, equorum quoque præsjia ac monitus experiri. Publice aluntur iisdem nemoribus ac lucis, candidi, et nullo mortali opere contacti, quos pressos sacro curru sacerdos ac rex vel princeps civitatis comitantur,

hinnitusque ac fremitus observant." (TACITO, *de Mor. Germ.* X). Acerca del dios Tuiston, dice tambien Tácito: «Celebrant carminibus antiquis Tuistonem deum." (Id. II).

(41.^a) Páj. 138. *Cuando hayamos vencido á mil guerreros francos.*

Mille francos, mille sarmatas semel occidimus;
Mille, mille, mille, mille, mille persas quærimus.

FLAV. VOPISC. *in Vit. Aurel.* 7.

(42.^a) Páj. 138. *Los griegos repiten á coros el Pean.*

El Pean, entre los griegos, era, propiamente hablando, un canto ú himno cualquiera. Tómase aqui por el canto del combate; y como tal se encuentra en la *Retirada de los Diez mil* y en otras partes.

(43.^a) Páj. 138. *El himno de los druidas.*

Es el canto de los bardos. Todo cuanto se ha dicho en nuestros tiempos acerca de los bardos, no es mas que una ficcion orijinada de una frase de Estrabon, copiada por Amiano Marcelino, y de dos ó tres frases de Diodoro. «Bardi qui de laudationibus rebusque poeticis student." (Strab., lib. IV).

(44.^a) Páj. 138. *Aprietan sus escudos contra la boca.*

»Nec tam voces illæ quam virtutis contentus videntur. Adfectatur præcipue asperitas soni, et fractum murmur, objectis ad os scutis, que planior et gravior vox repercussu intumescat." (TACIT., *de Mor. Germ.*, III).

(45.^a) Páj. 138. *Entonan el bardito.*

»Sunt illis hæc quoque carmina, quorum relatu quem barditum vocant, accendunt animos, futuræque pugnae fortunam ipso cantu augurantur. Terrent enim trepidantem, prout sonniti acies." (Ib., *ibid*).

Sajon el Gramático, el historiador de Suecia, Olao Wormio, en su *Literaturâ rúnica*, nos han conservado muchos fragmentos de estos cantos de los pueblos del Norte, de que Carlomagno habia mandado hacer una co-

lección. Yo he imitado aquí el canto de Lodbrog, añadiéndole un estribillo y algunos pormenores sobre las armas, adecuados á mi asunto:

Pugnavimus ensibus.... etc., etc.
 Virgo deploravit matutinam lanienam.
 Multa præda dabatur feris.

.....

 Quid est viro forti morte certius, etc.

.....
 Vita elapsæ sunt horæ;
 Ridens moriar.

Estos versos distan mucho de los de Homero y de Virgilio, que he recordado en los *Mártires*.

(46.^a) Pág. 139. *Victoria al emperador.*

El grito del soldado romano, al comenzar la batalla, se llamaba *barritus*: estaba sujeto á ciertas reglas, y había maestros para enseñarlo, como entre nosotros hay maestros de esgrima.

(47.^a) Pág. 140. *El rey de la larga cabellera.*

Gregorio de Turs habla mucho de la cabellera de los reyes de la primera raza. Saint-Foix ha juntado todas las autoridades, y yo las doy aquí, bajo su nombre:

»Los francos, dice el autor de los *Hechos de los Reyes Francos*, elijieron un rey de larga cabellera, llamado Faramundo, hijo de Marcomiro.” — «Habiendo los francos pasado el Rin, dice Gregorio de Turs, se establecieron al principio en la Tongría, donde crearon reyes de larga cabellera por territorios y ciudades. Cuenta el mismo en otro pasaje, que el jóven Clodoveo, hijo de Chilperico, fue muerto á puñaladas y arrojado al rio Marne, por orden de su madrastra Fredegunda; y que habiéndose detenido en las redes de un pescador, éste, por su larga cabellera, no pudo dudar que fuese el hijo del rey. Agatias, historiador contemporáneo, refiere que Clodomiro, hijo de Clodoveo, fue muerto en una batalla contra los burguñones, y reconocido despues entre los

mueertos por su largo cabello; pues es uso constante entre los reyes de los francos, añade él, el dejarse crecer el cabello desde la infancia, y no cortarlo jamás...: está vedado á sus súbditos el llevar la cabellera larga y suelta, pues ésta es una prerogativa de que solo goza la familia real."

(48.^a) Páj. 141. *Era de la raza de Rinfaz.*

Consúltense los Edas, la introduccion á la historia de Dinamarca, y á Sajon el Gramático, sobre la mitolojia de los escandinavos.

(49.^a) Páj. 141. *Sobre un carro de corteza sin eje.....*

Es el trineo.

(50.^a) Páj. 142. *El denso vapor que alientan los caballos.*

Esto se ha añadido despues de las dos primeras ediciones, y esplica mejor el singular efecto de que yo hablo, y que puede observarse sobre un campo de batalla.

(51.^a) Páj. 142. *Sus doce pares.... una insignia militar, llamada el oriflama.*

Institucion francesa, usos y costumbres de los antiguos franceses, cuyo origen acaso leerán aqui con gusto los curiosos.

Dulces reminiscitur Argos.

(52.^a) Páj. 142. *El fruto portentoso de una union misteriosa que habia tenido la esposa de Clodion con un monstruo marino.*

»Morando Clodion durante el verano á la orilla del mar, quiso bañarse su mujer. Salió de las ondas un monstruo en figura de Minotauro, y se enamoró de la reina...; esta concibió y dió á luz un hijo, el cual se llamó Meroveo, y dió su nombre á la primera raza de los reyes de Francia." (*Epit. Hist franc.*, cap. IX. in D. Boug).

(53.^a) Páj. 143. *La rueca de una reina de los bárbaros.*

Cuando se abrió en San]Dionisio el sepulcro de Juana de Borbon, esposa de Carlos V, se encontraron en él los

restos de una corona, un anillo de oro, pedazos de brazaletes ó cadenillas, un huso y una rueca de madera dorada y medio podrida, unos zapatos muy puntiagudos, consumidos en parte, bordados de oro y plata.

(54.^a) Páj. 143. *Del mismo modo que los galos cuelgan reliquias en las ramas del más hermoso arbusto de un bosque sagrado.*

Los antiguos no solamente colgaban ofrendas en los árboles, sino que también les ponían collares, como hizo Jerjes, que puso un collar de oro á un hermoso plátano. Cuenta Floro que Ariovisto el galo prometió á Marte un collar hecho de los despojos de los romanos. Peloutier observa muy ingeniosamente que Marte era el mismo que el Júpiter galo, cuyo simulacro era una grande encina, segun Máximo de Tiro. (Peloutier, lib. IV, cap. II, páj. 213, y lib. III, cap. IV, páj. 22).

(55.^a) Páj. 144. *De Hércules el galo.*

Las primeras ediciones dicen *Marte*; pero ahora he puesto *Hércules*, como mas característico del culto de los galos. (Véase á LUCIANO, in *Hercul. gallic*).

(56.^a) Páj. 144. *Valiente mancebo, tú mereces llevar, etc.*

Teutates era un dios de los galos. Las heridas eran señales gloriosas. En cuanto á la última parte de la frase, parece, segun los Edas, un pasaje de Procopio sobre los godos, y el testimonio de Solino, que los bárbaros del Norte se daban la muerte ó se hacian matar cuando habian llegado á la vejez; pero sobre esto no hay autoridades bastante respetables, pues es cierto que César, Tácito, Estrabon y Diodoro guardan silencio acerca de semejante costumbre: así es que sigo mas bien una tradición que un hecho histórico.

(57.^a) Páj. 144. *Yo no temo sino una sola cosa, etc.*

Esta respuesta es la que dieron á Alejandro unos diputados galos. (ARRIANO, lib. I, cap. I).

(58.^a) Páj. 144. *El terreno que yo te vea....*

Respuesta de Mario á los cimbros. (PLUTARCO, *in Vit. Mar*).

(59.^a) Páj. 144. *Cuyos dos hierros corvos.....*

Sirvense principalmente de hachas de dos filos, y de unos venablos, que no siendo muy grandes, ni tampoco muy pequeños, sino de mediano tamaño, son propios para lanzarlos desde lejos en caso necesario, y tambien para combatir de cerca. Están enteramente cubiertos de planchas de hierro, de modo que no se descubre la madera. Mas abajo de la punta hay unos garfios muy agudos y encorvados hácia abajo, en forma de anzuelo. Cuando el franco se encuentra en una batalla, arroja este venablo..... Si el venablo no atraviesa mas que el escudo, se queda clavado en él, y arrastra por el suelo por el extremo opuesto. Aquel contra quien ha sido lanzado, no puede absolutamente arrancarlo, á causa de los garfios que lo retienen, ni tampoco cortarlo, á causa de las planchas de hierro que lo cubren. Cuando el franco ve esto, pone el pie sobre el mango del venablo, y pesa con toda su fuerza sobre el escudo, de tal modo, que el brazo del que lo sostiene llega á cansarse, y descubre la cabeza y el pecho; entonces el franco puede matarle facilmente, partiéndole la cabeza con el hacha, ó atravesándole con otro venablo." (Agatias, lib. II, cap. III).

(60.^a) Páj. 145. *Era el postrer descendiente de aquel Vercinjeterix, etc.*

Vercinjeterix era natural de Auvernia, é hijo de Celtilo. Hizo sublevar todas las Galias contra Julio César, y le forzó á abandonar el sitio de Clermont. Despues de haber defendido largo tiempo á Alisa, se rindió finalmente al invasor. César no nos dice si fue jeneroso con el héroe galo.

(61.^a) Páj. 145. *Le levantan sobre un escudo.*

»Asi que acababan de ser elejidos (los reyes ó duques de los francos), los levantaban sobre un grande escudo, y los llevaban en hombros, haciéndolos saltar blandamente para mostrarlos al pueblo." (MEZERAI, *av. Clovis*.)

(62.^a) Páj. 145. *Una cruz con este lema en torno....*

Este anacronismo, que solo es de algunos años, se halla aqui para recordar el famoso lema del Lábaro.

(63.^a) Páj. 146. *Contaron despues que habian visto..... una columna de fuego.... y un caballero vestido de blanco.*

Léese este milagro en los *Macabeos*, en las *Actas de los Mártires*, en los historiadores de aquella época, y hasta en los de las Cruzadas. El orijinal de este milagro se halla en los *Macabeos*.

(64.^a) Páj. 147. *Alli muere aislado un soldado cristiano, etc.*

Esto está fundado en un hecho conocido del autor.

(65.^a) Páj. 148. *Conservaban aun despues de muertos un aire tan feroz, etc.*

Sidonio Apolinario es quien lo dice en el *Panejirico* de Mayoriano.

(66.^a) Páj. 148. *Se habian atado uno á otro con una cadena de hierro.*

Circunstancia tomada de la batalla de los cimbro contra Mário. Plutarco refiere que todos los soldados de la primera linea de aquellós bárbaros estaban atados unos á otros con una cuerda, para que no pudiesen romper las filas.

(67.^a) Páj. 149. *Los bárbaros daban alaridos.*

»Todos los que habian huido de la derrota de los Ambrones se mezclaron despues con ellos, y durante la noche daban horribles gritos, que no parecian clamores y jemidos de hombres, sino ahullidos y bramidos de fieras, acompañados de amenazas y lamentos, y que despedidos á un mismo tiempo por aquel enjambre de bárbaros, hacian resonar las montañas de los alrededores y de todo el canal del rio. Aquel ruido espantoso atronaba toda la llanura; los romanos estaban sobrecojidos de pa-

vor, y el mismo Mário no podia disimular su sorpresa.''
(PLUTARCO, *in Vit. Mar.*)

(68.^a) Páj. 150. *Durante la noche habian cortado los francos las cabezas de los cadáveres romanos.*

Léese un ejemplo notable de esta costumbre de los bárbaros en la descripción del campo de Varo por Tácito. Salviano (*de Gubernatione Dei*), Idacio (en su *Chronic. in Biblioth. Patr.*, tomo VII, páj. 1233); Isidoro de Sevilla, Victor (*de Persecutione africana*), &c., hacen todos horribles descripciones de la crueldad de los pueblos que destruyeron el imperio romano; la cual llegaba hasta el extremo de degollar á los prisioneros en derredor de las ciudades sitiadas, para introducir en ellas la peste por medio de la putrefacción de los cadáveres. (VICTOR, *loc. cit.*),

(69.^a) Páj. 150. *Una enorme pira, compuesta de sillas de caballos.*

Esto recuerda vagamente la resolución de Atila, después de la pérdida de la batalla de Chalons. (JORNANDEZ, *de Reb. Goth.*).

(70.^a) Páj. 150 y 151. *Las mujeres de los bárbaros, vestidas de negro.*

»Stabat pro littore diversa acies, densa armis virisque, intercursantibus feminis, in modum furiarum, quæ veste ferali, crinibus dejectis, faces præferabant. Druidæque circum, preces diras sublatis ad cælum manibus fundentes, novitate aspectus perculere militem.» (TÁCITO, *Ann.*, XIV, 30). Las mujeres, adelantándose contra ellos con espadas y hachas, rechinando los dientes de rabia y dolor, y despidiendo horribles alaridos, hieren igualmente á los fujitivos y á los perseguidores: á los primeros como traidores, y á los otros como enemigos; se arrojan entre los combatientes, se apoderan de las espadas de los romanos, les arrancan los escudos, reciben heridas, se dejan hacer pedazos sin cejar un paso, y muestran hasta la muerte un ánimo verdaderamente invencible. (PLUTARCO, *in Vit. Mar.*). Allí se vie-

ron los lances mas trájicos y espantosos que puedan imaginarse. Las mujeres, vestidas de negro, se habian subido á los carros, desde donde mataban á los fujitivos; unas á sus maridos, otras á sus hermanos, estas á sus padres, aquellas á sus hijos; y cojiendo á los niños de teta, los ahogaban con sus propias manos, y los arrojaban bajo las ruedas de los carros y los pies de los caballos, dándose ellas mismas en seguida la muerte. Dicen que una de ellas se ahorcó del extremo de la lanza de su carro, despues de haberse atado por el cuello á los talones á dos de sus hijos. Los hombres, á falta de árboles para ahorcarse, se echaban al cuello un lazo, que ataban á los cuernos ó á las piernas de los bueyes, y haciendo andar á aquellos animales, perecian bárbaramente ó ahogados ó pisoteados. (*Id. ibid.*)

(71.^a) Pág. 132. *De un grande escudo de mimbres se habia formado Meroveo un barquichuelo.*

Los escudos de los bárbaros servian algunas veces para este uso, del cual se ve un ejemplo notable en Gregorio de Turs. Atalo, galo de ilustre nacimiento, siendo esclavo de un bárbaro en el pais de Tréveris, se fugó de la casa de su amo atravesando el Mosela sobre un escudo. (Greg. Turon., lib. III).

(72.^a) Pág. 134. *En una especie de subterráneo donde los bárbaros suelen ocultar sus granos.*

»Solent et subterraneos specus aperire, eosque multo insuper fimo onerant, suffugium hiemi et receptaculum frugibus.» (TACITO, de Mor. Germ., XVI).

El lector puede ahora conocer á fondo la causa del placer que tal vez haya encontrado en este combate de los francos y de los romanos. Los que recorren en pocas horas una obra que al parecer solo es de pura imaginacion, no saben el tiempo y el trabajo que ha costado al autor, cuando está escrita como debe; es decir, en conciencia. Virjilio empleó muchos años en reunir los materiales para la Eneida, y aun le parecia que no habia leído bastante. (Véase á Macrobio). En el dia hay muchos que se ponen á escribir cuando apenas saben su

idioma, y casi todo lo ignoran. Yo me hubiera guardado muy bien de dar á conocer el caudal de mi tarea, si no me hubiese obligado á ello la burla de la crítica. Muchos que en este combate de los francos no han visto mas que una descripción brillante, sabrán ahora que no hay en él una sola palabra que no pueda retenerse como un hecho histórico.

NOTAS DEL LIBRO VII.

(1.^a) Pág. 156. *El rey de Itaca llegó á experimentar cierta sensación de gozo al echarse sobre un lecho de hojas secas.*

Τὴν μὲν ἰδὼν γήθησε πολὺτλας Δίος Ὀδυσσεύς.
 Ἐν δ' ἄρα μέσση λέκτο, ἤρυσιν δ' ἐπεχεύατο φύλλων.
 ODYS., lib. V, v. 486.

(2.^a) Pág. 156. *Acompañábale una mujer vestida con una túnica, etc.*

»Nec alius feminis quam viris habitus, nisi quod feminæ sæpius lineis amictibus velantur, eosque purpura variant, partemque vestitus superioris in manicas non extendunt, nudæ brachia ac lacertos: sed et proxima pars pectoris patet.» (TACITO, *de Mor. Germ.*, XVII).

(3.^a) Pág. 156. *Aunque ablandada por cierto hábito aparente, etc.*

Parece por demas advertir que este hábito postizo habia sido producido por la relijion cristiana.

(4.^a) Pág. 156. *Mostraos agradecido á Clotilde.*

Este es tambien un nombre histórico prestado, ó un anacronismo que guarda conformidad con los anacronismos precedentes.

(5.^a) Páj. 157. *En una choza rodeada de un círculo de tiernos arbolillos.*

»Colunt discreti ac diversi, ut fons, ut campus, ut nemus placuit..... Suam quisque domum spatio circumdat.» (TACIT., *de Mor. Germ.*, XIV. Véase también á *Herodiano*, lib. VII).

En algunos parajes de Normandía construyen todavía los aldeanos sus casas aisladas en medio de un campo, y las circuyen de un seto vivo plantado de árboles.

(6.^a) Páj. 157. *Una bebida harto desagradable, hecha con trigo.*

Esta bebida es la cerveza: Estrabon, Amiano-Marcelino, Dion-Casio, Jornandez, Aleneo, y otros están unánimes en este punto. Según Plinio, la cerveza se llamaba *cervisia* por los galos. Las mujeres se lavaban la cara con la espuma de esta bebida. (Plinio, lib. XXII).

(7.^a) Páj. 157. *El hedor de la grasa, mezclada con ceniza de fresno, con que untaban su cabello.*

Esto lo hacían para darles un color rojizo. Puede verse sobre el particular á Diodoro de Sicilia, lib. V.; á Amiano-Marcelino, lib. XVII; á San Jerónimo, *vit. Hilar.*, &c.

(8.^a) Páj. 157. *El escaso ambiente que se respiraba en la choza, etc.*

»Yo me hallo, dice Sidonio, en medio de pueblos cabelludos, obligado á entender el lenguaje bárbaro de los jermanos, y teniendo que aplaudir las canciones de un burguñon ebrio, que se unta los cabellos con manteca..... Por la mañana empiezo ya á oler ajos y cebollas, y este pestífero olor va á mas en lo restante del día.» (Sid. Apol., *Cam. 12 ad Cat.*). Estos son nuestros padres.

(9.^a) Páj. 158. *Una asta de buey para sacar agua.*

Es el asta del uró; se volverá á tratar de esto.

(10.^a) Páj. 160. *Teneis á la vista, me dijo el esclavo..... el campo de Varo.*

El terreno que ocupaba este campo conserva todavía el nombre de bosque de Teutebergo. Véase aquí el admirable trozo de Tácito, del que he hecho una traducción abreviada, que es la que forma mi texto: »Prima Vari castra: lato ambitu et dimensis principiis trium legionum manus ostentabant; dein semiruto vallo, humili fossa, accisæ jam reliquiæ consedissee intelligebantur. Medio campi albertia ossa, ut fugerant, ut restiterant, disjecta vel aggerata. Adjacebant fragmina telorum, equorumque artus, simul truncis arborum antefixa ora; lucis propinquis barbaræ aræ, apud quas tribunos, ac primorum ordinum centuriones mactaverant: et cladis ejus superstites pugnam aut vincula elapsi, referebant, hic cecidisse legatos, illic raptas aquilas; primum ubi vulnus Varo adactum; ubi infelici dextra et suo ictu mortem invenerit; quo tribunali concionatus Arminius; quot patibula captivis, quæ scrobes; utque signis et aquilis per superbiam illuserit.» (*Ann.*, I, 61).

(11.^a) Páj. 161. *Ni aun se atrevieron á llevar sus efijies en los funerales.*

»Et junia sexagesimo quarto post Philippensem aciem anno supremum diem explevit, Catone avunculo genita, C. Cassii uxor, M. Bruti soror..... Viginti clarissimarum familiarum imagines antelatae sunt, Manlii, Quinctii, aliaque ejusdem nobilitatis nomina: sed præfulgebant Cassius atque Brutus, eo ipso quod effigies eorum non visebantur.» (*Tacito, Ann.* II, 76).

(12.^a) Páj. 161. *La lejion tebana.*

Todo lo que sigue en el texto está sacado de una carta de San Euquerio, obispo de Leon (en Francia) al obispo Salvio. Encuéntrase también esta carta en las *Actas de los mártires*.

(13.^a) Páj. 162. *Los cuerpos de mis compañeros parecían despedir de sí una luz muy viva.*

La autoridad de este milagro se encuentra en el martirio de San Taraque. (*Act. Mart.*).

El Tasso ha imitado tambien este pasaje en el episodio de Suenonio.

(14.^a) Páj. 163. *Cerca de Dionisio, primer obispo de Lutecia.*

Siguiendo á Fleuri, á Tillemont y á Crevier, he puesto el martirio de San Dionisio, primer obispo de Paris, bajo el reinado de Maximiano, en el año 286 de nuestra era.

(15.^a) Páj. 163. *Llamábase esta colina el monte de Marte.*

Se ve que yo he escojido entre los dos pareceres que hacen de Montmartre, ó el monte de Marte, ó el monte de los Mártires.

(16.^a) Páj. 165. *Desde este tiempo siempre he permanecido aqui en clase de esclavo.*

Nuestra religion, fecunda en milagros, ofrece muchos ejemplos de cristianos que se han hecho esclavos para librar á otros cristianos de la servidumbre, sobre todo cuando temian que estos perdiesen la fe al verse desgraciados. Bastará recordar al lector el ejemplo de San Vicente de Paul, y el de San Pedro Pascual, obispo de Jaen en España. (Véase el *Jenio del Cristianismo*, tomo II).

(17.^a) Páj. 165. *Tienen la horrible costumbre de ponerlos tendidos en un escudo sobre la corriente de las aguas.*

»Se lee, dice Mezerai, en dos ó en tres poetas, en el escoliador Eustacio, y hasta en los escritos del emperador Juliano, que los que habitaban cerca del Rin ponian á sus hijos sobre las aguas de este rio, y no tenian por legitimos sino aquellos que no se iban al fondo. Algunos autores modernos han negado esta costumbre, y han sostenido que era una fábula inventada por los poetas; pero estos autores no se hubieran tomado tanto trabajo en refutarla, si hubiesen tenido presente que

un epigrama griego dice que el padre ponía á sus hijos sobre un escudo." (*Av. Clav.*, páj. 34).

(18.^a) Páj. 165. *Mi mas hermosa conquista es la mujer de mi amo, etc.*

El cristianismo, por su espíritu de dulzura y humanidad, se ha difundido en el mundo, mas particularmente por medio de las mujeres. Clotilde, mujer de Clodoveo, atrajo á este jefe de los franceses al conocimiento del verdadero Dios. (Véase á Greg. Tur).

(19.^a) Páj. 166. *Vos habeis nacido en aquel clima hermoso cercano, etc.*

La Grecia era vecina de la Judea, comparativamente á los países de los francos.

(20.^a) Páj. 168. *Secovia.*

El nombre de esta profetisa jermana se lee en Tácito.

(21.^a) Páj. 169. *Un romano esclavo, etc.*

He aqui un grande ejemplo de la suma dificultad de contentar á todos. Un critico de buen gusto, á quien he citado en el *Exámen* y en estas notas, encuentra poco interesante este episodio de Zacarias. La reina de los francos, puesta de rodillas bajo una encina vieja, no le presenta mas que un remedo muy débil de la escena de Prisca y de Valeria. Otras personas, capaces igualmente de juzgar bien, gustan mucho de la oposicion del cristianismo naciente en medio de las selvas y entre los bárbaros, y en el cristianismo en la cuna y en las catacumbas, en un pueblo civilizado.

(22.^a) Páj. 169. *Declara que la virtud no es mas que una fantasma.*

»Detúvose Bruto en un lugar hondo, se sentó sobre una roca, no teniendo consigo mas que un pequeño número de amigos y algunos de sus principales oficiales; y alli, mirando fijamente al cielo, que estaba muy estrellado, pronunció dos versos griegos. Volumnio ha referido uno de éstos, que dice: ¡Gran Júpiter, haz

que el autor de todos estos males no se oculte á tu vista! Dice que el otro se le habia olvidado; pero el sentido del otro verso era: ¡Oh, virtud, tú no eres mas que un nombre vano!

(23.^a) Páj. 170. *Un nuevo Herodoto.*

»Presentose Herodoto en los juegos olimpicos, y deseando inmortalizarse, y dar á conocer al mismo tiempo á sus conciudadanos quién era el hombre que ellos habian obligado á espatriarse, leyó en esta asamblea, la mas noble de la nacion, y la mas ilustrada que hubo jamás, el principio de su *historia*, ó tal vez los pedazos de esta misma *historia*, que le parecieron mas á propósito para halagar el orgullo de un pueblo que por tantos títulos podia creerse superior á los demas.» (Larcher, *Vida de Herodoto*).

(24.^a) Páj. 170. *Un pueblo que pretende descender de los troyanos.*

En el capítulo segundo del *Epítome de la historia de los francos*, se lee una fábula entera, contada, dice el autor, por cierto poeta llamado Virjilio. Priamo, segun este poeta desconocido, fue el primer rey de los francos, y Friga fue el sucesor de Priamo. Despues de la caída de Troya, se separaron los francos en dos bandos; uno de ellos, mandado por el rey Francio, vino á Europa, y se estableció á orillas del Rin, etc. (*Epist. hist. franc.*, cap. II, in D. Bouq. Coll.)

Las actas de los reyes de los francos refieren una fábula, poco mas ó menos semejante (Cap. I y II). Sobre estas antiguas crónicas ha compuesto Anio de Viterbo la jenealogía de los reyes de los galos y de los francos. En sus dos supuestos libros, dá veintidos reyes á los galos antes de la guerra de Troya: Dis ó Samotes; Sarron, fundador de las escuelas druídicas; Boardo, inventor de la poesia y de la música; Celtes, Galates, Béljico, Lugno, Alloburgo, Páris, Remo. Bajo el reinado de este último, aconteció la toma de Troya; y Franco, hijo de Hector, que pudo escapar de la ruina de su patria, se refujió en las Galias, y casó con la hija de Remo.

(25.^a) Páj. 170. *Que este pueblo, formado de diversas tribus de jermanos.....*

Verdadero origen de los franceses. He esplicado la palabra *franco* segun la indole de nuestra lengua (la francesa), y no segun la etimolojia que quiere darle Libanio, y que significaria hábil en fortalecerse. *In Basilico.*

(26.^a) Páj. 170. *El poder..... se reune.*

Esto no está espresado formalmente por ningun autor, pero se deduce de toda la série de la historia. En Tácito se ve (*de Mor. Germ.*) que se elejian los jefes en las asambleas jenerales, y se encuentran en el mismo autor (*Ann. et Hist.*) á los jermanos gobernados por un solo jefe. Nótase esto mismo en los Comentarios de César. Por último, bajo el mando de Faramundo, de Clodion, de Meroveo y de Clodoveo, parece que los francos se hallaban gobernados por un solo rey.

(27.^a) Páj. 170. *La tribu de los salios.*

Hay autores que pretenden que los salios no eran mas que grandes ó señores adictos al servicio de las salas de nuestros reyes. Es verdad que la palabra sala es de una antigüedad muy remota en la baja latinidad. En un edicto de Lotario, rey de los lombardos, se lee: *Si quis bovolam de sala occiderit, componat*, (Sol. 20).

»Qui en la *sale* Baudouin Lagernie,
 »Avoit de Foise envoié une espie."
Du Cange. Gloss., voce Sala.

Pero es mas natural considerar á los salios como una tribu de los francos, puesto que se les encuentra como tales en la historia. Los francos, llamados salios, dice Amiano Marcelino, se habian avecindado cerca de Toxandria. Sidonio les dá tambien este nombre. Segun refiere Libanio, Juliano tomó á los salios al servicio del imperio, y les dió tierras. Además de lo dicho, se encuentran salios galos dueños del territorio en el que los

Focenses fundaron á Marsella. Habia entre los romanos sacerdotes de Marte y sacerdotes de Hércules, llamados salios; como si todo lo que se llama salio debiese indicar armas y victoria.

(28.^a) Pág. 170. *Y debe esta opinion.*

Yo pongo aqui el orijen de la famosa ley sálica. La historia la hace subir hasta Faramundo: pero los mejores críticos hacen venir como yo la ley sálica de la tribu de los salios. La ley sálica, tal como nosotros la tenemos, habla de todo, menos de la sucesion á la corona; Du Cange distingue dos leyes sálicas: la una, mas antigua, y del tiempo en que los franceses eran todavía idólatras; y la otra, mas moderna, que se supone redactada por Clodoveo despues de su conversion. (Véase á Pition, Jerónimo Bignon, Du Cange y Daniel).

(29.^a) Pág. 170. *Los francos se reunen.*

Las primeras ediciones dicen: »Los francos se reunen dos veces al año en los meses de Marzo y Mayo.» Yo habia querido indicar con esto el cambio sobrevenido en la época de la asamblea jeneral de los francos; pero esto era inexacto, y no esplicaba lo que yo queria decir: por lo tanto lo he correjido como se ve aqui. El primer ejemplo de una asamblea jeneral de los francos llega hasta Clodoveo; quien mató en ella con su propia mano á un soldado que le habia insultado el año anterior. (Gregorio de Turs).

Tácito dice que los jermanos celebraban sus asambleas en dias fijos, al principio de la luna nueva y del plenilunio (*de Mor. Germ*). Nuestros estados jenerales, que se cree traen su orijen del Campo de Marte, me parecen mas bien de orijen galo. (Véase los *Comentarios de César*).

(30.^a) Pág. 171. *Asisten todos armados al lugar de la cita.*

Esto lo dicen todos los autores.

(31.^a) Pág. 171. *Y allí sentado el rey sobre una encina.*

«Muchas veces he visto que el buen santo, despues que habia oido misa en el verano, iba á espaciarse en el bosque de Vincennes, y se sentaba el pie de una encina, y nos hacia sentar á todos cerca de él: y los que tenían algunos asuntos que tratar con él, venian á hablarle, sin que ningun ujier les pusiese impedimento. Y preguntaba en alta voz si habia alguno que tuviese que hablarle, y cuando habia alguno, les decia, esperaos, amigos, que se os despachará uno tras otro. Tambien he visto muchas veces en dicho tiempo de verano, venir este buen rey al jardin de Paris, vestido con un brial de camelote viejo, con un sayo de tiritana sin magnas, y un manteo por encima de tela negra, y alli hacia estender algunos tapices para que nos sentásemos á su lado, y daba audiencia á su pueblo, como os he dicho que lo hacia en el bosque de Vincennes.» (JOINVILLE, *Hist. del rey San Luis*).

El uso de hacer presente al jefe de los pueblos germánicos sube hasta el tiempo de Tácito. «Mos est civitatibus ultro ac viritim conferre principibus vel armentorum, vel frugum, quod pro honore acceptum, etiam necessitatibus subvenit. Gaudent præcipue finitimarum gentium donis, quæ non modo á singulis, sed publice mituntur.» (TÁCITO, *de Mor. Germ.*, XV).

(32.^a) Pág. 171. *Las propiedades son anuales.*

«Arva per annos mutant (TAC., *de Mor. Germ.*, xxvi). Neque quisquam agri modum certum aut fines proprios habet: sed magistratus ac principes in annos singulos, gentibus cognationibusque hominum qui una coierint, quantum et quo loco visum est, agri attribuunt, atque anno post alio transire cogunt.» (CESAR, *de Bell. Gall.*, lib. VI).

(33.^a) Pág. 171. *La leche, el queso, etc.*

Véase á César, *de Bell. Gall.*, lib. IV; Plinio, lib. II; Estrabon, lib. VII. Tácito dice *Lac concretum*.

(34.^a) Pág. 171. *Un escudo..... un caballo bridado.*

«Munera non ad delicias muliebres quæsita, nec qui-

bus nova nupta comatur; sed boves et frenatum equum, et scutum cum framea gladioque." (TACITO, *de Mor. Germ.*, XVIII).

(35.^a) Pág. 171. *Si..... salta..... por encima..... de las espadas desnudas.*

»Nudi juvenes, quibus id ludicrum est, inter gladios se atque in festas frameas saltu jaciunt." (TAC., *de Mor. Germ.*, XXVI).

(36.^a) Pág. 171. *Una pirámide de césped.*

»Funerum nulla ambitio... sepulcrum cespes erigit." (TACIT., *de Mor. Germ.*, XXVII).

(37.^a) Pág. 172. *Caza el uro y los osos.*

César, Tácito y todos los autores hablan de la pasión que tenían los bárbaros á la caza. Véase aquí la descripción relativa al uro ú toro bravío:

»Tertium est genus eorum qui Uri appellantur. Ii sunt magnitudine paulo infra elephantos; specie et colore et figura tauri. Magna vis est eorum et magna velocitas; neque homini neque feræ quam conspexerint pareunt. Hos studiose foveis captos interficiunt... Amplitudo cornuum et figura et species multum á nostrorum boum cornibus differt. Hæc studiose conquisita ab labris argento circumcludunt atque in amplissimis epulis pro poculis utuntur." (CÆSAR, *de Bell. Gall.*, lib. VI).

(38.^a) Pág. 173. *Nosotros tuvimos la fortuna de no encontrar ninguna de aquellas grandes emigraciones, etc., hasta el aparte.*

Todo este paisaje es nuevo. Yo lo habia suprimido en las pruebas de la primera edicion; pero las personas que lo habian leido lo han reclamado, y me ha parecido deberlo restablecer.

(39.^a) Pág. 174. *Pequeño libro, irás á Roma sin mi compañía.*

Parve, nec invideo, sine me, liber, ibis in Urbem.

Ovidio murió en su destierro en Tomes: se ha dicho

haber encontrado su sepulcro en 1508, cerca de Stain en Austria, con estos versos:

Hic situs est vates quem divi Cæsaris ira
Augusti patria cedere jussit humo.
Sæpe miser voluit patriis occumbere terris;
Sed frustra! hunc illi fata dedere locum.

Estos versos son modernos. El poeta mismo se habia compuesto el epitafio que todos conocemos:

Hic ego qui jaceo tenerorum lusor amorum,
Ingenio perii Naso poeta meo, etc.

No sé si es mas patético el verso que yo he escojido para epitafio de un poeta muerto y desterrado en un desierto.

(40.^a) Pág. 174. *Que él mismo tenia por bárbaro.*

Barbarus hic ego sum, quia non intelligor illis.

(41.^a) Pág. 174. *Aquellas tribus... habian desaparecido.*

Se habian embarcado. »Una pequeña tribu de francos gobernada por Probo, dice Euménés, se señaló por su valor. Habiéndose embarcado en el Ponto Euxino, atacó à la Grecia y al Asia, tomó à Siracusa, asoló las costas de Africa, y volvió à entrar victoriosa en el Océano....» (EUMENES, *Paneg. Const.*)

(42.^a) Pág. 174 y 175. *Tenia dispuesto la Providencia que yo encontrase mi libertad en el sepulcro mismo de Ovidio.*

Este libro está fundado aquí, y hay tambien una razon necesaria para la descripcion que se hace de las costumbres y de la cacería de los francos. Este incidente, que por otra parte es muy natural, y de que otros poetas se han servido, va à cambiar la escena.

(43.^a) Pág. 175. *La choza real estaba desierta.*

»Quemcumque mortalium arcere tecto nefas habetur. Pro fortuna quisque apparatus epulis excipit. Cum defecere, qui modo hospes fuerat, monstrator hospitii

et comes proximam domum non invitati adeunt: nec interest; pari humanitate accipiuntur. Notum ignotumque, quantum ad jus hospitii, nemo discernit." (TACITO, *de Mor. Germ.*, XXI).

(44.^a) Páj. 176. *Una isla... consagrada á la diosa Herta.*

(Véase á Tácito, *Costumbres de los jermanos*, capítulo XL). Mi texto es la traduccion abreviada de todo el pedazo.

(45.^a) Páj. 176. *Estaban estos colocados en semi-círculo, etc., hasta el aparte.*

»No se sientan en sillas cuando comen, sino que se tienden en el suelo sobre pieles de lobos y perros, y son servidos por sus hijos de uno y otro sexo, si se hallan estos en su primera juventud. A su lado tienen grandes fuegos con calderos y asadores, donde hacen cocer y asar grandes pedazos de carne, y tienen la costumbre de ofrecer los mejores bocados á los que mas se han distinguido por su valor. Sus discursos de mesa suelen provocar disputas, y el desprecio con que miran la vida es causa de que consideran como cosa de poco momento el tener un desafío." (Diod., lib. V, traduccion de Terrason). Todos estos usos, que Diodoro atribuye á los galos, se encuentran tambien entre los jermanos. En cuanto á la circunstancia de la mesa separada que cada convidado tenia delante de si, es sacada de Tácito, de *Mor. Germ.* Véase aqui un pasaje curioso de Ateneo: »Celtæ, inquit (Posidonius), sæno substrato, cibos proponunt super ligneis mensis a terra parum extantibus. Panis, et is paucus, cibus est: caro multa elixa in aqua, vel super prunis aut in verutis assa. Mensæ quidem hæc pura et munda inferuntur, verum leõnum modo ambabus manibus artus integros tollunt, morsuque dilaniant; et si quid ægrius divellatur, exiguo id cultello præcidunt, qui vagina tectus et loco peculiari conditus in propinquo est..... Convivæ plures ad cœnam si convenient, in orbem consident. In medio præstantissima sedes est, veluti cœtus principis ejus nimirum qui cœteros vel bellica dexteritate, vel nobilitate generis autem, vel divitiis.

Assidet huic convivor: ac utrinque deinceps pro dignitate splendoris qua excellunt. Adstant á tergo cœnantibus, qui pendent clypeos pro armis gestent, hastati vero ex adverso in orbem sedent ac utrique cibum cum dominis capiunt. Qui sunt á poculis, potum ferunt in vasis ollæ similibus, aut fictilibus, aut argenteis." (Athen., lib. IV, cap. XIII). Algo habria que decir sobre esta version del texto griego; pero, sin embargo, es bastante fiel, no deja de tener cierta elegancia, y ha sido revisada por Casaubon, hombre doctísimo, á pesar de algunos. Como el texto no tiene de suyo ninguna belleza, he preferido citar esta version de Dalechamp, por estar mas al alcance de muchos lectores.

(46.^a) Páj. 177. *Camulojénes.*

Recuerdo histórico. (Véanse los comentarios de César). Todo el mundo sabe que Lutecia es Paris.

(47.^a) Páj. 177. *Los cuarenta mil discípulos de las escuelas de Augustoduno.*

Las escuelas de Autun eran muy florecientes. Eumenes las habia restablecido. En tiempo de la sublevacion de Sacrovir, habia cuarenta mil jóvenes de la nobleza de las Galias reunidos en Autun. (Tácito, *Ann.* III, 43). Se sabe tambien que Marsella, en tiempo de Ciceron y de Agricola, era llamada la Atenas de las Galias. Por lo que toca á Burdeos, puede consultarse á Ausonio, quien nombra los profesores célebres de aquella ciudad.

(48.^a) Páj. 177. *La rebelion de los Bagodes.*

Existen muchas opiniones con respecto á los Bagodes. Yo he adoptado la que pinta á estos galos como campesinos sublevados contra los romanos.

(49.^a) Páj. 177. *Los sacerdotes del banquete..... impusieron silencio.*

»Silentium per sacerdotes quibus tum et coercendi jus est, imperatur." (TáCITO, *de Mor. Germ.*, XI).



(50.^a) Páj. 178. *Esos ansiosos dueños de tantos palacios, y he conocido cuán dignos son de lástima, etc.*

Esta es la voz de que se sirvió el Breton Caractaco, hallándose prisionero en Roma. (*Véase á Zonaro*).

(51.^a) Páj. 178. *Siente éste en su pecho un movimiento que le impulsa á incendiar el Capitolio.*

Un rey de los bárbaros fue quien dijo una palabra poco mas ó menos semejante, pero no sé si fue Alarico, Jenserico ú otro.

(52.^a) Páj. 178. *Toda la asamblea aplaudió este discurso....., blandiendo las lanzas.*

»Si displicuit sententia, fremitu aspernantur: sin placuit, frameas concutiunt.» (Tac., *de Mor. Germ.*, XI).

(53.^a) Páj. 178. *¿Ignorais por ventura que la espada de hierro de un galo.....?*

Esto alude á la historia de aquel galo que puso su espada en la balanza en que se pesaba el oro que habia de rescatar á los romanos despues de la toma de su ciudad por Brenō.

(54.^a) Páj. 179. *Los galos fueron los únicos que no se aterraron á la vista del poder de Alejandro.*

Véase la nota 58 del libro VI. En cuanto á lo restante de este párrafo hasta el aparte, se puede recurrir á la *Historia romana* de Rollin, tomo VII, páj. 330, en donde el autor ha descrito todas las conquistas de los galos. Puede repararse que yo he corregido la inverosimilitud del discurso de Camulojénes, pintando á este galo instruido por haber estudiado en las escuelas de Autun, Marsella y Burdeos.

(55.^a) Páj. 179 y 180. *Tenemos vedado á nuestros hijos el que aprendan á leer.*

Segun Procopio, los godos no querian instruir á sus hijos en las letras; porque, segun decian, el que está acostumbrado á temblar á la vista de la férula de un

maestro, no mirará jamás una espada sin temor. (*De Bello Goth.*, lib. 1).

(56.^a) Páj. 180. *No me tomaria el trabajo de ir á recoger el huevo de la serpiente en la luna nueva.*

»Angues innumeri æstate convoluti, salivis faucium corporumque spumis artificii complexu glomerantur, anguinum apellatur. Druidæ sibilis id dicunt in sublime jactari, sagoque oportere intercipi, ne tellurem attingat. Profugere raptorem equo: serpentes enim insequi, donec arceantur amnis alicujus interventu. Experimentum ejus esse, si contra aquas fluitet vel auro vinctum. Atque ut est magnorum solertia occultandis fraudibus sagax, certa luna capiendum censent..... Ad victorias litium ad regum aditus, mire laudatur." (*PLIN.*, lib. XXIX, cap. 3, 12).

(57.^a) Páj. 180. *Mientes.*

Este es el mentis de los bárbaros que, aun en el día, conduce á los hombres á matarse unos á otros. La verdad con que están pintadas las costumbres en todo este libro, y particularmente en la escena que le dá fin; me ha parecido siempre que sería del gusto de los censores instruidos y dignos de ser oídos.

(58.^a) Páj. 181. *Al día siguiente, dia en que la luna habia adquirido todo su esplendor, se decidió en el sosiego lo que se habia discutido en medio de la embriaguez.*

»Coeunt, nisi quid fortuitum et subitum inciderit, certis diebus, cum aut incohatur luna aut impletur. (*TACIT. de Mor. Germ.*, XI). De reconciliandis invicem inimicis, et jungendis affinitatibus, et adsciscendis principibus, de pace denique ac bello, plerumque in conviviis consultant..... Gens non astuta nec callida, aperit adhuc secreta pectoris licentia joci. Ergo detecta et nuda omnium mens postera die retractatur: et salva utriusque temporis; ratio est. Deliberant, dum fingere nesciunt: constituunt, dum errare non possunt." (*TACIT.*, *de Mor. Germ.*, XXII).

NOTAS DEL LIBRO VIII.

Este libro, que interrumpe la narracion, que sirve para dar algun descanso al lector, y hace adelantar la accion, presenta en esto mismo, como se ha dicho ya, una inovacion en el arte, que no ha sido reparada de nadie. Si era dificil representar un cielo cristiano, porque todos los poetas se han estrellado en esta pintura, tambien lo era el describir un infierno, porque todos los poetas han acertado en este asunto. Ha sido, pues, necesario ver de encontrar alguna cosa nueva despues de lo que sobre la materia han dicho Homero, Virjilio, Fenelon, el Dante, el Tasso y Milton. Por lo tanto, yo merecia la induljencia de la critica, y la he alcanzado en efecto en cuanto á este libro.

(1.^a) Pág. 183. *Admiraba la pintura del estado de la iglesia; etc., hasta el tercer aparte.*

Festinat ad eventum. Se recuerda con esto el objeto de la narracion, y la accion sigue su curso, las noticias que llegan de Roma, y el principio de los amores de Eudoro y de Cimodocea, prometen nuevos acontecimientos. Estas son á la verdad cosas muy triviales, pero cosas que son del arte, y que interesan á la critica. Si esto no dá á conocer el ingenio, demuestra á lo menos el tino de un autor, y prueba que su obra es el fruto de un trabajo meditado y maduro.

(2.^a) Pág. 185. *¿Cuán grande es el hijo de Lasténes por su corazon y por sus armas! etc.*

Quam forti pectore et armis!
 Heu quibus ille
 Jactatus fatis! quæ bella exhausta canebat!
 ÆNEID. lib. IV, v. 11.

(3.^a) Pág. 185. *¿Que relijion es esa de que habla Eudoro?*

Primer movimiento de Cimodocea hácia la relijion.

(4.^a) Páj. 185. *Como un vecino jeneroso, sin detenerse á tomar su cinto.*

Εἰ γὰρ τοὶ καὶ ὄρημι ἐγχοῶριον ἄλλο γένηται,
Γείτονες ἄζωστοὶ εἶχον, ζῶσαντο δὲ πηοί.

HESIOD., *Opera et dies*, v. 342.

(5.^a) Páj. 185. *Vamos á los templos á sacrificar ovejas á Ceres, etc.*

Principio delubra adeunt, pacemque per aras
Exquirunt: mactant lectas de more bidentes
Legiferæ Cereri, Phœboque, patrique Lyæo:
Junoni ante omnes, cui vincla jugalia curæ.
Ipsa, tenens dextra pateram, pulcherrima Dido,
Candentis vaccæ media inter cornua fundit,
Aut ante ora Deum pingues spatiat ad aras.

ÆNEID., IV, 56.

¿No he encontrado hasta cierto punto el medio de rejuvenecer estos cuadros, y utilizar estas riquezas?

(6.^a) Páj. 186. *No bien Cimodocea.... se anegaron sus ojos en llanto.*

Sinum lacrymis implevit obortis.

(7.^a) Páj. 186. *De esta manera iba enlazando el cielo dos corazones.... Satanás iba tambien á aprovecharse del amor de estas dos almas predestinadas:.... todo se encaminaba al cumplimiento de los decretos del Altísimo. El príncipe de las tinieblas acababa de pasar reseña en este momento, etc.*

Transición que nos conduce á la escena del infierno:

(8.^a) Páj. 187. *Cuna y sepulcro de la muerte.*

This wild abyss

The womb of nature, and perhaps her grave.

Parad. Lost., II, 910

(9.^a) Páj. 187. *Cuando el universo se haya borrado, así como desaparece una tienda, etc.*

»Terra... auferetur quasi tabernaculum unius noctis.»
(Isa., xxiv, 20).

(10.^a) Pág. 187. *Más arrastrado por el peso de sus crímenes, baja.....*

Milton hace volver á Satanás á los infiernos por un puente construido por el pecado y la muerte. No sé si yo he obrado mejor ó peor que el poeta ingles.

(11.^a) Pág. 187 y 188. *La vista del infierno hiela tambien de espanto á su monarca.*

Yo no he tomado esto de nadie; pero el impulso de remordimiento y compasion que sigue, es un remedo del movimiento de lástima que sobrecojió al Satanás de Milton á la vista del hombre.

(12.^a) Pág. 188. *Una fantasma sale precipitadamente, y se presenta en el umbral de las puertas inexorables; era la muerte.*

Si no se aprueba esta pintura de la muerte, á lo menos tiene en su favor la novedad. El retrato que hace Milton de la muerte está mezclado de sublime y horrible; y en nada se parece á éste.

The other shape,
If shape it might be call'd that shape had none
Distinguishable in member, joint, or limb,
Or substance might be call'd that shadow seem'd,
For each seem'd either: black it stood as night,
Fierce as ten Furies, terrible as hell,
And shook a dreadful dart; what seem'd his head,
The likeness of a kingly crown had on.

Parad. Lost, II, 666.

(13.^a) Pág. 189. *El crimen abre las puertas.....*

En el *Paraiso Perdido*, el pecado y la muerte están velando á las puertas del infierno, que ellos tienen abiertas; pero estas puertas no se vuelven á cerrar.

(14.^a) Pág. 190. *Aridas nubes.*

Nubes arida.

(VIRG.)

(15.^a) Páj. 190. *¿Quién podrá pintar el horror.....*

Yo no me he detenido á recargar mucho los tormentos, que el Dante describe muy bien y con bastante estension. No se ha observado lo que distingue esencialmente el infierno del Dante del de Milton: el infierno de Milton es un infierno antes de la caída del hombre, y por lo tanto no se encuentran en él más que ángeles; el infierno del Dante se traga la desgraciada posteridad del hombre caído.

(16.^a) Páj. 190. *Se rie de los lamentos del pobre.....*

Me parece que yo soy el primer autor que se haya atrevido á meter al pobre en los infiernos. Antes de la revolucion no me hubiera ocurrido ciertamente esta idea. Con todo, se ha alabado esta justicia. Si Satanás predica aquí una buena moral, en nada se falta á la conveniencia ni á la realidad de las cosas. Los demonios conocen el bien y hacen el mal, que es lo que los hace culpables, y aplauden á la justicia que les proporciona víctimas. Segun este principio, admitido por la iglesia, se supone en las canonizaciones que un orador defiende la causa del infierno, y hace ver por qué el santo, lejos de ser recompensado, se ha hecho digno de castigo.

(17.^a) Páj. 191. *Tú me has preferido al Cristo.*

Este es el mismo principio. Satanás sabe que no es hijo de Dios, y sin embargo quiere aparecer igual suyo á los ojos del hombre. Luego que el hombre hubo caído, se burló Satanás de la credulidad de su víctima.

(18.^a) Páj. 191. *La pena de sangre.*

A ningun poeta le ha ocurrido hasta ahora mezclar los dolores morales con las agonias físicas. Los réprobos experimentan, en Dante, á la verdad, algun mal de esta especie; pero la idea de estos tormentos está apenas indicada. En cuanto á los grandes culpables que salen del sepulcro, parece que ha habido algunas personas que no han tomado á bien me hubiese yo servido de estas tradiciones populares; pero yo he pensado que es

licito hacer uso de ellas, á imitación de Homero y de Virgilio, y que hasta son muy poéticas de suyo, cuando se les ennoblece por medio de la expresión. Se ve un hermoso ejemplo de esto en el juramento de los Dieziseis (*Henriada*). ¿Por que ha de ser la poesía mas escrupulosa que la pintura? ¿Y por que no me ha de ser licito presentar un cuadro que tiene á lo menos el mérito de recordar una obra maestra de Lesueur?

(19.^a) Páj. 191. *En el centro del abismo..... se halla un negro castillo, etc., hasta el aparte.*

Esto no se parece al Pandemonio del *Paraiso Perdido*.

Anon out of the earth a fabric huge
Rose like an exhalation, with the sound
Of dulcet symphonies and voices sweet,
Built like a temple, where pilasters round
Were set, and Doric pillars overlaid
With golden architrave; nor did there want
Cornice or freeze, with bossy sculptures graven;
The roof was fretted gold.

El Dante tiene una ciudad infernal algo semejante á mi palacio de Satanás; pero apenas se echan de ver en él algunos rasgos de mi descripción.

Omai, figliuolo,
S' appressa la città ch' ha nome Dite.
. Già le sue meschite,
La entro certo ne la valle cerno
Vermiglie come se di fuoco uscite.
Inf., cant. VIII.

.
L' occhio m' avea tutto tratto
Ver l' alta torre alla cima rovente:
Ove in un punto vidi dritte ratto
Tre furie infernal di sangue tinte.
Cant. IX.

El Tasso no ha descrito ningun palacio infernal. Los amantes de la antigüedad verán como he ido á sacar del Tártaro, para colocarlas en un infierno cristiano, la sombra estéril de los sueños, las furias, las parcas y las

nueve revueltas del Cocito. El Dante, como se ve, ha puesto las furias sobre el torreón de la *ciudad doliente*.

(20.^a) Pág. 192. *La eternidad de los dolores, etc.*

Esta es la ficción más atrevida de los Mártires, y la única de esta especie que se encuentra en toda la obra.

(21.^a) Pág. 192 y 193. *Mandó á los cuatro caudillos, etc.*

Así es como el Satanás de Milton y el del Tasso convocan el senado de los infiernos.

Chiama gli abitator, etc.

Versos magníficos, de que hablaré en el libro XVII.

(22.^a) Pág. 193. *Preséntanse..... tal como los adoran.*

Es el Olimpo en el infierno, y esto es lo que hace que se parezca tan poco este infierno á ninguno de los que han pintado los poetas predecesores míos. La idea, por otra parte, es tal vez bastante feliz, pues se trata de la lucha de los dioses del paganismo contra el verdadero Dios: en fin, lo maravilloso de esto se encuentra conforme con la fe; todos los Padres han creído que los dioses del paganismo eran verdaderos demonios.

(23.^a) Pág. 193. *Hijas del cielo, etc.*

Todo esto es mío, y el fondo de esta doctrina está arreglado á los dogmas cristianos.

(24.^a) Pág. 194. *No como este astro de la mañana, etc.*

El Tasso compara á Satanás con el monte Atos, y Milton con un sol eclipsado.

(25.^a) Pág. 194. *Dioses de las naciones.*

La esposición del lado *feliz* de la acción, y las señales que distinguen á los *buenos* personajes, se han hecho en el cielo; en el infierno se va á ver la esposición del lado *infeliz* de la misma acción, y las señales distintivas de los personajes malos.

(26.^a) Páj. 196. *Yo la habré coronado esterminando á todos los cristianos.*

Este demonio propone un parecer que será adoptado por Satanás; esto es, la persecucion sangrienta, y Satanás no sabe que Dios ha decretado esta persecucion para probar á los cristianos. El infierno obedece á Dios, pensando resistirle.

(27.^a) Páj. 197. *En seguida el demonio de la falsa sabiduría.*

Nadie antes de mí habia hecho todavía la pintura de este demonio. Es verdad que ha sido mas conocido en nuestro tiempo que en el pasado, y que nunca habia causado tanto daño á los hombres. Parece que se ha aprobado que el demonio de la falsa sabiduría fuese el padre del ateismo, y que ha parecido bien esta espresion: *Nacida despues de los tiempos, por oposicion á la verdadera sabiduría, nacida antes de los tiempos.*

(28.^a) Páj. 198. *Hiérocles, ministro, etc.*

Véase aqui, como he dicho, las señales que distinguen al personaje vicioso y la pintura de la falsa filosofía, medio secundario que ha de servir para arruinar á los cristianos.

(29.^a) Páj. 198. *A este discurso del espíritu mas corrompido del averno, etc.*

La pintura del tumulto ocurrido en los infiernos es enteramente nueva. La mortaja encendida, la túnica de plomo, los cancelones que penden de los ojos llenos de lágrimas de los desgraciados habitantes del abismo, son suplicios consagrados por el Dante.

(30.^a) Páj. 199. *El demonio del deleite.*

Todo este retrato es tambien de la imajinacion del autor. Hay en la *Mesiada* un demonio arrepentido, llamado Abadonis; pero es un pensamiento muy diferente. Por lo demas, el demonio de los deleites estará en oposicion con el ángel de los santos amores.

(31.^a) Páj. 202. *El caos, único y lóbrego vecino del infierno.*

Milton es quien pone el caos á las puertas del infierno; y Virgilio quien, hermoſeando á Homero, hace penetrar la luz en la mansion de los manes por medio de un golpe del tridente de Neptuno.

(32.^a) Páj. 202. *Aquellas aves dudosas.....*

Era muy difícil pintar á un murciélago en estilo noble.

(33.^a) Páj. 202. *Bajo el vestíbulo, etc., hasta el fin del libro.*

Todo este pasaje es nuevo, y no recuerda ninguna imitacion. Las palabras con que termina el libro, presentan la accion en disposicion de empezar.

Una cosa hay, digna tal vez de observarse: se ha podido ver, por las notas de este libro, que las imitaciones son menos frecuentes en él que en los libros mitológicos, y la razon es sencilla: uno ha de imitar mucho á los antiguos, y muy poco á los modernos; se puede seguir ciegamente á los primeros, pero las huellas de los segundos han de seguirse con mucha cautela.

NOTAS DEL LIBRO IX.

(1.^a) Páj. 204. *Si Hiérocles hubiese podido contemplar.*

Por medio de esta transicion, se vuelve de la accion á la relacion de Eudoro. Los *postreros momentos de paz* de la familia cristiana dan motivo á que se continúe la narracion, la cual se puede escuchar, respecto á que reina la calma todavia; pero se ve que en el instante en que dá fin, principian las desgracias.

(2.^a) Páj. 205. *Toman todos asiento á la puerta del verjel.*

Se ha mudado el lugar de la escena. Las familias se hallan reunidas ahora en el paraje donde cantaron Eudoro y Cimodocea acompañándose con la lira.

(3.^a) Páj. 205. *Constancio se hallaba á la sazón en Lutecia.*

Segun la opinion de diversos autores, el nombre Lutecia (Paris) viene del latin *lutum*, que quiere decir fango ú lodo, ó de dos palabras célticas, que significan la hermosa piedra, ó la piedra blanca. (Du Pless., *Ann. de Paris*, páj. 2).

(4.^a) Páj. 205. *Los belgas del Secuana.*

El Secuana es el rio Sena.

Habia tres Galias: la Galia Céltica, la Galia Aquitánica, y la Galia Béljica. Esta se estendia desde el Sena y el Marne hasta el Rin y el Océano. (Cæsar, lib. I, p. 2).

(5.^a) Páj. 205. *El primer objeto que se presentó á mi vista en las lagunas de los Parisios, fue una torre octógona consagrada á ocho dioses galos.*

Los Parisios eran los pueblos que rodeaban á Lutecia, y componian uno de los sesenta ó sesenta y cuatro pueblos de las Galias: *Optima gens flexis in gyrum Sequana frenis*. Estos pelearon contra Labieno, teniente de César; el anciano Camulojénes, que los mandaba, fue muerto en la accion; y Lutecia, que los Parisios habian reducido á cenizas con sus propias manos, sufrió el yugo de los vencedores. (Cæsar, *de Bello Gall.*, lib. VII, cap. X; *Essais sur Paris*, páj. 5). Se cree que esta torre octógona, consagrada á ocho dioses galos, era la del cementerio de los *Inocentes*. (Véanse á Felibio et Saint-Foix). Felipe el Hermoso fue quien hizo cercar el cementerio de los *Santos Inocentes*. (Guill. le Breton, en su *Philippid.* apud. Dubreuil, 830).

(6.^a) Páj. 205. *Hácia la parte del mediodía, como á unos dos mil pasos de Lutecia..... se descubria el templo de Heso.*

El templo de Heso ú de Mercurio ocupaba el lugar

que ocupan ahora los carmelitas del arrabal de Santiago. (*Traite de la Police*; por La Mare, tom. I, páj. 2).

(7.^a) Páj. 205. *Algo mas cerca, y en una hermosa pradera..... descollaba otro templo dedicado á Isis.*

Este templo de Isis es en el dia la abadía de San Jer- man de los Prados. El colejio de los sacerdotes de Isis se hallaba en Issy. (Véase La Mare, loco cit.; y Saint-Foix, *Essais*, tomo I, p. 2).

(8.^a) Páj. 205. *Hácia el norte, y sobre una colina.*

Esta colina es Montmartre. (Véase la nota XV del li- bro VII). El templo de Teutátes está señalado por La Mare. (*Ibid.*)

(9.^a) Páj. 205. *Hallábame ya cerca del Secuana, y por entre los claros de una arboleda de sauces y nogales.*

Todo esto es de Juliano (in Misopogon). Hay mucha distancia de estos sauces al Louvre. Lo que aqui se dice del Sena es precisamente lo contrario de lo que existe en el dia. Encuéntranse en Gregorio de Turs y en las *Crónicas*, diversas avenidas del Sena; por lo tanto no hay que creer á Juliano muy implícitamente.

(10.^a) Páj. 206. *Dos puentes de madera defendidos por dos castillos, etc.*

Estos puentes eran de madera en tiempo del empe- rador Juliano (in Misopogon), y Duplessis manifiesta que debian ser todavía de madera antes de este empe- rador (*Ann. de París*, páj. 5). En cuanto á los castillos en que se paga el tributo á César, es de parecer Saint- Foix que son lo que ahora llamamos el pequeño y gran- de Chatelet. La Mare y Felibio pretenden que estos cas- tillos fueron construidos por César. (*Traite de la Polic.*, tom. I; Felibio, tom. I, páj. 2, 13). En tiempo de Corroz- zet, se leía todavía sobre una de las puertas del gran Chatelet: Tributum Cæsaris. (Corrozet, *Antiq. de Paris*, edic. in 8.^o, páj. 1550, fol. 12, verso). Abbon, en su poe- ma sobre el *Sitio de París*, habla del grande y del peque- ño Chatelet:

... Horum (pontium) hinc inde tutrices
 Cis urbem speculari phalas (turres), cifra quoque flumen.
 Lib. I, *Bellorum Parisiacæ urbis*, v. 18-19.

Pregúntase si estaban edificadas estas torres en el extremo du Pont-au-Change y du Petit-Pont, ó bien eran el grande y pequeño Chatelet, ó si se hallaban en el puente que Cárlos el Calvo mandó construir al extremo occidental de la ciudad. (Véase *Ann. de Paris*, p. 171-72).

(11.^a) Pág. 206. *Y no vi en el interior de aquella aldea, etc.*

Véase á Juliano.

(12.^a) Pág. 306. *Fue el único monumento que descubrí, etc.*

Los nautos eran una compañía de mercaderes establecidos por los romanos en Lutecia, *Nautæ Parisiaci*. Estos presidian al comercio del Sena, y habian erijido un templo ó un altar á Júpiter al extremo oriental de la isla. Encontráronse algunos restos de este monumento en 1710, ó el 15 de Marzo de 1711, haciendo algunas obras en el coro de la catedral. (Véase *Mem. de l'Acad. des Inscript.*, tomo III, páj. 243 y 296; Felib., *Histoire de Paris*, tomo I, páj. 14; Pigariol de la Force, *Descript. de Paris*, tom. I, páj. 360).

(13.^a) Pág. 206. *Pero fuera de la isla, y á la otra parte del brazo meridional del Secuana, se veian la colina Lucoticia, un acueducto romano, un circo, un anfiteatro, y el palacio de los Termas; en donde morabá Constancio.*

La colina Lucoticia, *mons o collis Lucotitius*. — Es la montaña de Santa Jenoveva. Este nombre se ve empleado por la primera vez en las actas de los Santos de la órden de San Benito, por Gislemar, escritor del siglo nono.

Un acueducto romano. — Es el acueducto d'Arcueil, que, segun los mejores críticos, fue construido antes de la llegada de Juliano á las Galias. El acueducto moderno está tal vez construido sobre el sitio que ocupaba el an-

tiguo. (*Mémoires de l'Acad. des Inscript.*, tom. XIV, página 268).

Un circo, un anfiteatro. — Se habia creído que este circo habia sido construido por Chilperico I; pero está probado que él solo fue el restaurador de un antiguo circo romano. Además de este circo, habia en el mismo lugar un anfiteatro. Todos estos monumentos ocupaban el puesto que ahora ocupa la abadia de San Victor, ó el espacio que media entre los muros de la universidad y la calle Villeneuve-Saint-René. Este paraje se llamó por mucho tiempo le Clos-des-Chênes, (el Cercado de las Encinas). (*Ann. de Paris*, p. 67 y 68. Vales, *Not. Gall. Paris*, páj. 432, &c.).

Y el palacio de los Termas. — La opinion vulgar es que el palacio de los Termas, del cual se ven todavia las bóvedas en la calle de la Harpe, fue construido por Juliano. Esto es un error. Juliano engrandeceria tal vez este palacio, pero no lo edificó. Los mejores criticos hacen subir su fundacion á lo menos hasta Constantino el Grande, y yo pienso que todavia es mas natural el atribuirlo á Constancio su padre, que hizo una mansion mas larga en las Galias. (Vales, *de Basilic. reg.*, cap. V; Till., *Hist. des Emp.*, tom. IV, páj. 426).

(14.^a) Páj. 207. *Observé con sentimiento, etc.*

Constancio murió de una enfermedad de languidez. Diéronle el sobrenombre de Cloro, á causa de la palidez de su rostro.

(15.^a) Páj. 207. *Brillaban..... Donacio y Rogaciano.*

El autor sigue presentando á la vista del lector los obispos, los santos y los mártires de aquella época, en todos los parajes en que se encuentra Eudoro, para completar la pintura de la iglesia.

Donaciano y Rogaciano eran de Nantes. Donaciano fue el apóstol de su hermano, y le convirtió á la fe; y á ambos les cortaron juntos la cabeza, despues de haber sido atormentados por espacio de mucho tiempo. Ya se les volverá á encontrar en Roma en la prision de Eudoro. (*Actas de los Mártires*, tomo. I, páj. 398).

(16.^a) Páj. 207. *Jervasio y Protasio.*

Ya es conocida la peregrina pintura del martirio de estos dos jóvenes, hecha por Lesueur. Próculo fue obispo de Marsella, y Justo lo fue de Leon (Francia). En cuanto á San Ambrosio, era ciertamente hijo de un prefecto de las Galias; pero aquí hay anacronismo, lo mismo que con respecto á San Agustín, de quien San Ambrosio fue el padre espiritual.

(17.^a) Páj. 207. *El mismo me hizo llamar á los jardines.*

Estos jardines eran los del palacio de los Termas, y mas adelante lo fueron del palacio de Childeberto I. Ocupaban estos todo el terreno que comprenden las calles de la Harpe, Pierre-Sarrazin, Hauteleville, du Tardinet, y bajaban hasta la iglesia de San Jerman de los Prados. Esta, como he dicho mas arriba, era el templo de Isis. (*Ann. de París*, páj. 26).

(18.^a) Páj. 207. *Bien os acordareis, etc.*

Aquí se encuentra tambien la accion en la narracion, y hasta dá un paso considerable. Galerio es casi el jefe del imperio, se casa con Valeria, y por lo tanto es yerno de Diocleciano. Se trasluce ya la abdicacion de éste; Constantino es perseguido; Hiérocles es creado procónsul de Acaya, y en este mando funesto conoce á Cimodocia. El lector tiene noticia de hechos importantes, y nada le queda ya que saber cuando se acabe la narracion. Si insisto en esto, se me debe disimular, porque respondo á una critica grave, y que (á lo menos, segun creo) es poco fundada. Jamás hubo, lo repito, una narracion épica que estuviese mas enlazada con la accion, que lo está la de Eudoro con lo sustancial de los *Mártires*. Por lo demas, lo que Constancio refiere de la victoria de Galerio sobre los partos, de su enlace con Valeria, de la lucha de Constantino con un leon, de su combate con los sármafas, y de la rivalidad de Constantino y de Majencio, todo es conforme á la historia.

(19.^a) Páj. 208. *Los pictos habian atacado los muros de Agricola, etc.*

Agricola, suegro de Tácito; este grande historiador nos ha dejado escrita la vida de aquel.

Los muros de que aqui se hace mencion son llamados con mas propiedad los muros de Severo, por ser éste quien los hizo levantar sobre las antiguas fortificaciones construidas por Agricola. Estos muros se estendian desde el golfo de Gloto, en el dia la ribera de Clyde, hasta el golfo de Bodteria, ahora el rio Fort; todavia se ven algunas ruinas de estos muros. Los pictos eran una nacion de la Escocia ó Caledonia: llamábanles asi, porque se pintaban el cuerpo, como lo hacen todavia los salvajes de América. Yendo Constancio á sujetar á esta nacion que se habia sublevado, murió en York de una enfermedad de languidez, y en esta ciudad fue donde las le jiones proclamaron César á Constantino.

(20.^a) Páj. 209. *Por otra parte Carrausio.....*

Carrausio era un hábil oficial de marina que servia á Maximiano en las Galias, el cual, habiéndose rebelado, se apoderó de la Gran Bretaña, y conservó en el continente el puerto de Boloña. No pudiendo Maximiano castigarle, tuvo que reconocerle, dejándole al propio tiempo el titulo de Augusto. Constancio Cloro lo atacó, y fue mas feliz, por lo cual volvió á recobrar tambien el puerto de Boloña. Habiendo sido muerto Carrausio por Alecto (otro tirano que le sucedió), pasó Constancio á Inglaterra, derrotó á Alecto, y volvió á poner la isla bajo el dominio de los romanos. Por lo dicho se puede ver en lo que me he separado de la verdad histórica. (Eum., *Paneg. Const.*)

(21.^a) Páj. 209. *El resto de las antiguas facciones de Caractaco y de la reina Boadicea.*

El resto de estas antiguas facciones no era mas que el amor de la libertad, que obligó muchas veces á los bretones á rebelarse contra sus señores. Bajo el imperio de Claudio, Caractaco, príncipe breton, defendió su pa-

tria contra Plautio, jeneral de los romanos. Fue hecho prisionero y conducido á Roma, en donde habló al emperador con mucha nobleza, y al ver los palacios de aquella capital, dijo la palabra que he puesto en boca de Cloderico, libro VII (*Véase la nota 1.^a del mismo libro*).

La reina Boadicea defendió tambien á los bretones con mucho valor contra los romanos. Su nombre no es muy armonioso, pero la gloria y Tácito lo han ennoblecido. (*Véase Vita Agric.*)

(22.^a) Páj. 209. *Maestre de la caballería.....*

Magister equitum; grande empleo militar entre los romanos.

(23.^a) Páj. 209. *Colonia de los parisios de las Galias, etc.*

Los parisienses no saben que han hecho conquistas en Inglaterra. César nos dice que los belgas; esto es, los galos de la Galia Béljica, se apoderaron en otro tiempo de las costas de la Gran-Bretaña, y que conservaron allí el nombre de los pueblos de donde habian salido. (*De Bell. Gall.*, lib. V, cap. 12). Los parisios, que eran otra de las naciones de la Galia Béljica, se establecieron, segun Tolomeo, en el pais de los Bragantes, en el dia el Yorkshire, y allí fundaron una colonia que, segun el mismo Tolomeo, se llamaba *Petuaria*. (*Geogr.*, lib. II, páj. 51). El docto Campden coloca esta colonia de parisienses sobre el rio Hull, y cerca de la embocadura del Humber, y cree que *Petuaria* es el pueblo llamado Beyerley. (*Campden, Britann.*, páj. 576 y 577).

(24.^a) Páj. 209. *En las márgenes del Támesis... Londino.*

Los antiguos nos han dejado descripciones muy exactas sobre el clima de Inglaterra, y se puede observar que ne ha variado desde el tiempo de César y de Tácito. (*Cæsar*, lib. VI, cap. 12; *Tac.*, *id Vit. Agric.*). Y cuando uno lee este pasaje de Estrabon, cree encontrarse en Lóndres: »Aer apud eos imbribus magis est quam nivibus obnoxius: ac sereno etiam cælo caligo quædam multum temporis obtinet; ita ut toto die non ultra tres aut

quatuor quæ sunt circa meridiem horas, conspici sol possit." (Geogr., lib. IV, páj. 200).

(25.^a) Páj. 209. *Habia alli tambien una torre muy antigua, etc.*

Esta era una ficcion, con la cual el autor, siguiendo su asunto, hace ver el triunfo de la cruz, y á la Inglaterra convertida al cristianismo. Esta ficcion tiene ademas la ventaja de recordar la antigua abadía con la cual está enlazada toda la historia de los ingleses.

(26.^a) Páj. 209. *Envió al emperador mis cartas coronadas.*

Este era el uso que se seguia despues de una victoria. Tácito cuenta que Agricola, despues de sus conquistas sobre los bretones, evitó el incluir hojas de laurel en sus cartas, temiendo con esto despertar la envidia de Domiciano. (*In Agric.*)

(27.^a) Páj. 209. *Solicitó y obtuvo en favor mio la estátua.*

Esta frase lleva consigo la esplicacion. Luego que el triunfo no estuvo yá en uso, ó se reservó á los emperadores, se concedieron á los jenerales vencedores estatuas y diferentes timbres militares.

(28.^a) Páj. 210. *Me creó comandante de las comarcas armóricas.*

Las comarcas armóricas comprendian la Normandia, la Bretaña, la Saintonge y el Poitú; siendo el centro de estas comarcas la Bretaña, dicha por escelencia la Armórica. Cuando los dioses de los romanos y los decretos de los emperadores desterraron de las Galias la religion de los druidas, se retiró ésta á los bosques de la Bretaña, donde ejerció todavia su imperio durante mucho tiempo. Muchos son de parecer que el gran colejo de los druidas estuvo establecido aqui; pero lo que hay de cierto es, que toda la Bretaña está llena de piedras druidicas. Pomponio Mela y Estrabon colocan sobre la costa

de la Bretaña la isla de Saina, consagrada al culto de los dioses galos. Volveremos á tratar de este asunto.

(29.^a) Páj. 210. *Tal vez nos volveremos á ver.....*

Esta palabra recuerda nuevamente la accion; y es una prediccion que se cumple.

(30.^a) Páj. 210. *Descúbrense..... los monumentos mas bellos.*

El puente de Gard, el anfiteatro de Nimes, la Casa Cuadrada, y el Capitolio de Tolosa, etc.

(31.^a) Páj. 211. *Las chozas redondas de los galos, y sus fortalezas construidas con grandes maderos y piedras.*

»Muris autem omnibus gallicis hæc fere forma est. Trabes directæ, perpetuæ in longitudinem, paribus intervallis, distantes inter se binos pedes, in solo collocantur. Hæ revinciuntur introrsus et multo aggere vestiuntur; ea autem quæ diximus, intervalla, grandibus in fronte saxis effarciuntur, etc.» (*In Bell. Gall. lib. VII*). A escepcion de las piedras, los aldeanos de Normandia construyen todavia de este modo sus barracas, y como dice César, hace esto un efecto muy agradable á la vista.

(32.^a) Páj. 211. *En cuyas puertas clavan pies de lobas.*

»Llevan colgando del cuello de sus caballos las cabezas de los soldados que han muerto en la guerra. Sus domésticos llevan delante los despojos de los enemigos, cubiertos todavia de sangre. Fijan los trofeos en las puertas de sus casas, como lo hacen con las fieras que cojen en la caza.» (*Diod., lib. V, trad. de Terras.*) Tal es el origen de la costumbre que se observa todavia en el dia de clavar en las puertas de las casas de campo, pies de lobos, de zorras y aves de rapiña.

(33.^a) Páj. 211. *La juventud gala.*

Ya se ha hablado de las escuelas de las Galias. (Véase la nota 47 del libro VII).

(34.^a) Páj. 211. *Un lenguaje áspero y desabrido, muy semejante al graznido de los cuervos.*

Juliano es quien lo dice. (*In Misop.*)

(35.^a) Páj. 211. *En que el Eubago.*

Mas abajo se hablará de estos sacrificios.

(36.^a) Páj. 211. *El galo, hecho senador.*

Si se ha de dar crédito á Suetonio, César recibió en el senado á estos hombres casi salvajes, que se despojaron de sus harapos para revestirse con la laticlavia. (Suet., *In vita C.*) Pero solo bajo el reinado de Claudio, los galos fueron admitidos legalmente en el senado.

(37.^a) Páj. 211. *He visto..... las uvas de Falernô, etc.*

El emperador Próbo hizo plantar viñas en las inmediaciones de Autun, y á él debemos el vino de Borgoña. (Vopisc., *in Vita Prob.*) Pero ya habia viñas en las Galias mucho antes de esta época; porque dice Plinio que en su tiempo era muy estimado en Italia el vino de las Galias: *in Italia gallicam placere (uvam)* (lib. XIV). Y añade tambien que se habia encontrado cerca de Albi, en la Galia narbonesa, una viña en la que nacia y caia la flor en un solo dia, y que por lo tanto estaba casi al abrigo de las heladas, y la cultivaban con buen éxito. (Ibid.) Domiciano hizo arrancar las viñas en las provincias, y particularmente en las Galias. Los Focenses fueron los que trajeron el olivo á Marsella, y asi el olivo crecía ya en las Galias antes de estar jeneralizado en Italia, en España y en Africa; porque, segun Fenestella, citado por Plinio, este árbol no era todavia conocido en estos paises en el reinado de Tarquino el Soberbio. (Plin., lib. XV). Marsella fue fundada seiscientos años antes de Jesucristo, y Tarquino reinaba en Roma quinientos noventa años antes de Jesucristo.

(38.^a) Páj. 211. *Pero lo que mas se admira en todas las Galias..... son sus bosques.*

El que los bosques fuesen muy notables en las Galias, lo saco de muchos hechos :

1.º Los galos tenían una gran veneracion á los árboles, y es bien sabido el culto que tributaban á la encina. Plinio cita el abedúl, el fresno y el olmo galo, en cuanto á la hermosura (lib. XVI).

2.º Los galos aprendieron de los marseleses á labrar y cultivar las viñas y el olivo. (Justino, XLIII). Anteriormente á esta época no vivian sino de leche y de la caza, lo que supone que habia bosques.

3.º Estrabon, hablando de los galos, pone en el número de sus cosechas las bellotas, en cuyo nombre deben comprenderse, como lo comprenden los griegos y latinos, todos los frutos de los árboles que producen bellotas de cualquiera clase que sean. (Estrabon, lib. IV).

4.º Hablando Plinio de los henos, cita la hoz de los galos como mas grande y propia para los abundantes pastos de este pais (lib. XVIII, 72, 30). Luego todo pais muy abundante en pastos está por lo regular cortado por bosques.

5.º Pomponio Mela dice espresamente que la Galia estaba cuajada de bosques inmensos consagrados al culto de los dioses (lib. III, cap. XI).

6.º En muchos lugares de las obras de César y de Tácito se ven ejércitos atravesando los bosques.

7.º Lo mismo se observa en la expedicion de Anibal, cuando pasó de España á Italia.

8.º Entre los bosques mas conocidos, citaré el de Vincennes, consagrado de toda la antigüedad al dios Silvano. *Mem. de l'Acad. des Inscrip.*, tom. XIII, páj. 329).

9.º Marsella fue fundada en una selva frondosa.

10. Segun San Jerónimo, los bosques de las Galias estaban poblados de una especie de cerdos silvestres muy peligrosos.

11. La terminacion *oel*, tan frecuente en la lengua céltica, significa *bosque*. Algunos autores han creido que la palabra *galo* venia de la céltica *galt*, que significa *selva*: yo he adoptado otra etimología para este nombre.

12. Casi todos los antiguos monumentos de las Galias se han fundado en tierras tomadas al desierto, *ab eremo*,

como lo prueba una porcion de actos citados por Ducange, en la palabra *eremus*. Estos desiertos consistian en bosques, como lo he probado en el *Jenio del Cristianismo* o.

13. Estrabon hace mencion de los dilatados bosques que se estendian por los paises de los morinos, de los susiones, de los caletos, desde Dunkerque hasta la embocadura del Sena, aunque, sigue diciendo, los bosques no son tan grandes ni los árboles tan elevados como se ha escrito (lib. IV).

14. En fin, si hemos de juzgar de las Galias por lo que ahora es la Francia, diré que yo no he visto en América bosques mas hermosos que los de Compiègne y de Fontainebleau. Nemurs, que está tocando con este último, indica todavía en su nombre cual es su orijen.

(39.^a) Pág. 211. *Encuéntranse como sembrados en sus recintos algunos campamentos romanos abandonados.*

Hay una multitud de estos campos, conocidos en toda la Francia con el nombre de Campos de César. El mas célebre se encuentra en Flandes.

(40.^a) Pág. 211. *Las semillas que en otro tiempo sembraran los soldados, etc.*

Tambien he visto yo en las selvas de América grandes espacios abandonados, en los que los colonos habian sembrado granos de Europa. Estos colonos habian muerto lejos de su patria, y las plantas de su pais, que les sobrevivieron, solo servian para pasto de las aves de los desiertos.

(41.^a) Pág. 212. *Acuérdome todavía en este momento de haber, etc.*

Yo he sido testigo de una escena poco mas ó menos semejante en medio de las ruinas de la Villa-Adriana, cerca de Tibur, ó Tivoli, á cuatro leguas de Roma. Yo he puesto aqui la gaita, que es instrumento galo, y que Diodoro parece ha querido indicar como instrumento de música guerrera. Los serranos escoceses se sirven todavía de él en sus rejimientos.

(42.^a) Pág. 212. *Puerta decumane.*

Llamábase también puerta cuestoriaña. Los campos romanos tenían cuatro puertas: extraordinaria ó pretoriana, derecha principal, izquierda principal, y cuestoriana ó decumane.

(43.^a) Pág. 213. *Cuando vino á hacer la guerra á los venetas.*

»Hos ego Venetos existimo Venetiarum in Adriatico sinu esse auctores.» (Estrabon, lib. IV, páj. 193). Según este autor, serían los venecianos una colonia de los bretones de Vannes. Los venetos tenían una marina fuerte, y César tuvo bastante trabajo en someterlos. (*De Bell. Gall.*).

Encuétrase el nombre de los curiosolitas en el de Corsent, lugarillo de Bretaña, en el que se han descubierto antigüedades romanas, y se ven así mismo en aquel paraje algunos fragmentos de una vía romana que no está enteramente destruida.

(44.^a) Pág. 213. *Este retiro me fue sin embargo muy útil.*

Esta es una preparación que anuncia á la vez la vuelta de Eudoro á la religión, y la caída que debe conducirle á ella.

(45.^a) Pág. 214. *Mis soldados... me vinieron á avisar, etc.*

Aquí dá principio el episodio de Velede, que no es ocioso como el de Dido, pues está intimamente ligado á la acción, y produce además la conversión de Eudoro. Puede verse lo que sobre el particular he dicho en el *Exámen*.

(46.^a) Pág. 214. *Yo no ignoraba que los galos confían á las mujeres, etc.*

Saint-Foix ha reunido las autoridades que lo comprueban.

»La administración de los negocios civiles y políticos fue confiada durante muchos años á un senado de muje-

res elejidas por los diferentes cantones. Estas deliberaban sobre la paz ó la guerra, y juzgaban las diferencias que sobrevenian entre los Vergobreti, ó de villa con villa. Plutarco dice que uno de los artículos del tratado de Anibal con los galos decia: Si algun galo tiene motivo de queja de un cartajinés, entablará la instancia ante el senado de Cartago, establecido en España; y si algun cartajinés se encuentra ofendido por un galo, se juzgará el asunto por el consejo supremo de las mujeres galas.' (Saint-Foix, *Essais sur Paris*).

(47.^a) Páj. 214. *Valientes como todos los galos.*

Se parecen mucho á los bretones de hoy dia.

(48.^a) Páj. 214. *Clarò, pastor de la iglesia de los Redones.*

Siempre va continuando la pintura de los progresos de la iglesia. Claro fue el segundo obispo de Nántes.

(49.^a) Páj. 215 y 216. *Las piezas de tela..... vellones de oveja..... que iba tirando..... como en holocausto, etc.*

Este pasaje tiene dos autoridades principales, que son: la de Posidonio, citado por Estrabon, y la de Gregorio de Turs. El docto Peloutier se ha servido de esto, como se puede ver en el tomo II, páj. 101 y 107 de su obra. Algunos se han burlado de estos holocaustos de Veleda, y los han encontrado fuera de propósito; pero esta crítica no tiene fundamento. No es un viaje particular el que hace Veleda, sino que va á una asamblea pública, y su barca está cargada de los dones de los pueblos, los cuales ofrece al lago ú á la divinidad del lago en favor de aquellos mismos pueblos.

(50.^a) Páj. 216. *Era alta, etc., hasta el aparte.*

Los pormenores de la vestidura de Veleda se aclararán mas en las notas siguientes. Ella lleva una túnica negra, porque va á maldecir á los romanos y á sacrificar á Teutátes para propiciárselo en la conspiracion que intenta contra ellos. Se ha visto, en la nota 71.^a del libro VI, á las mujeres de los cimbro y de los bretones

vestidas tambien de trajes negros. Amiano Marcelino ha hecho un retrato de las galas, que puede, en medio de sus toscas pinceladas, justificar el carácter de fuerza y las pasiones exaltadas que yo doy á Veleda: »La mujer gala supera en fuerza á su marido; sus ojos son todavía mas airados: cuando está encolerizada, se le hincha el pecho, rechina los dientes, ajita sus brazos tan blancos como la nieve, y dá golpes tan vigorosos, como si partiesen de una máquina de guerra.» Debe, pues, suponerse que estas galas de que aqui habla, serian mujeres del pueblo, pues no es probable que aquella Eponina, tan célebre, tan tierna y afable, se pareciese en groseria á las galas de Amiano Marcelino. Si hemos de dar crédito á los versos de los soldados romanos, parece que César, que habia amado á las mujeres mas hermosas de Italia, no desdeñaba tampoco á las de las Galias. Sabino se lisonjeaba mucho tiempo despues de ser descendiente de César. En fin, tenemos un testimonio auténtico, cual es el de Diodoro, quien dice absolutamente que las galas eran hermosísimas, *Feminas licet elegantes habeat.*

(51.^a) Páj. 217. *Una de aquellas rocas aisladas.*

Yo he visto algunas de estas piedras cerca de Autun, otras dos en la Bretaña, en el obispado de Dol, y muchas en Inglaterra. Puede consultarse sobre el particular á Kesler, *An. select. sept.*

(52.^a) Páj. 217. *Algún dia contemplará el labrador.*

*Scilicet et tempus veniet cum finibus illis
Agricola, incurvo terram molitus aratro, etc.*

(53.^a) Páj. 217. *¡Al muérdago el año nuevo!*

»Los druidas, acompañados de los majistrados y del pueblo, que gritaba al muérdago el año nuevo, iban á una selva, etc.» (Saint-Foix, tom. I).

Tal vez este estribillo *ó gué*, que termina una porcion de canciones francesas, no es otra cosa mas que el grito sagrado de nuestros abuelos.

(54.^a) Páj. 217. *Iban los Eubagos.*

»Nihil habent druidæ (ita suos appellant magos) visco et arbore in qua gignatur (si modo sit robur) sacratius. Jam per se roborum eligunt lucos, nec ulla sacra sine ea fronde conficiunt, ut inde appellati quoque interpretatione græca possint druidæ videri. Enim vero quidquid adnascatur illis, e cælo missum putant, signumque esse electæ ab ipso deo arboris. Est autem id rarum admodum inventu, et repertum magna religione petitur: et ante omnia sexta luna, quæ principia mensium annorumque his facit, et seculi post tricesimum annum, quia jam virium abunde habeat, nec sit sui dimidia. Omnia sanantem appellantes suo vocabulo; sacrificiis epulisque rite sub arbore comparatis, duos admovent candidi coloris tauros, quorum cornua tunc primum vinciantur. Sacerdos candida veste cultus arborem scandit; falce aurea demetit; candido id excipitur sago. Tum deinde victimas immolant, precantes ut suum donum Deus prosperum faciat his quibus dederit.» (Plin., lib. XVI).

(55.^a) Pág. 218. *Colocaron una espada desnuda.*

Yo sigo en esto á algunos autores que piensan que los galos tenían, así como los godos, el uso de colocar una espada desnuda en medio del consejo. (Am. Marcel., lib. XXXI, cap. II, páj. 622). De la palabra *mallus* viene la nuestra *mail*, y el *mail* es todavía en el día un lugar rodeado de árboles.

(56.^a) Pág. 218. *Al pie del Dolmin.*

»Lugar de las hadas ó de los sacrificios. Tal es el nombre que dió el vulgo á ciertas piedras elevadas, cubiertas con otras piedras llanas, que son muy comunes en la Bretaña, en las que dicen que los jentiles ofrecían en otro tiempo sacrificios.» (*Dictionnaire franc. celt. du P. Rostrenen.*)

(57.^a) Pág. 219. *¡Desgraciado del vencido!*

Esta es la palabra que dijo un galo al poner su espada en la balanza: de los romanos: *¡Væ victis!*

(58.^a) Páj. 219. *¿Que se han hecho aquellos estados florecientes de las Galias.....?*

En los Comentarios de César se ve á los galos que por todas partes tienen unos estados jenerales, y á César yéndolos á presidir, etc. En cuanto al consejo de mujeres, véase la nota 46 de este libro.

(59.^a) Páj. 219. *¿En donde están aquellos druidas, etc.*

» Illi rebus divinis intersunt, sacrificia publica ac privata procurant, religiones interpretantur: ad hos magnus adolescentium numerus, disciplinæ causa, concurrunt; magnoque ii sunt apud eos honore: nam fere de omnibus controversiis, publicis privatisque, constituunt; et si quod est admissum facinus, si cædes facta, si de hæreditate, si de finibus controversia est, iidem decernunt; præmia pœnasque constituunt. Si quis, aut privatus, aut publicus, eorum decreto non stetit, sacrificiis interdicunt. Hæc pœna apud eos est gravissima: quibus ita est interdictum, ii numero impiorum ac sceleratorum habentur; ab iis omnes decedunt, aditum eorum sermonemque defugiunt, ne quid ex contagione incommodi accipiant: neque iis petentibus jus redditur, neque honos ullus communicatur. His autem omnibus druidus præest unus, qui summam inter eos habet auctoritatem. Hoc mortuo, si quis ex reliquis excellit dignitate, succedit. At, si sunt plures pares, suffragio druidum adlegitur; nonnumquam etiam de principatu armis contendunt. Ii certo anni tempore in finibus Carnutum, quæ regio totius Galliæ media habetur, considunt, in loco consecrato. Huc omnes undique, qui controversias habent, conveniunt; eorumque iudiciis decretisque parent. Disciplina in Britannia reperta, atque inde in Galliam translata esse existimatur; et nunc, qui diligentius eam rem cognoscere volunt, plerumque illo, discendi causa, proficiscuntur.

» Druides a bello abesse consueverunt; neque tributa una cum reliquis perdunt: militiæ vacationem, omniumque rerum habent immunitatem. Tantis excitati

præmiis , et sua sponte multi in disciplinam conveniunt et a parentibus propinquisque mittuntur. Magnum ibi numerum versuum ediscere dicuntur..... Imprimis hoc volunt persuadere , non interire animas , sed ab aliis post mortem transire ad alios ; atque hoc maxime ad virtutem excitari putant , metu mortis neglecto. Multa præterea de sideribus atque eorum motu , de mundi ac terrarum magnitudine , de rerum natura , de deorum immortalium vi ac potestate disputant , et juventuti tradunt.”

Todo este pasaje de César es excelente y de una claridad admirable; ya queda muy poco por conocer en cuanto á las diferentes clases de los sacerdotes galos. Diodoro y Estrabon , confirmados por Amiano Marcelino , acabarán de completar la descripción.

»Sus poetas , á quienes ellos llaman bardos , se ocupan en componer poemas adecuados á su música ; y ellos mismos son los que cantan , acompañándose con instrumentos casi semejantes á nuestras liras , alabanzas en favor de unos , é invectivas contra otros. Hay tambien entre ellos filósofos y teólogos llamados Sarónides , á quienes profesan gran veneracion..... Por una costumbre establecida entre ellos , nadie sacrifica sin la concurrencia de un filósofo ; pues persuadidos como lo están de que esta clase de hombres conoce perfectamente la naturaleza divina , y que penetra , por decirlo así , sus arcanos , piensan que solo por el ministerio de estos deben ellos tributar sus acciones de gracias á los dioses , y pedirles el bien que desean... Muchas veces acontece que cuando dos ejércitos están para llegar á las manos , se meten de pronto estos filósofos en medio de las picas y de las espadas desnudas , y los combatientes , como por encanto , calman al punto su furor y deponen las armas. Así es como , aun entre los pueblos mas bárbaros , prevalece la sabiduría sobre la saña , y las Musas sobre el dios Marte.” (Diod. de Sicilia , lib. V , trad. de Tarrason).

»Apud universos autem fere tria hominum sunt genera quæ in singulari habentur honore ; bardis , vates , et druidæ : horum bardis hymnos canunt poetæque sunt ; vates sacrificant et naturam rerum contemplantur ; druidæ

præter hanc philosophiam etiam de moribus disputant." (Estrab., lib. IV).

He traducido por eubagos, Οὐβάγεος del griego, de la edicion de Casaubon, y que el latin traduce por *vates*. No veo el motivo por qué se quiere, fundándose en la autoridad de Amiano, que no hace mas que traducir poco mas ó menos á Estrabon, que la palabra *vates* haya pasado al griego en tiempo de este jeógrafo. Estrabon, que tal vez seguía en esto á un autor latino, y que no podia traducir esta palabra *vates*, no hizo mas que transcribirla simplemente. Del mismo modo se ve tambien á los latinos que copian muchas veces algunas palabras griegas, sin que por esto hayan pasado á la lengua latina. Por otra parte, en algunas ediciones ordinarias de Estrabon se encuentran las palabras *euhage* y *eubage*; y Rollin no ha puesto reparo en admitir la voz *eubage*.

Amiano Marcelino, confirmando el testimonio de Estrabon, dice que los bardos cantaban las hazañas de los héroes, acompañándose con sus liras; que los adivinos ó eubagos procuraban conocer los arcanos de la naturaleza, y que los druidas, que vivian en comun, á la manera de los discípulos de Pitágoras, se ocupaban en cosas sublimes, y enseñaban la inmortalidad del alma. (Am. Marcel., lib. XV).

(60.^a) Pág. 219. ¡Oh isla de Saina!

Hay tres autoridades que hablan de esta isla: Estrabon, lib. IV; Dionisio el Viajero, v. 570, y Pomponio Mela. Como yo no he seguido sino el texto de este último; solo citaré á él. »Sena in Britannico mari, Osismicis adversa littoribus, Gallici numinis oraculo insignis est: cujus antistites, perpetua virginitate sanctæ, numero novem esse traduntur: Barrigenas vocant, putantque ingenniis singularibus præditas, maria ac ventos concitare carminibus, seque in quæ velint animalia vertere, sanare quæ apud alios insanabilia sunt, scire ventura et prædicare: sed non nisi deditas navigantibus, et in id tantum ut se consulerent profectis." (Pomponio Mel., III, 6).

Estrabon difiere de esta relacion, en que dice que

las sacerdotisas pasaban al continente para habitar con hombres. Siguiendo el parecer de algunas autoridades, habia yo tomado esta isla de Saina por Jersey; pero Estrabon la coloca hácia la embocadura de Loira. Con todo, parece mas seguro seguir en esto á Bochart (*Geograph. sacr.*, p. 740), y á D'Anville (*Notice de la Gaule*, p. 595), que encuentran la isla de Saina en la isla de los Santos, al estremo de la diócesis de Quimper, en la Bretaña.

(61.^a) Pág. 220. *Vais á morir, etc.*

Los galos servian sobre todo en la caballeria romana; porque, segun Estrabon, eran mejores jinetes que infantes.

(62.^a) Pág. 220. *Trazais con fatigas inauditas los caminos, etc.*

Basta tender la vista sobre el mapa de Peutinger, sobre el *Itinerario de Burdeos á Jerusalem*, y sobre el libro de los caminos del imperio, por Bergier, para ver cuan atravesada estaba la Galia de caminos romanos. Habia cuatro caminos principales que salian de Leon, é iban á parar hasta el estremo de las Galias.

(63.^a) Pág. 220. *Y alli encerrados dentro de un anfiteatro, os obligarán, etc.*

La mayor parte de los gladiadores eran galos; pero Veleda no dice enteramente la verdad. Por un desprecio abominable que hacian de la muerte, vendian estos muchas veces su vida por algunas piezas de moneda. Sabemos que Anibal hizo luchar á unos prisioneros galos, prometiendo un caballo al que matase á su adversario.

(64.^a) Pág. 220. *Acordaos que vuestro nombre quiere decir viandante.*

»Algunos conjeturan con cierta probabilidad que los galos se han llamado asi de la palabra céltica Wallen, que aun en el dia significa en la lengua alemana, *ir, viajar, pasar de lugar en lugar.*» (Mezerai, *av. Clov.*, pág. 7).

(65.^a) Páj. 221. *Las tribus de los francos que fueron á establecerse á España.*

Los francos habian penetrado en efecto hasta España en aquella época, y permanecieron en ella doce años; tomaron y asolaron el Aragon, y se volvieron en seguida á su país, y probablemente por mar (*véase Eutropo*). Las circunstancias mas indiferentes en los *Mártires* están todas fundadas en algunos hechos. Estoy persuadido de que Virjilio y Homero no han inventado nada tampoco en cosas semejantes, y por esto sus poemas se miran en el día como autoridades históricas.

(66.^a) Páj. 221. *Concedánnos ó niéguennos los pueblos estraños, etc.*

Esta palabra fue pronunciada por Bojocalo, viejo jermano que habia servido cincuenta años en las lecciones romanas. Los anticearios, compatriotas suyos, fueron echados de su país por los cauces, y vinieron á establecerse, con Bojocalo, que los gobernaba, en las tierras baldías que habian abandonado los romanos. Estos no quisieron concedérselas, á pesar de las súplicas de Bojocalo, pero ofrecieron á este jefe una porcion de terreno para él solo. Irritado con esto el viejo jermano, fue á reunirse con sus compatriotas fujitivos, y les dijo: «No nos puede faltar tierra para vivir y morir.»

(67.^a) Páj. 221. *Un heraldo le cortó en la tercera vez, etc.*

«Si quis enim dicenti obstrepat aut tumultuetur, licitor accedit stricto cultro. Minis adhibitis tacere eum jubet: idque iterum ac tertio facit eo non cessante: tandem á sago ejus tantum amputat, ut reliquum sit inutile. (Strab., lib. IV, páj. 135).

(68.^a) Páj. 222. *La multitud pedía con alaridos, etc.*

Los druidas sacrificaban víctimas humanas. Escojian con preferencia para estos sacrificios á los malhechores, pero á falta de estos, sacrificaban á los inocentes. Ter-

tuliano y San Agustin son los que nos dicen ademas que estas víctimas inocentes eran ancianos.

(69.^a) Páj. 222. *Que Dis, padre de las sombras.*

Los galos reconocian á Dis ó Pluton por padre, y por esta razon contaban ellos el tiempo por noches, y sacrificaban siempre en medio de las tinieblas. Esta tradicion es la de César; algunos pretenden que César se ha equivocado, pero podria suceder tambien que esta opinion contraria no fuese mas que un sistema sostenido con mucha erudición.

(70.^a) Páj. 223. *Todas eran cristianas.*

Sigue siempre el asunto.

(71.^a) Páj. 224. *Puesto que habian sido proscritos por el mismo Tiberio y Claudio.*

Las ediciones precedentes decian: »y por Neron;» pero era un error, pues en el año 657 de Roma, dió el senado un decreto para abolir los sacrificios humanos en la Galia Narbonesa. Plinio nos dice que Tiberio estermi-
nó á todos los druidas, y Suetonio atribuye los decretos de proscripcion á Claudio. (*In Claudio*, cap. 26).

(72.^a) Páj. 224. *El primer magistrado de los Redones.*

Este magistrado se llamaba Vergobret. (César, *Comm.*, lib. I).

NOTAS DEL LIBRO X.

Las notas jenerales que yo podria hacer con respecto á este libro, se encuentran en el Exámen.

(1.^a) Páj. 227. *La órden científica de los sacerdotes galos.*

El lector puede consultar, en cuanto á la ciencia, las costumbres y el gobierno de los druidas, las notas 53.^a, 54.^a y 59.^a del libro precedente.

(2.^a) Páj. 227. *El orgullo dominaba á esta bárbara.*

De toda antigüedad se ha atribuido á los galos este carácter altanero. Segun Diodoro, parece que gustaban de las cosas exajeradas, de un lenguaje pomposo y obscuro, y la hipérbole dominaba en todos sus discursos. Esta exaltacion de sentimientos que se observa en Veleda, va preparando al lector para lo que va á seguir, y hace parecer menos estraordinarias las palabras, las costumbres y la conducta de esta mujer infeliz.

(3.^a) Páj. 228. *Las hadas galas.*

Véase la nota 60.^a del libro precedente; el pasaje de Pomponio Mela es formal: dice que las virjenes ó hadas de la isla de Saina se atribuian todos los poderes de que habla aqui Veleda. Se puede consultar ademas, si se quiere, un pasaje de Saint-Foix, tom. I, 2.^a parte de los *Essais sur Paris*.

(4.^a) Páj. 228. *El murmullo de una fuente.*

Los galos sacaban presajios del murmullo de las aguas y del ruido del viento entre el ramaje de los árboles. (César, libro I).

(5.^a) Páj. 230. *Yo conocia, á la verdad, que Veleda no podria nunca inspirarme una inclinacion poderosa, etc.*

Por esto Eudoro puede experimentar un verdadero amor para con Cimodocea.

(6.^a) Páj. 230. *Aquellos bosques que los druidas llaman castos.*

»Nemus castum.» (Tacit., de Mor. German).

(7.^a) Páj. 230. *Se veia un árbol seco.*

»Ellos adoraban, dice Adan de Breme, un tronco de árbol elevadisimo, al cual llamaban Irminsul.» Este era el idolo de los sajones, que Carlomagno mandó derribar. (Adan. Breme, *Histor. ecles. Germ.*, lib. III). Yo paso el Irminsul de los sajones á la Galia; pero se sabe que los galos tributaban culto á los árboles, á los cuales ado-

raban, ya como á Teutátes, ya como á Dios de la guerra; y esto es lo que significa Irmin ó Hermann.

(8.^a) Páj. 230. *Habia en torno de este simulacro.*

Lucus erat, longo nunquam violatus ab ævo,
Obscurum cingens conexis aera ramis,
Et gelidas alte submotis solibus umbras.
Hunc non ruricolæ Panes, nemorumque potentes
Silvani, Nymphæque tenent, sed barbara ritu
Sacra Deum; structæ diris feralibus aræ;
Omnis et humanis lustrata cruoribus arbor.
Si qua fidem meruit Superos mirata vetustas,
Illis et volucres metuunt insidere ramis.
Et lustris recubare feræ: nec ventus in illas
Incubuit silvas, excusaque nubibus atris
Fulgura: non ullis frondem præbentibus auris,
Arboribus suis horror inest. Tum plurima nigris
Fontibus unda cadit, simulacraque mœsta Deorum
Arte carent, cæsisque exstant informia truncis.
Ipse situs, putrique facit jam robore pallor
Attonitos: non vulgatis sacrata figuris
Numina sic metuunt; tantum terroribus addit
Quos timeant non nosse Deos.

LUCAN., *Phars.*, lib III, v. 399 et seq.

Ut procul Hercyniæ per vasta silentia silvæ
Venari tuto liceat, lucosque vetusta
Religione truces; et robora, numinis instar
Barbarici, nostræ feriant impune hipennes.

CLAUDIAN., *De Laud. Stilicon.*

En cuanto á las armas pendientes de las ramas de los árboles, Arminio, escitando á los jermanos á la guerra, les dice que ellos han colgado en sus bosques las armas de los romanos vencidos: «Cerni adhuc Germanorum in lucis signa romana, quæ diis patriis suspenderit.» (Tac., *Ann.*, lib. I, 59). Jornandez cuenta lo mismo de un uso de los godos.

(9.^a) Páj. 232. *Una gala lo prometió á Diocleciano.*

No siendo todavía Diocleciano mas que mero oficial, encontró en las Galias á una mujer-hada, la cual le prometió que llegaría á ser emperador cuando hubiera

muerto á Aper; y como *aper* en latin significa jabali, fue Diocleciano á caza de estos animales; pero sin éxito: por último, habiendo envenenado Aper, prefecto del pretorio, al emperador Numeriano, Diocleciano mató á Aper de una estocada, y fue el sucesor de Numeriano.

(10.^a) Pág. 232. *Muchas veces hemos dispuesto nosotras de la púrpura.*

Claudio, Vitelio, &c., fueron aclamados emperadores en la Galia. Vindex fue el primero que levantó el estandarte de la revolucion contra Neron. Los romanos decian que sus guerras civiles tenian siempre origen en las Galias.

(11.^a) Pág. 232. *Cual otra Eponina.*

Es inútil estenderse sobre una historia tan sabida. Habiendo tomado Sabino el titulo de César, fue derrotado por Vespasiano; y se escondió en un sepulcro, en el que estuvo nueve años sepultado con su mujer Eponina.

(12.^a) Pág. 235. *Un rabel.*

Los bardos no conocian la lira, y mucho menos el arpa, como los supuestos bardos de Macpherson. Todas estas cosas son costumbres falsas, que solo sirven para confundir las ideas. Diodoro de Sicilia (lib. V) habla del instrumento de música de los bardos, y lo compara á una especie de citara.

(13.^a) Pág. 235. *Los manes de Dido.*

..... Qualem primo qui surgere mense,
Aut videt aut vidisse putat per nubila lunam.

(14.^a) Pág. 236. *Hércules, tú bajaste á la verde Aquitania.*

Diodoro de Sicilia es quien refiere esta fábula del viaje de Hércules á las Galias, y del matrimonio de este héroe con la hija de un rey de Aquitania (lib. V). No dice los nombres del rey ni de la princesa, pero se encuentran en otros autores.

(15.^a) Pág. 236. *El sélogo.*

El lector encuentra en el texto cuanto puede saber sobre esta planta misteriosa de los galos. La autoridad es Plinio. (Hist., lib XXIV, cap. XI).

(16.^a) Pág. 236. *Tomaré la forma de una paloma torcaz.*

Ya se ha visto que las druidas de la isla de Saina se atribuían el poder de cambiar de forma. Véase la nota 3.^a de este libro, y la nota 60.^a del libro precedente.

(17.^a) Pág. 237. *Los cisnes no son tan blancos, etc.*

Un pasaje de Amiano Marcelino, citado en la nota 50.^a del libro precedente, dice que las galas tenían los brazos blancos como la nieve. Diodoro, como también hemos visto en la misma nota, añade que eran hermosas; pero que á pesar de su hermosura, los hombres no les eran muy fieles. Estrabon (lib. IV) observa que ellas se creían felices cuando parían y criaban por sí mismas á sus hijos: «Pariendo educandoque fetus, felices.»

(18.^a) Pág. 237. *Nuestros ojos tienen el color y el brillo del cielo.*

Los ojos de los galos eran verdaderamente azules, pero toda la antigüedad da á los galos un mirar torvo y feroz; ya hemos visto que Amiano Marcelino lo atribuye igualmente á las mujeres. Veleda hermosea, pues, el retrato, y es natural, pues sabe que no es amada.

(19.^a) Pág. 237. *Nuestros cabellos son tan hermosos, que tus romanas los van buscando con ansia.*

Marcial lo dice (lib. VIII, 33; lib. XIV, 26). Tertuliano (*de Cultu femin.*, cap. VI), y San Jerónimo (Hieronim, epist. VII), se han declarado contra este capricho de las damas romanas. Según Juvenal (Sat. VI), fueron las cortesanas las que introdujeron esta moda en Italia.

(20.^a) Pág. 237. *Algo de divino.*

Veleda se está hermoheando todavía, pues atribuye á las galas lo que Tácito dice de las jermanas: «Inesse

quin etiam sactum aliquid et providum putant." (Tacit., de *Mor. Germ*).

(21.^a) Pág. 240. *La armada de los francos.*

Esta pequeña circunstancia de la armada de los francos, está ya preparada mucho tiempo antes. Véase el libro precedente y la nota 65.^a del mismo libro.

(22.^a) Pág. 240. *Los bárbaros elijen casi siempre un tiempo borrascoso para hacer sus desembarcos.*

Véase la nota 4.^a del libro VI.

(23.^a) Pág. 240. *Una larga hilera de piedras drúidicas, etc., hasta el aparte.*

Es el monumento de Carnac en la Bretaña, cerca de Quiberon; y como está exactamente descrito en el texto, nada tengo que añadir.

(24.^a) Pág. 242. *En esta costa habitan algunos pescadores que te son desconocidos, etc., hasta el final del aparte.*

Esta historia del paso de las almas á la isla de los bretones está sacada de Procopio (*Hist. Goth.*, lib. VI, cap. 20); y como tambien está muy exacta en el texto, no tengo tampoco nada que añadir en esta nota. Plutarco (*de Oracul. defect*) habia ya contado poco mas ó menos la misma historia antes de Procopio.

(25.^a) Pág. 243. *El torbellino de fuego.*

Esta circunstancia de los torbellinos se encuentra en los dos autores citados en la nota que antecede.

(26.^a) Pág. 243. *Me escribirás una carta....., y la echarás en la hoguera fúnebre.*

»Cuando los galos quemán á sus muertos, dice Diodoro (Trad. de Terrass.), dirijen cartas á sus amigos y parientes difuntos, las cuales las echan en la hoguera, como si aquellos debiesen recibirlas y leerlas.»

(27.^a) Pág. 244. *Caigo, pues, á los pies de Veleda.*

Esto sustituye dos renglones muy atrevidos de las

primeras ediciones. La espresion está mas moderada, y el pasaje no pierde nada de su fuerza; solo se ha hecho con este cambio mas casto y de mejor gusto.

(28.^a) Páj. 244. *El infierno dá la señal de este himeneo funesto, etc.*

Yo he trasladado aqui en otra relijion los famosos versos del 4.^o libro de *la Eneida*

..... Prima et Tellus et pronuba Juno
Dant signum: fulsere ignes, et conscius æther
Connubiis, summoque ulularunt vertice nymphæ.

(29.^a) Páj. 245. *El habla del infierno brotaba naturalmente de mis labios.*

Aqui se ha suprimido todo un párrafo, por lo cual nada queda en este episodio que pueda ofender los oidos del lector, á menos que no sea ya licito el tratar de las pasiones en una epopeya. Si los largos combates de Eudoro, si la execracion con que habla de su falta, y si el arrepentimiento mas sincero no lo disculpan, no tengo conocimiento alguno del arte ni del corazon humano.

(30.^a) Páj. 246. *El grito que dan los galos cuando quieren comunicarse una noticia.*

»Ubi major atque illustrior incidit res, clamore per agros regionesque significant: hunc alii deinceps excipiunt et proximis tradunt.» (Cæs., in *Comment.*, lib. VII.,

(31.^a) Páj. 247. *Y que desde lo alto de un aprisco.*

Ardua tecta petit stabuli, et de culmine summo
Pastorale canit signum, cornuque recurvo
Tartaream intendit vocem, etc.

ÆNEID., VII.

(32.^a) Páj. 249. *Cual una segadora.*

Hasta ahora se habia comparado al jóven moribundo con la yerba, con la flor cortada, »succisus aratro;» yo

me sirvo de los términos de la comparación, pero comparo á Veleda con la misma segadora. La circunstancia de la hoz de oro me ha sujerido naturalmente esta imájen; tal vez un diestro poeta podrá aprovecharse de esta idea, y arreglar algun dia todo esto con mas gracia que yo.

Aqui se terminan los *cantos* á la patria. He pintado nuestro doble origen; he ido á buscar nuestros usos y costumbres en su cuna, y he mostrado la relijion naciente entre los hijos mayores de la iglesia. Si se reunen estos seis libros y sus notas, se tendrá á la vista un cuerpo completo de documentos auténticos, pertenecientes á la historia de los francos y de los galos. Eudoro es testigo entre los francos de uno de los mayores milagros de la caridad evanjélica, viene luego á dar una caída en la Galia, y un sacerdote cristiano de esta misma Galia le vuelve á la senda de la verdadera relijion. Por lo tanto, Eudoro lleva necesariamente á los calabozos un recuerdo de estas comarcas medio montaraces, á las que debe, por decirlo asi, sus virtudes y su triunfo. De esta manera participamos, nosotros los franceses, de su gloria, y á lo menos, con relacion á esto, el héroe de los *Mártires*, aunque extraño, se encuentra enlazado con nuestro suelo. Estas consideraciones, patéticas tal vez, no se hubieran ocultado á la crítica, si no se hubiese querido condenar ciegamente mi obra, aparentando desconocer un trabajo grande y un asunto interesante, aun para la patria misma.

Fin del tomo primero.

INDICE.

	PAJ.
<i>Prólogo de la edicion de 1826.</i>	v
<i>Prólogo de la primera y de la segunda edicion.</i>	vii
<i>Libro I.</i>	1
<i>Libro II.</i>	25
<i>Libro III.</i>	50
<i>Libro IV.</i>	68
<i>Libro V.</i>	98
<i>Libro VI.</i>	128
<i>Libro VII.</i>	155
<i>Libro VIII.</i>	183
<i>Libro IX.</i>	204
<i>Libro X.</i>	226
<i>Notas del libro I.</i>	252
<i>Notas del libro II.</i>	273
<i>Notas del libro III.</i>	285
<i>Notas del libro IV.</i>	298
<i>Notas del libro V.</i>	312
<i>Notas del libro VI.</i>	320
<i>Notas del libro VII.</i>	339
<i>Notas del libro VIII.</i>	354
<i>Notas del libro IX.</i>	361
<i>Notas del libro X.</i>	383

INDICE

de la obra de D. D. Juan de los Rios y de los Rios

171	Noticia de la historia de 1825
172	Noticia de la historia de 1826
173	Noticia de la historia de 1827
174	Noticia de la historia de 1828
175	Noticia de la historia de 1829
176	Noticia de la historia de 1830
177	Noticia de la historia de 1831
178	Noticia de la historia de 1832
179	Noticia de la historia de 1833
180	Noticia de la historia de 1834
181	Noticia de la historia de 1835
182	Noticia de la historia de 1836
183	Noticia de la historia de 1837
184	Noticia de la historia de 1838
185	Noticia de la historia de 1839
186	Noticia de la historia de 1840
187	Noticia de la historia de 1841
188	Noticia de la historia de 1842
189	Noticia de la historia de 1843
190	Noticia de la historia de 1844
191	Noticia de la historia de 1845
192	Noticia de la historia de 1846
193	Noticia de la historia de 1847
194	Noticia de la historia de 1848
195	Noticia de la historia de 1849
196	Noticia de la historia de 1850
197	Noticia de la historia de 1851
198	Noticia de la historia de 1852
199	Noticia de la historia de 1853
200	Noticia de la historia de 1854
201	Noticia de la historia de 1855
202	Noticia de la historia de 1856
203	Noticia de la historia de 1857
204	Noticia de la historia de 1858
205	Noticia de la historia de 1859
206	Noticia de la historia de 1860
207	Noticia de la historia de 1861
208	Noticia de la historia de 1862
209	Noticia de la historia de 1863
210	Noticia de la historia de 1864
211	Noticia de la historia de 1865
212	Noticia de la historia de 1866
213	Noticia de la historia de 1867
214	Noticia de la historia de 1868
215	Noticia de la historia de 1869
216	Noticia de la historia de 1870
217	Noticia de la historia de 1871
218	Noticia de la historia de 1872
219	Noticia de la historia de 1873
220	Noticia de la historia de 1874
221	Noticia de la historia de 1875
222	Noticia de la historia de 1876
223	Noticia de la historia de 1877
224	Noticia de la historia de 1878
225	Noticia de la historia de 1879
226	Noticia de la historia de 1880
227	Noticia de la historia de 1881
228	Noticia de la historia de 1882
229	Noticia de la historia de 1883
230	Noticia de la historia de 1884
231	Noticia de la historia de 1885
232	Noticia de la historia de 1886
233	Noticia de la historia de 1887
234	Noticia de la historia de 1888
235	Noticia de la historia de 1889
236	Noticia de la historia de 1890
237	Noticia de la historia de 1891
238	Noticia de la historia de 1892
239	Noticia de la historia de 1893
240	Noticia de la historia de 1894
241	Noticia de la historia de 1895
242	Noticia de la historia de 1896
243	Noticia de la historia de 1897
244	Noticia de la historia de 1898
245	Noticia de la historia de 1899
246	Noticia de la historia de 1900

***Estas obras completas de Mr. de
Chateaubriand se componen de
los tomos siguientes.***

Tomo 1.º Noticia histórica de la vida y escritos del Vizconde de Chateaubriand.

Tomo 2.º Atala, René, Abencerraje, y pensamientos, máximas, &c.

Tomos 3.º, 4.º y 5.º El Jenio del cristianismo, notas aclaratorias.

Tomo 6.º y 7.º Itinerario á Jerusalem.

Tomo 8.º Viaje á América.

Tomo 9.º y 10. Los Mártires de la religion cristiana.

Tomo 11 y 12. Los Natchez y viaje à Italia.

Tomo 13 y 14. Ensayo sobre las revoluciones.

Tomo 15, 16 y 17. Estudios históricos.

Tomo 18. Memorias del duque de Berri y guerra de la Vendé, &c.

Tomo 19. Variedades literarias.

Tomo 20. Poesías varias.

Tomo 21 y 22. Variedades, políticas.

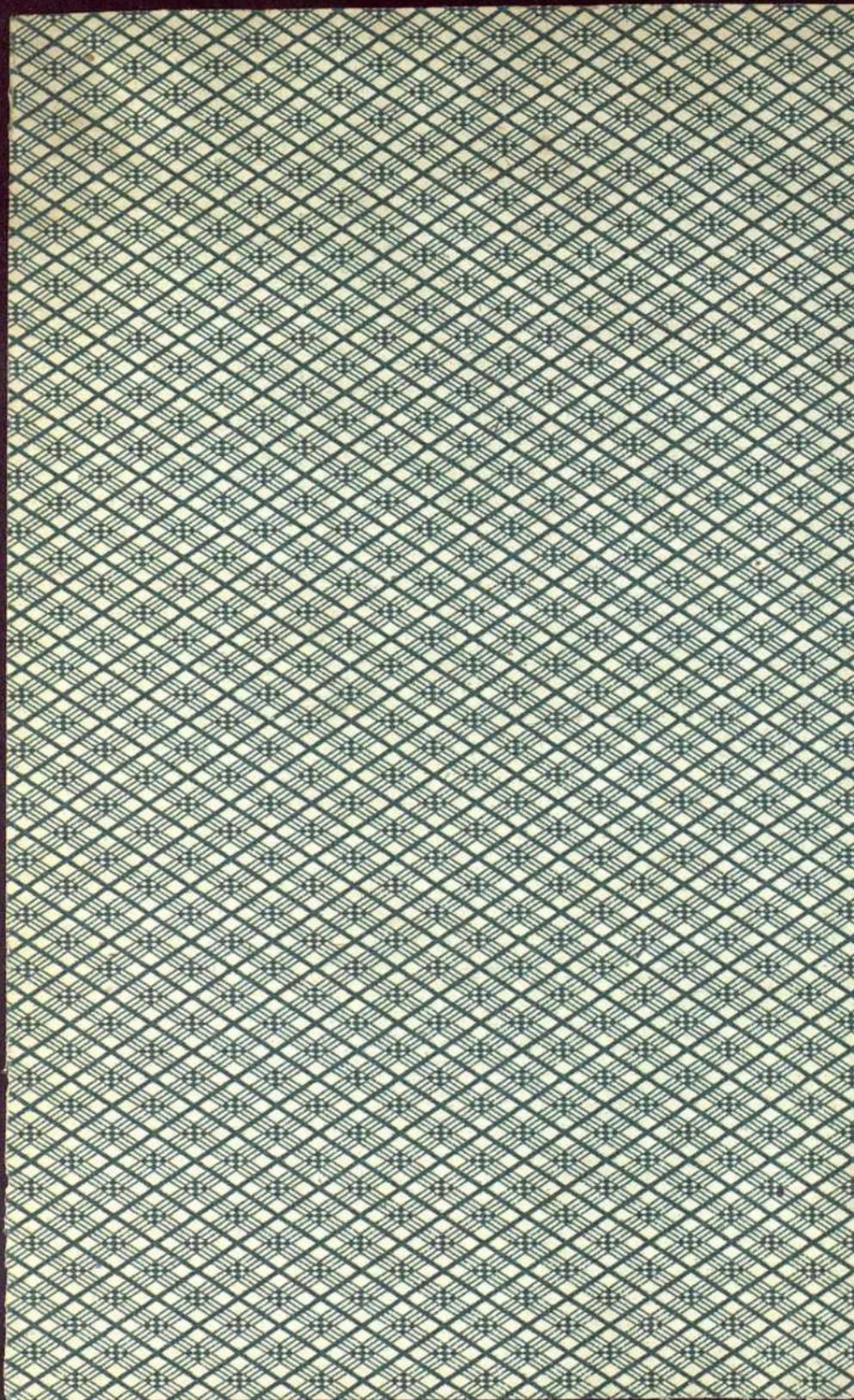
Tomo 23. Opiniones y discursos.

Tomo 24. Polémica.

Tomo 25. Indice y tabla jeneral.











OBRAS
DE
CHAUDERBRIAND

9

Universitat de València

Biblioteca General.

D 114

47